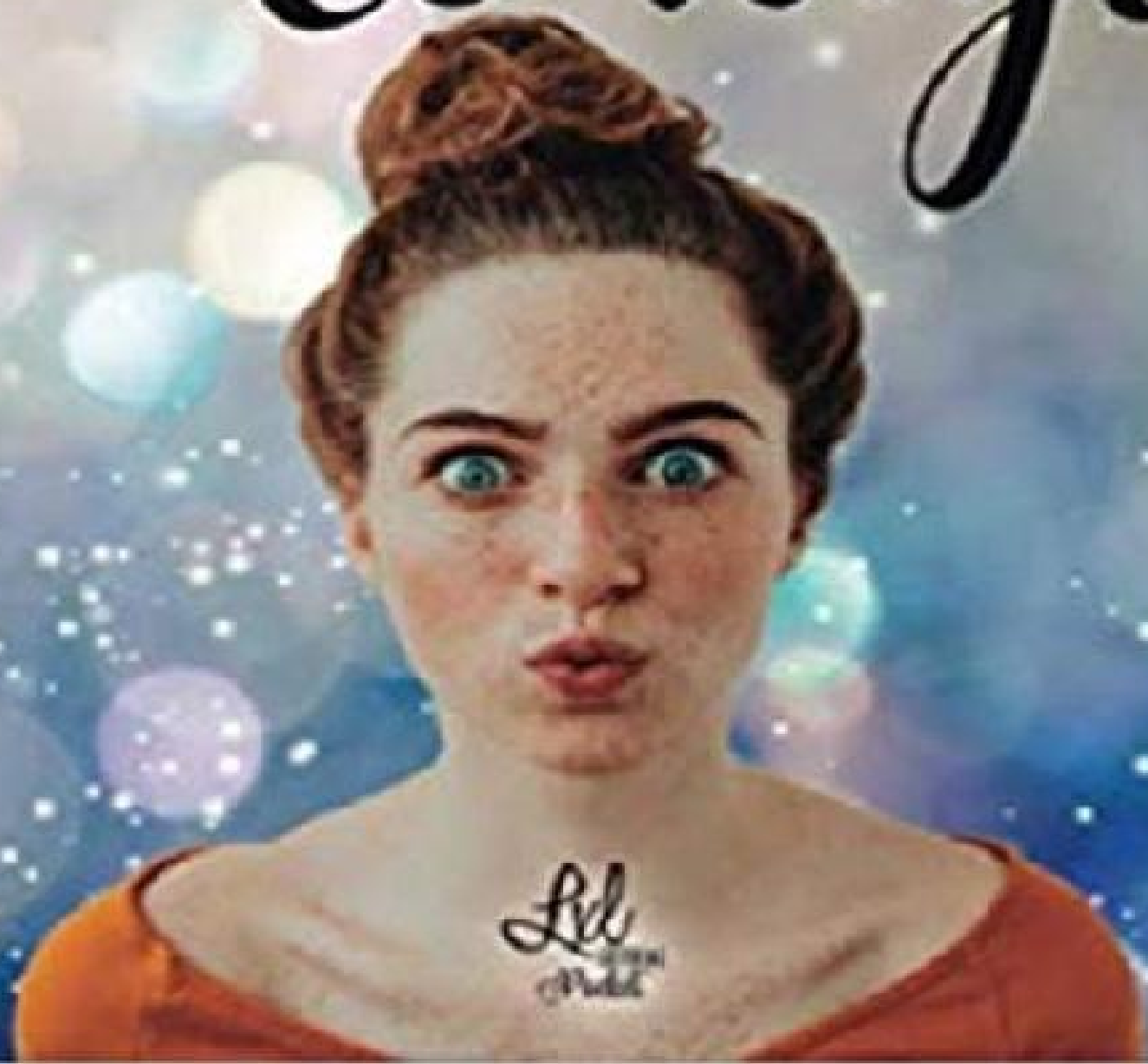


GISELLE AMORÓS

*Siempre
soñé
contigo*



*Lil
Mist*

Siempre soñé contigo

Siempre
soñé contigo

Giselle Amorós

Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Giselle Amorós 2019

© Editorial LxL 2019

www.editoriallxl.com

04240, Almería (España)

Primera edición: noviembre 2019

Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17160-79-1

Mi dedicatoria no está relacionada con esta bonita novela, que espero os llene de buenos momentos de lectura, sino con un pensamiento que quiero expresar.

Quiero dedicar esta novela a todas nuestras antepasadas y, para mí, heroínas.

A nuestras madres, abuelas y bisabuelas, esas que no lo tuvieron nada fácil para vivir un día a día complicado por el simple hecho de ser mujer. Esa franja de nuestra historia, de mujeres que vivieron una posguerra, y los años anteriores y venideros. Donde dependían de un marido que con suerte fuera benévolo y las hiciera un poquito felices. Casarse y dejar de verse guapas, porque lo único que se esperaba de ellas es que tuviesen hijos y atendieran a su marido, siendo prácticamente sus esclavas. Que no tenían derecho al trabajo ni a una vida independiente, porque era el esposo quien, por ley, tenía el poder sobre ellas, y los ideales de una mujer eran invisibles. Una época donde te quitaban a tu hijo de los brazos para llevarlo a una guerra que no entendías, sin saber si lo volverías a ver.

Luchaban por su familia con todas las trabas que la vida les iba poniendo, arropándolos siempre con una gran sonrisa.

A todas ellas, mis heroínas siempre presentes.

Egoístamente agradezco haber nacido en esta época. Y, consciente de que queda mucho por hacer, me gusta saber y ver que hay hombres que aman de igual a igual.

Agradecimientos

Mis agradecimientos van destinados a las culpables de que mis novelas vean la luz. Y no son otras que el equipo de esta fantástica Editorial LxL. Angie, gracias por todo el trabajo que realizas y el apoyo incondicional que tengo contigo.

También, como no, a mi gran familia, que sigue con ilusión mi trayectoria en este mundo. Y, por último, agradecer a todas esas personas que leen romántica y que disfrutan con mis novelas.

FEBRERO

El anillo de mi mano golpea impaciente sobre el volante mientras mi mente intenta distraerse con la canción que suena en la radio, pero ni siquiera la gran Malú hace que deje de pensar en lo incómodo de esta situación.

Lo he avisado y aun así no me ha hecho caso. Le he advertido que, la próxima vez, paro el coche y lo bajo, dándome igual en qué punto nos encontremos. Y cuando no llevamos ni doscientos metros recorridos desde que salimos del estudio de radio, lo hace de nuevo. Golpea con sus botas mi asiento desde la parte trasera del coche y, cuando miro por el retrovisor, lo veo muy enfrascado con la chica que lo acompaña y que le está haciendo más que cosquillas por debajo del ombligo. La mirada chulesca y de invitación que me lanza a través del espejo retrovisor hace que me avergüence y a la vez me enfurezca.

Lo que él no sabe es que un grupo de fans desbocadas nos están siguiendo desde que salimos, y gracias a los semáforos en rojo cada vez están más cerca. Este niño necesita un pequeño escarmiento y parece que soy la elegida para dárselo.

Vamos por la avenida Diagonal y me posiciono en el carril de la derecha. Sin decir nada paro el coche con un fuerte frenazo.

Al girarme veo a los dos jovencuelos descolocados ante mi acción. Me giro hacia ellos:

—¡Por favor! ¡Métete la churra en los pantalones! —le digo con muy mala leche.

Me bajo del coche y voy hacia atrás, abro la puerta donde está la estrella del pop y de malas maneras lo arrastro hasta sacarlo del vehículo. Lo empujo de espaldas al Lexus y, sin ningún escrúpulo, miro hacia arriba, porque es alto de narices, y le digo cerca de su cara:

—¿Ves aquel montón de chicas que vienen gritando como locas hacia aquí? —Laurent, que así se llama el muchacho, se gira y asiente descompuesto—. Pues voy a dejarles que disfruten de su ídolo un ratito.

—¡Tía! ¿A ti qué te pasa? ¿Estás loca o qué? —Creo que empieza a entrar en pánico, las fans cada vez están más cerca.

—El que está loco eres tú si crees que voy a dejar que me faltes al respeto de esta manera. Yo soy chófer y ante todo una persona, no voy a tolerar ni un golpecito más a mi asiento y, sobre todo, las mamadas que te las haga en tu casa o donde te dé la gana, pero no en mi coche y menos en mi presencia.

—Vale, vale. Lo que tú digas, pero déjame entrar en el coche.

Cruzan una calle y en menos de un minuto estarán sobre nosotros. El grupo de jovencitas no deja de gritar el nombre de Laurent.

Hace el intento de entrar al coche, pero lo freno de nuevo.

—Se dice «por favor» —le digo mirándolo a los ojos muy tranquila.

—Por favor.

Bueno, no me ha convencido mucho, pero lo suficiente para que abra la puerta en un segundo y entre. Yo voy rápida hasta el lado del conductor, pero no puedo evitar que se echen sobre el coche una treintena de locas adolescentes y, aunque tiempo atrás me identifico bastante con ellas, ahora me toca estar al otro lado.

Poco a poco voy avanzando mientras golpean emocionadas el vehículo donde va su ídolo. Despacio, entro en el carril de la izquierda y consigo ponerme en circulación sin que nadie salga herido.

El viaje de vuelta a su casa resulta tranquilo, no se ha dirigido a mí en ningún momento y tampoco me ha golpeado el asiento. Parece que vamos progresando, aunque su cara de odio hacia mí no me ha pasado desapercibida.

Cruzamos la gran verja blanca que nos da acceso a su casa. Tras unos metros, me detengo frente a la puerta principal.

Como mi trabajo que es, me dirijo a abrir la puerta trasera para que salga la «estrella». Su mirada desafiante me hace esperar cualquier cosa.

—Date por despedida.

—¡Perfecto! ¿Dónde hay que firmar? —me cachondeo—. ¡Ah, no! Que es tu padre quien me ha contratado. Mejor me espero a que me lo diga él.

—Te lo dirá —sentencia.

Y yo con una sonrisa le respondo:

—Esperaré impaciente.

Se gira y sin darme las buenas noches desaparece junto con la chica.

Bueno, yo ya he cumplido con mi trabajo, que era traerlo a su casa; después de esto, con toda seguridad no volveré aquí, pero me da igual y hasta me siento liberada. Salgo de la casa en dirección a la mía, contenta a la vez que decepcionada; la verdad es que nunca me había pasado algo así.

El chico de moda en el panorama musical y número uno en todas las listas conocidas es nuestro nuevo cliente. Su padre se puso en contacto con nosotros para realizar las salidas oficiales que tenga que hacer el hijo en la provincia de Barcelona y, mira por dónde, me ha tocado a mí.

Normalmente nos dedicamos a ejecutivos y grandes multinacionales, pero el padre de Laurent fue a la universidad con mi hermano y terminaron la carrera juntos. Aunque pertenecían a mundos distintos, su amistad era buena y siempre han mantenido el contacto.

Yo estaba completamente loca por él, era amor real, tenía nueve o diez años y me parecía el hombre más guapo del mundo entero. Ni siquiera Johnny Depp le hacía sombra. Pero poco me duró el amor que profesaba por él ya que, al terminar la carrera, mi hermano fue testigo de su boda. Se casó muy joven, haciéndome despertar de mi enamoramiento. De este matrimonio tan prematuro nació Laurent, y con los años, por lo visto, dos hijas más. Toda esta información la tengo por mi hermano, que me lo cuenta sin saber que cada vez que habla de él de forma casual me clava un puñal en el corazón. Gracias a Dios que el paso de los años me hizo madurar y creer que eso solo eran cosas de niños, pero mi espinita está ahí clavada.

Mi hermano...

Cuando pienso en él mis demonios desaparecen. Por supuesto, es la persona a la que más quiero y quizá porque se lo ha ganado a pulso.

Carlos es diez años mayor que yo y siempre ha sido muy protector conmigo. Puede que también por la diferencia de edad discutíamos poco, hasta que tuvo que ejercer de padre. Cuando yo tenía once años, nuestros padres murieron en un accidente aéreo en África. Pertenecían a una ONG y una vez al año hacían una escapada de unas semanas para ayudar en temas humanitarios. Para mí supuso un duro golpe, pero quien se llevó la peor parte fue él. A punto de licenciarse en Económicas, tuvo que hacerse cargo de una casa con una niña preadolescente que no le puso las cosas nada fáciles.

Primero en el instituto fui una auténtica rebelde, y es que ¡todos los profesores me tenían manía!

Después en la universidad la cosa fue a peor, hasta que hice un clic que solo fue posible gracias a una amenaza de mi hermano. Me puso contra las cuerdas y reaccioné. Terminé la carrera con matrícula de honor en Turismo y Restauración.

Actualmente vivo en un pequeño pueblo cerca de Barcelona donde el mayor ruido lo producen un par de palomas manteniendo una conversación. Me gusta desconectar de la ciudad en cuanto puedo, no soy para nada urbanita y, teniendo en cuenta que siempre hemos vivido en la bella Barcelona, tiene su mérito.

Cuando mis padres murieron nos dejaron a mi hermano y a mí un gran ático en vía Augusta, donde vivíamos. Se hizo la venta del piso y nos mudamos cerca de nuestro único familiar en la ciudad, nuestra tía Carmen. El dinero sobrante se guardó para un futuro y es de donde salió la inversión que hicimos en nuestra empresa de coches de alquiler con chófer.

Nuestra flota actual de coches es solamente de tres: dos Mercedes Clase S y un Lexus RX450. Este último lo escogí para mí porque el Mercedes me parecía demasiado clásico. Con nosotros también trabaja Mario que, aunque no es socio, sí que se implica y preocupa como uno más.

Aparco el coche en la puerta de casa y justo suena el móvil. Es Carlos, mi hermano.

—Dime, *brothel* —le digo con acento cubano, contenta de escucharlo.

—Roxanne, mañana a las nueve en punto nos ha citado Biel. —De golpe mi corazón se acelera, primero porque es el padre de Laurent, y segundo porque era mi amor platónico. Hace tantos años que no lo veo que a lo mejor sufro un *shock*, para bien o para mal. Mi hermano, ajeno a mis pensamientos, continúa—: Cuando he hablado con él me ha parecido demasiado serio. ¿Ha pasado algo con su hijo?

«Joder, qué rápido ha sido el niño».

Pienso mi respuesta. Aunque mi hermano y yo somos socios, en esto no quiero que piense que he actuado mal.

—Mmm, bueno... Tuve que pararle los pies, se estaba pasando de la raya.

—Vale, pues mañana hablamos con él. Supongo que ese será uno de los temas.

Escucho de fondo cómo mi cuñada lo llama, informándolo de que ya está la cena.

—¿Quieres pasarte y cenas con nosotros?

Aunque vivimos a dos calles, declino la invitación.

—Hoy no, tete, estoy cansada. Nos vemos mañana. Y un beso a mi gordita.

Mi gordita es mi cuñada Lucía; está embarazada de ocho meses. Ella es el gran amor de mi hermano, se conocieron en el instituto y hasta ahora no se han separado. Cuando están juntos se ve que se aman, es algo que se nota tan solo en cómo se miran y eso, a mí, por supuesto, me parece maravilloso.

Yo soy otra historia. Por más que intentan convencerme de que eso es lo mejor de la vida, llego a la conclusión de que más vale sola...

Quizá no he encontrado a la persona que pueda demostrarme que estoy equivocada, pero por ahora no pienso compartir mi vida con nadie y por supuesto no quiero tener hijos. No me gustan los niños y menos aún los adolescentes como el que he tenido que aguantar esta tarde, así que vivo estupendamente en mi casa con mis dos gatos, Coco y Chanel. En realidad, ellos dos van por libre, empezaron desde pequeñitos a pasear por mi patio, como los veía tan delgaduchos me daban pena y cada día les ponía algo de leche y comida, hasta que se hicieron dueños de mi patio y de mi casa. Al principio no tuvieron más remedio que ir al veterinario y aguantar algún baño que otro, pero visto que siempre que llego aparecen por algún rincón, doy por hecho que nos queremos mutuamente.

Al entrar en mi casa respiro tranquilidad. Para mí es lo que llamamos hogar. Es pequeña, de tan

solo una planta, con dos habitaciones, pero tengo más que suficiente. La parcela es muy grande y con los años podría edificar algo más, aunque por ahora tengo más que de sobra.

Me descalzo al entrar en mi habitación, reviso si mis pequeños felinos tienen comida y bebida y tras esto decido hacerme algo de cenar. ¡Oh, sorpresa!, mi nevera hace eco. Me quedo un rato mirando como si por arte de magia pudiera aparecer un pollo asado o unos espaguetis a la carbonara, pero no, todo sigue igual, así que me decanto por lo único que hay: un sándwich de jamón dulce y queso.

Reconozco que soy un ama de casa nefasta. Para mí el hecho de freír un huevo tendría que catalogarse como trabajo de riesgo. No veas cómo salta el aceite sin piedad. Por ello, los huevos fritos solo los como cuando viene mi tía Carmen a poner orden en mi cocina.

Mi sándwich y sentarme en el sofá a ver una de mis series favoritas es lo que necesito para desconectar y, nada mejor que *The Walking Dead* con el atractivo Norman Reedus para hacerlo.

¡Otra vez! He vuelto a quedarme dormida en el sofá y encima voy tarde, pero el hecho de que sean las ocho de la mañana y aún sea de noche, no ayuda mucho. ¡Cómo odio el invierno!

Me ducho con rapidez y, en mi afán de estar estupenda para ver a mi amor platónico de la infancia, me cambio como unas diez veces. Al final opto por unos pantalones pitillo con botines de tacón y camiseta gris suave con amplio cuello de pico. Seco mi melena lo más rápido que puedo dándome cuenta de que las mechas de prueba que me hizo mi amiga Maica me dejan el pelo demasiado rubio y, siendo mi cabello castaño, ahora se ve más rubio que otra cosa. Al menos tengo que agradecerle que no me pidiera teñirlas de azul, porque seguramente lo habría hecho; es mi amiga desde que tengo uso de razón, así que más que amiga la considero como mi hermana.

Puntual como un reloj, Carlos me recoge en la puerta de casa y por el camino me pone al día:

—Biel tiene una empresa muy importante dentro del mundo financiero, por lo visto es una de las consultorías más importantes de nuestro país. Tiene clientes por toda Europa. —Trago saliva, el hecho de volver a verlo me pone nerviosa, así que para que se me pase, intento convencerme de que estará hecho un adefesio. Tiene la misma edad de mi hermano, treinta y ocho, y es posible que la vida no lo haya tratado tan bien como a Carlos, que está hecho un chaval—. Su empresa factura muchísimo dinero y, por lo que hablé con él, le interesa tener nuestros vehículos disponibles para los clientes que asiduamente vienen aquí.

—Carlos, dijimos que nada de exclusividad a ninguna empresa.

—Hermanita, solo serán siete de nuestros diez coches. —Sonríe de forma descarada, esperando mi reacción.

—¿De dónde te has sacado los otros siete? —le pregunto sorprendida.

—Uno de los temas que venimos a tratar es ese. Me comentó por teléfono que quería disponer libremente de siete u ocho vehículos, así que su empresa se hace cargo de los coches y nosotros solo facturamos por el trabajo realizado. De todas formas, nos reunimos con él porque le dije que tú eras la otra mitad.

—Bueno, por eso y...

Pienso que, tras mi reacción de ayer con su hijo a lo mejor cambia de opinión, así que le explico a mi hermano con pelos y señales todo lo ocurrido con Laurent.

—No te preocupes, yo posiblemente lo habría tirado con el coche en marcha.

Nos reímos mientras veo que se detiene frente a una verja y llama a un interfono que queda a nuestra izquierda. Es la misma casa, pero entramos por otra puerta que yo no sabía ni que existía. Como mi cara de curiosidad no debe tener desperdicio, mi hermano me explica:

—Desde su divorcio trajo aquí su empresa para poder estar cerca de sus hijos.

¡Está divorciado! Esto sí que no me lo esperaba. Intentando disimular mi sorpresa, le pregunto:

—¿Se quedó él con la custodia total?

—No le quedó más remedio, ella los abandonó a todos. —Incrédula y deseosa de preguntar más, abro la boca, pero mi hermano me corta con rapidez—. No sé nada más. Son temas personales donde yo no entro.

¡Jodeer! Es en estos momentos cuando desearía tener un hermano cotilla. Normalmente me importaría una mierda, pero es que ¡es Biel! Y por su culpa han vuelto a mí todos los sentimientos de hace muchos años. Es algo que recuerdo con cariño. Hasta que apareció en escena Brigitte, una chica francesa que solo vi en las fotos de boda que mi hermano tenía de ese día donde mi pequeño

corazón se partió y juré no enamorarme nunca.

Es curioso, aunque tan solo tenía doce años cuando se casó, parece que lo he mantenido, nunca he dejado que nadie se acerque lo suficiente como para hacerme daño.

Dejamos el coche en un *parking* que hay para unos diez aparcamientos y avanzamos sobre un camino de baldosas rodeado de un césped bien cuidado. Esta parte de la casa respeta el estilo de construcción moderna que mantiene la entrada principal. Unas puertas automáticas acristaladas nos dan la bienvenida, abriéndose a nuestra llegada. Nada más entrar aparece de la nada una mujer de unos cuarenta años, que con una simpatía y educación exquisita nos recibe e informa de que Biel está esperándonos. Se presenta como Aurora. Es morena, con el pelo muy corto, y viste muy elegante. Es de esas mujeres a las que el pelo corto y los trajes de chaqueta parece que los diseñaron para ellas. Nos acompaña por un amplio pasillo que nos lleva a una puerta doble de roble que abre y nos cede el paso.

Camino detrás de mi hermano y, mientras le doy las gracias a Aurora, no soy consciente de que Carlos se ha parado en seco para saludar a Biel. Giro la cabeza, dándome de bruces contra su dura y amplia espalda, eso me produce un fuerte golpe en la nariz que hace que se me salten las lágrimas. Cierro los ojos y me tapo la cara mientras maldigo en general a todo lo que se menea.

Mientras escucho que mi hermano no para de disculparse, noto una mano que me rodea la cintura, guiándome a una silla cercana. Esa mano, ese agradable aroma, la voz que me guía e insta a sentarme y la forma en que mi cuerpo reacciona solo puede ser debido una persona. A mi amor secreto, Biel.

Me limpio las lágrimas y veo a un borroso Biel en cuclillas frente a mí. Debo estar preciosa con toda la máscara de pestañas corrida por la cara.

—¿Mejor?

Su pregunta, formulada de una manera tan dulce, me hace sonreír y asentir como una boba mientras cojo el pañuelo que está ofreciéndome. Tras unos pestañeos a toda velocidad ya lo veo bien y frente a frente. Tengo que decir que sigue siendo el Biel que recordaba. Ahora es un adulto que conserva esa mirada de ojos negros tan profunda que me hacía estremecer. Al sonreírme vuelvo a ver esos hoyuelos que me volvían loca. Nos mantenemos mirándonos unos segundos que me alejan de todo.

—Vaya, ¿así que tú eres la pequeña pecosa?

Esa pregunta me hace sonreír más abiertamente y recordar los tiempos del Biel adolescente que no paraba de hacerme rabiar llamándome «pecosa». Como si fuera una niña pequeña le contesto:

—Ya casi no tengo, ¿has visto?

Sin darme cuenta me acerco demasiado a su cara para mostrarle la mía, quedándome a unos centímetros. Sus ojos van directos a mi boca y siento un escalofrío seguido de un calor insoportable.

Sube su mirada hasta mis ojos, ya completamente abiertos, aunque algo humedecidos aún, y dice:

—Lo que no has perdido es el bonito azul de tus ojos.

—Ejem, ejem.

Mi hermano, algo molesto, rompe este momento, y rápidamente Biel se pone de pie girándose y rodeando su mesa hasta sentarse frente a nosotros.

Tras mi rápido escaneo tengo que decir que ¡es un puto adonis! ¡Adiós a mis esperanzas de que fuera un vejstorio!

Emana masculinidad por los cuatro costados y su cuerpo de complexión fuerte y musculado me hace saber que se cuida. Vamos, que si está en el mercado no debe pasar mucha hambre.

Comenzamos nuestra reunión y, aunque intento concentrarme, no puedo. Sus gestos, sus manos, la sonrisa que luce rodeada con barba de tres días... Lo tengo decidido, este hombre ha vuelto a mi vida y va a ser mío, aunque solo sea por una noche, o por dos. Y quien dice dos...

—¿Verdad, Roxanne?

¿Qué? ¿Me están hablando a mí? ¡Mierda! ¡Tengo que decir algo y no sé de lo que hablan!

—Mmmm, sí, sí, claro —digo para salir del paso.

Mi hermano me mira y pone cara de no entender mi respuesta, pero se gira y continúa hablando con Biel. Uf, salvada.

Una vez aclarados los temas de nuestro acuerdo, en el que es muy beneficioso poder fusionar parte de nuestra empresa con él, Aurora deja sobre la mesa el contrato redactado.

—Hay un tema del que no hemos hablado, pero es necesario dejarlo claro antes de la firma. — Biel se reclina en su silla y parece incómodo, pero continúa hablando serio y algo tajante—. Por supuesto antes de firmar ningún documento tenéis que despedir a la persona que llevó a mi hijo ayer al estudio. Lo puso en peligro y no pienso tolerar algo así.

Mi hermano y yo nos miramos sorprendidos. Biel sabe que, si no firmamos, estamos prácticamente en la ruina. Cuando me dispongo a hablar, Carlos se adelanta:

—Me temo que eso no va a ser posible.

Como un hombre acostumbrado a que todas sus órdenes se cumplan, Biel se sorprende ante esa respuesta.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque a esa persona la tienes delante de ti.

Biel da por hecho que se trata de Carlos, por lo visto Laurent no le ha dicho que fui yo. Aprieta la mandíbula con rabia antes de decir:

—Esto lo cambia todo. No sabía que te gustaba ir acojonando a niños en tu trabajo.

Carlos, por el contrario, no se amilana y le contesta en el mismo tono:

—Y yo no sabía que el «niño» fuese un malcriado.

Se miran amenazantes unos segundos hasta que decido intervenir.

—¡Fui yo quien llevó a tu hijo ayer!

—No tienes que decir nada, Roxanne. —Carlos está enfadado, pero no conmigo. Biel se sorprende y no para de mirarnos a uno y luego a otro—. Si no te gusta nuestra forma de trabajar, no hay trato.

—¡Por supuesto que no hay trato!

Mi hermano asiente, se levanta y se da media vuelta mientras me insta a salir delante de él.

Qué situación más violenta. Carlos no aguanta a la gente que utiliza su poder de la forma en que lo ha hecho Biel y el problema es que no han hablado del motivo por el que pasó todo. Uno por defender a su hijo, y mi querido hermano a mí.

Vamos en el coche y Carlos no ha dicho nada. Está dándole vueltas a la cabeza, seguramente pensando lo mismo que yo: que era una oportunidad de oro para lanzar nuestra empresa y poder ir desahogados de las deudas que ahora mismo nos aprietan bastante.

—Tete, no te agobies, hablaré con él y...

—No hablarás con él. Si se cree con el poder absoluto de hacer lo que le dé la gana, en nuestra empresa está muy equivocado. Eras tú, pero podría haber sido otra persona. Que mire lo que tiene en casa y que actúe en consecuencia.

Y dicho esto dejamos el tema. Lo conozco y sé que le ha dolido mucho que su amigo actuara de esa forma, así que decido no insistir.

El día ha pasado como otro cualquiera, recogiendo a un alto ejecutivo del aeropuerto, llevándolo

a su punto de encuentro para las reuniones que haya venido a tratar y dejándolo a última hora del día donde lo he recogido. Hay algunos clientes que ya me conocen, pero a otros les sorprende que sea una mujer, así que también estoy acostumbrada a que intenten tirarme la caña. Normalmente actúo con mano izquierda, pero en algún caso he tenido que sacar la mala leche a pasear y ponerlos en su sitio. Por ahora no he tenido problema e incluso me han pedido perdón.

Sé que este no es el trabajo de mi vida, mi ilusión es poder dirigir un hotel, comprar un edificio antiguo y reconstruirlo a mi gusto hasta ponerlo en marcha. Pero de aquí a que eso suceda, levantaré esta empresa con mi hermano hasta que sea solvente.

Hoy es jueves y mi tía Carmen está en mi casa. Hemos quedado para cenar todos juntos con mi hermano y mi cuñada. Nuestra tía se acerca a vernos una vez cada poco y se queda a dormir conmigo, así que con lo tarde que es, estarán esperándome para cenar.

Abro la puerta y en segundos aparece mi pequeña y menuda tía. Me abraza y besuquea como si hiciera años que no nos vemos, aunque haya sido hace dos meses.

—¡Ay, mi niña, qué secucha estás!

—Tita, peso sesenta kilos —le informo resignada, sabiendo que ninguna respuesta le valdrá.

—¿Solo pesas eso con lo alta que eres? —me dice, espantada—. Tienes que comer más. Anda, termina de poner la mesa que la cena ya está lista.

—¿Ya ha llegado Carlos?

—Sí. Está en el porche con Lucía.

Voy a la parte trasera de la casa, que es donde hice un porche cubierto. El cerramiento está hecho de madera y de unas amplias ventanas. La chimenea de leña, que ahora mismo está encendida, le da un aire muy acogedor. Antes de entrar dejo el abrigo sobre el sofá del salón y sin querer escucho la conversación de mi hermano con mi cuñada.

—¿Y qué vamos a hacer? Como sigas poniendo dinero de nuestros ahorros para la empresa, cuando nazca el bebé no tendremos nada —dice una triste Lucía.

—Encontraré la solución, ¿vale? No te preocupes. —Justo al entrar veo cómo le da un beso en la frente con tanto amor que me parto en dos. En ese instante un pensamiento pasa fugaz por mi mente y sé lo que tengo que hacer.

Yo no llevo la contabilidad de la empresa, así que no tenía ni idea de esa parte.

—Parejita, ¿qué tal?

De pronto dos caras sonrientes me miran y me dejan ver que no van a compartir los problemas conmigo, dándome solo sus caras amables.

—¡Que voy! ¡Cuidado, Roxanne!

Es mi tía todoterreno con una bandeja recién salida del horno con un olorcito que hace que mi estómago se rebele. Es su receta secreta de cordero tiernísimo con patatas, y dicho así parece muy sencillo, pero cuando lo pruebas no puedes dejar de comer. Su sabor es increíble.

Voy a la cocina y cojo una botella de buen vino que solo sacamos cuando nos juntamos los cuatro, y no suele ser muy a menudo, así que disfrutamos de una cena amena donde el protagonista es el que aún no ha nacido.

Nuestra tía Carmen es la que más disfruta proponiendo nombres que le podrían poner al pequeño, aunque creo que ellos lo tienen muy claro. Se llamará Javier, como mi padre, así que entre nosotros ya lo llamamos Xavi.

—Carlos, ve a buscar el postre que está sobre el mármol de la cocina.

Mmmm solo de pensar se me hace la boca agua.

—Espera, tete, ya voy yo.

Cuando me aproximo veo todos los móviles sobre una bandeja que hay en un rincón, es

obligado para cenar en familia, así que rápidamente cojo el de mi hermano y me grabo en el mío el número de Biel.

Me aproximo adonde me ha dicho mi tía y destapo la bandeja para ver un gran *brownie* de chocolate.

—Tita, no me digas que ahora también haces repostería.

—Llevo tres meses en un curso y no veas lo que he aprendido. Probad, ya veréis lo bueno que está.

La miro y me doy cuenta de lo maravillosa que es. Su aspecto menudo da la impresión de una personita débil, pero nada más lejos de la realidad. Durante su juventud tuvo la mala suerte de enamorarse de un hombre posesivo y absorbente, así que cuando logró vencer el miedo que le provocaba, lo puso de patitas en la calle, saliendo adelante ella solita. Todo esto quizá no habría sido posible si no hubiera tenido unos sobrinos que se quedaron huérfanos de un día para otro, no siendo del agrado del susodicho tener que estar pendiente de nosotros. Así que cuando su paciencia se acabó, decidió tomar partido por su familia. Es la hermana mayor de mi padre y hasta el día de hoy ha sido nuestra hada madrina. Nunca nos ha sobreprotegido, siempre ha estado en la sombra haciendo que nuestra vida fuera un poco más fácil, apareciendo solo en los momentos más difíciles.

—Creo que tienes un fan, a alguien le encanta tu *brownie* —dice Lucía tocándose la barriga.

—¿Veis? Ya me quiere y aún no ha salido a esta vida.

—Eso no lo dudes —añade mi hermano, dándole un beso en la mejilla.

A mi tía se le pone la cara esa de tontilla a punto de llorar porque su niño le ha dado un beso. Y es que siempre he sabido que mi hermano es su preferido. No es que se le note mucho porque intenta disimularlo, pero siempre ha sido así y tampoco me molesta. Carlos se hace querer y eso no se puede remediar.

—Bueno, preciosas, nosotros nos vamos, que mañana hay que madrugar —dice Carlos levantándose.

Nos despedimos y, mientras acabamos de recoger la cocina, mi tía empieza con su interrogatorio personal:

—¿Y dónde está ese chico especial?

Me quedo parada y abro los ojos para decir:

—¿Qué chico especial?

—Pues el tuyo.

—Tita, sabes que no tengo a nadie especial.

—No me creo que con lo guapísima que eres no haya nadie que te tire los tejos. Me los tiran a mí en la asociación de vejestorios a la que voy, así que tú los debes tener por docenas.

Me río imaginando a mi tía poniendo en su sitio a más de uno.

—Pues por ahora no hay nadie especial.

—Pero tendrás a alguien con quien desahogarte, ¿no? —Su cara de preocupación me hace estallar en una carcajada.

No puedo parar de reír a la vez que me pongo roja como un tomate.

—¡Titaaaaa! —exclamo sorprendida cuando puedo hablar.

—Hija, no se dé qué te sorprendes. Hoy en día es de lo más normal, no como en mis tiempos, que por menos de nada eras la más puta del pueblo sin haberlo catado. Que yo sepa aún no nos has presentado a nadie y, cariño mío, no me gustaría dejar este mundo sin verte enamorada y feliz como está tu hermano.

—Ay, no digas eso, Carmela. —Pienso en perderla y me pongo mala—. Sí, tengo a alguien de

vez en cuando, pero nada serio.

Pienso en Iván, mi entrenador en el gimnasio. Un chico duro y musculado con el que a veces quedo, nos tomamos algo y lo que se encarte, pero desde luego no es el hombre de mi vida.

Mi tía sonríe melancólica.

—Aún me acuerdo de cuando eras niña, del amigo de tu hermano, de ese sí que estabas enamorada. Por cierto, ¿qué fue de aquel muchacho? Sé que se casó muy joven, pero nada más.

Vaya, qué casualidad, justo hoy me pregunta por él. De pronto me da un pellizco en el estómago al pensar en que lo voy a llamar.

—Pues vive muy cerca de aquí, en Bellaterra. Hoy hemos estado con él hablando de negocios.

—¡Anda! ¿Y cómo está? —Su cara se ilumina—. ¿Sigue siendo ese guapetón del que te enamoraste?

—Pues no. —Su cara denota decepción hasta que le digo—. Guapetón, no, ¡es un putito dios griego!; Está bueno, no, lo siguiente!

Ahora es ella la que se ríe a gusto y yo la acompaño.

—Vaya, hija. La pena es que está casado.

—Qué va, tita, está divorciado. —Pienso que podría haberme dado un puntito en la boca, pero ya es demasiado tarde.

—Pues ya sabes...

—Uy, no, peor aún, tiene tres hijos. Y ya sabes que los niños y yo no nos llevamos muy bien.

—Pero, Roxanne, si él te gusta eso no es problema.

—Es que no sé si me gusta —intento zanjar el tema—. Eso fue algo de mi niñez y ahora ya no soy una niña.

—Bueno, pues ya me informarás, porque la cara se te ha iluminado mientras hablabas de él, así que algo sí que te gusta.

—¿Nos vamos a la cama? —le pregunto sonriendo.

—¡Perfecto! Porque esto de cocinar toda la tarde cansa mucho.

Entre risas y achuchones mi tía se va a la habitación destinada a sus noches en mi casa, no sin antes advertirles a Coco y Chanel que pueden entrar, pero no subirse en su cama.

Miro el reloj y, aunque son las diez de la noche, hago lo que vengo dándole vueltas desde que he llegado. Busco el número y llamo. Mi corazón va a doscientos, pero tengo que hacerlo. Contesta rápido, así que no me da tiempo a pensar:

—¿Sí? —No hay duda de que es él.

—Hola, Biel. Soy Roxanne.

Se hace un silencio.

—Dime. —Su voz seca y tajante no me lo pone muy fácil.

—Me gustaría hablar contigo.

—Pues habla.

—Quiero decir que me gustaría verte y hablar cara a cara.

Otro silencio. Me está poniendo de los nervios.

—Creo que hoy ha quedado todo bastante claro.

—En realidad soy yo la que quiere verte, no tiene nada que ver con mi hermano. De hecho, no quiero que se entere.

—Ah.

Bien, parece que lo he descolocado.

—Me gustaría que quedáramos mañana.

—Vale, espera un momento. —Escucho cómo manipula el móvil y me dice—: Mañana sobre las

doce tengo dos horas libres, si quieres quedamos en la oficina.

Pienso rápidamente las salidas de mañana, así que le respondo:

—Perfecto, a las doce estaré allí.

—Hasta mañana.

—Adiós.

Cuando cuelgo pienso en lo que voy a hacer y estoy muy decidida. No voy a dejar escapar esta oportunidad porque mi hermano y nuestra empresa lo necesitan y, si es necesario, le rogaré, cosa que se me da fatal porque no estoy acostumbrada a hacerlo. Supongo que en estos casos hay que hacer un esfuerzo.

Pasada la mañana de caravana, de estrés por no llegar a las horas pactadas y demás situaciones surrealistas, me encamino a casa de Biel un poco más tarde de lo que habíamos quedado. Necesito relajarme, así que respiro hondo unas cuantas veces en el coche.

Justo al pasar por la puerta acristalada, me fijo en que llevo las botas manchadas de barro. Con el día que he tenido hoy es lo mejor que podía pasarme, así que entro ensimismada en mi mancha hasta que mi cuerpo choca con un muro.

—¡Ay! —Aunque es el susto más que el golpe, me doy cuenta de que el muro es el cuerpo de Biel. Parece que no hay forma de entrar en esta casa sin chocarme con alguien. Su cuerpo no se ha desplazado ni un milímetro hacia atrás y su gélida mirada me dice que el día no mejora.

—Llegas tarde.

—Lo sé.

Mi respuesta del mismo tono borde que el suyo no es lo mejor para empezar con lo que he venido a pedirle, pero es que yo tampoco estoy de muy buen humor. Así que mientras avanzamos hasta su despacho me relajo mentalmente.

Cuando se sitúa frente a mí, detrás de su gran mesa, me mira y después a la silla con una expresión que no hace falta que hable. Me siento sin decir nada.

—¿Has comido?

Su pregunta me descoloca.

—¿Perdona?

—Es igual, déjalo.

Coge el teléfono de su mesa y, cuando descuelgan, habla con su secretaria.

—Aurora, por favor, llama a Antonia y pide dos menús. Comeremos en mi despacho. Gracias.

Vaya, qué atento. Doy por hecho que el otro menú es para mí y, aunque tengo de todo menos hambre, prefiero callarme.

Su mirada penetrante y su semblante serio me hacen sentir pequeña, pero sabiendo que ahora eso no me vale, me envalentono y empiezo con la retahíla de cosas que quiero hablar con él.

—He venido para pedirte que consideres la oferta que nos hiciste —intento hablar lo más rápido que puedo para soltarlo todo de una vez, pero él me interrumpe.

—No fui yo quien zanjó el tema.

—¿Me dejas que hable? —Mi tono, que sin querer parece algo amenazante, hace que sus ojos se entrecierren y su expresión me dice que eso no es bueno, pero para mi sorpresa, con sus manos hace un gesto para que continúe—. Si he venido es porque estoy dispuesta a pedirle perdón a tu hijo y hacer lo que haga falta para que nuestra empresa prospere, y eso ahora mismo solo es posible si hacemos esa fusión como la planteaste.

Me observa sin decir nada, tiene su mirada tan clavada en mí que me pone nerviosa, me siento vulnerable y eso no me gusta. Presiento que como sea un no, lloraré como una niña pequeña.

Por fin, tras un suspiro me dice:

—¿Has dicho lo que haga falta? —Abro los ojos sorprendida y él se da cuenta de mi pensamiento, así que con rapidez rectifica—: ¡Oh, no me malinterpretes! Me refería siempre a la parte laboral. —Asiento y creo ver el intento de una pequeña sonrisa—. Jamás pensaría en ti de otro modo.

Ahora no sé si alegrarme o no. Tampoco estoy tan mal. De hecho, creo que soy bastante guapa,

o eso me han dicho, pero Biel acaba de tirar por tierra todos esos pensamientos.

Llaman a la puerta y entra Aurora seguida de otro hombre que lleva en una bandeja la comida. ¡Vaya rapidez!

Miro interrogante a Biel, que parece leerme el pensamiento.

—Tenemos una gran cocinera en la casa.

Se dirigen a una mesa rectangular que hay a nuestra izquierda, y en unos segundos preparan sobre dos salvamanteles de papel lo que traían en la bolsa.

Aurora mira a Biel con una sonrisa indicándole que está preparado mientras que él se gira hacia mí.

—Me he permitido escoger por ti.

Asiento sin decir nada y me levanto para ir hacia la mesa.

—¿Qué quieres beber? —Esta vez es Aurora la que se dirige a mí. Veo una botella de vino y otra de agua sobre la mesa, pero yo no puedo beber alcohol mientras trabajo y el agua tampoco es lo mío, así que me arriesgo.

—¿Es posible Coca-Cola Zero?

Ella asiente, no sin antes mirarme de una forma extraña, como de desconfianza.

Nos sentamos frente a frente e inspecciono el menú.

—Salteado de verduras y solomillo de ternera. ¿Te gusta?

—Sí, el problema es que no tengo hambre.

—Pues come, que estás muy delgada.

Ese comentario hace que me sonroje. ¿Este chico no me ha visto el culo? No, claro que no, «él nunca me miraría de ese modo». Pues todo lo que como, muy a mi pesar parece que solo tiene un destino, ¡mi culo!

De nuevo aparece Aurora con mi Coca Cola, la deja sobre la mesa y con suma amabilidad abre la lata y la pone frente a mí.

—Gracias, Aurora; si quieres ve a comer y vuelve a las cinco en punto, hoy tenemos conferencia con Hamburgo y te necesito.

—Sí, no me olvido. Hasta luego.

Biel es tan correcto hablando que parece que esté leyendo el guion de don Perfecto.

Aun así, cuando habla con Aurora lo hace con una sonrisa, eso me hace pensar que mantienen una buena relación y no pienso más allá, no me interesa.

Comemos en silencio hasta que me pregunta:

—¿Estás casada o tienes alguna relación estable?

Este hombre no deja de asombrarme con sus preguntas.

—¿Es necesario que te informe de mi vida privada? —le digo un poco molesta.

—Para lo que quiero proponerte, sí.

Sin querer se me escapa una carcajada, pero parece que a él no le hace mucha gracia. Espera serio a que le responda.

—No, no estoy casada, y no tengo una relación estable.

—Vale, entonces quiero proponerte lo siguiente: aparte de mi hijo Laurent, tengo dos hijas de ocho años. —Uy, ya vamos mal—. Necesito a alguien que esté a tiempo completo con ellas. Por desgracia, nuestra *nanny*, por motivos personales ha tenido que salir de viaje a su país y no regresará hasta dentro de unos meses. Tu trabajo consistiría en dejarlas y recogerlas del colegio y estar con ellas hasta que yo llegue. Ayudarlas con los deberes y poca cosa más. —No doy crédito a lo que escucho, ¿me está diciendo que me quiere de niñera?—. A cambio de eso, nuestro trato seguirá en pie, pero por supuesto todo esto no empezará hasta que le pidas perdón a Laurent.

Pienso, pienso y valoro la situación. Unos meses aguantando a dos mocosas parece que vale la pena a cambio de que nuestra empresa remonte. Parece un buen trato, sin olvidar que tengo que pedirle perdón al niño también.

Su gesto me hace saber que está esperando una respuesta. Le lanzo una de mis peores miradas, pero no parece afectarle. Se nota que le gusta manejar la situación, aunque este no sabe que a mí también.

—Vale, siempre y cuando no le digas a mi hermano que hemos mantenido esta conversación. Solo coméntale que lo has pensado mejor y que tenía razón, y por supuesto tampoco le digas que le he pedido perdón a tu hijo.

—Te recuerdo que es a ti a la que le estoy haciendo un favor.

—Sí, pero te informo de que soy licenciada en Turismo y Restauración, con un máster en Administración y Dirección de Empresas, así que comprenderás que, para mí, supone un gran sacrificio hacer de niñera los próximos meses.

Sonríe y se me para el corazón. Continúa comiendo sin decir nada. Eso me da a entender que el trato está hecho.

Cuando terminamos de comer, llama a su hijo. Le dice de una forma imperativa que en diez minutos lo quiere en su despacho. Como la oficina está contigua a la casa, es seguro que en nada tendré frente a mí al pequeño tirano.

El chico larguirucho aparece y su forma de dirigirse a su padre no tiene nada que ver con la del muchacho que llevaba en la parte trasera de mi coche. Con sumo respeto espera a que Biel se dirija a él:

—Laurent, quiero presentarte formalmente a Roxanne. —Este asiente y me ofrece la mano como si fuera el creador de los buenos modales—. Roxanne quiere decirte algo.

Yo respiro profundamente y asiento antes de decir:

—Quiero pedirte perdón por mi forma de actuar el otro día, siento... —siento que te cagaras en los calzoncillos y que te merecieras lo que te hice. No, eso no puedo decírselo, aunque creo que mi cara no puede disimularlo— que te sintieras intimidado. No volverá a pasar.

Veo por el rabillo del ojo cómo Biel se gira y vuelve a su sillón, eso da pie a que una sonrisilla se escape bajo la nariz de Laurent, haciéndolo sentirse poderoso. Y yo a mi vez le lanzo una mirada llena de ira que dura poco, ya que noto la mirada de Biel sobre mí.

—Laurent, ahora explícanos qué fue lo que desencadenó que ella te pusiera en peligro de esa forma.

—¡Venga, hombre!, ¡solo fue un pequeño escarmiento, no lo puse en peligro! —exclamo con signos de enfado.

—No te alteres, Roxanne, te recuerdo que estoy hablando con mi hijo. —Un Biel amenazante me hace callar sin levantar el tono de su voz. Cómo odio a los tíos prepotentes con el sentido de la razón en todo momento.

Bajando la cabeza como un corderito asustado, Laurent dice:

—Por lo visto le molestaba que estuviera besándome con Xenia. —Toso y muevo mi cabeza, mirándolo fijamente, alucinando por lo que está diciendo—. Tras avisarme varias veces, y como no hice caso, se enfadó y eso hizo que casi me destrozaran unas fans que llegaron hasta nosotros.

Vale, al menos ha dicho algo que es verdad: lo avisé varias veces.

Yo no digo nada, parece que si digo lo que realmente le estaba haciendo Xenia a dos palmos de mi espalda, lo pagará caro, así que prefiero callarme.

Intentando zanjar el tema.

—Te lo repito, Laurent, siento lo que pasó.

Él levanta la cabeza y me mira, pero su gesto ahora es de agradecimiento.

—Acepto tus disculpas.

Y no aguantando más esta situación me giro hacia la mesa de Biel y poniendo las manos sobre la mesa frente a él le digo:

—Me voy. Ahora te toca a ti.

Y sin decir nada más, me giro para irme.

—Aún no hemos terminado.

—Yo por hoy ya he tenido bastante. —Cojo mi bolso para irme.

—Pues yo no. —Su tono de voz vuelve a ser autoritario. Unos años atrás me habría amedrentado, pero a estas alturas ya no lo consigue nadie.

—Tú dirás, porque no tengo todo el día.

Cambia el gesto a estupefacto. Miro de reojo a Laurent y parece una fotocopia de su padre, solo que este parece que está disfrutando de lo lindo con la conversación.

—El lunes te espero a las siete en mi casa.

Ahora la que se sorprende soy.

—¿De la mañana?! —exclamo.

—Es bastante obvio que las niñas no van a empezar el colegio por la tarde.

—Pero ¿no empiezan a las nueve, como todo el mundo?

—No, empiezan a las ocho, y su hora de salida es a las dieciocho horas, pero antes, me gustaría ponerte al día de todas tus tareas.

—Vale —siseo de mala gana—. Hasta el lunes.

Su mirada y su casi sonrisa intentan decirme algo que no sé lo que es. Quizá un «gracias». No acierto a leer lo que me dicen sus ojos.

Ahora sí que me voy, no vaya a ser que al final tenga que quedarme a dormir aquí.

Al salir me cruzo con alguien a quien no conozco. Ninguna de las dos nos detenemos, solo nos miramos al pasar y, mientras lo hacemos, noto que los puñales que le envíe con mi mirada son correspondidos. Si está aquí es porque conoce a Biel, eso está claro, así que ahora mismo tengo la necesidad de pensar que él es mío o lo será muy pronto, y por mi mente cruza un pensamiento que más bien es un reto.

Llevo una tarde que estoy que boto, así que cuando dejo a nuestro último cliente en el aeropuerto me voy directa al gimnasio. No sé si ha sido por estar con él o por lo que me espera en estos meses.

Al entrar me doy de bruces con mi entrenador, Iván.

—Vaya, parece que últimamente es muy difícil verte.

Parada frente a él le sonrío y solo con eso sé que es mío. No es jugar limpio, lo sé, pero con él lo tengo muy fácil.

—Pues aquí me tienes.

—Anda, ve a cambiarte. Hoy voy a hacerte sudar.

Me río y prefiero no contestarle.

Ya en el vestuario me pongo unas mallas, camiseta de tirantes, y me enrolló vendas en las manos para así reforzar los nudillos y muñecas.

Una vez dentro, empezamos y sigo las instrucciones de Iván. Hacemos sombras, que es como se le llama al calentamiento en el boxeo. Tras esto, comba, manoplas y por último me acerco al saco y sudo de lo lindo.

—Te lo he dicho —dice Iván abrazando el saco que acabo de dejar, mirándome de una forma muy sensual.

—Pues por hoy ya he tenido bastante. —Le sonrío a la vez que le doy a entender que hoy no pasará nada más.

Cuando llego al vestuario me desnudo y veo cómo sale una chica, estoy sola. Por la hora que es, prácticamente ya no queda casi nadie en el gimnasio. Dejo que caiga el agua sobre mí y un suspiro de placer se me escapa, estoy agotada. Mi mente piensa en Biel, en cómo me miran sus profundos ojos, en sus gestos, su forma de hablar...

—Realmente preciosa.

Me asusto, pero al segundo me doy cuenta de que solo podía ser Iván. Su mano acaricia mi culo muy despacio. Me giro hasta tenerlo frente a mí, desnudo completamente y preparadísimo para algo para lo que yo no lo estoy.

—Iván, sabes que no me gusta que hagas esto.

—No hay nadie, ya he cerrado las puertas y estamos solos en toda la nave.

Lo miro de arriba abajo, su cuerpo es puro músculo, se cuida mucho y hasta es guapo, pero le falta algo que me frena a tener algo más con él, y es que accede a todo lo que le pido. No es que eso esté mal, es que a veces pienso que le falta un poco de personalidad, de carácter. Vamos, que no es mi media naranja.

—No va a pasar nada ahora mismo. Estoy cansada y quiero irme a casa.

Me mira y sonrío, pensando que no se lo digo de verdad.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes las tetas más bonitas que he visto nunca?

Pongo cara de fastidio.

—Sí, todas las veces que nos hemos visto. Iván, por favor, hoy no.

—Vale. —Levanta las manos a modo de rendición apartándose unos pasos hacia atrás, pero insiste—. ¿Quedamos para cenar?

—Mejor otro día, ¿vale?

Asiente con la cabeza y se da media vuelta.

¿Cómo voy a quedar con él si en mi pensamiento solo hay una persona? Mi mente y mi cuerpo se reaniman al pensar en él, en Biel. Además, sé perfectamente cómo acaban nuestras cenas. Puede que le haya sentado mal, pero seguro que esta noche no duerme solo.

Cuando entro en casa, lo primero que hago es llamar a mi hermano y explicarle mi conversación con Biel. He llegado a la conclusión de que no puedo ocultárselo. Al principio no le ha parecido muy bien, me ha pegado un poco de bronca por haberlo hecho sin consultarle, pero sabe que es lo mejor para todos, tenemos que contratar a más chóferes y también a otra persona que nos lleve el tema administrativo, porque Lucía con la llegada del bebé no podrá atenderlo todo. Así que después de un rato, cuando escucho su voz esperanzada y contenta, me voy a dormir sabiendo que mi decisión y mi sacrificio valdrán la pena.

Hoy es mi primer día como chófer/niñera y, aparte de dormida, voy un poco nerviosa. Mi trabajo consistirá únicamente en estar al cuidado de las pequeñas, así que mientras están en el colegio tengo tiempo libre, a no ser que el «gran señor», o sea, Biel, tenga otra cosa que mandarme. Solo será hasta junio, ya que la niñera volverá para cuando las niñas terminen el curso.

Llego hasta la puerta de la casa y paso por un detector la tarjeta que me dieron. La verja se abre y aparco el coche cerca de la entrada principal de la casa.

Llamo al timbre que está junto a la gran puerta blanca y me abre una señora de mediana edad, de constitución ancha y con una sonrisa que me ha ganado antes de hablar:

—Hola, soy Roxanne.

—Sí, pasa. El señor Biel me avisó de que llegarías. Te espera en la cocina.

Al pasar el umbral de la puerta me detengo. «¿Dónde está la cocina?».

Parece que la señora me ha leído el pensamiento, y más viendo mi cara de perdida. Vuelve a sonreírme y dice:

—Ven, es por aquí.

Tras dejar unas grandes escaleras de mármol blanco a nuestra izquierda, seguimos por un amplio pasillo hasta llegar a unas cristaleras. Giramos a la derecha, y más que una cocina parece un salón donde la cocina es un pequeño detalle. Tiene una isla central de colores blanco y gris, en una de las paredes los electrodomésticos también de color gris clarito y junto a otras cristaleras, que dan a un inmenso jardín, una mesa blanca, donde está sentado Biel con un ordenador y un desayuno frente a él.

Al levantar su mirada y clavar sus ojos en mí, el estómago se me vuelve del revés y el corazón me palpita más rápido de lo normal, como cuando tenía diez años. Recordarlo me hace sonreír.

Se levanta.

—Hola, Roxanne.

—Buenos días.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres desayunar?

Pienso en decir que no, pero mi estómago no está de acuerdo conmigo y me hace saber que necesita comer.

—Sí, gracias.

—Antonia, ¿puedes traerle algo de desayuno a Roxanne?

En cinco minutos pone frente a mí unos boles con diferentes tipos de cereales junto con una bandeja de cruasanes recién hechos y, para rematar, un bizcocho que huele de maravilla. Así que, como con vergüenza ni se come ni se almuerza, me dispongo a darme un buen desayuno. Acompaño la leche con los cereales que más me gustan y después paso a un cruasán, para terminar con un trocito de bizcocho. Como Biel está a lo suyo con el ordenador, no me corto un pelo.

—Bien, Roxanne, cuando termines, empezamos.

Su penetrante mirada, unida a su preciosa sonrisa, hace que mi pulso se acelere de nuevo. A este paso voy a tener que llevar un desfibrilador en el bolso.

Trago de golpe el bizcocho y le digo:

—Cuando quieras.

—De acuerdo. Tu trabajo será de lunes a viernes. Las llevarás al colegio y después a extraescolares, que son todos los días de seis a ocho. Céline tiene clases de tenis y Raquel va a

clases de piano. El horario es muy estricto, así que tienen que cumplir rigurosamente con su rutina.

—¿Y cuándo juegan? —le pregunto anonadada.

Me mira como si le estuviera preguntando algo muy obvio.

—Pues el fin de semana, cuando terminan sus deberes.

—Ah, por supuesto —ironizo.

—Tendrás llaves de la casa y un móvil donde debes estar localizable las veinticuatro horas del día. —Pongo cara de sorprendida—. Disculpa, sé que no te lo había dicho. Seguramente no será así, pero es solo por si surge alguna emergencia en referencia a las niñas. Si eso ocurriera y te necesitara sería, por supuesto, bien remunerado.

Pongo cara de fastidio, pero me encargo de remediarlo con otro trocito de bizcocho. ¡Qué bueno está!

En unos minutos veo aparecer a dos preciosas niñas completamente iguales, con el uniforme del colegio. Son morenas, como Biel, y llevan una coleta alta perfectamente peinada.

—Pequeñas, esta es Roxanne. Ella estará con vosotras hasta que vuelva Ms. Helen.

Las niñas me ofrecen su mano para saludarme muy correctamente y empiezan a hablarme en inglés. Así que les digo:

—*I'm sorry, but I prefer speak Spanish with these beautiful ladies.*¹

Les guiño un ojo, ellas se miran y me sonríen, asintiendo con la cabeza. Al contemplarlas veo que hay algo que las diferencia. Una de ellas tiene un pequeño lunar en la mejilla derecha, así que me alivia pensar que sabré distinguir las.

—Pensábamos que eras inglesa, como te llamas Roxanne...

—Me llamo así porque mis padres eran muy fans de un grupo que se llama Police, y tienen una canción que..., bueno, ya os lo explicaré en otro momento.

Se sientan a desayunar en silencio, cosa que me extraña cuando lo normal es que unas niñas de su edad suelen ser movidas y sobre todo alegres. Tendrán sueño, deduzco.

Biel se levanta y se despide de las pequeñas. Lleva una camisa de rayas azul y unos pantalones a juego con la chaqueta de traje que se está poniendo. Trago saliva. Uf, está como quiere. Empezamos la rutina semanal, así que me limito a hacer lo que me han dicho.

Los primeros días han sido raros, yo me acostumbro a ellas y ellas a mí. Les pregunto cómo les ha ido el día y las ayudo con los deberes, todo dentro de la normalidad. Hasta ayer, que me dejaron de piedra.

Normalmente cuando llega Biel, o en su defecto Laurent, yo me voy, es como un relevo. Ayer justo entraba por la puerta Biel y al girarme para despedirme de las dos perfectillas, Raquel se tiró literalmente sobre mí a darme un abrazo con beso incluido. Como me quedé parada sin saber qué hacer, ella me dijo tímidamente: «Es solo un beso de buenas noches». Así que sonriéndole le devolví el abrazo y el beso y le respondí: «Buenas noches, preciosa».

Céline es más reservada, pero aun así también esperaba su turno para darme un beso. Biel, por su parte, me miró muy serio, como si quisiera aniquilarme, cosa que no entendí y que me dejó un poco tocada, ya que acababa de presenciar algo bonito.

MARZO

Van pasando los días y tengo que decir que todo es más fácil de lo que esperaba. Incluso mi alimentación ha mejorado gracias a Antonia, que se encarga de preparar la comida. Biel dispuso que comería aquí, así que como mi relación con ella es estupenda, comemos juntas casi siempre.

Al gimnasio no he dejado de ir. Las clases las doy por la mañana, ya que por la tarde voy de culo de un lado para otro con las peques. Y de paso evito ver a Iván, al que le ha dado por creer

que está enamorado de mí y está un pelín pesado.

Falta media hora hasta que salga Céline de su clase y estoy tomándome un café con leche calentito en la cafetería del exclusivo club de tenis, mientras escucho sin querer la conversación que tienen dos mujeres en la mesa detrás de mí. No las veo, pero las oigo perfectamente.

—Venga, cuéntame, ¿qué tal los preparativos de la boda? —pregunta una de ellas.

—Pues voy como loca. Él no quiere saber nada, dice que prefiere que lo organice como a mí me guste —le responde la otra.

—Pero supongo que él cargará con todos los gastos, ¿no? Con la de dinero que tiene...

—Por supuesto. A él solo le interesa casarse y rapidito.

—Pero ¿ya serás capaz de acostumbrarte a estar con sus hijos? De golpe vas a pasar de ser una divorciada sin obligaciones a tener familia numerosa.

—Los niños no serán problema, durante la semana no los veré, tiene personal que se encarga de ellos, y los fines de semana ya me lo montaré para estar los dos solos.

—¿Y el sexo sigue siendo tan bueno como me dijiste? Porque aunque vayas a vivir de lujo, eso también es importante.

La otra se ríe.

—Eso es lo mejor. El único problema... —baja la voz, pero mi antena se agudiza aún más— es que siempre estoy de espaldas.

—¿Le gusta solo tu culo?

—No, no es eso. Es que nunca me mira mientras lo hacemos. Pero no puedes imaginarte la infinidad de posturas que hay. —Se ríe de nuevo—. Y además está muy bien dotado. Mi teoría es que aún está enamorado de su ex. Pero a mí me da igual, yo tengo a Pierre, que me mira cuando él no quiere hacerlo.

Escucho cómo se ríen por lo bajo y salen. Me giro, pero solo las veo por la espalda.

Jodeeee. Aún no he cerrado la boca desde que las estoy escuchando. Creo que hasta se me ha enfriado el café con leche. Esto me pasa por cotilla, pero es que la conversación no tenía desperdicio. Menudas joyitas. Pensar que pueda existir gente así me revuelve el estómago y lo peor es que me sabe mal por el pobre desgraciado que dé con esa.

En nuestro camino de vuelta las tres a cantamos a viva voz todas las canciones que salen en la radio, como de costumbre. Si su padre las viera me despediría al momento, quizá porque las canciones de Maluma no serán precisamente del gusto de Biel.

Hoy es viernes y por fin termino la semana dispuesta a darlo todo en el finde, aunque antes tengo que pararme en el despacho de Biel, acabo de recibir un mensaje de él diciéndome que quiere verme cuando deje a las niñas en casa.

Durante estas semanas lo he visto en pocas ocasiones, pero las he aprovechado al máximo, mis miradas e indirectas le han dejado muy claro lo que quiero, pero él se ha limitado a ser el amigo de mi hermano correcto hasta el infinito. O es tonto, que lo dudo bastante, o se hace el loco. También está la posibilidad de que no le atraiga nada, pero como me encantan los desafíos, llegaré a gustarle, cueste lo que cueste. Al final, si no se da por aludido se lo dejaré bien clarito; no quiero amor eterno, solo sexo. Ha vuelto a mi vida y no voy a dejarlo escapar sin quitarme esa espina que me dejó clavada.

Llego con las pequeñas a la casa y al bajarnos veo a Laurent, que me saluda alegremente, parece que vamos limando asperezas. Desde que le expliqué que mi *hobby* era practicar boxeo me habla como si fuera su heroína, no para de preguntarme cosas y de ver combates para luego comentarlos conmigo.

Cuando entro al despacho de Biel me sorprende al encontrar a una mujer sentada sobre su mesa,

junto a él y de espaldas a mí. Cuando se gira se sorprende al verme y yo también; es la mujer con la que me crucé el otro día al salir de aquí. Algo mayor que yo, delgada, bastante guapa y parece que con mucho glamur. Es castaña, muy blanca de piel y tiene unos grandes ojos verdes. Su mirada es de desconcierto al no saber quién soy.

Biel se levanta a hacer las presentaciones:

—Anne, esta es Roxanne. Está a cargo de las niñas hasta que vuelva Ms. Helen.

—¡Ah, es la nueva niñera! —Su forma despectiva de decirlo y cómo me mira me dejan alucinada. Así que paso a la fase uno, que no es otra cosa que, sin moverme, mostrar mi cara de mala leche.

—¿Y tú eres? —le pregunto, escupiéndole las palabras.

—Soy Anne, la prometida de Biel.

Y como si no fuera suficiente con decirlo, levanta su mano derecha para enseñarme su pedrusco.

Biel parece incómodo.

—Anne, ¿te importa dejarnos? Tengo unos temas que tratar con Roxanne.

—Por supuesto, mi amor.

Y la tal Anne se despide dándole un pico en toda regla. Se marcha, no sin antes dejarme claro con su mirada que él es suyo. ¡Menuda petarda!

Me da un bajón que mi cara no puede disimular. Creo que no me acostumbraré a saber que él nunca será para mí.

Estoy seria mirando a Biel, sentada frente a él en las sillas en las que lo vi por primera vez cuando llegué.

—¿Qué tal ha ido la semana?

Ajeno a mis pensamientos me habla de una forma cariñosa. Su mirada me hace sentir que me encantaría tenerla conmigo el resto de mi vida. Por mis sentimientos hacia él y, después de lo que he visto, sé que estos meses van a ser un infierno para mí.

—Así que te casas de nuevo —le digo, apesadumbrada.

—Es lo mejor para mis hijos. Necesitamos tener una familia y una estabilidad — contesta con resignación.

Siento rabia sin saber por qué, así que sin pelos en la lengua le pregunto:

—¿Ella quiere a tus hijos?

Se queda parado, no se esperaba esta pregunta. Quizá no tenemos tanta confianza para eso, pero también está en su derecho a no contestarme, cosa que no hace.

—Yo creo que sí.

—Que ella esté enamorada de ti lo doy por hecho, pero ¿tú lo estás de ella?

Tuerce el gesto queriéndome decir que eso no me importa y está en lo cierto, pero me da igual.

—¿Y este interrogatorio? —pregunta con media sonrisa. Al menos no me ha enviado a tomar viento fresco.

—Pues muy sencillo, lo primero es que quiera a tus hijos, porque si no, no tiene derecho a entrar en vuestras vidas, y segundo, si no estás enamorado de ella no serás feliz aunque intentes formar una familia.

—Y estas lecciones me las da una mujer experimentada en la vida —argumenta irónicamente, pero aún sonriendo.

Como ya no puedo arriesgarme más, le sonrío y le contesto:

—Mí semana estupendamente. Son unas niñas encantadoras.

—Bien. Ahora quiero comentarte que la semana que viene nos vamos a la nieve con las niñas.

—Mi corazón da un salto de alegría—. Tienen vacaciones toda la semana, así que Anne y yo no estaremos hasta el siguiente domingo.

Como si me importara a mí algo de la Anne esta. Claro, qué tonta. Por un momento pensé que iba a ir con ellos, y no, yo aquí no pinto nada.

De pronto suena el móvil, lo miro y veo que es mi hermano.

—Disculpa, Biel. —Me levanto y me voy al otro lado del despacho—. Hola, tete.

—Roxi, estoy en el hospital con Lucía. Ha roto aguas y parece que se ha complicado el parto. Acaban de meterla a quirófano y no me han dicho nada más.

—¡Joder, Carlos! Nos vemos ahora.

Sin decir nada más, me acerco hasta la silla donde está mi bolso junto con mi abrigo y le digo a Biel muy nerviosa:

—Me voy. Por lo visto Lucía está de parto y la cosa no está yendo bien.

Por la cara descompuesta que debo tener, se levanta y lo veo coger las llaves de su coche.

—Vamos, yo te llevo.

Mientras vamos en su coche estoy tan nerviosa que no paro de comerme las uñas. Él, cariñosamente, coge mi mano y la deja sobre mi pierna.

—Tranquila, no va a pasar nada malo.

—Tengo miedo de pensar que le pueda pasar algo a mi cuñada o al bebé.

—Verás como irá bien. Ahora todo está muy controlado y al menor problema los médicos actuarán rápidamente.

—¿Tú crees? —le pregunto, necesitada de un halo de esperanza.

—Estoy seguro —y diciendo esto, aprieta mi mano, dándome el ánimo que en estos momentos necesito.

Cuando entramos en el hospital, vamos directos a la zona que me ha dicho mi hermano. Pasamos a una sala y ahí está él, hecho un manojo de nervios. Lo abrazo intentando darle todo el apoyo que necesita en estos momentos. Biel hace lo mismo animándolo con que todo va a salir bien.

—¿Cómo está Lucía? ¿Te han dicho algo?

—No, aún no. Se la han llevado a quirófano y me han dicho que no podía entrar. —Su cara de preocupación hace que mi estómago se contraiga. Todo el ánimo que traía se ha evaporado.

Los minutos pasan tan lentos que parecen horas, los nervios por la preocupación hacen que no pueda parar de moverme y sin darme cuenta empiezo a caminar de un lado para otro de la pequeña sala.

De pronto aparece un médico por una de las puertas.

—Carlos, ya puedes pasar.

Como su cara no expresa nada, tengo que preguntar:

—¿Cómo está Lucía?

El médico sonríe y en décimas de segundos una lucecita de esperanza nos invade.

—Todo está bien. Al final hemos procedido a hacer una cesárea por complicaciones con el cordón umbilical y la placenta. Ella está bien y el pequeño perfecto, esperan que el padre se reúna con ellos.

¡¡Sí!! Mi hermano se gira y coge mi cara, dándome un sonoro beso y un abrazo que creo que va a asfixiarme. Mientras veo cómo desaparece tras la puerta, me quedo plantada con una extraña sensación.

—Eh, ¿qué pasa? —Biel acaricia mi brazo, sabiendo por mi expresión que voy a romper a llorar—. Ven aquí.

Y rodeándome con sus brazos me envuelve. Pegándome a su cuerpo me consuela mientras yo no dejo de llorar. El bajón que acaba de darme es posiblemente debido a la tensión que he acumulado en este rato, así que lloro sin importarme con quién estoy.

—Ya vale, mi pequeña pecosa, todo ha ido bien. No llores más.

Mis lágrimas van cesando poco a poco y voy apartándome de él. Por sus palabras parece que haya vuelto veinte años atrás y siga siendo la niña pequeña que consolaba cuando se caía de la bicicleta o se enfadaba porque no la dejaban ir con ellos.

—Te he manchado la camisa de rímel.

—No pasa nada, no te preocupes. —Con sus pulgares me limpia las lágrimas—. Ahora deja de llorar si no quieres que tu sobrino se asuste al verte.

Sonríó mientras nos contemplamos. Poco a poco se acerca, mirándome a los ojos. No me aparto. Casi roza mis labios cuando...

—Holaaaa, aquí tenemos a Xavier.

Me giro rápidamente y miro a mi orgulloso hermano, que lleva en los brazos a un bebé precioso con los ojos abiertos, mirando a su alrededor.

—¡Ooooooh, qué guapo es! —Y no es porque sea mi sobrino, pero su color rosadito y unos mofletitos perfectos me hacen ver al bebé más maravilloso del mundo.

—Felicidades, Carlos. Me alegro de que todo haya ido bien —lo felicita Biel.

—Gracias.

Se hace un silencio y mi hermano dice:

—Bueno, me voy a la habitación a esperar a que traigan a Lucía.

—Me voy contigo.

—Ahora se llevan a Xavier para terminar de reconocerlo y me han dicho que con Lucía tardarán aún una hora como mínimo. Yo me quedaré aquí a dormir. Además, es tarde y estoy más tranquilo si te deja Biel en casa. —Mi hermano y su sobreprotección. Cuando le sale la vena de padrastro no hay quien le lleve la contraria.

—Vale, entonces mañana vengo a verla y así la dejo descansar.

—Perfecto —me contesta con cara de felicidad. Antes de entrar de nuevo por donde ha salido, Carlos se dirige a nosotros—. Con respecto a lo que acabo de ver, ya hablaremos.

Noto que me ruborizo y miro a Biel, pero él parece no darle importancia. No ha pasado nada, pero si mi hermano no hubiera aparecido estoy segura de que me habría besado.

Volvemos en silencio y pienso a partes iguales en mi precioso sobrino y por otro lado en el beso que llevo esperando tantos años y que hoy casi he tenido.

Cuando llegamos y compruebo que no vamos a hablar nada más, me dirijo a mi coche sin pronunciar palabra, pero como eso de no preguntar por qué casi me ha besado no lo aceptan mis neuronas confundidas, me giro y veo un Biel que se dirige hacia mí muy seguro de lo que va a hacer.

Cuando está frente a mí coge mi cara entre sus manos y sin decir nada me besa, pero de una forma muy diferente a la que habría sido antes. Sus labios están hambrientos y me devora mientras mi lengua se cuela en su boca, cosa que hace que Biel me levante del suelo y me apoye contra la puerta del coche. Como algo automático enrosco mis piernas en su cintura. Su lengua lame mis labios y seguidamente entra en mi boca, dándome un placer que hace que un pequeño gemido se escape sin querer.

Esto parece hacerlo despertar de golpe de un sueño. Deja de besarme, pero yo no quiero soltarme, así que muerdo su labio inferior como castigo para después lamerlo. No me aparta de golpe, pero va soltándose poco a poco.

—Me has mordido. —Aunque sus palabras son serias una media sonrisa aparece en su preciosa cara.

—Sí. —Y sin más, me acerco para besarle el labio.

Puto móvil. Empieza a vibrar en mi bolsillo a la vez que su música se hace cada vez más sonora. Pongo cara de fastidio, miro el teléfono y veo que es mi amiga Maica.

—Roxanne, ¿te acuerdas de que habíamos quedado? —Parece enfadada.

Estoy bloqueada hasta que me acuerdo de que el viernes íbamos salir de fiesta y... ¡hoy es viernes! ¡Mierda!

—Perdona, Maica, es que vengo del hospital y... Lo siento, se me había olvidado.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —Ahora su voz suena preocupada.

—Sí. Es que ya soy tía —digo orgullosa.

—¡Me alegro! ¡Enhorabuena!

—Gracias.

—Entonces es un buen momento para celebrarlo. ¿Te parece?

—Vale, pero tengo que ir a casa y cambiarme.

—No te preocupes, te espero en buena compañía.

Noto que estas últimas palabras las dice de una forma muy sensual y sonrío para mis adentros.

Cuando cuelgo miro a Biel y lo veo muy serio.

—Es un poco tarde para salir, ¿no crees?

—Nunca es tarde para divertirse —le digo sonriente.

—He quedado con tu hermano en que te dejaría en tu casa.

—No te preocupes, hace mucho tiempo que nadie me acompaña. No me pasará nada.

Me acerco hasta él y, cogiéndolo suavemente de la pechera hasta bajarlo para estar con su nariz casi pegada a la mía, le digo:

—Tú a quien tienes que cuidar es a tu futura mujercita. Aunque después de saber cómo besas, no sé si voy a dejar que te cases con ella.

Y tal como estoy saco la lengua y lamo el labio que he mordido minutos antes.

Me doy la vuelta todo lo rápido que puedo y al subirme al coche me despido con la mano de un asombrado Biel.

No sé por qué le he dicho eso, cuando lo que me gustaría es haberme quedado con él, pero hay una tercera en discordia y no quiero ser yo. Aunque él siempre será mío, no lo será de esta forma.

De pronto estoy eufórica porque sé que es recíproco lo que siento por él. Al menos físicamente. Pero en décimas de segundos me vengo abajo al pensar que no será de ninguna otra manera. Ya no puedo pedirle esa noche de amor que secretamente he deseado toda mi vida.

Me ducho lo más rápido que puedo y me preparo para la ocasión. Vestido negro ceñido de manga larga que, al quedarme por encima de las rodillas, con unas botas altas me sienta genial. Antes de irme cojo mi abrigo de color crema y salgo disparada a la discoteca de Barcelona en la que hemos quedado.

Es un sitio de moda donde a veces va algún famosillo que otro. A Maica le encantan estas cosas. Aún no sé cómo ha conseguido invitaciones.

Me dirijo a la zona vip, que es donde me ha dicho que está, y la veo en la barra, donde literalmente un tío le está comiendo el cuello. Espero hasta que abra los ojos y me vea, pero no está mucho por la labor, eso unido a la canción de Kaleo, *Way down we go*, que está sonando, hace que ni lo intente. Suspiro y decido ir a la barra a pedir algo, pero de pronto alguien me empuja y me desplaza un metro a la derecha. Pierdo el equilibrio y caigo al suelo. La música cesa de golpe.

Sin entender nada miro hacia arriba y veo a Héctor, el que hasta hace unas semanas era el novio de Maica. Un hombre posesivo y violento. El chico que estaba con Maica cae de espaldas de un empujón que le da Héctor y seguidamente coge a Maica del cuello.

Me levanto todo lo rápido que puedo y voy hacia ellos.

—Maldita zorra, te ha faltado tiempo para irte con otro.

Maica intenta quitarse sin éxito con sus manos la muñeca que le está aprisionando el cuello.

—¡Suéltala ahora mismo!

Llamo su atención, pero él sigue a lo suyo. Le doy un empujón todo lo fuerte que puedo y consigo que la suelte, pero se gira y su puño va directo a mi cara. ¡Dios, qué dolor! Ahora es cuando uno saca fuerzas de no sé dónde y sin pensármelo dos veces, como si fuera el saco de boxeo al que estoy acostumbrada a golpear, le doy un buen puñetazo justo en el esternón para acabar con otro en el costado.

Se queda quieto y se dobla, parece que está sin respiración durante unos segundos, algo ha tenido que dolerle. De pronto empiezan a aparecer personas de seguridad que lo cogen y se lo llevan a la vez que se acercan a Maica y a mí.

Nos llevan a una sala insonorizada, solo hay tres personas con nosotras. Nos dan agua y el que parece el jefe de ellos nos pregunta si queremos que nos lleven al hospital. Maica niega con la cabeza, le miro el cuello y veo que ya se le notan las marcas.

—Estoy bien. Ha sido más el susto, no me ha hecho daño.

Esas palabras las he escuchado más de una vez de su boca, pero hoy él no se ha ido de rositas, porque le he dado un buen golpe al gilipollas ese. ¡Qué ganas tenía!

—Si quieren pueden poner una denuncia a la policía. —Me mira—. Aunque después de lo que he visto puede que él también la denuncie a usted.

Muevo los hombros a modo de indiferencia, me da igual.

Otro de ellos aparece con una pequeña bolsa de hielo.

—Póngasela en la cara, parece que le saldrá un buen moratón.

Me toco sin querer y solo con el roce de mi mano veo las estrellas.

Me pongo el hielo y noto mejoría al instante. Mientras, el hombre que se ha presentado como el director de la discoteca continúa hablándonos amablemente, nos informa de que han echado a Héctor y que ellos mismos, si queremos, nos acompañan a casa.

Después de que Maica le explique a Román —así se llama— que el tipo que la ha atacado es su expareja, este le dice que lo mejor es denunciarlo a la policía y pedir una orden de alejamiento.

Parece que Román la ha convencido, después de tanto tiempo pidiéndole que lo hiciera y por fin va a llevarlo a cabo.

—Vale, iremos ahora mismo. Hasta ahora solo se había pasado conmigo, pero que le haya pegado a mi amiga no se lo perdonaré nunca. —Me mira realmente triste—. Román, ¿nos acompañas tú?

Extrañada miro a Maica y me giro hacia el tal Román, que sonríe y asiente.

—Sin problema, vámonos.

¿Estoy alucinando? ¿Creo haber visto flechas de amor entre estos dos? ¿Puede ser la situación más surrealista para flirtear?

Aunque me parezca todo esto fuera de lugar, tengo que reconocer que con Maica nunca nada es normal.

A ver, ahora que lo miro de otra forma, Román me parece un hombre atractivo. Lleva traje de chaqueta, es alto, bastante cachas y rapado. Es majo, pero nada fuera de lo normal; eso sí, su forma de dirigirse a nosotras ha sido exquisita.

Al final los convengo para que me dejen en mi casa y vayan ellos a la policía. Lo único que quiero es dormir con mi bolsa de hielo pegada a la cara.

Me levanto con un terrible dolor de cabeza. Empiezo a acordarme de la noche fantástica que he tenido, por supuesto esto es ironía. De pronto mi cara se ilumina al recordar que tengo al pequeño Xavier en mi vida. Sonrío al saber que también está Biel, aunque me dura poco la alegría. Él va a casarse y yo volveré a quedarme desolada, sé que ya no soy aquella niña, pero el sentimiento de enamoramiento es el mismo. ¡Nooo! Roxanne, por favor, solo es el recuerdo de ese amor.

Creo que el golpe de ayer está afectándome.

Voy al baño y acabo de deprimirme del todo al mirarme en el espejo. Una sombra lila llena mi pómulo izquierdo. ¡Mierda! Así no puedo ir al hospital a ver a mi pequeño, como me vea mi hermano se alarmará, y como le explique la verdad, buscará a ese cabrón y lo matará.

Así que, sacando mis dotes de actriz, no me queda más remedio que llamar a mi hermano y decirle que tengo un gripazo terrible y que así no puedo ir a ver a Xavier.

Aguanto en casa escondida como un oso hibernando todo el fin de semana, hasta que el lunes recibo un mensaje de Laurent diciendo que necesita que lo acompañe a una sesión de fotos que le han pedido para una famosa revista musical.

Parece que lo tengo algo mejor, pero indudablemente el moratón no ha desaparecido. Me pongo maquillaje para disimularlo, pero aun así se nota. Pruebo con las gafas de sol y por lo menos la peor parte la tapan.

A media mañana recojo a Laurent, que me mira extrañado porque el día muy soleado no está. Es uno de esos días de invierno con frío y bastante nublado.

—¿Te importa que me sienta delante contigo?

Miro al muchachito y me sorprende esta reacción. Su forma de preguntarme tan cercana hace que no pueda negarme.

Nos ponemos rumbo a Girona, a una masía preciosa. Ahí nos están esperando varias personas que habían quedado con Laurent y rápidamente se ponen a explicarle dónde quieren las fotos y le enseñan el vestuario que tienen para el reportaje.

Yo aprovecho para apartarme y dar un paseo por los alrededores. De paso me quito las gafas de sol, que ayudan a que me duela un poco la mejilla.

Miro el móvil y veo una llamada perdida de Maica. La devuelvo y responde enseguida:

—Roxi, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Tú qué tal?

—De maravilla. Eso de que todo pasa por algo es justo lo que me ha ocurrido. Ha valido la pena que el desgraciado ese apareciera para que conociera a Román. ¿Sabes que no me ha dejado sola un momento desde que nos hemos conocido?

—Sí, pesada, me lo dijiste ayer y anteayer.

—Perdona, Roxi, es que me siento como en una nube con él. Aún estoy en su casa y no se ha propasado lo más mínimo. ¡Ay, Dios! A ver si va a ser gay y yo enamorada como una loca.

—Maica, por la forma en que te mira no creo que lo sea. De todas formas, lo mejor es que pongas un poquito de distancia entre los dos. Sabes que te encariñas muy rápido y luego cuando sale mal es peor.

—Tienes razón, cuando venga se lo digo. Hemos quedado a comer en una hora, ¿quieres venirte?

—Me gustaría, pero estoy con Laurent en una sesión de fotos y no llegaré hasta por la tarde.

—Vale, pues luego te cuento.

—Cuídate, y cualquier cosa me llamas.

—Vale, guardaespaldas.

Me río y recuerdo el momento. Si no hubiera estado yo, igualmente supongo que alguien la habría ayudado, era un sitio público, lo malo es que la ataque estando sola. Aún recuerdo la vez que la acompañé a urgencias, el muy hijo de puta le dejó la cara hecha un cristo. Le insistí para que lo denunciara, pero no quiso, el miedo podía con ella. Pero por fin ha llegado Román a su vida para que se enfrente a sus miedos. No, si al final tendrá razón y todo pasa por algo. Aunque en mi caso no ha sucedido nada, bueno sí, que le he podido pegar al monstruo. Menos de lo que se merecía, pero algo es algo.

Cansada de pasear vuelvo a la masía y me acerco a comprobar cómo va todo. Veo a Laurent dentro de un Rolls Royce deportivo antiguo haciendo todo tipo de movimientos que le van indicando. Es todo un conquistador. Guapísimo, igual que su padre. No me extraña que tenga revolucionada a la parte femenina del equipo. Están bajo un tejado y han colocado la iluminación de tal forma que parece un precioso día de primavera.

Ahora posa elegante sobre unas balas de paja junto una horca de labrador y diferentes utensilios agrícolas. El contraste queda brutal.

Miro ensimismada la profesionalidad de las personas que lo rodean, desde el fotógrafo hasta las chicas de vestuario. Según me han comentado antes, ellas son las propias diseñadoras de toda la ropa que lleva puesta.

Deciden hacer un descanso para comer. Pasamos a una parte de la masía donde han improvisado un pequeño cáterin.

Laurent me mira y pone cara de sorprendido.

—Roxanne, ¿qué te ha pasado en la cara?

Me cuesta reaccionar. ¡Mierda, no llevo las gafas!

—Mmm nada. —Pienso, pienso—. Sin querer me di un golpe con la puerta.

Joder, me parezco a Maica diciendo mentiras para encubrir a la mala persona. Me giro y voy a la otra parte del salón, pero Laurent no me quita el ojo de encima.

Comemos de forma agradable comentando el éxito de Laurent con su primer *single* y las diseñadoras alaban la forma tan fácil que es trabajar con él.

En un momento coincidimos Laurent y yo solos cerca de una de las mesas:

—Roxanne, dime la verdad, ¿qué te ha pasado?

Lo miro y con cara de guasa le respondo:

—La realidad es que fue una pelea con un niño que llevaba en la parte trasera del coche y no me hacía caso. Si yo acabé así, imagínate cómo terminó él.

Y riéndome me voy a otra mesa a por un postre buenísimo que he visto de chocolate. Pero a él no le ha quedado claro, sigue observándome y parece preocupado.

A media tarde por fin ponemos rumbo de vuelta a casa. Dejo a Laurent y voy directa al hospital a ver a mi sobrino, no sin antes aplicarme otra buena dosis de maquillaje y recordándome que tengo que toser de vez en cuando. Esto de mentir es muy difícil de mantener.

Cuando llego a la habitación, están los padres de Lucía. Los saludo y después me dirijo a mi cuñada para darle el más sincero abrazo.

—¿Cómo está mi cuñada favorita?

—¿Es que tienes más? —dice riéndose—. Me duele un poco la cicatriz, pero estoy tan feliz que es un problema menor. ¿Has visto qué guapo es? —pregunta, mirando hacia la cuna.

Yo metida en mi papel de griposa, asiento sin acercarme mucho.

—Lo vi recién salidito del horno, es una preciosidad, Lucía. Por cierto, ¿dónde está el padre de la criatura?

—Se fue a casa a ducharse y terminar temas de la empresa. Está muy contento, parece que las cosas van muy bien.

—Sí, por fin vamos prosperando.

Estoy un rato más y decido irme, dando gracias por que mi hermano no haya aparecido.

Nada más entrar por la puerta de mi casa, suena el móvil. Pienso que será Maica, pero cuando por fin logro encontrarlo dentro del bolso veo que es Biel. Miro extrañada la pantalla mientras mi estómago da un vuelco.

—Hola, Biel.

—Roxanne, ¿dónde estás?

—En mi casa, ¿por qué?

No me contesta, se limita a colgar y me deja con cara de tonta. Se habrá cortado, seguramente donde está no tendrá mucha cobertura. Prefiero no pensar, porque si pienso en lo bien que se lo deben estar pasando, haciendo de familia feliz. Me duele en el alma, y lo peor es saber que se acuesta con ella.

Me voy a la habitación y me pongo el pijama. Me desmaquillo mirándome al espejo. He necesitado tres toallitas para quitarme todo lo que me he puesto. Ahora ya no me duele tanto, pero verlo impresiona bastante, parece más de lo que es.

Voy a la cocina y mientras me preparo la cena, ya tengo alrededor de mis piernas a Coco y Chanel. Por la forma en que maúllan parece que tienen hambre, así que voy al armario en el que guardo su comida y les lleno a cada uno su plato. Es gracioso, saben perfectamente cuál es de cada uno. Los acaricio lentamente mientras comen y pienso en que los quiero muchísimo. Está empezando a entrarme el momento ñoño, así que me levanto antes de ponerme a llorar y abrazarlos como una loca. Es lo que tiene que se acerque la temida menstruación.

Llaman a la puerta y me resulta extraño, ya es tarde y no espero a nadie. Miro por la ventana, pero no logro ver nada.

Salgo de la casa y, al llegar hasta la puerta que da a la calle, me sorprende al ver aparcado el coche de Biel; un Porsche Cayenne negro.

Abro la puerta y veo a un impresionante Biel parado frente a mí que me observa, fijando sus ojos en mi cara. Su forma de dirigirse a mí dista mucho de ser cariñosa.

—¡Qué te ha pasado! ¡¿Quién te ha hecho eso?!

—Yo también me alegro de verte —le digo seria. Sin saber por qué, las lágrimas retenidas todos estos días empiezan a caer involuntariamente por mis mejillas.

Entonces la expresión de Biel cambia, y con una sonrisa me abraza, de esa forma que solo sabe hacer él, haciéndome sentir protegida y querida. A este paso va a pensar que me paso la vida llorando, que soy una floja, cuando en realidad me considero una persona fuerte.

Me acaricia la cabeza y casi en un susurro, dice:

—Voy a matar a quien te haya hecho esto.

No digo nada, ahora mismo solo quiero estar pegada a él eternamente. Siento con su sola presencia como si me hubiera rescatado de ahogarme en un mar revuelto.

—Venga, vamos dentro. Vas a quedarte helada.

—No —me niego a la vez que niego con la cabeza, como si fuera una niña pequeña.

Biel, sin decir nada más me levanta, cosa que aprovecho para rodear su cintura con mis largas piernas.

Entramos en casa y cierra la puerta con la pierna. Se queda inmóvil y me dice:

—¿Vas a quedarte así toda la noche?

—Sí —contesto, con mi cara pegada a su cuello. ¡Mmm, es que huele tan bien!

Y, sin saber por qué, le digo:

—¿Sabes que de pequeña estaba completamente enamorada de ti?

Noto cómo sonrío.

—Algo me imaginaba, lo disimulabas muy mal. Pero no dejabas de ser una niña y esas cosas pasan.

—¿De verdad que vas a casarte?

—En relación con eso quería hablar contigo. —Noto cómo se tensa y sus brazos van soltándose, así que decido que ya es momento de bajar—. Lo que pasó el otro día, y aunque sé que fui yo el culpable, no puede pasar de ahí. —Lo miro, intentando adivinar su pensamiento, pero vuelve su expresión fría y dura, que no me da pie a poder preguntar, así que, simplemente asiento—. Sabes que me caso en un par de semanas y no estaría bien por mi parte empezar el matrimonio de esta forma.

Con todo el dolor de mi corazón le digo:

—Por mí ya está olvidado, pero... estuvo muy bien, ¿verdad? —Abre los ojos sorprendido, a la vez que sonrío, advirtiéndome. Levanto las manos con gesto de rendición—. Entendido, vas a casarte. —Pero necesito volver a la carga, tengo que aprovechar este momento de sinceridad entre ambos—. Lo que no entiendo es que una persona enamorada y que va a casarse me besara de la forma en que lo hiciste. Comprendo que no pudieras resistirte a mis encantos —digo bromeando para volver a ponerme seria—. Eso me confirmó que no la quieres, o que eres un cabrón, y esto último me niego a creerlo.

—Es todo más complicado que eso. Solo voy a decirte que no soy un cabrón y lo que hice deseaba hacerlo desde que te vi, sentada en mi despacho con el rímel corrido, enseñándome que tus pecas habían desaparecido. Aunque tú siempre serás mi pecosa.

Después de estas palabras tan cariñosas me acerco lentamente a él, pero con rapidez pone sus manos entre ambos, indicándome que pare.

—No puede volver a pasar.

—Vale, entendido.

Esas palabras salen de mi boca, pero no de mi cabeza, que ahora está hecha un lío. Como ha hablado, doy por hecho que le gusto, pero aun así se casa. Si dicen que las mujeres somos complicadas, Biel no se queda atrás.

Así que haciendo lo que mejor se me da, que es cambiar de conversación, empiezo a explicarle lo que me pasó la otra noche.

Se ha quitado la cazadora. Está frente a mí en el sofá y me dice algo que me deja perpleja:

—Roxanne, te vienes a mi casa.

—¡Sí, claro! Y de paso se lo digo a Iván y vivimos felices los cuatro, como la canción de Maluma.

Me mira como si no me entendiera:

—Lo digo solo durante un tiempo. No me gusta que estés aquí sola.

De golpe parece que reacciona a mis palabras.

—¿Quién es Iván? —pregunta, contrariado.

—Es un amigo.

—Pecosa, me dijiste que no tenías novio.

—Y no lo tengo, pero por si no te has dado cuenta soy una mujer y una tiene sus necesidades — bromeo.

—No me interesan tus necesidades.

—Vale, perdona.

—Bueno, sea como sea, esta semana te quedas en mi casa. Está Laurent y hay personal de seguridad, al menos hasta que yo vuelva.

Estoy alucinando.

—No voy a irme a ningún sitio.

Este se cree que manda en mi vida ¿o qué?

—Escucha. —Pongo mi mano sobre la suya—. Ya soy mayorcita y no va a pasarme nada. Además, puedo asegurarte que él quedó peor parado.

—De acuerdo.

Vale, parece que se ha quedado conforme, pero entonces coge el móvil y llama a alguien.

—Se lo diré a tu hermano para que venga a buscarte. No me creo que te haya dejado sola tal como estás.

Rápidamente le quito el móvil de las manos y cuelgo la llamada.

—No, a mi hermano no.

Me mira, empieza a sonreír y veo que estoy perdida.

—Pues prepara ahora mismo lo que necesites, porque te vienes conmigo —se levanta y me insta a recoger mis cosas.

Cojo algo de ropa en una pequeña maleta y me aseguro de dejar comida y bebida a mis felinos, que han desaparecido desde que llegó Biel, y junto con mi almohada me aproximo a él.

—Ya estoy —digo con fastidio. —Biel me mira de arriba abajo, parando su sonriente mirada en mi almohada—. Sin ella no voy a ningún sitio —manifiesto con rotundidad.

Se encoge de hombros y con eso me hace saber que ha ganado este pulso, pero no será así siempre, el próximo lo ganaré yo.

A veces, no sé si lo único que siento hacia mí es sentimiento de protección, pero cuando recuerdo el beso que nos dimos, se esfuma ese pensamiento.

Cuando llegamos a su casa subimos a la parte de las habitaciones. La verdad es que nunca me había imaginado quedarme a dormir en su casa. Claro que nada es lo que parece; dormiremos bajo el mismo techo y ya está. Yo sigo llevando mi pijama de franela con la cara de Minnie Mouse en el centro de la camiseta, y es imposible que pudiera estar menos sexi.

Lo sigo por el pasillo y se para frente a una puerta. La abre y me cede el paso para que entre. Es una habitación muy espaciosa y hay una gran cama de matrimonio en el centro cubierta con un

edredón blanco que hace juego con unas cortinas preciosas.

Me giro y le sonrío.

—Mi habitación es la del final del pasillo y la de Laurent está en la planta de abajo.

—¿No te vas con Anne?

—No, es muy tarde. Me iré por la mañana.

—Vale —digo bajito, como si de pronto me hubiera entrado mucha vergüenza—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Lo voy perdiendo de vista mientras cierra la puerta, pero justo antes de cerrarla, la abre y me dice:

—Por cierto...

—¿Sí? —pregunto expectante.

—Ya me había dado cuenta de que eres una mujer.

Sonríe y cierra la puerta. Me deja allí plantada deseando demostrárselo, queriendo decirle que no soportaré que se case otra vez. Pero no seré capaz, así que mi determinación ha cambiado, tengo que sacarlo de mi mente y de mi vida.

De mi vida va a ser difícil porque tengo un trato con él, hasta que no llegue de nuevo la niñera debo permanecer al lado de sus hijas y, en consecuencia, tampoco podré sacarlo de mi mente si estoy todos los días cerca de él.

Me siento atrapada.

La semana sin ellos ha sido más fructífera de lo que pensaba, he ayudado a mi hermano con temas de la oficina y también he acompañado a Laurent a diferentes eventos que tenía. Por fin he podido hablar con Iván y le he dejado claro que lo nuestro no puede ir más allá. No me siento bien si estoy con él y mi pensamiento está ocupado por completo con otra persona.

En la nueva semana donde las pequeñas perfectas han vuelto más cariñosas de lo normal, no he visto a Biel, he optado por evitarlo. Prefiero comunicarme con él por WhatsApp que llamarlo por teléfono si tengo alguna cuestión que tratar. Cuando me ha pedido que fuera a verlo le he puesto cualquier excusa para no hacerlo. Sé que esta actitud no puede durar eternamente, pero aguantaré lo que pueda. También ayuda que he vuelto a mi casa.

Camino como una zombi al vestuario donde espero a Céline, que está a punto de terminar su clase de tenis. Me siento en un banco de madera que está entre dos hileras de taquillas donde hace poco más de una hora antes hemos dejado su ropa. Aunque ahora está casi vacío, en diez minutos no cabrá ni un alma.

Apoyando los codos sobre mis piernas miro al suelo, intentando convencerme de que mi estado de ánimo no tiene nada que ver con que Biel se case mañana, pero por más que lo intento, fracaso. El cien por cien de mi apatía tiene que ver con eso.

Estoy ensimismada compadeciéndome de mí misma hasta que algo llama mi atención. Es una conversación entre dos mujeres. Están justo al otro lado de las taquillas.

—Anne, ¿adónde vas con tanta prisa?

—Me voy a ver a Pierre, es mi última noche de soltera. No sé cuándo podré volver a verlo, y esta noche he quedado a cenar con mis futuros suegros, así que no tengo mucho tiempo. Chao.

—Adiós. Nos vemos mañana.

Esas voces... Una de ellas es sin duda la de Anne, y la otra me suena tanto... ¡Son ellas! ¡Las que hablaban en la cafetería aquella tarde! Así que el pobre desgraciado del que hablaban era Biel. ¡Qué fuerte!

Pero tan pronto me ha subido la adrenalina ha vuelto a bajarme. ¿Qué voy a hacer? Pues nada.

El hecho de que le advierta no quiere decir que me crea y en el mejor de los casos no se case con Anne. Eso tampoco hará que me quiera a mí, así que pensando y pensando ayudo a Céline a vestirse y juntas recogemos a Raquel de su clase de piano.

De camino a la casa, Raquel me pregunta:

—Roxanne, ¿mañana te sentarás a comer con nosotras en la boda?

Sonrío con tristeza.

—Seguramente no vaya a la boda, cariño.

—¿Por qué? —preguntan al unísono las pequeñas.

—Pues... porque hace tiempo que no veo a mi sobrino y pasaré el día con él.

Se hace el silencio hasta que miro por el retrovisor y veo a Raquel llorando, mientras su hermana le acaricia la cabeza. Esta imagen hace que se me encoja el alma.

Paro el coche en un lateral, bajo y me acerco al lado donde está Raquel.

—¿Qué te pasa?

Y mi preciosa dice entre lágrimas:

—Es que yo no quiero que mi papá se case. Estamos bien así.

Me acerco a ella y acariciándole la cara le digo intentando consolarla:

—Cariño, ya verás cómo será para mejor. Vuestro padre os quiere mucho y seguro que Anne será muy buena con vosotras.

Al decir esto último me siento fatal.

—No, Roxanne —interviene Céline—. Ella no nos quiere. Cuando papá no está, nos regaña y nos mira mal.

A esto no sé qué contestarle, pero lo que tengo claro es que no me voy a guardar lo que he oído en el vestuario.

Con todo el dolor de mi corazón, me despido de las pequeñas al dejarlas en la casa con Laurent. Entro en el coche y decido llamar a Biel, pero me sale el contestador. Sé que hoy tenía varias reuniones fuera y no me sorprende que no conteste.

Voy a casa a cambiarme y me dirijo a mi cita con Maica, que va a venirme mejor que nunca.

Al llegar, la veo en la puerta del restaurante hablando por el móvil con su sonrisa, esa que lleva instalada en su cara desde que conoció a Román. Cuelga antes de saludarnos.

Mientras esperamos a que nos den mesa, nos sentamos en la terraza tomando una copa de vino. Aunque hace frío, entramos rápidamente en calor mientras le explico mis descubrimientos respecto a Anne.

—Maica, mañana va a casarse y necesito decirle a Biel todo lo que sé sobre ella.

—Pero tienes que hacerlo ya. ¿A qué vas a esperar? ¿A que digan eso de «Si alguien tiene algo que decir, que hable ahora o calle para siempre»?

—Lo he llamado, pero no contesta —digo apenada—. La mala suerte es que justo hoy lo haya descubierto todo. ¡Ay, Maica, estoy muy nerviosa! No quiero hacerle daño, pero es que no puedo mirar para otro lado y no hacer nada. Y luego están las niñas...

—Pues insiste una y otra vez hasta que te conteste, y si no lo hace, ve a verlo ahora.

—Vale.

Marco su número de móvil y me sale directamente el contestador. Deben estar cenando todos juntos, así que declino la idea de ir a buscarlo. Seguramente estará toda la familia cenando y no me imagino allí arruinándoles la noche.

Tras innumerables llamadas, opto por dejarle un mensaje diciéndole que necesito hablar con él urgentemente.

Mientras cenamos, nuestra única conversación es darle vueltas todo el rato a lo mismo, hasta

que Maica cambia de tema de una forma radical:

—Roxanne, me caso. —Abro los ojos con asombro y la miro mientras empiezo a reírme como una posesa. Como su cara no cambia y no me dice eso de «era una broma», paro mi risa de golpe —. Roxi, no te enfades, es que no sabía cuándo decírtelo.

Veo que esto va en serio.

—Pero, pero... ¿cuándo?

Le va asomando una leve sonrisa.

—El quince de junio, en el Castillo de Peralada.

—¿El día de mi cumple?

—Sí, lo siento. No había fechas libres, y por suerte hubo una anulación.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —le pregunto a modo de reproche.

—Bueno, es que me lo pidió el fin de semana pasado, y tú estás tan liada...

Cojo su mano y la aprieto con cariño. Pobrecilla, estoy tan alterada con mi historia que ni siquiera me he parado a pensar en ella.

—Perdóname, Maica. ¿Lo quieres?

—Mucho. Cuando estoy sin él parece que me falta hasta el aire, y es tan bueno conmigo, me respeta y me demuestra continuamente que me quiere. Lo que pasa es que hace tan poquito que nos conocemos, que tengo un miedo terrible.

Sus ojos angustiados me hacen saber que necesita a su amiga.

—Cariño, estuviste con el maltratador dos interminables años y mira qué mal te salió, así que en la vida nunca se sabe. Aprovecha lo bien que estás con él y no pienses más.

De pronto se acerca a mí y me abraza.

—Gracias, Roxanne. Te quiero.

—Yo también, tontorrón.

—Serás mi testigo de boda, ¿verdad?

—Por supuesto.

Así que, dejando a un lado mi tema con Biel, le dedico a Maica toda la velada.

Antes de irme a dormir vuelvo a llamarlo y nada, así que desisto y me acuesto.

Son las ocho de la mañana y no he podido dejar de darle vueltas a lo mismo toda la noche, no he dormido nada. La boda es a las doce del mediodía, posiblemente ya estará despierto, así que decido ir a hablar con él.

Nada más pasar la verja de la entrada, veo que está todo muy activo en la casa. Al celebrarse en uno de los jardines, es un no parar de gente entrando y saliendo.

Antonia, tan amable como siempre, me hace pasar al despacho de Biel. Y ahí está él. Su expresión al verme, dedicándome esa sonrisa que me derrite, hace que me quede parada en la puerta. Lleva unos tejanos, una camiseta de *sport*, y su barba de varios días me hace saber que aún no se ha preparado. Como sigo sin moverme, viene hacia mí.

—Pasa, no te quedes ahí.

Pero yo no me muevo.

Me mira extrañado, así que no tardo en soltarle por lo que he venido:

—Biel, vas a odiarme por lo que voy a decirte.

—Ven, anda. Siéntate. Y sea lo que sea, ten por seguro que sería incapaz de odiarte.

Este no tiene ni idea de lo que he venido a decirle, no ha escuchado los mensajes de voz de su móvil.

Me siento frente a él, como la primera vez que lo vi. Nuestras rodillas casi se tocan.

Respiro hondo y allá voy.

—No puedes casarte con Anne.

Su cara de sorpresa hace que se esperara de todo menos esto.

—Roxanne...

—Escúchame, por favor. Ayer descubrí algo que tienes que saber. Te estuve llamando toda la noche, pero me salía el contestador.

—Mi móvil sufrió un pequeño accidente. —Lo tiene sobre la mesa, al enseñármelo veo que tiene el cristal hecho añicos. Suspira, cruzándose de brazos—. Dime eso que has descubierto.

Su forma de hablar me confirma que nada de lo que diga alterará sus planes. Pero tengo que intentarlo. Así que allá voy:

—Anne solo está contigo por interés y desde luego tus hijos no entran en sus planes.

—¿Y se puede saber cómo sabes eso? ¿No será que quieres romper esto por algo más personal? Me molesta que piense eso.

—No, Biel —le digo triste—. Es más, después de esto, si quieres desapareceré de vuestras vidas, pero antes tienes que escucharme...

—¡Habla!

Sin parar a pensar más las consecuencias, muy nerviosa se lo suelto.

—Hace unas semanas escuché cómo se lo explicaba a una amiga en el club de tenis. Por supuesto yo no sabía que era ella porque no le vi la cara, pero ayer lo supe. Después empecé a atar cabos y por su forma de actuar, puedo confirmarte que te está engañando, y no solo porque se acueste con otro —ahora su expresión denota rabia—, sino que tampoco es lo que te hace pensar respecto a tus hijos, directamente le molestan.

Le explico lo que las niñas me dijeron ayer sobre la forma en que las trata Anne.

Me mira fijamente y se va hacia la puerta. Llama a Antonia y le dice que avise a Anne para que baje inmediatamente.

Mientras esperamos, me mira de una forma que no me gusta, como si le estuviera arruinando la vida.

Antonia entra enseguida en el despacho para informar de que la están maquillando y no puede bajar, así que Biel, con una furia que no sabía que tuviera, se gira hacia mí y me dice:

—¡Tú no te muevas de aquí!

Ahora mismo mi estómago es un manojo de nervios. ¿Habré hecho bien?, ¿tendría que haberme callado? No, eso no me lo perdonaría nunca, sabiéndolo no.

Ha pasado más de una hora y sigo aquí sin moverme, intentando escuchar algo, pero ahora todo se ha vuelto de un silencio sepulcral. De pronto la puerta se abre y aparece Antonia con una bandeja. Su sonrisa me sube un poco el ánimo.

—Toma, mi niña, te traigo algo para que desayunes.

—Gracias, Antonia, pero no tengo hambre. ¿Sabes algo?

Ella sabe perfectamente a qué me refiero. Tuerce el gesto.

—Llevan todo el rato en la habitación y, por lo que sospecho, creo que no habrá boda. ¿Pero qué ha pasado? Tú sabes algo, ¿verdad?

—¡Ay, Antonia! ¡Ahora no sé si he hecho bien! —le digo frotándome las manos, nerviosa.

Decido explicárselo. En este tiempo en que la he conocido me parece una persona muy juiciosa.

Ella me escucha paciente hasta que termino, pero su expresión no cambia.

—Roxanne, esto que me cuentas no me sorprende. Alguna vez he escuchado a esa «señora» hablando por el móvil y no me ha gustado nada lo que oía. No te preocupes, has hecho bien. A mí me ha faltado el valor que has tenido tú. Me alegro de que Dios te haya puesto en su camino.

Me acaricia el brazo, intentando consolarme.

—Come algo, esto parece que va para largo.

Dicho esto, me sonrío y sale del gran despacho. Miro hacia la bandeja que me ha dejado y veo que ha traído ese bizcocho que tanto me gusta. Pero ahora soy incapaz de comer nada, tengo el estómago totalmente cerrado.

Tras otro rato más allí mirando sin ver, aburrida de tanto pensar, siento que necesito ir al baño, así que abro la puerta despacio. De todo el movimiento que había hace dos horas no hay ni rastro. Salgo por el amplio pasillo y antes de entrar al baño veo subir por las escaleras centrales a Aurora y al hombre que casi siempre acompaña a Biel, algo como su hombre de confianza. Se llama Gerardo.

Ahora mismo me gustaría saber qué está pasando, pero me limito a volver por donde he venido. Antes de llegar al despacho, escucho voces que vienen del pasillo, me giro y me topo de frente con Anne y un séquito de tres mujeres que la rodean.

Ella me mira con cara de desprecio mientras las otras se paran junto a ella. Su cara está demacrada, tiene el maquillaje corrido de haber llorado. Menudo panorama tengo delante.

—¡Tú! ¡Seguro que estás detrás de todo esto! ¿Cómo no me he dado cuenta?

Ahora tengo a las cuatro mujeres mirándome, y nada bien, por cierto.

Anne viene hacia mí y creo que dispuesta a pegarme. Yo me siento mal por la situación, pero desde luego no voy a dejar que me haga nada, así que me planto frente a ella.

—Si hay alguna culpable por lo que sea está pasando, desde luego no soy yo. —Preparada para lo que viene, le digo de muy mala leche—: Y no te atrevas a tocarme, porque con las cuatro no tengo ni para empezar.

—¡Vámonos, Anne! No hace falta dar más espectáculo —le dice una de las mujeres que la acompañan.

Sin dejar de mirarme se da la vuelta muy despacio, dos de ellas la cogen para llevársela. Sé que me la tiene jurada, pero miedo, cero.

Me giro y entro en el despacho de Biel, estoy temblando y es que la cosa se ha puesto muy fea.

Más espera, miro el móvil y compruebo que ya son casi las once de la mañana. Me asomo a uno de los ventanales y lo veo todo preparado para la ceremonia. Es uno de los jardines de la casa. Las sillas se encuentran perfectamente situadas, con un pasillo central que dan a un precioso arco con flores. De pronto, comienzan a llegar los invitados. Aurora aparece frente a ellos y con un semblante algo apenada se va acercando a todos, parece ser que los despide.

Después de lo que ha pasado con Anne, y viendo esto, está claro que no habrá boda.

Pasado un rato soy testigo de cómo el jardín preparado para el enlace sigue vacío. El día tan bonito de la recién estrenada primavera parece que se ha vuelto feo.

Me siento fatal, lo último que quiero es hacerle daño a Biel, pero la decisión la ha tomado él. Ahora seguramente me despedirá y no podré ver a las niñas. De pronto me siento desolada al pensar eso.

Biel entra como un vendaval dando un fuerte golpe a la puerta, alejando por completo mis pensamientos.

Se detiene frente a mí, y cogiéndome del brazo me arrastra hacia fuera mientras me dice:

—¡Vamos!

—¿Adónde? —le pregunto confundida.

—¡A casarnos!

—¿¡Cómo!/? —Intento soltarme de su brazo, pero me tiene fuertemente cogida—. ¿Estás loco?

—Como no reacciona, me paro de golpe—. Biel, me estás haciendo daño.

Me suelta, pero su cara amenazante no cesa.

—Lo siento. —Para unos segundos y continúa—: ¡Hoy tengo que casarme y voy a hacerlo, con o sin ella!

—Pues búscate a otra porque yo no me voy a casar contigo —le aclaro algo chulita.

Vuelve a cogerme del brazo y me arrastra al pasillo.

—¡Te casarás conmigo, ahora! Tú has sido la culpable y tú lo vas a arreglar.

Vuelvo a soltarme.

—¿¡Qué querías?! ¿Qué me callara? ¿Qué fueras un desgraciado con ella? ¿¡Y qué hay de tus hijos, es que no te importan!? —le reprocho casi sin aliento, a punto de echarme a llorar.

Su forma fiera de mirarme me hace echar un paso atrás.

—Escucha muy bien lo que voy a decirte: hoy tengo que casarme como estaba planeado, ¿y sabes por qué? —Lo miro asustada—. Porque una de las personas más importantes de mi vida, así espera que lo haga. —Viendo que no contesto, se gira y suspira, está derrotado—. Perdóname, no quería lastimarte. —Se dirige de nuevo a su despacho cabizbajo y cierra la puerta.

Bien, ahora la que tiene que mover ficha soy yo.

Verlo como lo he visto me ha dejado tocada. Estaba desesperado. Lo único que creo haber entendido es que su boda era algo ¿planeado?

Pienso y pienso, intentando leer entre líneas, pero no entiendo nada. Ando de un lado a otro hasta que me acerco a la puerta, la abro y entro muy despacio.

—Biel..., me casaré contigo.

En menos de una hora tengo a mi lado al hombre al que siempre he querido, con el que soñaba de pequeña porque era mi príncipe azul y, después, de adolescente, lo odiaba por haberse casado con otra que no era yo. Y cuando por fin logro olvidarlo, aparece en mi vida sin haberlo llamado.

Estamos frente al juez de paz que va a officiar la ceremonia y dicho así suena muy bien, pero la realidad es otra.

Mi hermano y mi cuñada han venido en tiempo récord y serán los testigos de esta boda de apaño. Mario, uno de nuestros chóferes, ha ido a buscar a mi tía Carmen, porque si una cosa tengo clara es que sin ella no me caso.

Los padres de Biel tienen una expresión extraña, parecen confundidos y a la vez complacidos, ocupando la primera fila de un sinfín de sillas vacías. Junto a estos, veo a un Laurent sonriente y unas pequeñas igual de contentas, esta es la única parte positiva.

Ya no estoy nerviosa, estoy triste por la situación, y mi parte masoca contenta de que las pequeñas no tengan la madrastra que esperaban.

No he querido cambiarme de ropa, no me siento parte de esta boda, aunque sea la novia. El precioso vestido blanco lo he sustituido por los tejanos y el cárdigan color crema que llevaba esta mañana. Él, por su parte, ha cambiado la camiseta por una camisa azul cielo y sigue sin afeitarse. Tampoco tiene sentido que se vista de la forma que tenía preparada.

Pienso con tristeza que nunca me había imaginado que mi boda sería así; bueno, en realidad nunca me había imaginado mi boda.

Tampoco he querido la entrega de alianzas porque no iba a ponerme un anillo que no me pertenece, así que aquí estoy, esperando que acabe lo antes posible.

—Y doy por concluido este enlace, no sin antes desearos toda la felicidad que seáis capaces de construir con vuestro amor y tesón. —El señor, que debe rondar los sesenta, con aire de bonachón, parece ajeno a todo, aunque no hace falta ser muy listo para darse cuenta de que algo no encaja, así que, con una sonrisa que no entiendo, termina diciendo lo que más temía—: Biel, ya puedes besar a tu esposa.

Pongo cara de circunstancias y me giro hacia Biel. Él aprieta la mandíbula y me mira, acercándose lo justo para darme un beso suave, pero sin ningún sentimiento. Nada que ver con los que compartimos cuando nació Xavier.

La comida transcurre en silencio, excepto por alguna que otra risilla de las pequeñas gemelas.

Yo, por mi parte, evito mirar a Biel y él por lo visto hace lo mismo.

Por suerte, mi hermano y Lucía deciden marcharse enseguida, ya que el pequeño Xavier es demasiado pequeño y prefieren irse a casa; antes dejarán a mi tía en la suya.

Al despedirnos, mi hermano me dice después de un largo abrazo:

—¿Estás bien?

—Sí —le respondo, intentando sonreír.

—Para cualquier cosa ya sabes dónde estoy. Cuando estés más tranquila te espero en casa para que me expliques todo esto, porque no lo entiendo.

—Sí, tete, te prometo que esta semana me acerco y te cuento.

—Vale. —Me vuelve a dar otro beso y, lanzando una mirada asesina a su amigo, continúa hablándome—: Lo que necesites me llamas al móvil.

Asiento y me despido de Lucía y del pequeño.

Mi tía me abraza emocionada y con una gran sonrisa, tras darme dos besos se dirige a Biel:

—Esta boda no me ha convencido mucho, pero ya me lo explicaréis. Lo que quiero decirte es que a la mínima señal que vea de que mi sobrina no es feliz, te cortaré el cuello.

Su sonrisa se ha esfumado con estas últimas palabras. Biel, por su parte, me mira y le contesta igual de serio:

—Carmen, nunca le haría daño intencionadamente. Puede confiar en mí.

—Eso espero.

En ese momento, la madre de Biel coge mi brazo y alejándose unos metros de donde estamos me dice:

—Roxanne, no sabes lo mucho que te agradezco lo que estás haciendo. Biel me ha explicado algo y quiero que sepas que te estaré eternamente agradecida por esto.

La señora se echa a llorar y me parte el corazón.

—Por favor, Margarita, no llore. Ya verá como todo se arregla —Hablo sin saber muy bien a qué me refiero, pero no puedo evitar consolarla.

—Ahora que está contigo seguro que será todo más llevadero. Entre tú y yo, esa otra chica no me gustaba nada. —Sonrío y le acaricio el brazo—. Tú eres diferente. Ya lo eras de pequeña. ¿Te acuerdas de cuando venías a bañarte en nuestra piscina con tu hermano?

—Y tanto que me acuerdo. Lo que me sorprende es que se acuerde de mí.

—¡Cómo no acordarme de la niña que estaba colgada del brazo de mi hijo todo el día!

Eso nos hace reír a las dos, cambiando nuestro estado de ánimo.

—Realmente era muy pesada, pero tu hijo nunca me hizo sentir mal.

—Biel siempre ha sido un gran chico, y no es porque sea mi hijo, pero siempre ha sabido llevarlo todo con mano izquierda.

La miro con cariño y me doy cuenta de lo mucho que lo quiere.

Tras despedirse de nosotros observo cómo se cierra la puerta tras ellos y me invade un extraño sentimiento, como si esto no fuera real. Siento que esto no me puede estar pasando a mí. Pero para hacerlo más real, noto cómo dos pares de bracitos me envuelven la cintura, apretándose fuerte.

—Roxanne, ¿vas a ser nuestra mamá?

Trago saliva y, confundida, miro a Biel. Está de pie, a unos metros de mí y por su mirada parece que no me va a echar un cable.

—Me voy a mi despacho, te espero allí; tenemos mucho de qué hablar.

Me quedo a cuadros y lo maldigo para mis adentros.

—De acuerdo, ahora voy. —Miro a las pequeñas y les digo lo único que puedo decirles en este momento—: A ver, princesas. Por ahora seguiré siendo Roxanne.

—Pero si te has casado con papá, ¿podemos llamarte mamá? —Esta, por supuesto, es Raquel.

¡Uf, esto está siendo muy difícil! Por suerte, a Biel le remuerde la conciencia y vuelve sobre sus pasos.

—Vamos, niñas, dejad a Roxanne tranquila. Ahora ella y yo estaremos un rato ocupados.

Le doy en un beso a cada una en la cabeza y Laurent las apremia para que se vayan con él.

Al entrar al despacho cierro la puerta y voy directa a sentarme frente a él. Veo cómo coge unos folios salidos de la impresora, los pone sobre la mesa y se sienta en su sillón mientras se desabrocha los primeros botones de la camisa.

—Antes de nada, gracias, Roxanne. Esta mañana he vivido momentos de mucha tensión y, aunque no es como lo había planeado, el fin ha sido el mismo.

Su forma tan fría y a la vez relajada de hablar, me da a entender dos cosas: una es que no estaba para nada enamorado de Anne, y la otra es que la boda solo es una mediación para un propósito,

ese que todavía desconozco.

Miro los papeles que pone frente a mí y leo: «Contrato matrimonial». No me da tiempo a ver nada más, ya que empieza a hablarme:

—Este es el contrato que tenía firmado por Anne y que por supuesto ya no tiene validez. Me gustaría que lo leyeras y firmaras esta tarde. Pero antes de nada quiero explicarte a qué ha venido todo esto. —Se reclina en el sillón mientras su cara delata sufrimiento—. Mi padre está muy enfermo. Aunque lo hayas visto con buen semblante, es posible que en pocos meses nos deje. —Se muerde el labio. Le está costando la vida seguir hablando—. Mis padres son muy conservadores, y desde que la madre de mis hijos se marchó, él no ha dejado de insistirme en que los niños necesitan tener una figura materna. A mí me parece absurdo, porque mis hijos son felices, pero él está convencido de que no es así y que necesito tener una compañera. Al diagnosticarle esta enfermedad, me hizo prometerle que me casaría, que no quería irse al otro mundo con la pena de que seguiré criando solo a sus nietos. Y ahora el tiempo apremia. —Respira hondo—. Esto es solo algo temporal, pero quiero que sea todo lo creíble que pueda de puertas para afuera y sobre todo cuando estemos con él. En el momento en que pase el momento fatídico, serás libre y nos divorciaremos. Verás que hay una suma de dinero más que generosa por el tiempo que estemos casados.

Tras esta confesión me quedo petrificada.

—Lo siento mucho, Biel.

—Mis padres se han fijado en la conexión tan buena que tienes con mis hijos. —Noto cómo dos lágrimas caen libres por mi cara. Él me mira de una forma dulce—. Hoy con esta boda lo he hecho feliz, así que no quiero estar triste.

Me mira esperando mi reacción, que no es otra que limpiarme las lágrimas y asentir con una tímida sonrisa.

Llaman a la puerta y entra Antonia, la que hace nada estaba comiendo con nosotros la mar de contenta. Trae una bandeja con dos vasos, un cubilete con hielo y una botella de *whisky*, de esa que debe ser tan cara que seguro que está guardada bajo llave.

Biel se levanta y llena los vasos con su correspondiente hielo.

—Toma un poco, pecosa, a ver si con esto damos color a esa cara tan pálida que tienes desde esta mañana.

Me ofrece la bebida y le digo un tímido «gracias». ¿Acabo de ponerme roja? Sí, creo que sí.

—Biel, aún estoy digiriendo todo esto. —Le doy un trago al *whiskey* y noto cómo me quema la tráquea. No es una bebida que me guste mucho, pero ahora me viene genial. —Si no te importa, lo leeré aquí y ahora.

—Me parece bien. —Su penetrante mirada, a la vez que suaviza su gesto, hace que mis barreras estén por los suelos. Así que me voy hacia uno de los sillones y me siento al estilo «indio», cruzando las piernas sobre el mullido asiento.

Leo a la vez que voy poniendo caras raras. Ahora me rio justo en el momento en que pone:

«Ninguno de los cónyuges pondrá en peligro la estabilidad del matrimonio por infidelidades demostradas».

Levanto la vista del papel y veo que me está mirando; por la forma en que lo hace, intuyo que no me ha quitado la vista de encima mientras estaba leyendo.

—Esto de infidelidades demostradas, ¿quiere decir que si nadie se entera sí que podemos ser infieles?

Ya voy por el tercer trago de *whiskey*, y tengo un calor horroroso.

—No quiero que haya ningún cabo suelto. En algún momento puede desestabilizar la relación y dar pie a habladurías innecesarias.

Asiento y pienso que Anne había incumplido este contrato antes de empezar; si yo me enteré de

que se acostaba con otro, cualquiera lo habría descubierto.

Continúo leyendo. Por supuesto este matrimonio es en régimen de separación de bienes, en este aspecto me da bastante igual, yo soy feliz con lo que tengo. Pero si hubiera sido un enlace por amor, reconozco que no me sentaría muy bien y menos aún firmar un contrato. Por suerte no hay mención alguna a su padre, cosa que agradezco.

Abro los ojos como platos al ver la cantidad de dinero a percibir una vez llegado a fin, el destino de este matrimonio.

Levanto la mirada y lo veo sonriéndome.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Las caras que pones, eres muy expresiva.

En ese momento se abre la puerta del despacho y aparecen las pequeñas de la casa.

—Papi, nos vamos a la cama. —Se tiran literalmente sobre él y le dan un beso de buenas noches. Son unas niñas encantadoras. Las miro sonriendo y veo que vienen hacia mí.

—Buenas noches, Roxanne —dicen al unísono, dándome un beso.

Cuando se van, Biel dice muy serio:

—No las malcrías, por favor. He visto la cara que has puesto cuando han dicho que se iban a dormir. Seguro que estabas pensando que es muy pronto. —Cierto, como si me hubiera leído el pensamiento. Justo así—. Ellas tienen unos hábitos y no se pueden cambiar.

—Sí, ya he leído en tu supercontrato que no pinto nada en lo que a la educación de tus hijos se refiere. Tú eres su padre, eso lo tengo claro, y tampoco quiero esa responsabilidad.

Continúo leyendo y levanto el vaso sin decir nada. Como sé que me está mirando, no tengo que esperar mucho para notar cómo lo rellena. Solo levanto la mirada cuando se gira, para poder alegrarme la vista y sonrío. Y mi sonrisa es la que me advierte que como siga bebiendo así, voy a pillar una cogorza que no veas.

Termino de leer esta pesadilla y al levantarme lo veo muy concentrado tras su ordenador. Mueve las manos en el teclado y se para a pensar mirando la pantalla. Esos ojos oscuros con sus largas pestañas, sus labios... Me tiene loca, sin contar que oficialmente ¡es mi marido! Eso me hace de nuevo sonreír. Y de pronto mi libido sube a cien por hora. En este momento lo único que tengo claro es que quiero acostarme con él, ¿y no dicen que al final el que la sigue la consigue? Pues lo quiero ahora.

—Vale, ya he terminado —le digo mientras me pongo frente a su mesa—. Aparte del dinero, que me parece excesivo, el resto lo veo bien. Está todo dentro de la normalidad, excepto por el sexo.

Ja, ja, ja, acabo de desconcertarlo. Me acerco y me siento sobre la mesa, tengo toda su atención.

—Pensaba que estaba claro, siempre y cuando sea imposible descubrir, podrás verte con otras personas.

¿Ya está? ¿Le da igual con quién me acueste? Pues a mí no, se me revuelve el estómago de pensar que se acueste con otras. ¡Dios! Llevo casada ocho horas y ya estoy paranoica.

—Yo no estoy hablando de eso. Estoy hablando de ti y de mí. Yo quiero tener sexo contigo.

Si no es porque seguramente está muy pasado de todo esto, diría que se ha sonrojado.

—Eso no te lo puedo prometer.

Esto me ha dolido. Así que bajando la tapa del portátil que tiene delante, le pregunto:

—¿Por qué? ¿No te gusto lo suficiente?

—No se trata de eso —me responde, subiendo la tapa del ordenador sin mirarme.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Parece que lo he molestado.

—¿Te estás oyendo, Roxanne? Pareces una niña caprichosa que ahora mismo quiere un juguete.

Pienso en decirle que sí, que quiero mi juguete, que si no hay sexo no firmo el contrato. Pero me desinflo, tampoco estoy segura de querer llegar hasta el final de esta conversación y que pueda hacerme más daño con sus palabras. Es el único hombre que con su rechazo puede hacerme sentir insignificante.

Respira hondo y se desplaza un poco hacia atrás para así poner más espacio entre nosotros:

—Aparte de que tu hermano me mataría, ¿no has pensado en la diferencia de edad?

—Nueve años, cuatro meses y veintiocho días, ¿qué problema hay? Solo te estoy hablando de sexo.

Niega con la cabeza.

—El sexo entre nosotros lo único que haría sería complicar más las cosas.

—¡Pues cuando nos besamos no parecía que pensaras mucho en todo eso!

—Solo fue un beso —me dice sin darle importancia, cosa que me duele.

Sin decir nada más bajo de la mesa, sintiéndome la más tonta del mundo por mendigar algo que puedo tener con quien quiera, así que le digo roja de rabia mientras firmo el contrato:

—¡Aquí lo tienes!

Dando un golpe final con el bolígrafo sobre la mesa, me doy media vuelta y voy en busca de mi abrigo. Mientras me lo pongo me pregunta:

—¿Adónde vas?

—¡A mi casa!

—No puedes irte, ahora esta es tu casa.

De pronto me siento una mala persona. Después de lo que me ha contado de su padre, quizá me he pasado, esto no venía a cuento.

—Perdona Biel, no he debido hablarte así y menos aún, pedirte...

Salgo cabizbaja del despacho sin terminar la frase, pero antes de que pueda alcanzar la puerta principal, sus fuertes manos me cogen de la cintura y me hacen girar, quedándome pegada a su cuerpo. Casi tocando sus labios con los míos, dice bajito:

—Pecosa, acabamos de casarnos, no puedes abandonarme tan pronto.

Y sin darme tiempo a reaccionar devora mi boca como si fuera la única gota de agua del desierto. Mis labios responden con cautela mientras su lengua entra posesivamente en mi boca haciendo que un gemido se me escape sin querer. Pero no debo caer, solo lo está haciendo para que no me vaya, no porque realmente me desee. Así que me aparto.

—Si lo que quieres es que no me vaya, pídemelo y me quedaré. No hace falta que me beses así para convencerme.

—Te beso así porque quiero besarte desde que esta mañana apareciste por esa puerta.

Eso me deja perpleja.

—Biel, después de todo lo que acabas de decirme, no tiene mucho sentido esto.

Vuelve a acercarse despacio hasta estar cerca de mi boca:

—Contigo nada tiene mucho sentido. —Me besa los labios repetidamente mientras susurra—: No quiero que te vayas. Además, es nuestra noche de bodas.

Esta última frase la dice sonriendo mientras continúa besándome.

—Mi hermano te matará. —Ahora soy yo la que sonrío.

—Podré con ello.

—¿Y qué hay de que el sexo lo complica todo?

—Ya lo veremos más adelante, ahorra mismo te deseo más que nada en el mundo. —Sus besos

bajan hasta mi cuello.

Este es el desencadenante para que mis barreras bajen por completo, haciendo que mi deseo por él cada segundo vaya aumentando, si eso es posible. Mis manos acarician su nuca mientras las tuyas bajan por mis caderas hasta descansar en mi culo.

Entre beso y beso mi conciencia me dice que pare, pero ese pensamiento queda ahogado por el placer que ahora mismo siento en el bajo vientre. Ya no hay vuelta atrás.

Me lleva hacia las escaleras y subimos hasta las habitaciones, todo está en silencio. Para mi decepción me lleva hasta el dormitorio donde me quedé los días en los que estuve durmiendo allí. Ese pensamiento pasa fugaz por mi mente, ya que sus manos se encargan con rapidez de que olvide todo excepto a él.

Una vez dentro de la habitación se pone frente a mí y me desabrocha los tejanos con una habilidad pasmosa, los baja lo justo para tocar mi sexo. Su mirada me traspasa mientras mi respiración es cada vez más rápida, aparta mis bragas y toca suavemente mi punto de placer. Un gemido se ahoga en mi boca mientras su lengua juega con la mía. Nuestras respiraciones entrecortadas siguen el ritmo de nuestras manos. Torpemente intento quitarle la camisa, voy muy lenta, no acierto con los botones y lo necesito dentro de mí. Desisto y voy directamente a sus pantalones, pero sus dedos no dejan de moverse sobre mi clítoris, cosa que no ayuda en nada. Finalmente me apoyo sobre su pecho y disfruto de cada segundo del placer que siento. Me besa el cuello muy despacio, hasta llegar a mi oído y decirme:

—*Ma belle Roxanne.*²

Su voz ronca, tan sensual al hablarme, ha sido el detonante para que explote de placer, corriéndome de una forma devastadora.

Se aleja de mí unos segundos y veo que apaga la luz, dejando solamente entrar la claridad que la luna nos proporciona a través de la gran ventana. Vuelve a acercarse a mí y me va desnudando poco a poco. Intento hacer lo mismo, pero no me deja. Se deshace de mi ropa de la forma más sensual que jamás nadie lo ha hecho, acariciando todo mi cuerpo despacio, a la vez que lo llena de besos. No quiero que este momento acabe nunca. Su boca se para en mis pechos, saboreando uno a uno con una lentitud pasmosa, haciendo que mi respiración vuelva a acelerarse.

Se aparta para desnudarse sin dejar de mirarme. Al quitarse los calzoncillos y ver que no he sido inmune a él, mi cara debe haberle resultado muy graciosa, porque sonrío. Me coge por la cintura acercándose a la cama, acostándose junto a él. Le acaricio el pecho, esos pectorales que siempre me han vuelto loca ahora son todos para mí. Me pongo sobre él y lo beso suavemente, disfrutando de su boca, cosa que aprovecha para meter uno de sus dedos en mi vagina, haciéndome gemir. Cuando me dispongo a bajar por su cuello, sin esperarlo, me pone bocabajo. Acaricia con lentitud mis brazos, bajando por mis costados hasta llegar a mis caderas. Las levanta y pasa su lengua por todo mi sexo, haciendo que me desborde de placer. Lo hace tan despacio que por un momento contengo la respiración, para soltarla en un jadeo tras de otro. Vuelve a jugar con sus dedos en mi sexo, hasta que noto cómo su pene se hace hueco y con una fuerte penetración entra en mí. Grito, parte de placer, parte de dolor; no esperaba esta embestida tan rápida. Retrocede para volver a penetrarme fuertemente, pero esta vez lo esperaba y el placer ha sido brutal.

Mis manos se cierran sobre la sábana mientras su pene entra y sale de mí haciéndome sentir cada segundo, plena de deleite. Cada vez más rápido, una tras otra, siento que me corro, siento que llego al orgasmo con sus manos agarrándome fuertemente las caderas. Lanzo un chillido al llegar a la culminación, y poco a poco voy quedándome floja mientras Biel, tras un discreto gemido, para sus movimientos; se ha vaciado dentro de mí.

Silencio. Durante unos segundos solo se escuchan nuestras respiraciones.

Poco a poco sale, dejándome totalmente exhausta sobre la cama. Me da un beso en la espalda y susurra:

—*Pardonne-moi, ma précieuse femme.*³

Lo escucho caminar por la habitación. Me giro y veo cómo se agacha a recoger su ropa y sale del cuarto.

Tras unos minutos llego a la conclusión de que no va a volver. De pronto me acuerdo de lo que dijo Anne a su amiga: «Nunca me mira mientras lo hacemos». «Mi teoría es que aún está enamorado de su ex».

Para sumirme más en la tristeza que me provoca esta situación, tengo que reconocer que ha pasado exactamente así y encima me ha hablado en francés, otro punto para darle la razón.

Me da rabia. La parte de mí que se siente plena por el placer que he sentido, su forma de tocarme, de besarme, ha sido brutal. Realmente lo que acaba de pasar no me había sucedido nunca.

Pero... ¿placer sin sentimientos? Por parte de él desde luego que sí. Le he pedido sexo y me lo ha dado. Así de sencillo. Hay que ser realista.

Arrastrándome hacia el baño, decido darme una ducha de agua caliente.

Estoy tanto rato que pierdo la noción del tiempo pensando, imaginando, que entra a ducharse conmigo.

Y solo con eso mi libido está que se sube por las paredes. ¡Cómo puede tener ese poder sobre mí!

Cierro el grifo y, mientras me seco, decido que lo mejor es irme a dormir. Al entrar en la habitación veo un pijama de hombre doblado sobre la cama. Esto no estaba antes, así que ha debido entrar mientras me duchaba. Supongo que debe ser para mí, ya que con toda esta movida, no me he traído ropa.

Bueno, mañana pensaré fríamente adónde me lleva esto.

Me despierto con una sensación extraña. Miro el móvil y veo que son las once de la mañana, buena hora de un domingo para despertarse sin remordimientos; con los días que llevo sin dormir, me lo merecía. Me levanto despacio intentando asimilar todo lo sucedido ayer y, sobre todo, anoche. Pero como aún estoy dormida y con mucha hambre, voy al baño, me lavo la cara, los dientes y decido bajar a desayunar.

Bajo las escaleras y como una zombi me dirijo a la cocina. No se escucha nada, así que seguramente se habrán ido de paseo, hace un bonito día soleado. Al abrir la puerta veo que estaba equivocada y que solo falta Laurent. Biel está sacando algo del horno y las pequeñas tienen harina por toda la cara. Se detienen los tres a mirarme y las niñas me observan preocupadas.

—¿Qué te pasa, Roxanne? ¿No has traído ropa? —pregunta Céline.

Biel no me mira, me está evitando.

—¿Estás malita?

Entonces me doy cuenta de la pinta que debo tener, un pijama que me queda grande, con los pelos de loca de recién levantada y los ojos hinchados de haber dormido doce horas.

—Estoy perfectamente, lo que pasa es que acabo de despertarme y en «mi casa» desayuno en pijama. Es uno de los placeres del domingo por la mañana. ¿Vosotras nunca lo habéis hecho? —Las niñas me miran como si fuera extraterrestre. Sin ningún tipo de complejo por mis pintas, me dirijo a Biel—: Por favor, necesito un café.

Él, vestido con unos tejanos y una camisa blanca perfecta hasta el infinito, se gira hacia la cafetera y con una controlada sonrisa me acerca el café adonde estoy sentada.

—Roxanne, te hemos hecho cruasanes, de esos que tanto te gustan. —Raquel me acerca la

bandeja donde me muestra los pequeños cruasanes deformes, unos más grandes que otros.

¡Oh, me encanta este detalle!, mi cara cambia de golpe y les dedico una amplia y sincera sonrisa.

—Muchas gracias, preciosas. Seguro que están buenísimos.

Pero nada más lejos de la realidad. Al primer bocado noto que están más duros que una piedra, así que intento masticar despacio, haciendo que los saboreo.

—¡Mmm, riquísimos!

Las niñas se ponen a dar palmas y a mirarse la mar de contentas.

—Pues son todos para ti, nosotras ya hemos desayunado.

«¡Jo, qué bien!», pienso irónicamente. Miro a Biel, que está disfrutando de lo lindo sabiendo que estoy mintiendo como una bellaca.

—Chicas, me gustaría hablar con vuestro papá. ¿Nos dejáis solos?

Y mirando a Biel veo cómo surten efecto mis palabras, porque las niñas obedecen y a él le ha cambiado la cara.

Muy seria, lo contemplo y empiezo a soltar lo que pienso, porque a sinceridad no me gana nadie:

—Biel, respecto a lo que pasó anoche, voy a decirte que, a pesar de que disfruté el momento, creo que es cosa de dos y yo no estoy acostumbrada a que después de tener sexo, me den un besito de buenas noches y me dejen tirada. Me pareció frío y decepcionante. —Sus ojos están abiertos como platos y desde luego está alucinando con lo que le estoy diciendo—. Así que, gracias por tener sexo conmigo, porque era lo que te pedí, pero si tiene que ser así, prefiero mantener voto de abstinencia.

—Lo siento, no estaba planeado. Perdona si te hice sentir mal. Por mi parte está entendido.

El tío es un bloque de hielo. ¿Entendido el qué? ¿Qué no volverá a tocarme? Me ha dejado peor de lo que estaba.

—Biel, también quería comentarte que yo no vivo sola.

Se sorprende.

—Vivo con Coco y Chanel, mis dos gatos. Y, como ahora vivo aquí, me gustaría traerlos.

Respira hondo y por su expresión noto que no le ha gustado mucho mi propuesta.

—Lo siento, pero no me gustan los animales, y menos los gatos.

—Vamos mal, muy mal. Esto va de yo te ayudo casándome contigo y tú puedes hacer la vista gorda con mis gatos.

—Puedes atenderlos en tu casa y cuidarlos allí. Aquí, desde luego, no entrarán.

Se levanta, dando por terminada la conversación. Y vuelve a dejarme sola, ahora en la cocina. Eso me hace sentir como si fuera alguien insignificante para él, de nuevo en menos de veinticuatro horas.

¡Cómo lo odio! Desde luego está haciendo todo lo posible por caerme peor por momentos.

Cuando termino el café, porque desde luego los cruasanes que han hecho las niñas no pienso comérmelos, salgo de la cocina y escucho voces que vienen de la entrada de la casa.

Me acerco y veo que es Laurent junto a un hombre que no conozco. Intento darme la vuelta para que no me vean, pero ya es tarde.

—Roxanne, por fin te has despertado. —Un sonriente Laurent me hace pararme en seco.

—Pues ya ves —le digo apurada mientras me giro despacio.

—Ven, quiero que conozcas a Ángel. Es mi mánager y amigo de la familia.

Me acerco un poco avergonzada por mi aspecto, pero a él parece no importarle. Su penetrante mirada me deja estupefacta. ¿Me está desnudando?

—Mucho gusto, Roxanne.

Es moreno, con el pelo muy corto, alto y con una mirada demasiado expresiva para mi gusto, aunque eso no le resta atractivo.

Va vestido de una forma muy elegante, con un traje chaqueta gris oscuro.

—Roxanne es la mujer de mi padre, ayer mismo se casaron —le informa Laurent. ¿Me ha parecido un tono de orgullo al decirlo?

Ángel me mira contrariado.

—Vaya. ¿Qué me he perdido? ¿Tu padre no iba a casarse con la madrastra de Blancanieves?

Estallo en una carcajada de la que no me puedo deshacer y parece que los he contagiado, porque ellos hacen lo mismo.

—Desde luego, tu padre por fin ha sabido escoger.

—Por supuesto, eso no lo dudes. —La voz de Biel retumba en el vestíbulo y él aparece de la nada, acercándose a mí y cogiéndome de la cintura. Por su mirada noto que no le cae muy bien Ángel, cosa que no entiendo, porque le ha confiado la carrera de su hijo. Biel se gira hacia mí—. Hoy Laurent estará todo el día fuera, tiene que ir a compromisos de la promoción. Por favor, Roxanne, ve a cambiarte, vamos a salir.

Lo miro con fastidio.

—Por supuesto, señor —le digo sarcásticamente. Por su cara parece que no le ha sentado muy bien—. Adiós, Laurent.

Me acerco a darle un beso, cosa que sorprende al muchacho, y girándome a Ángel le digo, ofreciéndole mi mano:

—Espero que la próxima vez que nos veamos esté más presentable.

Al coger mi mano, la levanta para besarla.

—Acabo de verte de la forma más bella en que podías estar. Recién levantada después de una noche de amor. Realmente preciosa.

Joder, este tío no tiene vergüenza, y yo me parto al ver la cara de Biel, que da un paso hacia él y Ángel a su vez otro hacia atrás.

—Disculpa, Biel, solo he constatado un hecho —le dice sonriendo—. ¿O tu cara se debe a que no ha sido así?

—No te importa una mierda.

—Preciosa, si este idiota no te satisface como mereces, siempre estaré a tu servicio.

Esto ya no me está haciendo ninguna gracia.

—Te estás pasando, Ángel.

Los dos se retan con la mirada y veo cómo Biel aprieta los puños, hasta que un desenfadado Ángel dice:

—Vale, amigo, me he pasado. Perdona.

Como Biel no se relaja tras estas palabras, voy hacia él, cojo su puño y lo abro para entrelazar su mano con la mía.

—Vamos, Biel. —Tiro de él hacia mí despacio, hasta que reacciona—. Adiós, Ángel —le digo seria.

—Hasta otra —contesta con sonrisa picarona. Uf, cómo le gusta jugar con fuego a este hombre.

Cogidos de la mano le hago que me acompañe hasta la cocina, creo que si está un segundo más junto a Ángel no habría pasado nada bueno y no por lo que acaba de suceder, por la forma en que se hablan creo que estos dos tienen historias juntos y no es la primera vez que se retan así. Lo averiguaré, pero por ahora solo hay una cosa que necesito.

Me paro frente a él:

—Biel, no tengo ropa.

Creo que se esperaba que le dijera de todo menos esto. Me mira unos segundos.

—Lo sé —me responde, fijando sus ojos en el pijama que llevo puesto—. Vete a tu casa y prepara algo para traerte. Te recojo con las niñas en una hora. Pasaremos el día fuera. —Alza mi mano, aún cogida por la suya, y la besa—. Perdona esta situación, a veces Ángel habla de más.

—Tranquilo. Por suerte es tu amigo, no el mío —le digo sonriente y le guiño un ojo.

Unos segundos son suficientes para saber que va a besarme, así que antes de que suceda, me giro rápidamente y le digo:

—Nos vemos ahora.

Una vez en mi habitación me pongo un vestido corto Desigual, medias, botas altas y mi abrigo negro. Me dejo el pelo suelto y me pinto la raya de ojos azul, máscara de pestañas y brillo en los labios.

Cuando salgo a la entrada veo que ya me están esperando las pequeñas y el señor del castillo. Un señor que lo controla todo a su alrededor.

Cuando entro me giro a saludarlas y Raquel me dice:

—¡Qué guapa estás, Roxanne!

—Gracias.

—Papá, ¿a que está muy guapa?

Biel arranca el coche y responde mirando al frente:

—Roxanne siempre ha sido muy guapa.

La niña me mira y me sonrío, feliz de que su padre haya dicho eso. Es una preciosidad.

Vamos los cuatro en su coche como una familia feliz y lo cierto es que no me siento incómoda, sobre todo escuchando las risitas de las dos pasajeras traseras. Las oigo perfectamente, porque la música tiene el volumen muy bajo, está como de fondo, así que sin preguntar empiezo a cambiar de emisora intentando buscar algo conocido. Por fin encuentro *Lo malo*, de Aitana y Ana Guerra, y subo el volumen mirando a las gemelas. En segundos nos ponemos a cantar las tres ante un sorprendido Biel, que se queda de piedra al ver que nos sabemos la canción.

No tengo ni idea de adónde vamos, de lo único que estoy segura es de que estamos en el centro de Barcelona. Dejamos el coche en un parquin y vamos caminando por donde nos indica Biel. Pasamos por delante de la Casa Milà, un edificio construido por Gaudí a principios del siglo XX. Me parece una obra de arte increíble, es imposible pasar por delante sin recrearte mirando este magnífico edificio.

Seguimos un poco más adelante hasta que nos paramos frente a una joyería. Tiene las persianas bajadas, es domingo y la mayoría de los negocios están cerrados.

Un señor de unos sesenta años se aproxima a Biel con una amplia sonrisa para después girarse hacia nosotras y saludarnos amablemente. Tras darle a un mando empiezan a abrirse las persianas ¿Por qué hemos venido aquí?

Pocas veces he entrado en una joyería, pero desde luego ninguna tenía que ver con esta. Una vez dentro, las persianas vuelven a cerrarse y las luces iluminan la amplia estancia, llena de expositores.

Biel se dirige a mí:

—Por favor, escoge las alianzas.

Abro los ojos, no esperaba esto.

—De verdad que no hace falta.

Esta joyería debe ser carísima, por no decir que serían las segundas que compra para un enlace de mentira. Así que, acercándome a él, le digo al oído:

—Biel, no hace falta que te gastes más dinero.

Sonríe y me dice dulcemente:

—Roxanne, tenemos que llevar alianzas. Esto tiene que ser creíble. Y te aseguro que mi padre será lo primero que preguntará como te vea sin anillo.

Vale. Es verdad, hay que seguir con la triste farsa. Asiento y miro todo lo que me enseña el señor de la joyería, pero no me decido, no tengo ni idea de cómo deben ser. Por el rabillo del ojo veo a las pequeñas, que se divierten mirando y probándose las tiaras.

Creo que tengo a este señor aburrido de la vida, no me gusta nada. Me observa fijamente como si mi pensamiento estuviera hablándole y desaparece. Me giro hacia Biel, que está apoyado en una columna, también centrado en mí.

—Biel, me da igual, escógelas tú.

Se acerca a mí muy despacio cogiendo mi mano, me mira a los ojos, y su expresión me deja atontada. Acaricia mi mano, parece un auténtico novio enamorado. Me estoy sonrojando. Hasta que habla y mis corazones imaginarios alrededor de la cabeza desaparecen:

—Esto es lo único que te dejaré escoger. Además tendrás que llevarla todos los días.

Suelto mi mano de la suya mientras veo que el señor se acerca con un paño que despliega sobre la vitrina.

—Estas alianzas son todas de oro rosa, aún no las hemos puesto a la venta.

Miro los anillos y son preciosos. Mi vista va hacia uno muy sencillo; tiene una minúscula piedra en el centro que casi no se aprecia, igual que su color rosado mezclado con el oro. Es sencillamente maravilloso.

El joyero rápidamente lo coge para ofrecérmelo y me lo pruebo. Me queda perfecto. Por inercia miro sonriente a Biel, que asiente.

—Bien, ya lo tenemos.

Salimos y vamos directos a un restaurante cercano, donde mis tres perfectos acompañantes parece que siguen un auténtico protocolo. Comemos en silencio, con una exquisita educación, hasta que el sonido de mi móvil nos interrumpe. Suena la canción *Attention*, de Charlie Puth, que tarareo antes de cogerlo mirando a las pequeñas, guiñándoles un ojo, a la vez que ellas me observan escandalizadas fijándose en su padre.

Veó que es mi tía Carmen.

—Disculpadme, ahora vuelvo.

Hablo durante unos cinco minutos con mi tía, la tranquilizo explicándole dónde hemos estado esta mañana y que estamos comiendo los cuatro juntos.

Cuando vuelvo, la primera en hablar es Céline:

—Es una falta de educación hablar por el móvil cuando estamos comiendo.

Miro a Biel y parece que está de acuerdo con el comentario de la niña.

—Sí, ya veo que aquí todos sois muy educados —digo irónicamente pensando que estos no saben con quién están tratando—. Era mi tía Carmen. Imaginaos que necesita urgentemente mi ayuda, y yo, como es de mala educación, no cojo el teléfono. O que estáis en el colegio, os caéis y os hacéis mucho daño, me llaman y, como estoy desayunando con mis amigas, no lo cojo. —Las caras de las niñas no tienen desperdicio—. ¿Os parece ahora que es una falta de respeto?

Niegan con la cabeza y yo sonrío a Biel, que me mira achinando los ojos; no dice nada, pero sé que me la guarda.

Al terminar de comer nos dirigimos de vuelta a casa. Esta tarde me dedico a trasladar parte de la ropa que he traído al precioso vestidor de mi nueva habitación, esa que no comparto con Biel, porque él no me ha dicho lo contrario.

Como no podía ser de otra forma, me acompaña la música a un volumen alto y cada vez que pienso en mis gatos le doy un punto más. Este es mi territorio, así que quien pase por la puerta ya sabe lo que hay.

Veo aparecer a las pequeñas, que me miran curiosas.

—Roxanne, ¿por qué no duermes con papá?

—Los papás duermen juntos —confirma Céline.

Trago saliva. ¿Qué le contesto yo a eso? Miro a una y luego a la otra, no tengo respuesta. Por suerte empieza a sonar en la radio la canción de *Mi gente*, de J. Balbin y Willy William, así que subo el volumen y me acerco a ellas bailando como solo se puede bailar esta canción.

Las animo a que se muevan conmigo, pero las pobres no saben llevar el ritmo. Bajo mis caderas al ritmo de la música y les digo cómo hacerlo. Poco a poco, entre risas, las dos pequeñas me siguen los pasos y acabamos sobre la cama riendo hasta que acaba la canción. No, no ha acabado, me giro y veo que es Biel quien ha parado la música de golpe.

Por su cara no hace falta que hable, así que lo hago yo:

—Perdona, ¿me has pedido permiso para tocar mi radio?

Já. La educación es para todos.

Me mira y parece que le empieza a salir humo de la cabeza. Se dirige a las niñas:

—¿Podéis ir a jugar fuera? Hace una tarde muy bonita y aún no ha anochecido. —Cómo no, las niñas obedecen saliendo una detrás de la otra con la cabeza bajada como si hubieran hecho algo malo. Ahora parece que me toca a mí—. A ti no puedo prohibirte escuchar esa música, pero, por favor, no metas a mis hijas en tus gustos musicales.

—Primero, estaba puesta la radio y suena la canción que esté de actualidad. Segundo, esa canción es tan digna como cualquier otra, y hay momentos para todo. Tercero, no voy a pervertir a tus hijas porque bailen conmigo y...

—¿Hay más puntos? Porque te lo voy a resumir muy rápido. En mi casa no se escucha esa música.

Lo miro fijamente con cara de cabreo mientras me pregunto qué me pasa. Me está poniendo muchísimo su forma de mirarme con esos ojos negros que me están traspasando.

—Pues tu hijo triunfa gracias a canciones parecidas —le digo por fin, muy chula, acercándome a él—. ¿Cuánto tiempo hace que no sales de fiesta a una discoteca a bailar?

—Te recuerdo que tengo dos niñas pequeñas y no tengo tiempo ni edad para... —Pongo mis manos sobre su pecho, acercándome hasta tener mis labios a pocos centímetros de los suyos.

—¡Uy, sí, pobre vejestorio! Mira, esta noche he quedado con Maica en la discoteca de su novio, te vienes conmigo.

—¿Hoy domingo?!

—Sí, ¿qué pasa?, así te los presento. Te informo que en dos meses se casan y tienes que conocerlos.

Acerco mi cara hasta estar muy cerca de la suya.

—Imposible, hoy no puede ser. —Aparta mis manos, que están ahora en sus hombros, se da media vuelta y desaparece. Me regaño mentalmente por haberlo tocado.

Llamo a Maica y pospongo nuestra cita para la próxima semana, se me han quitado las ganas de ir.

Termino de colocar la ropa en el armario y, mientras ordeno el resto de las cosas, aparece Raquel.

—Roxanne, ya está lista la cena.

Me asombro.

—No tengo hambre, discúlpame con tu padre.

Continúo con lo que hacía y, aunque me puede la curiosidad de ver lo que ha cocinado, porque don Perfecto también sabe cocinar, me quedaré aquí. Me moría por besarlo y me ha dejado con un palmo de narices, así que ahora mismo no me apetece verlo.

—¿Se puede saber por qué no vas a cenar?

¡Joder, qué susto! Aparece por la puerta con un aire enfadado.

—No tengo hambre.

—Pues por educación podrías bajar y comer algo.

—Es que, por lo visto, la educación os la habéis llevado todos los de esta casa y ya no queda.

Se acerca a mí y se coloca tan cerca que no corre el aire. Me mira durante unos segundos y por arte de magia aparece esa sonrisa que me desarma.

—Eres una provocadora.

Sé perfectamente lo que va a hacer, así que cuando nuestros labios casi se rozan le digo amenazante:

—Ni se te ocurra.

Se queda quieto mientras nuestras respiraciones se unen y lucho por no dar ese paso que falta para devorarlo, pero no lo voy a hacer por mucho que lo desee. Esto no va a ser solo cuando él quiera.

Así que me aparto y Biel asiente serio, se da media vuelta y se va. Esto promete que va a ser difícil para los dos.

La semana transcurre a una velocidad increíble. Mientras que las niñas están en el colegio, aprovecho para ayudar en la empresa donde mi hermano no puede llegar en temas burocráticos y, después de dejar a las pequeñas en casa, me voy al gimnasio. Eso es algo que no voy a dejar, aunque cada vez me cuesta más, ya que Iván no me habla desde que sabe que me he casado. Me ignora de tal forma que aún no he podido explicarle nada de lo que ha pasado.

Todas las noches cuando llego, pico algo en la cocina y me dirijo al despacho de Biel a saludarlo y darle las buenas noches desde la puerta. Todo queda ahí, ni él se acerca ni lo hago yo. Dormimos cada uno en su habitación y después de lo que le dije sobre nuestra «noche de bodas», creo que no volverá a acercarse a mí en el terreno sexual. Lo malo es que no lo hace de ninguna forma. Así que, o esto cambia, o voy a tener que ir directamente a hablar con su ex y rogarle que arregle las cosas y yo pueda desaparecer de esta casa.

Esta noche estoy hecha polvo, me he pasado en el gimnasio. Los ejercicios diarios y mis más de veinte minutos solo de comba me están pasando factura, no puedo con mi vida.

Al llegar a la casa voy directa al despacho de Biel, entro y veo que está vacío. No me ha dicho que no estaría, pero tampoco tiene obligación, así que cuando me dispongo a subir las escaleras, oigo su voz:

—Roxanne, ven, estamos en el salón.

Me sorprendo al llegar y encontrarme con Aurora, Gerardo, Antonia y unas diez personas más que no conozco. Un sonriente Biel me ofrece una copa de cava. Parece que están celebrando algo.

—Es una sorpresa para Laurent. Ángel ha llamado y dice que viene con él para celebrar que es disco de oro su primer *single*.

—¡Qué bien!

Choco mi copa con la de él y, tras saborear el espumoso líquido, lo miro. Sigue frente a mí y me contempla intensamente.

—Aún tienes el pelo mojado.

Al decir esto me pone un mechón tras la oreja, muy cariñoso.

—Por eso llevo la coleta, si me paro a secarlo no llego ni a las once.

Me sonrío y se acerca a darme un beso en la mejilla.

Debo haberme puesto roja, pero no por el beso en público que me ha dado, sino porque ha sido ¡en la mejilla! Y lo peor es que me gusta tanto su contacto que me ha encantado.

Se gira y me presenta a todos como su mujer. Vaya mentiroso.

Pasados unos minutos, escuchamos cómo se abre la puerta y aparece Ángel junto a un Laurent que se queda asombrado al vernos a todos. Empezamos a aplaudir y jalearlo. Él salta de alegría, sabe perfectamente por qué estamos aquí.

Una vez que saluda a todos, se acerca a mí y me coge en volandas, dándome vueltas a su alrededor, está eufórico:

—¡Eres tú la que me trae suerte! —Al soltarme, me da un sonoro beso en la cara.

Me río de la ocurrencia de Laurent, pero cuando miro Biel, está serio, contemplando a Ángel.

—¿Por qué dices eso, Laurent? —le pregunto curiosa.

—Porque desde el día en que me llevaste al estudio de radio, mi carrera no para de ascender.

Ángel se coloca a mi lado y, cogiéndome de la cintura, dice:

—Pues no la dejaremos escapar.

Sonrío, me hace gracia que piensen eso. La verdad es que no soy nada supersticiosa, pero sé que los artistas lo son, y mucho.

Miro a Biel, que con su mirada está asesinando a Ángel, aunque a este no parece afectarle. A mí sí que me hace sentir incómoda.

Me deshago de él y voy hasta Biel, intentando ponerme en su campo de visión.

—¿Me pones más cava?

Asiente con la cabeza y coge una de las botellas para rellenar mi copa.

—Algún día tendrás que explicarme qué te traes con Ángel.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Pues no sé —digo irónicamente—. ¿Quizá tu cara de odio cada vez que lo ves?

—No es odio, solo que tenemos cuentas pendientes.

Y mi vena cotilla hace aparición.

—¿Y puedo saber qué cuentas son esas?

—No.

Me acerco hasta estar muy muy cerca.

—Te recuerdo que soy tu mujer, no puedes guardarme secretos.

Una media sonrisa aparece para volver a ponerse serio.

—Solo te diré que él conoció a Anne antes que yo.

Mi mente imagina rápidamente la historia y el desenlace.

—¡Vaya! Así que le quitaste la novia... No —digo pensativa—, fue ella la que vio mejor partido en ti y lo dejó tirado como una colilla, diciendo que de quien estaba enamorada era de ti. Menuda ramera.

Biel da un trago a su copa.

—Más o menos.

—Lo que no entiendo es por qué no veo el resentimiento de él hacia ti, cuando tendría que ser al revés.

—Porque ya ha encontrado cómo devolvérmela.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

Se acerca y sus labios se juntan con los míos, sin llegar a besarme.

—Contigo.

—Pero ¡eso es absurdo!

—No lo subestimes, aprovechará cualquier ocasión para conquistarte.

—Puedes estar tranquilo, tengo un contrato firmado con el señor del castillo.

Lo hago sonreír mientras saboreo sus labios, que siendo correspondida saben mucho mejor.

—¡Papi! ¡Papi!

Me giro y veo a Raquel con su pijamita y su peluche arrastrando por el suelo, en mitad de la sala.

Rápido voy a por ella, pero Biel se adelanta y la coge en brazos. Las niñas llevaban rato durmiendo, pero al haber tanto escándalo ha debido despertarse.

—Dámela, Biel, yo me subo con ella. Estoy cansada y me voy también a dormir.

—Beso a papá.

La pequeña le da un beso y, sin ningún problema, se cuelga de mí como un monito y nos vamos a su habitación.

Miro a Céline y veo que sigue dormida. Dejo a Raquel sobre su cama.

—Roxanne, quédate un ratito conmigo —me pide.

Nunca, desde que estoy aquí, me había pedido algo así, y verla con la carita con la que lo dice me desarma.

—Claro, preciosa, cuando te duermas me voy.

Ella se acurruca junto a mí y en menos de cinco minutos se queda dormida, pero yo estoy tan cansada que me es imposible moverme de su cama, me he acomodado tan bien que es suficiente para que el sueño me ataque hasta tal punto que decida quedarme un poco más.

Tan solo soy consciente un rato después de cómo unos brazos fuertes y un aroma a Biel me dejan en mi cama.

Después de bombardearlo todos los días a wasaps, por fin ha accedido a tener el sábado entero solo para nosotras. Laurent va a otro ritmo. Eso sí, Biel sigue muy de cerca sus pasos.

Como les prometí, nos vamos al Tibidabo. Es un famoso parque de atracciones de Barcelona donde espero que pasemos un gran día, al menos he conseguido que mis dos monstruitas estén de lo más contentas.

Nada más entrar al recinto, Céline se dirige a un plafón para buscar dónde está ubicada la montaña rusa.

—¡Ah no, Céline! En la montaña rusa, no. Sois muy pequeñas —dice un Biel temeroso.

—No pasa nada, yo me subo con ellas.

Con esto, me gano una mirada de represalia por parte de Biel, pero un abrazo y saltos de alegría por parte de las niñas, así que con eso me doy por satisfecha.

Mientras esperamos para subir a la atracción, miro a Biel, que se encuentra a unos metros de nosotras y noto que está nervioso. Le sonrío y él me hace un guiño un poco forzado. Con la mano le indico que se acerque.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Es que estas cosas no me van mucho.

—A papi le dan miedo las atracciones —dice Céline burlándose.

Abro los ojos sorprendida y sonrío.

—¿En serio?

—No es miedo, es que tengo algo de vértigo y, la verdad, estar aquí no me gusta nada.

—Bueno, pues hacemos una cosa. Si quieres quedamos en dos horas en el restaurante de arriba. Prometo devolvértelas sanas y salvas.

Tarda unos segundos en responder, pero su cara de alivio se ve a las leguas.

—De acuerdo.

Se gira y me permite ver su bonito culo acompañado de ese cuerpazo de infarto. Embobada estoy hasta que dos chicas que se acercan a él para preguntarle algo. ¡Dios! ¡Lo están devorando con los ojos! Es normal, yo también lo haría.

Noto cómo tiran de mi mano.

—Vamos, Roxanne, ya nos toca subir.

Nos hemos subido cuatro veces seguidas en la montaña rusa, y por fin he podido convencerlas de que hay más atracciones. Las pequeñas están disfrutando de lo lindo y yo con ellas, sobre todo de los abrazos espontáneos de Raquel, que a cada momento me agradece estar aquí. Creo que esta niña me ha robado el corazón y, aunque intento querer a las dos por igual, su forma de ser, tan cariñosa, y sus demostraciones hacia mí, hacen que sea especial.

Cuando llegamos al pequeño restaurante donde hemos quedado con Biel lo veo en una de las mesas de madera hablando por el móvil, ajeno a nosotras. Está serio, parece que discute con alguien, pero su tono de voz es el mismo; es curioso, nunca lo he visto levantar la voz por muy cabreado que estuviera. Ahora lo percibo porque su semblante así lo demuestra.

Cuando nos acercamos despide a quien sea con quien hablara muy cortante.

Comemos de una forma agradable y familiar, incluso me sorprende cuando saca su lado paternal más íntimo, me encanta formar parte de ellos.

—Roxanne, ¿ahora ya quieres ser nuestra mami?

De pronto se hace un silencio. Miro a Raquel y seguidamente a Biel, sin entender nada, pero por su cara parece que él también está descolocado.

—Raquel, no digas tonterías, están casados de mentira. Nuestra mami de verdad un día vendrá y viviremos todos juntos. ¿Verdad, papi? —dice Céline.

¡Vaya dos! A mí desde luego me han dejado sin palabras.

—Céline y Raquel, por favor. Dejad de hacer preguntas y terminad de comer. —Menuda forma de zanjar el tema. Ahí deduzco que no tiene respuesta para ninguna—. Venga, vámonos. He visto un puesto de helados de esos que os gustan tanto.

No está mal, ha jugado al despiste y le ha funcionado porque mis dos perfectillas se ponen a gritar al unísono.

Mientras caminamos, las niñas van unos metros por delante de nosotros.

—Siento de verdad esa manía que han cogido con que seas su madre. Más de una vez les he explicado quién es ella. Lo que no entiendo es por qué Céline dice que estamos casados de mentira.

—Biel, son pequeñas, pero lo pillan todo. Además, es muy evidente que no somos un matrimonio normal, ni siquiera dormimos en la misma habitación. Aunque ellas fueran bebés cuando tu ex las abandonó, supongo que tendrán amiguitas y sabrán que los padres duermen juntos. —Me paro frente a él y sin rodeos le pregunto—: ¿Anne iba a dormir también en la habitación donde estoy yo? —Suspira, y en su mirada veo la respuesta, así que antes de que me conteste levanto la mano—. Es igual, mejor no me respondas.

Seguimos hasta el puesto de helados y nos compramos un cucurucho cada uno. Ya vamos de camino a la salida sin hablar. No paro de darle vueltas a lo que no me ha dicho; ella sí que habría estado con él porque Biel quería que fuera así. Estoy deprimiéndome por momentos.

—¿Qué te pasa, Roxanne?

Lo miro, forzando una sonrisa.

—Nada.

Biel levanta su mano a mi cara y me aparto sin saber qué quiere hacer.

—Ven. —Suavemente, con el pulgar, me quita un poco de helado de nata que debo tener en la comisura de los labios para seguidamente chuparse el dedo—. ¡Umm, tu nata está mejor que la mía!

¿Qué está haciendo? ¿Está coqueteando conmigo o está intentando animarme? Desde luego mi cara refleja mi estado de ánimo, que es cero, porque hasta aquí llegaron mis expectativas con Biel y conmigo.

A partir de ahora me dedicaré a hacer aquello para lo que me ha contratado, sin pensar más allá: niñera de sus hijas y de puertas para afuera su mujer.

En el camino de vuelta, me fijo en que Biel está nervioso, no para de mirar por el retrovisor y adelanta demasiado acelerado. No pregunto, pero me hace sentir incómoda.

Cuando llegamos a la casa, me pierdo en mi habitación y le envío un wasap a Maica para quedar esta noche. Necesito desconectar de Biel.

En menos de dos minutos Maica me contesta que, por supuesto, nos vemos en la discoteca de Román, que ella ya está allí. Así que me ducho y me visto especialmente guapa, necesito estarlo y subirme el ánimo.

Me pongo un vestido negro con escote en v, de manga larga, dejando mis hombros al descubierto, y corto por encima de la rodilla. Me calzo unos buenos tacones y me aliso el pelo. Me maquillo hasta verme guapa, y eso no pasa si antes no me aplico mi carmín rojo. Salgo de mi habitación en dirección al despacho.

Llamo a la puerta y entro. Y ahí está él, de pie, dándome la espalda, hablando por el móvil. Espero pacientemente a que termine su conversación, porque no se ha dado cuenta de que he entrado.

Al girarse se queda parado, su mirada cambia, diría que ¿me está devorando con los ojos? Mi autoestima está subiendo por segundos. Corta la conversación que tenía sin despedirse.

—¿Habíamos quedado?

—No. He quedado yo. Me voy con Maica.

Me mira muy serio.

—Espera, le digo a Gerardo que te lleve.

Qué decepción, pensaba que iba a decir que vendría conmigo, claro que tampoco le he dado opción.

—¿En serio? ¿Le vas a decir a Gerardo que me lleve a una discoteca? ¿Y luego va a venirme a buscar? ¿Tengo quince años?

—Prefiero que te acompañe.

—Biel —le digo mientras me ayuda a ponerme el abrigo galantemente—. Ya soy mayorcita. ¿Sabes que en junio cumplo veintinueve años?

—El quince de junio, sí, lo sé.

Me gusta que lo recuerde, pero aun así me doy media vuelta y me voy, dejándolo ahí plantado.

Cuando llego, dejo el coche en el parquin privado de la discoteca, donde previamente Maica me ha indicado. Al pasar por la primera sala respiro hondo, está lleno de gente bailando *Usted*, de Juan Magán y Mala Rodríguez. Sonríe y pienso en Biel; seguro que no ha escuchado esta canción en su vida.

Voy directa a la zona de arriba, subo las escaleras y ya veo a Maica en un rincón al final de la barra, acompañada de Román. En esta parte no hay mucha gente, claro que tampoco puede entrar todo el mundo. Aquí suena *Te quiero pa mí*, de Don Omar, la verdad es que el reguetón está pegando fuerte en la música.

Cuando Maica me ve, se aparta rápido de Román y viene a abrazarme.

—¡Roxiii!

Su fuerte abrazo me confirma que tenía muchas ganas de verme. Con rapidez coge mi mano y me mira acusadora, señalando la alianza.

—¡Cómo has podido hacerlo sin mí!

—Ya te lo expliqué, no me hagas sentir más culpable aún —le digo poniendo morritos.

—Lo sé, tonta. Pero de mi boda no te libras.

—Por supuesto que no, allí estaré. Hola, Román.

Me acerco a él y le doy dos besos.

—Ahora que has llegado, si me disculpáis, tengo que atender el negocio.

Y, sonriendo, no sin antes darle un beso de película a Maica, desaparece de nuestra vista. Miro a mi amiga y le digo:

—Deja de babear y pídemelo algo, que hace dos mil años que no me tomo un cubata.

Nos quedamos en este lado de la barra, hablando sin parar, hasta que pasado un buen rato aparece Román, que no tiene más remedio que unirse a nuestra conversación. Parecemos dos cotorras. Volvemos a pedir bebida y siendo consciente de que he traído el coche le digo a Román, que está a base de refrescos, que seguramente tendrán que llevarme a casa, cosa a la que accede sin ningún problema. Biel tenía razón, tendría que haber dejado que Gerardo viniera a buscarme, pero no le daré la razón a don Perfecto.

—Bueno, yo en realidad he venido a bailar. —Y guiñándole un ojo a Maica, nos vamos a la pequeña pista.

No paramos de bailar junto al resto de la gente, una canción tras otra, hasta que volvemos agotadas a la barra donde está Román junto a un chico mulato. Miro a Maica curiosa y con los ojos le pregunto quién es. Ella, sin hacerme caso, interrumpe la conversación de los hombres.

—Hola, Jasiel. ¿Qué tal todo?

—Bien. —Y girándose hacia mí, continúa—: Muy muy bien.

—Roxanne, este es Jasiel, nuestro otro testigo de boda. Es amigo de Román, bueno, más bien son como hermanos.

Jasiel se acerca, cogiéndome de la cintura, y me planta dos besos.

—Maica, no dijiste que mi pareja en vuestra boda iba a ser una bella *prinsesa*.

Por su acento diría que es cubano y eso, unido a un físico impresionante, hace que empiece a acalorarme. No abro la boca, no puedo.

—Sí, es una mujer muy guapa, pero no te ilusiones porque está casada, ¿no, Roxanne?

Maica me da un codazo al ver mi cara de empanada. Es verdad, aunque sea de mentira, porque si no fuera así, le diría unas cuantas cosas a este cubano y, desde luego, todas agradables. Levanto la mano y se lo confirmo, enseñándole mi sortija.

—Pero, hermana, tú no me puedes hacer esto. Me la enseñas y no puede ser para mí —dice bromeando.

Sus manos continúan rodeando mi cintura, cosa que de golpe me hace sentir incómoda al pensar en Biel.

De pronto suena la canción *Ni tu ni yo*, de Jennifer López y Gente de Zona, haciendo que mis caderas empiecen a moverse instintivamente. Así que me dirijo a Maica y le digo:

—¿Bailamos?

—Bien, vamos a ver cómo baila la bella española. —Sin darme tiempo a reaccionar, Jasiel coge mi mano y me lleva justo al centro de la pista. En segundos, la gente ha hecho un círculo a nuestro alrededor. Seguro que este chico debe bailar muy bien y no es la primera vez que lo hace aquí. Todos los que nos rodean empiezan a jalearnos, y a mí me gustaría que me tragara la tierra.

—¿Estás seguro? —le pregunto, colocándome frente a él.

Me sonrío de una forma que puede enamorar a todas las presentes.

—Tu déjame a mí, ricura.

Y finalizando esas palabras levanta mi brazo y me hace girar para cogermelo de nuevo por la cintura.

Bailo a su ritmo; me guía sin cesar al son la música. Por fin cojo el paso y vamos juntos. Me hace girar varias vueltas para después recogerme en sus brazos y pegarme literalmente a su cuerpo. De fondo escucho al resto de la gente cómo continúa animándonos.

Estoy disfrutando como una niña pequeña.

Al terminar la canción y, tras los aplausos a nuestro alrededor, decido que ya está bien, mejor que no se den cuenta de que no tengo ni idea de cómo he hecho esto. Aunque con esta pareja de baile, es imposible hacerlo mal.

Cuando llego a la barra junto a Maica me falta el aire y es que lo he dado todo en la pista.

—Roxi, hay un tío al final de la barra que no te ha quitado el ojo de encima en todo este rato, ¿lo conoces?

Automáticamente y sin disimulo giro la cabeza y lo veo. Tengo ante mí a ese adonis que lleva martirizándome unos dos meses. Su penetrante y fría mirada, al contrario de intimidarme, me llena de alegría. ¡Ha venido!

Sin decir nada voy hacia a él despacio, mirándolo fijamente durante mi trayecto. Lleva una camisa negra abierta por el cuello, y está espectacular.

—Hola, Biel.

—Parece que te lo estás pasando muy bien.

—Para eso he venido —le digo con cierto aire de prepotencia. Él por su parte aprieta la mandíbula.

—Perfecto, yo llevo demasiado tiempo aquí y por lo que he visto parece que sobro.

Y dicho esto, se gira y se va directo a la salida.

Voy tras él y, justo antes de que llegue a las escaleras, lo alcanzo de la mano y lo giro hacia mí. Cogiendo su cara entre mis manos, me acerco lo suficiente para casi rozar su boca y le digo lo que me sale del corazón:

—Biel, no vuelvas a decir eso. Tú nunca has sobrado, ni aquí ni donde yo esté.

Y dicho esto lo beso suavemente. Él no se mueve, cosa que aprovecho para saborear sus labios, sus carnosos labios. Continúo hasta que por fin soy correspondida y un fuerte latigazo de posesión me sacude. Me pega a él mientras continúa besándome.

Cuando logro coger aire, le digo:

—Solo es baile.

—Pues mejor que baile con otra.

—¿Estás celoso?

—Ni te lo imaginas.

Su forma tan tajante de afirmarlo me sorprende. Vuelvo a besarlo y, cogiéndolo de la mano, lo apremio:

—Vamos, te presentaré a mis amigos.

Lo presento como Biel, mi amiga sabe de sobra por qué. Decir «mi marido» me suena mal, quizá porque no es así, aunque legalmente sí lo sea. Yo no me he casado como lo va a hacer Maica; enamorada. ¿O quizá sí? ¿A quién quiero engañar? Lo miro y me deshago, estoy completamente enamorada de él.

Me sorprende Jasiel cuando se dirige a Biel.

—Perdona, hermano, no me creí que estaba casada. Ver a una mujer tan bella y sola...

—Pues ya ves, ahora no lo está.

—Enhorabuena por vuestro casamiento.

Biel asiente con la cabeza, pero el cubano no termina de arreglarlo.

—Cuando no la quieras, *pa* mí.

—Eso no va a ocurrir.

Jasiel está bromeando, pero Biel no. Su semblante serio hace que la tensión se note en el ambiente.

—Venga, chicos, la canción que suena es un pecado no bailarla. Vamos —nos anima Maica intentando disolver las miradas de estos dos.

Es *La tormenta*, de Pastora Soler. Cogiendo la mano de Biel tiro de él, pero no coopera. Así que me acerco a su oído.

—Como no vengas conmigo, me voy a bailar con el cubano.

En segundos estamos en la pista, no hablamos, solo nos abrazamos. La canción describe perfectamente mis sentimientos y esto hace que me emocione como una tonta y dos lágrimas caigan por mis mejillas. Como si ellas lo hubieran llamado, Biel me levanta la cara hasta tenerla a escasos centímetros de la suya.

—Pecosa, ¿qué te pasa?

—Nada. Supongo que esta canción me ha puesto muy tonta, además ya llevo dos cubatas y todo mezclado...

Me besa recogiendo con su boca una de mis lágrimas. Continúa con pequeños besos en mi boca.

—Roxanne, tengo que decirte algo con respecto a Anne. —¡Chof! Este momento tan íntimo acaba de desaparecer por arte de magia. Mi cara debe parecerle graciosa porque sonrío—. Nunca la he querido. Simplemente estaba en mi vida en un momento en que la necesitaba.

—Y ella a ti también. Pero no voy a perdonarte que la hubieras metido en tu habitación y a mí me tengas desterrada en...

No me deja terminar, su beso tapa toda huella de lo que estaba hablando.

Empieza a sonar la canción de Shakira, *Me enamoré*, y concluimos nuestro paso por la pista.

Nos pedimos otra copa y nos sentamos en un reservado los cuatro. Jasiel ha decidido ir a por otra presa y Biel parece más cómodo entre nosotros.

Cuando llegamos a la casa, lo primero que hago nada más entrar por la puerta es quitarme los tacones. Qué descanso. Subimos a la parte de arriba y, justo al llegar al último escalón, tropiezo. Noto que voy a darme de bruces contra el suelo, pero los fuertes brazos de Biel me retienen.

—¿Estás muy torpe o es que has bebido demasiado? —pregunta en plan gracioso.

Me acerco más a él y con el dedo índice dándole toquecitos en el pecho le contesto:

—Es lo primero. En lo segundo te tumbo bebiendo, don Perfecto.

—Mejor no lo probamos. Ven aquí.

Y con una pasión increíble me lleva hacia él, besándome de tal forma que hace que me tiemble todo el cuerpo. Su lengua invade mi boca y yo saboreo cada parte de la suya. Me levanta y me lleva en volandas a su habitación; las ganas que tengo de estar con él no me dejan pensar más allá.

Una vez dentro me desnuda mientras yo intento lo propio con él. Está frente a mí, mirándome fijamente mientras mis manos se deslizan por su pecho bajando hasta sus abdominales. Está duro como una piedra. Sigo mirándolo a los ojos hasta que llego a sus pantalones, los desabrocho y los dejo caer al suelo, haciendo lo mismo con sus calzoncillos. Toco despacio su pene erecto, acariciándolo a la vez que Biel suspira sin perder el contacto visual. Lo sujeto de las manos y lo acerco a la cama, tirándolo de espaldas, cosa que lo pilla por sorpresa. Me quito el tanga, que es

lo único que se interpone entre nosotros, y me subo encima de él. Estoy teniendo el control de este momento y me encanta. Coloco su pene en mi abertura y, poco a poco, mientras sigo conectada con su mirada, lo introduzco hasta el final. Sus manos en mis caderas suben hasta mis pechos y mis movimientos lentos hacen que Biel gima y me diga:

—Por favor, deja de torturarme.

Y, dicho esto, con rapidez me gira y quedamos exactamente al revés de como estábamos. Sin salirse de mí apoya su frente a la mía y me penetra hasta lo más hondo. Grito de placer. Su boca cubre la mía haciendo que su dulce beso no se identifique con lo que acaba de hacer.

—Me estás volviendo loco, pecosa.

Baja la cabeza hasta llegar a mis pechos, atrapa uno de mis pezones en su boca, lo lame, lo saborea y tira de él con decisión hasta hacerme gritar su nombre. Sube por mi cuello dejando un reguero de besos hasta introducir su lengua en mi boca.

Sus embestidas cada vez más fuertes me proporcionan pequeños orgasmos, mis manos en su espalda intentan agarrarse sin éxito, hasta que siento que no puedo más y, una tras otra, experimento un placer que no quiero que acabe y que a la vez sé que me va a regalar un placer indescriptible. Grito al correrme. Mis uñas se clavan en su espalda mientras sus movimientos se hacen más rápidos, hasta que se desploma sobre mí.

Su cuerpo, ya relajado sobre el mío, nos hace quedar durante unos segundos en completo silencio, donde solo se escuchan nuestras respiraciones entrecortadas. Sin darme cuenta, una sonrisa se me ha dibujado en el rostro: él hace que me sienta feliz. Tenerlo conmigo de esta forma me hace sentir completa.

Muy despacio sale de mí y cae de espaldas sobre la cama, llevándome con él.

Una vez de vuelta a este mundo, me acerco y lo beso. Espero unos minutos para reponerme y decido que donde las dan las toman, así que me levanto bajo la atenta mirada de un relajado Biel, recojo mi ropa con las piernas aún temblorosas y me dirijo a mi habitación. Al entrar y cerrar la puerta suspiro, me encantaría pasar la noche con él, pero no de esta manera. Después de lo que le dije supongo que se verá obligado a hacerlo y no tiene que ser así.

Lo que está claro es que esta noche me ha hecho el amor a mí.

Dejo la ropa en uno de los sillones y desnuda como estoy me meto en la cama. Sigo oliendo a él. Eso me hace cerrar los ojos y revivir en mi mente todos los momentos y sensaciones que acabo de tener, como si los quisiera guardar en mi memoria, sabiendo que esto no será para siempre.

Escucho cómo abren la puerta y sin decir nada alguien se está colando en mi cama. Ese alguien es el dueño de mi corazón.

Se coloca detrás de mí y su mano va directa a mi vientre. Mientras me acerca a él, me pregunta:

—¿Por qué no te has quedado conmigo?

—Porque esa no es mi habitación.

—Esa es mi habitación y la de mi mujer, y esa eres tú. Aunque ahora mismo con esta actitud más bien pareces aquella pecosa cabezota que recuerdo.

Me besa el cuello mientras me hace sentir especial con sus palabras, las mismas que se evaporarán cuando todo esto acabe. Pero ¿qué tal si lo aprovecho hasta que eso llegue?

Así que muy sensual, me giro y le digo:

—No me gusta la decoración.

—Pues la cambiamos. —Suspira—. Roxanne, desde mi divorcio no he compartido mi habitación con nadie.

Eso me deja a cuadros.

—¿Y la madrastra dónde dormía? —pregunto con burla.

—Aquí no, desde luego —responde con indiferencia.

Junto a su respuesta, su beso me llena hasta lo más profundo, unido a que he conseguido que sea mío, en todos los sentidos. Así que mirándolo a los ojos me quedo dormida sin saber que estoy perdiéndome una declaración de amor en toda regla.

Nuestra semana ha transcurrido de lo más romántica, durante el día apenas nos vemos, pero está lleno de mensajes a cuál más bonito. Esta faceta de Biel me ha sorprendido y me encanta, sin contar que cuando llego a última hora del día me espera con la cena preparada. Nos sentamos y charlamos del día a día. Me encanta mi vida junto a él, sin contar que a todo esto, nuestro sexo es increíble. En estos momentos me siento locamente enamorada.

Hoy, viernes por la tarde, ya he recogido a las pequeñas de sus clases extraescolares. Biel acaba de llamar desde Londres para decirme que su vuelo se ha retrasado y que llegará más tarde de lo que pensaba, y que si no me importa acostarlas. Normalmente siempre lo hace él, claro que se van a la cama a las nueve en punto todas las noches y yo a esa hora aún no he llegado.

Miro lo que hay en el frigorífico y no puedo con mi vida. Verduras de todo tipo, pavo, pescado... ¡Viva la cocina sana!

Pongo cara de asco y miro a Antonia, que suelta una carcajada.

—Si fuera por mí les prepararía otra cosa, pero el señor Biel es quien controla la comida de las niñas y no puedo pasarme en nada.

—Vale, no te preocupes. Ya me las apañaré.

Cuando Antonia se va, busco el teléfono de *pizzas* a domicilio, no quiero hacerla a ella cómplice de lo que voy a hacer.

Al poner las *pizzas* sobre la mesa, a mis pequeñas monstruitas se les ilumina la cara, pero, cómo no, Céline dice a modo de advertencia:

—Mi padre se enfadará si cenamos *pizzas*.

—Bueno, esa parte me la dejáis a mí. Además, le he pedido otra para él. —Le guiño un ojo y parece que la he convencido con la respuesta, aparte del olorcito tan bueno que nos llega.

Cenamos las tres entre risas hasta que llega el momento de que se acuesten, así que subo con ellas, pero están tan acostumbradas que no hace falta que les diga nada. Se lavan los dientes, se ponen el pijama y se acuestan cada una con su libro. Yo solo les doy las buenas noches.

Miro el móvil y veo que Biel me ha enviado un wasap:

Biel:

Llego en media hora, lo siento

Sonríó. Realmente tiene que estar pasándolo peor él que yo. Así que le contesto.

Roxanne:

No te preocupes, todo controlado

Recojo lo que hemos ensuciado en la cena y pongo una botella de vino sobre la mesa, cuando llegue lo recibiré con una copa de vino. Mi mente piensa que mejor lo podría recibir de una forma más sexi, algo como Samantha en *Sexo en Nueva York*, desnuda sobre la mesa cubierta solo de sushi, pero vuelvo a la realidad y solo faltaba que apareciera Laurent en vez de él y me muerdo de vergüenza.

De pronto escucho gritos y lloros. Me asusto y voy hacia las escaleras, veo bajar a Raquel con la mano en un lado de su preciosa cara, llorando de desesperación.

—¿Qué te pasa, cariño? —le pregunto a la vez que la cojo en brazos.

Cuando por fin se calma un poco, se quita la mano de la cara y veo unos arañazos hechos con saña que le cubren parte de la mejilla.

—¡Ha sido Céline! —Y su llanto se vuelve hipo.

Yo empiezo a transformarme, pero espero a que se calme. Poco a poco se tranquiliza y le

pregunto:

—¿Por qué te ha hecho eso?

—Dice que no quiere que tú seas nuestra mami y yo le he dicho que sí, que papá te quiere. Y entonces me ha tirado del pelo y me ha arañado.

Dios santo, vaya panorama que tengo delante.

Dejo a la pequeña sobre la mesa de la cocina y me acerco a las escaleras para gritar:

—¡Céline! Tienes veinte segundos para bajar y te recomiendo que lo hagas, porque como suba yo, esto se va a poner muy feo.

Voy directa al botiquín y saco lo necesario para curar a Raquel. Al entrar en la cocina Céline está frente a su hermana, mirando hacia el suelo.

La verdad es que le daría dos tortas, pero como no debo hacerlo, hablo lo más pacífica que puedo.

—Céline, ¿se puede saber por qué le has hecho eso a tu hermana? Le has hecho mucho daño y no te lo voy a permitir, así que vete al rincón y, cuando termine de curarla, veremos que castigo te pongo.

—Tú no me mandas, no eres mi madre.

¡Uy está niña, me está sacando de quicio!

—Pero ahora mismo estás bajo mi responsabilidad, así que harás lo que te digo.

Mi cara de amenaza nivel máximo parece que no surte efecto porque se queda quieta, mirándome desafiante. Tras unos segundos así, mi paciencia llega a su grado máximo, así que me agacho para estar a su altura y cogiéndola de los brazos, la zarandeo mientras le digo enfadada:

—¡Céline! Lo que le has hecho a tu hermana no se hace. Vete ahora mismo al rincón porque, si no lo haces, no sé qué va a pasar.

Por fin la niña me mira con un poco de respeto, no con miedo, porque con sus pequeños ojos parece que todavía quiere retarme. Al final me hace caso y se gira en dirección adonde le he ordenado.

Justo al ponerme en pie, giro la vista hacia la puerta y veo a un Biel estupefacto. No sé cuánto tiempo lleva ahí.

—¡Papi! ¡Papi!

De golpe, Céline empieza a llorar y se lanza a los brazos de su padre.

—¿Qué ha pasado aquí? ¡¿Esto es tenerlo todo controlado?! —exclama enfadado, mirándome con cara de pocos amigos.

Pero no me da tiempo a responder.

—¡Papi, Roxanne me ha pegado! —dice la niña señalándome.

—Yo no te he pegado, pequeña víbora.

La cara de Biel se contrae y, bajando a la niña de sus brazos, le dice tranquilo:

—Vete a tu habitación, que ahora subo.

Céline obedece como un corderito.

Nos miramos unos segundos y, sin decir nada, me giro para curarle a Raquel los arañazos que le ha hecho su hermana. La miro y le sonrío. La pobre niña está asustada por la situación.

—Yo no le he pegado —le digo a Biel sin mirarlo mientras noto cómo se acerca.

—Pero... ¡¿qué le ha pasado a Raquel!?

Lo miro para explicárselo, pero por su mirada de horror hacia mí, parece que ha sacado su propia conclusión.

—Noooo —le digo despacio—. No pensarás que yo...

—Yo no pienso nada. Dame, yo la curo. —Me quita de las manos el algodón de muy malas

maneras.

De pronto Raquel se pone a llorar. Me dirijo a ella para consolarla, pero Biel se interpone, cogiéndome del brazo y apartándome mientras me sisea:

—He dicho que la curo yo. ¡Fuera de mi vista!

—Pero es que yo no les he hecho nada. Lo que ha pasado es que...

—¡Fuera!

No necesito más. Miro a la pequeña y decido que no puedo iniciar una guerra delante de ella, así que apenada me giro hacia la puerta. Cojo mi bolso y salgo de esa casa con un nudo en la garganta que, como no suelte pronto, va a ahogarme.

Mientras voy de camino a mi casa doy golpes al volante de rabia, esa niña es mala, y su padre, un gilipollas. O quizá a esa niña le hace falta su madre y su padre también necesita a su mujer, no a una de mentira como soy yo. Durante estos días he dado por hecho algo que no es real; no siento lo mismo que yo por él, y para devolverme a la realidad, me ha echado de su casa.

Podría sentirme liberada de todo el lío de familia que no necesito, pero es que... lo quiero. Y cuando el corazón manda, no cuadran las cosas.

Está lloviendo a mares, los limpiaparabrisas no dan abasto y con la noche tan cerrada apenas veo por donde voy; eso, unido a las lágrimas que anegan mis ojos, me hace tener muy poca visibilidad.

Conozco el camino, ahora salgo de la urbanización y me incorporo a la carretera, pero aún tengo menos iluminación. De pronto veo unas luces que se aproximan de frente hacia mí. Doy un volantazo y pierdo el control del vehículo. Siento miedo mientras intento hacerme con el coche, pero un fuerte impacto delantero hace que el airbag salte y me golpee la cara. ¡Qué dolor! Me quedo atontada por el impacto unos minutos.

El silencio invade mi mente por unos segundos, hasta que soy consciente de lo que acaba de pasar y solo escucho la lluvia caer incesante sobre el coche.

Enseguida oigo cómo alguien golpea la ventanilla:

—¿Estás bien? ¿Hola?

Como puedo pulso el botón de desbloqueo del coche e intento abrir la puerta, pero no puedo. La otra persona, al ver lo que intento hacer, abre la puerta y con rapidez me deshace del cinturón de seguridad, desconecta el motor y me ayuda a salir, preguntándome una y otra vez cómo me encuentro.

Veo cómo va hacia su vehículo, parado a escasos metros, y saca un paraguas. Se acerca a mí a la vez que me protege de la lluvia mientras saca su móvil y llama a una ambulancia.

Estoy apoyada en mi coche, temblando, y no sé si es por el frío o por el *shock* del accidente. Me duele la cara, el cuello y tengo muchas ganas de llorar, y más al ver cómo ha quedado mi coche. Aunque suene absurdo, también me duele eso.

Por lo que puedo oír bajo esta oscura noche, acabo de empotrarme contra un árbol y la parte delantera de mi coche está completamente hundida.

En poco más de quince minutos veo aparecer una ambulancia, cosa que no creo necesaria, pero el señor que me ha ayudado insiste en que es lo mejor.

Rápidamente se bajan dos personas identificándose y abriendo la puerta trasera de la ambulancia para meterme dentro con cuidado. Les insisto en que estoy bien, pero aun así deciden hacerme un rápido reconocimiento.

Me ponen un collarín para evitar problemas en la columna y me dicen que tienen que llevarme al hospital para descartar contusiones.

El señor que me ha atendido muy amablemente me trae el bolso y el móvil, dice que me

acompaña al hospital hasta que venga alguien de mi familia. Si él supiera. No pienso llamar a nadie, no voy a asustar a mi hermano a estas horas de la noche y mucho menos a Biel, al que espero no ver en mucho tiempo.

Una vez en urgencias todo va muy rápido, me recetan antiinflamatorios por el golpe en la cara contra el airbag y debo llevar el collarín unos diez días. Dicen que no hay fracturas.

Realmente me encuentro bien, hasta que salgo por la puerta de urgencias y doy de frente con Biel. Mi cara se transforma y miro al señor que me ha ayudado, que continúa allí. Al ver cómo lo observo, me dice avergonzado:

—Disculpe, pensé que necesitaría llamar a alguien de su familia y cogí su móvil mientras estaba en la ambulancia, como él era su última llamada...

—Pues la próxima vez no toque los móviles ajenos —le reprendo muy borde, arrepintiéndome a la vez que se lo digo—. Disculpe, es que ha avisado a la persona equivocada.

El hombre asiente sin decir nada más.

La cara de Biel es otra historia, está descompuesto.

—¿Estás bien? ¿Qué te han dicho los médicos? ¿Tienes algo fracturado? —Paso por su lado, ignorándolo—. Vamos, Roxanne, te llevo a casa.

Hace un intento de cogerme del brazo, pero me retiro todo lo rápido que puedo.

—Ni se te ocurra tocarme. Contigo no voy a ningún sitio, y menos a tu casa.

—Por favor, Roxanne.

Como ve que no se lo voy a poner fácil, me dice algo derrotado:

—Vamos, te llevo adonde quieras.

Me quedo plantada, mirándolo, valorando las opciones que tengo en este momento. Aunque ha dejado de llover, la noche continúa cerrada y es inviable ir caminando. Puedo llamar a un taxi que, con un poco de suerte, tardaría unos veinte minutos o más en llegar, también podría decirle al señor que me ha auxiliado que me llevara a mi casa, no estoy muy lejos, pero también veo cómo se despide y se marcha. Después de cómo le he hablado, no me atrevo a pedirle nada. Así que sigo frente a Biel, ese que hace dos horas me ha echado de su casa y viene ahora a rescatarme.

—Vale, déjame en mi casa —le digo de la forma más fría posible.

Sin mediar palabra, me subo a su coche. Por el camino llama a Gerardo para que se haga cargo de mi coche.

Al parar frente a mi casa, abro la puerta para salir sin decirle nada, pero él coge mi mano, deteniéndome.

—Perdóname, Roxanne. Estaba muy nervioso por el día que he tenido y cuando he visto a las niñas así, lo he pagado contigo sin darte opción a explicarte.

No le digo nada, no lo miro, simplemente salgo del coche. Necesito estar sola.

Delante de la puerta busco las llaves de la casa en el bolso, pero no las encuentro, y me desespero aún más cuando escucho cómo para el motor del coche y en menos de diez segundos lo tengo a mi lado.

—No voy a dejarte sola tal y como estás.

—Sí lo vas a hacer. Además, las niñas... ¿No las habrás dejado solas en la casa? —pregunto angustiada.

—Cuando te fuiste...

—Cuando me echaste —le digo con rabia.

Su gesto denota abatimiento.

—Cuando te eché, llamé a Aurora para que se quedara con ellas. En segundos me sentí el hombre más miserable de la Tierra. Iba a venir igualmente, aunque no me hubiera llamado ese

hombre que te auxilió.

—Pues ya ves que estoy bien.

—Eso es cuestionable.

Cansada por todo lo que ha pasado, le digo:

—Mira, Biel, estoy bien; un poco dolorida, pero bien. Así que ya puedes irte, no tengo ganas de discutir y tampoco de verte.

—Lo siento por ti, pero no voy a irme. Si te ha pasado esto es por mi culpa. No vas a quedarte sola esta noche. Lo mejor es que nos vayamos a casa.

Ahora sí que me deja patidifusa. Menos mal que encuentro las llaves.

—Te recuerdo que me has echado de «tu casa», ¡así que no pienso volver!

—Roxanne, no te alteres. —Hace un amago de acariciarme el brazo.

—¡Te he dicho que no me toques!

—Vale, no te toco. Pero esta noche me quedo contigo.

Ea, otra vez. Qué pesado.

—Haz lo que quieras.

Una vez dentro de la casa, dejo las cosas sobre la mesa del comedor y me dirijo hacia mis gatos, que parecen estar asustados. Los cojo en brazos mientras les digo cosas cariñosas.

—¿Veis a este hombre? Pues no os quiere, ya podéis atacarlo.

Los suelto, y como si me hubieran entendido, van hacia él. Miro a Biel, que se tensa, pero no precisamente porque Coco y Chanel vayan a atacarlo, sino más bien todo lo contrario, están ronroneando junto a sus piernas de lo más cariñosos. ¡No puedo creérmelo! ¡Vaya par de traidores!

Le indico a Biel dónde va a dormir, por supuesto si quiere quedarse irá a la habitación libre que tengo.

Sin decirle nada me dirijo a mi dormitorio y al mirarme al espejo se me cae el alma a los pies, estoy demacrada. Tengo la cara hinchada y unas ojeras que me llegan al suelo. Ahora que había desaparecido el moratón del ojo, vuelvo a tener la cara hecha un cristo.

Necesito descansar, así que me quito el collarín, me pongo un pequeño camisón y me voy a la cama.

Una vez acostada doy vueltas y vueltas; no se escucha nada, así que Biel ya se habrá dormido. La verdad es que me da igual. Maldito idiota. Seguro que está en el quinto sueño y yo aquí, con un nudo en el estómago que no me deja dormir.

Necesito llorar, lo único bueno que saqué de la psicóloga que nos trató a mi hermano y a mí cuando pasó la muerte de nuestros padres es que las penas hay que llorarlas. Así que tengo que desahogarme de la tensión que he vivido y lo peor es que me duele más el comportamiento de Biel que mi accidente. Y pensando en ello empiezan a bajarme las lágrimas por la cara unido a varios suspiros.

—Roxanne, ¿estás bien?

La voz en un susurro de Biel aparece en el peor momento.

—¡Vete!

Pero, sin hacerme caso, veo entre las sombras cómo se aproxima y se sienta en la cama junto a mí.

—¿No hay nada que pueda decirte para que me perdones?

Pienso en una. Solo hay una cosa que me sanaría un poco, pero seguro que está muy lejos de su pensamiento.

—No, Biel, solo quiero que te vayas.

Esas palabras salen de mi boca, pero lo que siento de verdad no es eso.

Con su mano limpia mis lágrimas.

—Está bien. Pero no llores, por favor.

Se levanta despacio y, justo cuando va a salir por la puerta, le digo:

—Pero... ¿te vas?

Oigo cómo suspira. Debe pensar que estoy como un cencerro. En dos segundos está bajo mi cobertor, muy cerca de mí, pero sin llegar a tocarme.

—Ven aquí, pecosa.

No me muevo, sigo de espaldas a él. No puedo ponerle las cosas tan fáciles después de lo que me ha hecho. Así que sigo hablando:

—Yo no sería capaz de ponerle una mano encima a tus hijas, aunque hoy me han dado ganas.

—Ya lo sé, eso no lo he dudado en ningún momento.

—Sí lo has hecho. Tu cara me lo ha confirmado.

—Siento haberte dado esa impresión, solo estaba desconcertado y he tenido una mala reacción. De verdad que en ningún momento he pensado algo así. —Despacio pone su mano sobre mi cintura y continúa hablando:—. Céline a veces puede llegar a desquiciarte, y tengo una teoría de lo que ha desencadenado su comportamiento de hoy. Hace días que me doy cuenta de algo que posiblemente te haya pasado desapercibido. —Espero a que siga hablando sin decir nada—. Creo que siente celos de tu relación con Raquel; supongo que no te has dado cuenta, pero se nota que tenéis una conexión especial y posiblemente Céline se siente desplazada. Por eso reacciona contigo así. Se rebela porque cree que no la quieres como a Raquel.

Se me cae el alma a los pies. ¿Cómo no he podido darme cuenta? Me giro hasta tenerlo frente a mí.

—Biel, yo las quiero por igual. Lo que pasa es que Raquel es más cariñosa y bueno...

—Ya lo sé. Lo que ha hecho Céline hoy tendrá su castigo, pero solo te lo digo para que no pienses que ella no te quiere. Y por mi parte solo puedo volver a pedirte perdón por mi forma de hablarte.

Pienso en la forma que me apartó de su lado y entre lágrimas le reprocho:

—Es que te ha resultado tan fácil echarme...

—Que quede claro, yo no te he echado de mi casa, solo de mi lado en ese momento. Y ha sido una reacción desmesurada por mi parte.

Nos quedamos en silencio unos segundos, hasta que le digo apenada:

—Quizá tendría que haber dejado que Anne se casara contigo, seguramente serías más feliz con ella.

—Roxanne, no digas eso ni en broma. No podría haberme casado con nadie mejor para mis hijos. ¿Has visto el cambio que han dado? Están felices desde que has entrado en sus vidas.

—¿Y tú?

Suspira, y temo lo peor, pero tiene que ser así. Si no siente nada por mí, esto se acaba aquí.

No dice nada, se aproxima muy despacio. Yo no puedo retroceder más, estoy al borde de la cama. Sus labios rozan los míos y me besan muy dulcemente, de una forma muy diferente a las anteriores.

—¿Te ha contestado esto a tu pregunta?

—No, solo ha sido un beso —miento como una bellaca. Este beso sé que ha significado algo, pero quiero que me hable, estoy en plan «necesito mimos» y solo él puede hacerlo.

—¿El hecho de que esté aquí contigo no te dice nada?

—Sí, que te sientes culpable por lo que ha pasado. Estás dando rodeos a mi pregunta y sabes

que yo soy directa. Espero lo mismo de ti, aunque solo sea ahora, en este momento.

Se hace un silencio que me parece una eternidad.

—Ahora mismo no podría vivir sin ti, sin saber que al final del día no voy a estar contigo. Roxanne, en tan solo estas semanas, te has convertido en una parte muy importante de mi vida. Sabía que era un error casarme con Anne teniéndote tan cerca, pero era algo que estaba decidido antes de que llegaras, y el sacrificio merecía la pena. Lo cierto es que me sentí liberado cuando nos casamos.

—Vaya, eso no me lo habías dicho.

—Y lo que tampoco sabes y tengo que advertirte es que, aunque intentaré controlar mi carácter, a veces es así. En momentos de tensión tengo un pronto algo cabrón, del que luego me arrepiento.

—Pues podrías haberme advertido antes de tu pronto, así podría haber tenido otra reacción.

—¿Qué habrías hecho? —dice besando mi mano, esperando mi respuesta.

—Te habría castigado de cara a la pared junto a Céline.

Se ríe a la vez que me lleva hacia él para besarme muy despacio, con cuidado de no hacerme daño.

—Ahora duérmete, *mon amour*.⁴

Y como una persona obediente me duermo entre sus brazos en menos que canta un gallo. Me despierta un increíble olor a café y a algo más. Voy despacio a la cocina, la ilumina una bonita y soleada mañana que nunca habría imaginado después de la tormenta de esta noche. Veo a Biel echando a una pequeña plancha que tengo un líquido blanco. ¡Tortitas! ¿Me está haciendo tortitas? Si no estuviera casada con él, lo haría nuevamente.

—Buenos días —le digo bajito.

Se gira y me sonrío, haciendo que sus hoyuelos sean los protagonistas absolutos de mi mirada.

Me acerco y me rodea con un brazo mientras con el otro intenta darle la vuelta a la tortita. Me besa y me pregunta:

—¿Te gustan las tortitas?

—¡Me vuelven loca! Lo malo es que no se pueden comer siempre, porque... —me toco el culo — esto crece.

Parece sorprendido.

—Esto es perfecto —dice acariciándolo mientras vuelve a besarme—. Y ahora ve a ponerte el collarín.

Asiento y al mirar al suelo veo a mis gatos cerca de él como si estuvieran escoltándolo.

—Veo que no te los quitas de encima.

—En realidad solo me quieren por mis tortitas.

Le sonrío y sé que se siente culpable por mi accidente, pero yo no pienso así. Tenía que pasarme y punto. Si ahora le pidiera la luna, me la traería envuelta en papel de regalo, pero para mí es suficiente con tenerlo a mi lado. Desde que murieron mis padres, tener a Biel en mi vida es lo más cerca que he llegado a estar de la felicidad.

Mientras desayunamos le pregunto por las niñas.

—Roxanne, respecto a eso...

—¿Qué pasa?

—Verás, las niñas van a irse con mi hermana a Córdoba.

Me deja asombrada.

—¿Por qué?

—Hace algún tiempo estoy recibiendo mensajes amenazantes. Parece que hay alguien interesado en hacerme daño y buscan mi punto débil. Ayer cuando volvía de Londres recibí un

correo donde me dejaban claro que mis hijas estaban en su punto de mira. —No doy crédito a lo que escucho—. Por eso quiero pedirte algo muy importante.

—Claro, lo que sea.

—Me gustaría que fueras con ellas. Ya es malo separarlas de su rutina, así que hacerlo de alguien tan importante como eres tú ahora en sus vidas me parece excesivo. También yo me quedo más tranquilo.

Me enorgullecen esas palabras y sonrío al pensar en ellas.

—¿Y Laurent? —pregunto.

—Él es mayor. Se lo he explicado y no ha puesto trabas en llevar guardaespaldas las veinticuatro horas. Pero lo que me mata es no saber de dónde y por qué viene todo esto.

—¿Has hablado con la policía?

—Sí, ya les he enviado todo lo que he recibido, y mientras intentan encontrar pistas, dicen que reforzarán patrullas por nuestra zona. Eso, sumado a nuestra seguridad privada, parece que será suficiente. Pero prefiero tenerlas lejos y que no noten que algo está alterando nuestra vida. Con mi hermana estarán seguras hasta que se sepa quién está haciendo esto.

Le acaricio la cara mientras le digo:

—Lo siento, Biel.

—Lo sé, *mon chéri*⁵ —dice besando mi mano.

—Como vuelvas a hablarme en francés, te estampo el azucarero en la cabeza.

Eso le hace sonreír y a la vez sorprenderse.

—Disculpa, he estado tantos años hablando francés que a veces lo digo sin pensar.

—Si, ya veo —digo molesta—. Sobre todo en los momentos íntimos. Así que no vuelvas a hacerlo. —

Sin dejarlo pensar me dispongo a interrogarlo, hasta ahora nunca le había preguntado, pero creo que este es el momento—. Biel, ¿qué pasó en tu matrimonio? ¿Por qué se rompió?

Se levanta, va hacia la cafetera y se sirve un café. Me señala preguntándome en silencio si quiero, pero niego con la cabeza.

Vuelve a sentarse junto a mí y, tras un largo suspiro, me mira y veo tristeza en sus ojos.

—Éramos muy jóvenes. Ya sabes que nos conocimos en la universidad y nos casamos poco después. Llegaba Laurent y nuestros padres dijeron que era lo mejor, pero nada más lejos de la realidad. Cuando Laurent tenía cuatro años empezó a decir que ella necesitaba salir, que era muy joven y tenía que disfrutar y, poco a poco y sin darnos cuenta, nuestro hijo se estaba criando con una niñera y nosotros haciendo vida cada uno por su lado. Supongo que aguantamos por nuestros padres, para no disgustarlos.

—Pero ¿y las gemelas? —le pregunto contrariada.

—Eso, y aunque el resultado fue maravilloso, es lo que acabó con nuestro matrimonio. Fue una noche de sexo sin más, ya no sentíamos nada el uno por el otro. Pasó el tiempo y la cosa cada vez estaba peor, hasta que un día llegué a casa de trabajar y me encontré a nuestra niñera llorando. Brigitte no estaba y había una nota sobre la mesa, donde solo decía que no aguantaba más y que no la buscara porque necesitaba vivir y disfrutar lo que hasta ahora no había podido hacer.

—¿Y no la buscaste?

—Por supuesto. Contraté a un detective para que siguiera sus pasos hasta que me confirmó que era verdad, estaba viviendo a tope. Fiesta tras fiesta en yates de lujo y mansiones. Estuvo viviendo una temporada en Ibiza y luego se fue a Saint-Tropez, hasta que finalmente se asentó en Cannes y reside allí con su actual marido.

—¿Y no se ha preocupado por sus hijos en todo este tiempo? —pregunto atónita.

Él sonríe amargamente.

—Pecosa, el hecho de tener hijos no te da el título de madre. Mis hijos han recibido más cariño de ti en estos meses, que de ella en todo el tiempo en el que los tuvo cerca.

De pronto me entran ganas de llorar. ¡Qué injusta la vida! A mis padres, que nos querían con locura, la vida los apartó de nosotros y ella prefiere vivirla separada de sus hijos. Aunque yo no soy nadie para juzgarla, me parece una persona egoísta.

—¿Sigues enamorado de ella?

Abre los ojos, sorprendido ante mi pregunta.

—Por supuesto que no. ¿A qué viene esa pregunta?

Su rotunda respuesta me lo deja claro, pero tengo que explicárselo:

—¿Te acuerdas de cuando hicimos el amor la primera vez?

Al preguntarle esto, noto cómo me pongo roja.

—Claro.

—Entonces te acuerdas de la postura que teníamos.

Empieza a sonreír, dedicándome sus hoyuelos, y asiente.

—Es que verás, cuando escuché a Anne hablar con su amiga sin saber que eras tú, dijo que siempre lo hacíais en esa postura porque creía que seguías enamorado de Brigitte.

Se rasca la cabeza, algo incómodo. Lo miro, a la espera su respuesta.

—Durante y después de mi matrimonio intentaba no conectar con nadie. Esa era mi forma de no poner sentimientos de por medio, solo sexo.

—¿Le fuiste infiel a tu mujer?

—Como te he dicho, vivimos mucho tiempo cada uno a lo suyo, siendo conscientes de que no sentíamos nada el uno por el otro.

—Entonces, ¿el hecho de que nosotros practiquemos sexo mirándonos a la cara quiere decir que sí hay sentimientos?

—Pecosa, estás muy preguntona. —Se levanta y me besa la nariz. Cuando creo que no va a contestarme, se gira y me dice—: Contigo siempre ha habido sentimientos, da igual la postura. Eso no lo dudes nunca.

Y con esa frase me tiene en sus brazos, pero no me siento completa, así que me tiro a la piscina de lleno.

—Biel, ¿estás enamorado de mí?

Se aparta despacio y presiento que eso no es bueno.

—Roxanne, para mí el enamoramiento es algo que va unido a la juventud y a la locura. Yo ya lo pasé una vez y espero no volver a pasarlo. No creo que vuelva a enamorarme, ese sentimiento lo enterré hace tiempo.

Siento como si me hubieran tirado un jarro de agua fría y, confundida, le pregunto:

—Entonces, ¿qué sientes por mí?

—Como te he dicho, hay sentimientos. —Suspira y coge mis manos—. Créeme si te digo que es todo lo que te puedo dar.

Me habla como un ser incapaz de amar y mi interior está desolado. Por su forma de hacerme el amor he dado por hecho algo que por lo visto no es real. Si a estas alturas de mi relación con él no me quiere como yo espero, nunca lo hará.

—Y ahora recoge tus cosas y a estos dos, que nos vamos a casa.

Cómo sabe arreglarlo todo. Me acaba de decir que no está enamorado de mí, pero me hace sentir la mujer más feliz del mundo porque puedo llevarme mis gatos a su casa. No sé qué voy a hacer con él.

La llegada, cómo no, es una revolución. Las niñas no paran de perseguir a mis felinos hasta que les explico que los gatos son muy independientes y no se acercarán hasta que ellos quieran. Parecen desilusionadas hasta que Chanel decide darse por vencida y se está quieta unos minutos para que la acaricien.

Céline me mira distante, hasta que su padre la hace acercarse a mí para pedirme perdón. ¿Y qué hago? Pues darle un abrazo lleno de besos y perdonarla, por supuesto. Eso sí, antes le doy una pequeña charla.

—¡¡Vaya careto!! ¿A quién le has zurrado ahora?

—¡Laurent!

—No pasa nada, Biel —digo calmándolo, a la vez que me aproximo a Laurent—. Que sepas, pequeña lagartija, que con collarín y todo puedo dejarte KO en un cuadrilátero.

Sonríe y me abraza.

—Mejor nos esperamos a que te recuperes.

Ha tenido que agacharse más de lo normal para abrazarme, este chico no para de crecer. Está guapísimo, no me extraña que tenga tantos clubs de fans loquitos por él.

En ese momento noto como Biel se aproxima por mi espalda y me rodea la cintura, me besa despacio en la mejilla y nos dice:

—Vamos a la terraza, acaban de traer la comida.

Esta muestra de afecto delante de Laurent me hace sentirme querida. Biel hasta ahora no había demostrado mucho delante de sus hijos y esto me hace sentir bien.

Durante los siguientes días he descubierto otra faceta de Biel. Está pendiente de mí en todo momento, se ha trasladado la oficina al salón y hasta me regaña si no llevo el collarín puesto. Ahora es Gerardo quien se ocupa de llevar a las niñas al colegio y estoy todo el día sin hacer nada, cosa que reconozco que me agobia. Leo y me entretengo como puedo, pero me aburro; eso sí, lo que no paro es de comer, a todas horas.

Como ahora, que ya hemos terminado de cenar y nos sentamos en el sofá. Todos están durmiendo y yo no tengo otra cosa que hacer que ir al frigorífico a por helado. Cuando Biel me ve, sonrío mientras le ofrezco una cuchara para compartirlo.

—Biel, mañana doy por terminada mi clausura. Así que no voy a llevar más este collarín y empezaré a hacer deporte y a cuidar de las niñas.

Toca mi cara con dulzura.

—Tu cara ya ha vuelto a ser la de mi pecosa. Si te encuentras bien, por mí no hay problema. —Se acerca hasta tocar mi nariz con la suya—. Pero lo del deporte que vaya despacio. —Lame mis labios con sabor a chocolate del helado—. Si quieres, empezamos esta noche.

Rápidamente dejo el helado sobre la mesa.

—Soy toda tuya.

Y esa noche, me hace el amor de la forma más tierna que jamás me habría imaginado que existiera.

MAYO

—Roxanne, despierta.

Abro los ojos y me sobresalto al ver a Biel sentado a mi lado, está vestido.

—¿Qué pasa?

—No te asustes, ya es la hora. Las niñas están abajo y preparadas para que os marchéis lo antes posible. Gerardo os llevará al aeropuerto. Allí habrá dos hombres de confianza y os acompañarán a casa de mi hermana.

Me levanto medio sonámbula.

—¿Qué hora es?

—Son las cuatro de la madrugada. —Su cara expresa disgusto—. Lo siento —dice acercándose—. Sé que no debería cargarte con esto, pero hasta que lo solucione, quiero que estés con ellas.

—Ya lo sé, no te preocupes —le contesto acariciándole la nuca—. ¿Cuándo vuelve Laurent de Sudamérica?

—Termina en México a finales de este mes.

—Dentro de lo malo, por lo menos él está seguro allí. Bueno, voy a cambiarme.

En media hora estoy preparada. Me despido de Aurora, que está junto a Biel. Si no fuera porque confío en los dos, sentiría celos de pensar que ella se queda con él, pero nada más lejos de la realidad cuando veo que abraza a Gerardo y le da un beso en la boca.

Miro a Biel y sonrío asintiendo con la cabeza mientras se acerca, me coge de la cintura y me pega a él.

—Mi hermana cuidará bien de vosotras.

—No lo dudo. ¿Cuándo vendrás?

—Estamos a punto de descubrirlo todo y, quizá por eso, esta es la parte más peligrosa. No voy a contarte nada que pueda comprometerte, así que límitate a pensar que son unas vacaciones.

Nos besamos, y no quiero apartarme, así que continúo pegada a sus labios, besándolos como si no fuera a verlo nunca más.

—Como no pares de besarme así, tendremos que subir a la habitación. —Sonrío y me aparto de mala gana, pero me coge de nuevo de la cintura y me acerca a él para decirme tímidamente—: Voy a echarte mucho de menos.

Asiento sin decir nada. No puedo, así que simplemente lo beso.

Entro en el coche con un nudo en el estómago, teniendo la extraña y absurda sensación de que no podré sobrevivir sin él. Es el precio que tengo que pagar por estar enamorada. Alejarme de él me hace sentir vacía.

Miro hacia atrás y veo que ya están las pequeñas en la parte trasera, donde entra Biel para despedirse de ellas.

—Portaos bien con la tía Laia. Y, sobre todo, tenéis que hacer caso y cumplir lo que os diga Roxanne. Yo me reuniré con vosotras dentro de poco.

—Sí, papi —dicen al unísono.

Lo miro y lo noto nervioso, no es plato de buen gusto lo que estamos viviendo.

Arranca el coche y miro a Raquel y Céline. Les sonrío para que se sientan bien, aunque no hace

mucha falta, ya que ellas están locas de contento porque van a casa de su tía.

En media hora estamos subiendo a un pequeño avión con las niñas dormidas y cargadas en brazos de los dos hombres que se han presentado como German y Edgar. Gerardo me ha dicho que son quienes estarán a cargo de nuestra seguridad hasta que vuelva Biel.

Subimos al avión y en una hora aterrizamos en el aeropuerto de Córdoba. Las pequeñas no se han despertado en todo este tiempo. Salimos y nos dirigimos al parquin para subir a un Audi Q8 negro con los cristales tintados. Sin querer me da un pequeño escalofrío. Los dos hombres están pendientes de nosotras en todo momento.

Tras una hora de viaje, Edgar me informa de que estamos en el valle de los Pedroches, un lugar precioso. Observo un paisaje de suaves colinas, lleno de encinares que enriquecen esta maravillosa tierra, sin olvidar la gran dehesa de la que voy siendo testigo.

Pasamos Pozoblanco en dirección Villanueva de Córdoba, que es donde me ha dicho Biel que vive su hermana. Pero antes de llegar al pueblo nos desviamos por un camino, seguimos unos minutos y ante nosotros aparece una verja blanca doble. Se baja German y la abre sin ninguna dificultad.

Como ya ha amanecido puedo ver la amplitud de campo que nos envuelve. Seguimos el camino hasta toparnos con una bonita y enorme casa blanca. Al parar el coche y bajarnos, se acerca una mujer a nosotros. Su sonrisa, muy parecida a la de alguien que conozco, me deja claro quién es: Laia, la hermana de Biel.

—¡Tía Laia! —gritan las niñas, abalanzándose sobre ella.

Mientras se besan y abrazan observo a Laia. Es muy alta, debe medir casi metro ochenta. Es morena, con media melena y unos ojos negros muy parecidos a los de Biel. De hecho, son mellizos. Yo apenas recuerdo haberla visto un par de veces cuando era pequeña. Es una mujer muy bella.

—Tú debes ser Roxanne, mi cuñada. —Detecto un pequeño acento cordobés en sus palabras y, sin quitar la sonrisa de su boca, se acerca para darme dos besos.

—Sí. Encantada de conocerte, Laia.

—Aunque estemos lejos, estoy al tanto de todo lo que pasa allí. Dios sabe lo cerrado que es mi hermano para hablar de su vida, menos mal que tengo a mi madre y me cuenta que mi cuñada es un amor.

Su amable y sincera sonrisa me reconfortan.

—Gracias —digo devolviéndole la sonrisa—. En lo de tu hermano tienes toda la razón, a veces tengo que ponerme en la piel de un agente de la CIA para que me explique algo.

Bromeo y ella se ríe asintiendo con la cabeza.

—Bienvenida a mi casa.

—Gracias de nuevo.

—¿Estáis cansadas? —nos pregunta.

—No, tía, pero tenemos hambre. —Céline pone morritos para darle más énfasis.

—Pues tengo unos bollos riquísimos recién hechos. Vamos dentro.

Y, dicho esto, las niñas corren hacia la casa. Parece que conocen perfectamente dónde van.

Nada más entrar me maravillo del inmenso patio interior, con columnas blancas y paredes de azulejos. Muchas plantas, como geranios y rosales, rodean una preciosa fuente en el centro del patio. Una de las paredes encalada está llena de macetas de diferentes flores, dando un gran colorido. Es una delicia para la vista.

Como me quedo parada, maravillada por lo que veo, Laia se para junto a mí:

—Fue uno de los requisitos que le puse a Alejandro para hacer esta casa. Quería un patio como

el que estás viendo.

—Es precioso.

—Gracias, yo decoré la casa y, como seguirás viendo, el resto no tiene nada que ver, pero esto no podía faltar.

Nos dirigimos a la cocina, una estancia que es como mi comedor de grande; hay una mesa de madera en el centro, donde Raquel y Céline ya se han sentado y esperan impacientes su desayuno.

Veo entrar a Edgar, que se acerca a mí y me ofrece un móvil.

—Es Biel.

Me extraño. ¿Por qué no me ha llamado al mío?

—Hola, Roxanne. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Muy bien. Ahora vamos a desayunar. Tus hijas están hambrientas —le digo mirándolas y sonriendo.

—Roxanne, necesito que apagues tu móvil y se lo des a Edgar. Te quedarás con este para las llamadas que necesites hacer, pero no debes decir a nadie dónde estás, ¿de acuerdo?

Salgo de la cocina mientras me habla.

—Biel, me estás asustando.

—No te preocupes, son solo precauciones. Ahora disfruta de ese maravilloso lugar.

—Estaría mejor si estuvieras aquí conmigo.

Suspira.

—En cuanto pueda, iré. Sabes que sois mi prioridad.

—Sí, lo sé.

Se hace un silencio.

—A mí también me gustaría estar ahí contigo. Ten paciencia, cuando menos te los esperes, estaremos juntos.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

Vaya forma de decirle algo así la primera vez, pero me ha salido espontáneo.

Silencio.

—Sí, lo sé. En unos días volveré a llamarte.

Cuelgo el teléfono con una extraña sensación de desolación. ¿Cómo he podido decirle eso? ¡Me maldigo por ser tan tonta! Aunque está claro que no me sentiría así si él me hubiera correspondido de la misma forma.

Vuelvo con ellas y desayunamos entre risas de las niñas y preguntas que no paran de hacer. Están contentas y eso hace que la desolación interior que tengo sea un poco más leve.

Paseamos por la finca que Laia nos la enseña con orgullo. Tienen un sinfín de animales. Aparte de los dos perros que he visto a la llegada, veo caballos tras un cercado y una gran extensión de terreno.

Andamos bastantes metros hasta que vemos cómo unos chicos alimentan a un montón de cerdos que hay tras una valla de madera.

—Venid por aquí para que veáis los lechones.

Entramos en una pequeña estancia de obra y el olor hace que las niñas se tapen la nariz; yo no lo hago por vergüenza, huele realmente mal. Los pequeños cerdos, ajenos a esto, se echan a correr de un lado a otro, asustados al vernos. Me quedo de piedra al ver cómo Laia se acerca a ellos, se acuclilla y comienza a hablarles con cariño. Poco a poco hacen un círculo a su alrededor. Miro a las niñas, que me tienen cogidas las manos.

—¿Queréis acercaros? —nos pregunta Laia.

Automáticamente las dos dan un paso atrás, negando con la cabeza. Eso me hace reír junto con

Laia.

Cuando salimos de allí Laia nos dice:

—Venid, vamos a ver a Mami. Os encantará. —La miro interrogante mientras caminamos—. Mami es una cierva que nos encontramos en el camino de entrada. Estaba a punto de parir y la pobre tenía un parto complicado. Llamamos al veterinario y, como pudimos, la metimos aquí. Al final todo fue bien y nació esta preciosidad.

Nos giramos y vemos tras una valla de madera un precioso cervatillo que nos mira curioso.

Las niñas, como lo que son, van corriendo hacia él, pero una rápida Laia las coge de la ropa tirando hacia ella. Una inmensa Mami de dos metros aparece emitiendo un fuerte bramido, que hace que demos un paso atrás. Es impresionante y no parece que le gustemos.

—No pasa nada, niñas, está protegiendo a su bebé.

—Pero si no vamos a hacerle daño —dice Raquel sobrecogida.

—Sí, cariño, pero ella no lo sabe. Cuando ella y Bambi estén recuperados, los devolveremos al lugar de donde vinieron.

Mientras volvemos a la casa, Raquel y Céline recogen dos pollitos del montón que hay cerca de la piscina. Escucho un coche que se acerca y veo que baja de él un hombre de unos cuarenta años. Laia se aparta de nosotras y va hacia él, plantándole un besazo en todos los morros.

Las pequeñas al verlo van corriendo, dejando los pollitos en el suelo.

—Roxanne, este es mi marido, Alejandro.

—Encantada.

Es un hombre grande y al hablarme noto que lo que tiene de grande lo tiene de bonachón. Mientras me habla abraza a su mujer y me doy cuenta de la conexión tan especial que tienen, al mirarse, al hablarse... Eso me hace pensar en Biel. Quizá alguna vez tendré lo mismo con él. Tras cenar y acostar a las pequeñas quedo con Laia y Alejandro en un gran porche que tienen. Veo que me están esperando con una botella de cava en la mano para abrirla.

—¡Oh, qué buena sorpresa!

—Mi hermano se encarga de suministrarlo, tengo varias botellas en la bodega.

—Y si nos quedamos sin existencias, es una buena excusa para ir de visita a Barcelona y ver a la familia —comenta Alejandro dándole un beso a Laia.

Les sonrío mientras me siento con ellos a charlar. Se está realmente bien, hace un tiempo muy bueno, donde un cielo plagado de estrellas nos acompaña.

—Roxanne, antes de cenar he hablado con mis padres. Por lo visto, el médico que está tratando a mi padre tiene un colega en Estados Unidos y quiere verlo. El hecho de que tras el tratamiento esté remitiendo tan bien, les hace ser positivos, así que estarán un par de meses allí.

—¡Qué buena noticia! ¿Eso quiere decir que hay esperanza?

—Bueno, diagnosticaron algo irreversible y sin ningún tipo de duda. Ahora parece que vemos algo de luz, pero no quiero hacerme ilusiones.

Cojo su mano y le digo con firmeza:

—Verás como todo irá bien.

Me sonrío, y de pronto, como si se hubiera acordado de algo, me dice:

—Por cierto, lo primero que han hecho mis padres cuando he descolgado el teléfono ha sido preguntar por ti, ¿qué les has hecho? —pregunta aún con su gran sonrisa.

Me encojo de hombros y le contesto:

—Son un amor, es fácil quererlos. Desde el primer momento me aceptaron con mucho cariño.

—Tienes razón, son entrañables. Yo lo pasé fatal al principio de vivir aquí tan lejos de ellos, pero, por suerte, Alejandro ha sabido llenar todos los momentos tristes cuando me entraba

melancolía.

Lo mira y él la abraza por los hombros, me mira y suelta:

—Bueno, en realidad lo único que hacía era coger un avión dirección Barcelona —dice él con mucha gracia y su marcado acento—. El primer año, fuimos seis veces. Que si el día del padre, el día de la madre, el cumpleaños de los suegros, la Navidad... ¡Qué artura chiquilla!

Laia y yo nos reímos.

—Es broma, iría al fin del mundo por ella. Pero ahora me voy a dormir.

Y dicho esto se besan. Jo, qué bonito.

Ahora sin Alejandro, es cuando una Laia curiosa empieza a preguntar:

—¿Qué tal con mi hermano? ¿Se porta bien contigo?

—Sí. Bueno, supongo que te habrá explicado la historia.

Pone cara de disgusto.

—Siento no haber estado para la boda. Días antes discutí con él y le dije que no estaba de acuerdo con lo que iba a hacer, y menos que fuera con la prepotente de Anne. Cuando me llamó mi madre para darme la gran noticia ya era tarde para ir. —Me guiña un ojo.

—Me siento un poco rara. La verdad es que nunca me habría imaginado que de la noche a la mañana estaría casada, y nada menos que con tres hijos. Pero, bueno, ya sabes que nuestro matrimonio es algo temporal. —Me mira cautelosa y sé que quiere preguntarme algo—. Venga, va, dispara.

Se ríe.

—Para lo que quiero preguntarte, mejor abrimos la otra botella. —Mientras echa el cava en las copas, se lanza—: ¿Estás enamorada de mi hermano?

Empiezo a ponerme roja y sin pensarlo le contesto:

—Hasta las trancas.

Nos reímos y chocamos nuestras copas.

—Ya me había parecido.

—Pero si no nos has visto juntos, ¿cómo lo has sabido?

—Muy sencillo, por la forma en que te ha cambiado la cara cuando Edgar te ha pasado el teléfono y ha dicho que era Biel.

—El único problema es que no es recíproco.

—Pues de la forma en que me habla de ti, yo diría que sí te quiere.

—Sí, pero no me ama —digo con tristeza y rotundidad.

—Dale tiempo, es posible que ni él mismo se haya dado cuenta.

Asiento, no muy convencida, y doy otro sorbo al cava.

—¿Sabías que yo estaba loca por tu hermano?

—¿En serio? —Ahora sí que me deja KO.

—Ya ves, pero lo mío fue peor que lo tuyo. Hasta que conocí a Alejandro, Carlos era mi amor prohibido. Tu hermano estaba completamente enamorado de Lucía y yo era invisible para él.

—¡Qué fuerte! Seríamos doblemente cuñadas.

—Pues sí, pero Cupido fue bueno conmigo y me regaló a Alejandro, que es el hombre más maravilloso del mundo.

—¿Cómo os conocisteis?

—Yo había acabado la carrera de Magisterio y decidí tomarme un año sabático y viajar por España. Había un montón de sitios que quería visitar, y Córdoba era uno de ellos. Entré en la Mezquita y allí estaba él, haciendo de guía con un montón de guiris. Me uní a su grupo, y también a los otros dos siguientes, hasta que se dio cuenta y me sonrió. En ese momento supe que era él. Fue

amor a primera vista.

—¡Qué bonito! Me alegro, de verdad. Laia, no te ofendas por lo que te voy a preguntar...

—Ah, no te preocupes, te toca a ti disparar.

—Ja, ja, ja. Buena respuesta. Verás, es que me ha parecido extraño no ver niños correteando por aquí. ¿No tenéis hijos?

No pierde su sonrisa para contestarme.

—A mí no me ha llamado el reloj biológico y a estas alturas no creo que lo haga. Hay mujeres que no necesitamos tener hijos para sentirnos realizadas, y yo soy una de ellas.

—Creo que nos parecemos demasiado.

Me mira extrañada.

—Pero te he visto con mis sobrinas y actúas con ellas como una verdadera madre, eres cariñosa y protectora, además ellas te quieren y respetan.

Ahora me deja de piedra.

—No sé qué decirte, la verdad, nunca me lo he planteado.

—Pues yo te auguro un largo casamiento, con una casa llena de niños —dice levantando su copa.

—Si lo que quieres es echarme de tu casa, acabas de conseguirlo. —Rio mientras brindo con ella.

Van pasando los días y no hay un momento de descanso, si no estamos cuidando de los animales, nos vamos a pasear por el pueblo. Incluso hemos estado en una romería de la Virgen de Luna. Laia nos explica que entre Pozoblanco y Villanueva se hacen cargo de tenerla compartida y este mes se conmemora la Cruz de Mayo, convirtiéndolo en una gran celebración.

Con Biel mis conversaciones son cortas, frías y pocas. En estas dos semanas solo hemos hablado tres veces y estoy que me subo por las paredes. Necesito verlo. Siento como si la distancia que tenemos haga que sus sentimientos por mí se hayan esfumado. Pienso que actúa así por lo que le dije; no debí haberlo dicho. Pero mi paciencia se está acabando.

Hoy es un día especial porque vamos a llevar a Mami y Bambi al valle. Los devolvemos al sitio de donde vinieron y que vivan en libertad. Así que vamos en dos vehículos, uno de ellos lleva en el remolque a esos dos animales tan impresionantes, que día a día nos han robado el corazón. Las niñas, con su insistencia, consiguieron darle de comer a Bambi y que él les demostrara su afecto, pero todo bajo la atenta mirada de Mami, que no quitaba ojo de su pequeño, como yo de las mías. Y respecto este pensamiento debo decir que sí, que las quiero y soy muy protectora con ellas.

Nos quedamos alejadas del lugar donde los soltarán, escondidas tras unos arbustos. Los chicos que trabajan en el cortijo los llaman y los animan a salir hasta que los dos ciervos miran a su alrededor y Mami se va alejando entre la naturaleza, con su pequeño a escasos metros.

Una vez las tres estamos en la parte trasera del coche, empezamos a llorar como tontas. Laia se gira desde el asiento delantero para unirse a nuestro llanto. Alejandro, que va conduciendo, apoya su mano en la pierna de Laia de modo cariñoso y dice:

—¿Este es el coche de las lloronas? —Las niñas aumentan el llanto y tengo que pasar a ser el consuelo, aunque yo seguiría llorando a la par de ellas—. Vaya, parece que tendremos que dejar los helados para otro día.

Silencio absoluto, no se oye nada.

—¿Has dicho helados, tito? —le pregunta Céline con un suspiro.

—Sí, pensaba que era buena idea, pero no nos dejarán entrar en la heladería con tanta llorona.

—No, si ya no estamos llorando. —Ahora es Raquel, que limpiándose las lágrimas de la cara se recompone como si nada.

Alejandro sonríe discretamente y pone rumbo al centro de Villanueva para poder disfrutar de un buen helado.

Esta noche tengo *overbooking* en mi cama, y es que el tema de Bambi nos ha tocado hondo. Hablo con ellas intentado explicarles lo felices que serán los dos viviendo libres, donde volverán a ver a su papi, y mil cosas más, hasta que por fin caemos en un dulce sueño las tres.

Cuando volvemos de nuestro paseo matutino, bien escoltadas por German y Edgar, dispuestas a comernos medio Córdoba, vemos a lo lejos un coche que nos es familiar aparcado en la puerta. Las niñas salen corriendo y gritando contentas sabiendo quién es el dueño del vehículo.

Entran en la casa mientras yo camino despacio tras ellas. Han pasado algo más de dos semanas, pero parece que hayan sido meses desde que me despedí de Biel aquella madrugada. Entro cruzando el patio con el corazón a mil, sabiendo que por fin voy a ver a mi amor de ojos negros.

Ya las he perdido de vista, pero escucho voces que vienen del salón. Me dirijo hacia allí y me quedo parada ante una imagen que me encanta contemplar.

Las niñas abrazan y besuquean sin parar a un Biel en cuclillas, contento, al igual que ellas. Está guapísimo con unos tejanos y un polo blanco. No soy consciente de la otra persona que hay sentada, hasta que Biel se levanta y se gira hacia ella.

Miro a la mujer que está junto a Laia y que tiene un bebé en los brazos. Mi sonrisa se queda helada, y más cuando vuelvo mi mirada a Biel. Ya me está contemplando y en sus ojos veo algo raro; no tienen ese brillo que los caracterizan. No se acerca a mí.

La mujer se dirige a las niñas en francés. Es rubia, con el pelo liso, lleva un vestido azul sin mangas y unos tacones de infarto. Es tan elegante que roza la perfección y me hace sentir la mujer más fea del universo, sin contar que llevo el pelo recogido en una coleta alta, con ropa de *sport* y sudada de lo lindo.

Un nudo en el estómago me atraviesa. Mi peor pesadilla está aquí y viene a buscar a su familia.

Biel, empujando suavemente a las pequeñas hacia ella, les dice:

—Raquel, Céline, os presento a vuestra madre.

Los cuatro adultos centramos nuestras miradas en las niñas y parece que aguantamos la respiración. Céline es la primera en reaccionar y se acerca saludándola tímidamente con la mano, hasta que Brigitte va hacia ella y, dejando al regordito bebé en el suelo, la abraza.

Miro a Raquel, que no se ha movido del sitio; de pronto se gira y viene corriendo hacia mí. Coge mi mano y se esconde detrás, haciendo que yo parezca su escudo.

—¡Raquel! Ven aquí, por favor. —La voz autoritaria de Biel hace que la niña apriete mi mano. Siento un dolor indescriptible al notar la reacción.

De pronto empiezo a sentir rabia, las cosas no se hacen así. Tendría que haber hablado conmigo y que yo las preparara para lo que iba a venir. Así que cuando Biel viene hacia nosotras pongo la mano delante haciendo que pare en seco. Mi cara es de cabreo absoluto.

—Yo me encargo.

Voy a salir de la estancia para hablar con la niña, cuando la mano de Biel coge mi brazo.

—No, Roxanne, me encargo yo. Es mi hija.

Y solo con esas últimas tres palabras me hace sentir impotente y algo evidente, que no soy nadie aquí.

—¡Biel! —le increpa su hermana.

—Vale, dame solo unos segundos —le ruego a Biel. Se merece un puñetazo, pero eso se lo dará la vida, y desde luego no.

Así que rápidamente, sin importarme quién hay delante, me agacho hasta ponerme a la altura de Raquel. Cojo sus preciosas y menudas manos y le digo con un nudo en la garganta:

—Cariño, escucha. Hazle caso a papá. Ha venido tu madre y tienes que estar contenta, esto es algo bueno.

—Pero no quiero que te vayas.

—¿Quién ha dicho eso? Yo no me voy a ir. Venga, preciosa, ve a saludar a tu madre.

Me levanto y miro de frente a Biel. Si es listo, habrá leído en mi cara lo que no le puedo decir.

Miramos a Raquel, que va despacio, como si se dirigiera al patíbulo, hasta llegar a una Brigitte exultante.

Biel se acerca a ellas y coge al bebé del suelo, presentándoselo a las niñas como su hermano pequeño. Todo parece el reencuentro de una familia feliz, excepto por Laia, que no me quita la vista de encima. Le sonrío amargamente y salgo de allí.

Subo a la habitación y cojo mi maleta. Empiezo a llenarla con mi ropa hasta que termino. La cierro y decido cerrar también los sentimientos que me martillean por el amor que siento hacia ellos.

Ha vuelto a hacerlo, me ha dejado en un segundo plano de su vida, y me siento como una auténtica idiota.

Bajo hasta la entrada a la espera de ver a German o Edgar para que me lleven a la estación. Por fin diviso a este último hablando con Alejandro, que acaba de llegar. Me acerco hasta ellos.

—Disculpa, Edgar, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Sí, claro.

—Roxanne, por lo que veo ya ha llegado mi cuñado. ¿Cómo ha ido todo?

—Bien, muy bien.

Al ver que no digo nada más, me guiña un ojo y dice:

—Pues voy a saludar a la bruja.

¿Qué pasa? ¿Todo el mundo lo sabía menos yo? Cuando Alejandro está a unos metros, me dirijo Edgar:

—Por favor, ¿puedes llevarme a la estación de Villanueva?

—Sí, claro. Pero...

—No preguntes; si no puedes, llamaré un taxi —digo con un hilo de voz.

—Sin problema, vamos.

Parece que nadie ha notado mi ausencia, mejor así.

Nada más subir al coche, Edgar saca de la guantera mi móvil y me lo da. Yo le devuelvo el que Biel me había dejado durante este tiempo.

En menos de media hora me estoy comprando un billete para Madrid para allí coger un Puente Aéreo hasta Barcelona.

Abro la puerta de mi casa, de mi verdadero hogar. De ese del que no tenía que haber salido. Pero no me arrepiento. Conocer a los hijos de Biel ha sido muy gratificante en mi vida, aunque en este momento tenga un vacío insufrible.

La casa está vacía sin mis felinos. Mañana iré a buscarlos a casa de mi tía Carmen. Hoy no puedo, me traicionarían los nervios. Necesito tener la mente fría para no ponerme a llorar como una magdalena mientras le explico todo lo que ha pasado, que todo ha terminado y que me han roto el corazón por segunda vez en mi vida, y ha sido la misma persona.

Abro el frigorífico y no sé por qué lo hago si no hay nada, está apagado desde hace mucho tiempo. Voy a por algo de cenar a uno de esos sitios que tendrían que estar prohibidos por la gran cantidad de calorías que tienen, pero hoy me merezco, aunque sean solo las patatas fritas.

Al ponerme frente al televisor a comer me doy cuenta de que no tengo hambre, que solo intento distraer mi mente de un dolor indescriptible, porque revivir ese momento me hace demasiado

daño.

Decido irme a dormir, pero antes pongo a cargar el móvil y al encenderlo hay diez llamadas perdidas de Biel. Vuelvo a apagarlo.

—¡Vamos, Biel! ¿He recorrido ochocientos kilómetros y solo diez llamadas? Me merecía como mínimo unas veinte —digo irónicamente en voz alta mientras las lágrimas van cayendo por mi cara.

Lloro y lo maldigo por aparecer en mi vida, por haberme hecho entrar en su juego y me maldigo a mí por haber querido entrar. Continúo llorando hasta quedarme exhausta y dormirme en el sofá.

Me despierto sobresaltada por el incesante sonido del timbre. Noto los ojos hinchados, apenas puedo abrirlos. Miro el reloj y veo que solo son las doce de la noche.

Abro la puerta y no aprecio quién es, así que bajo hasta la puerta de la calle y me asusto al escuchar:

—¡Abre inmediatamente!

—Hombre, el de las diez llamadas —digo con sarcasmo.

Justo al abrir, avanza unos pasos hasta ponerse frente a mí y me mira con intensidad. Mis brazos se cruzan sin querer, pero a él parece no importarle y se abalanza sobre mí, literalmente. Me abraza mientras besa mi cara sin dejar ni un hueco por hacerlo, pero mi cuerpo no reacciona, estoy fría como nunca habría esperado. Al ver que no respondo, se detiene y me mira.

—Esta demostración de afecto —digo mirando el mi reloj— llega unas catorce horas tarde.

—Roxanne, tienes razón, pero ¿por qué te has ido?

No salgo de mi asombro y lo aparto de mi lado.

—¡No puedo creerme que me preguntes eso! —le recrimino gritando, roja de rabia. Respiro hondo e intento tranquilizarme porque si no soy capaz de perder los nervios y luego arrepentirme —. Biel, he cuidado de tus hijas durante todo este tiempo y no esperaba tu agradecimiento porque, para mí, estar con ellas es algo maravilloso. Pero esperaba algo más de ti. Me has decepcionado muchísimo.

—Perdona por no haberte avisado, solo avisé a Laia por la mañana. Todo ocurrió muy deprisa.

—Cierto, avisar a la persona con la que compartes tu vida ahora mismo no tiene importancia. —Mi mala leche se convierte en ironía—. Aunque eso ha sido lo que menos me ha importado, ha sido tu forma de reaccionar conmigo. ¿No te ha parecido fría?

—Lo siento, la situación se me fue de las manos al ver la reacción de Raquel.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué se lanzarán a los brazos de Brigitte locas de contento? ¡Las abandonó, Biel! ¡Os abandonó a todos! ¡Reacciona de una puta vez!

—No hace falta que seas tan cruel.

—Cruel has sido tú esta mañana, tanto con Raquel como conmigo. —Lo miro a la cara sin ningún remordimiento por lo que le digo.

No dice nada, continúa observándome y por su cara es imposible saber lo que piensa, así que le pregunto intentando acabar lo antes posible esta conversación:

—¿Ya sabéis quién os amenazaba?

—Vamos a casa y te lo explico.

—No, solo quiero saber si todo está arreglado.

—Sí, ya han detenido a los culpables.

—Me alegro, así ya puedes volver con tu familia.

Suspira. Por mi forma de hablar sabe que no se lo voy a poner fácil.

—Mi familia también eres tú.

—Pues esta mañana no me ha dado esa impresión. —Respiro hondo y continúo, sabiendo que

me siento como si yo misma me estuviera atravesando con un puñal—. Cuando estabas con tus hijas presentándoles a su madre, tu mirada hacia ella era muy especial. Nunca me has mirado así y ahora sé que nunca lo harás. Ya puedes volver con tu mujer y vivir todos felices.

—Pero ¿qué estás diciendo?! Mi mujer eres tú.

Hasta aquí llegó mi paciencia.

—¡Vete a la mierda! Si hubiera sido tu mujer me habrías dicho que venías, y no solo porque estuviera todo arreglado, sino porque te morías por verme. Si fuera tu mujer me habrías advertido de que traías a tu exmujer a hablar con «tus» hijas. Y, sobre todo, si de verdad me quisieras como tu mujer, no me habrías dejado a un lado como lo has hecho. —Estoy muy alterada, hago un amago para irme hacia dentro, pero me giro de golpe—. Y, otra cosa. Que uno de tus abogados me envíe los papeles del divorcio y así lo arreglamos todo, junto con el fin del contrato absurdo que me hiciste firmar.

Lo he dejado KO sin entrenar dos horas. No se esperaba nada de esto, pero yo tampoco. Y quizá ya me he cansado de ser su mujer solo cuando le interesa, lo de hoy ha servido para que me haga abrir los ojos. Quererlo incondicionalmente no me ha dejado ver si de verdad él me quiere y, visto lo visto, creo que no.

Cuando se va a dar la vuelta para irse, me dice sin darse por vencido:

—Roxanne, me voy. Mañana cuando estés más tranquila, hablamos.

—No tengo nada más que hablar contigo.

—¿Sabes que mi padre se está recuperando?

—Sí, lo sé por tu hermana. Otra cosa que ni siquiera has sido capaz de decirme.

Cabizbaja vuelvo a girarme para entrar en la casa.

—Roxanne, no puedes cortar lo nuestro. ¿Y mis hijos? ¿Ya no te importan?

Esto es lo que más me duele.

—Mi amor por ellos sigue siendo el mismo. Pero ya os tienen a vosotros y no me necesitan.

—No digas tonterías. Ellos te quieren...

—Y tú, ¿me quieres? —digo cortándole, poniéndolo contra las cuerdas.

—¡Ya sabes que sí!

—¡No, no lo sé! Por eso te lo pregunto. ¿Tú me quieres, Biel? —Ahora en vez de contestarme, baja la mirada—. Pero no de la forma que yo te quiero, ¿verdad? —Asiento, constatando su gesto.

Levanta la cabeza para mirarme.

—Ya te lo dije una vez, el amor del que hablas ya lo tuve una vez y no volverá a ocurrir.

—Eso no lo puedes saber. Cuando llegue esa persona serás incapaz de no amarla —digo con una sonrisa amarga—. Lo que está claro es que no soy yo, y como no quiero seguir haciéndome más daño, lo nuestro se acaba aquí.

Nos miramos a los ojos y no puedo evitar que una lágrima caiga por mi mejilla. Levanta la mano hacia mi cara, pero esta vez no me va a consolar, no quiero, así que doy un paso atrás mientras él asiente y se da media vuelta.

Entro en la casa pensando en lo difícil que va a ser alejarme de él, pero lo tengo que hacer. Lo peor de todo es que él iba en un *pack*, me duele el alma al pensar en esas diminutas, que junto a Laurent, me han robado el corazón. Eso me hace sentirme doblemente vacía.

de canguro ocasional con mi sobrino e incluso Maica y yo hemos hecho alguna noche de chicas en mi casa, donde al final siempre Biel ha salido en nuestra conversación, dando pie a que pille alguna que otra turca, y que solo ha servido para que al día siguiente me encuentre peor.

Aún no he vuelto a trabajar, necesito tiempo. Por suerte nuestra empresa va cada vez mejor.

Ahora estoy frente a la casa de don Perfecto, quedé con él en que hablaría con mis pequeñas, se lo debo. Intentaré cerrar los sentimientos pendientes que tengo con Raquel y Céline.

Camino con paso firme hasta la entrada, pero lo que siento de verdad es una gran tristeza e incluso nervios por volver a verlas. A los segundos de llamar a la puerta, una sonriente Antonia me recibe con un gran abrazo.

—¡Ay, Roxanne, cómo te he echado de menos!

—Yo también, Antonia.

Su fuerte abrazo dura más de lo que esperaba, eso hace que me descomponga por segundos. Dos besos finalizan este momento.

—¿Estás bien? —pregunta analizando cada músculo de mi compungida cara. Yo simplemente asiento—. Las niñas están esperándote en el salón. Antes de irte te espero en la cocina, quiero hablar contigo.

—Vale.

Entro al salón y veo a esas personitas tan bonitas como siempre, sentadas en el gran sofá. Cuando me ven, Céline corre hasta mis brazos, gritando mi nombre. La cojo en brazos y la besuqueo mientras ella rodea mi cuello con fuerza. La verdad es que me sorprende esta actitud, sé que Céline me quiere a su manera, pero tanta efusividad me emociona. Lo que me deja de piedra es ver a Raquel, continúa en el sofá y no me mira, tiene la cabeza agachada.

—¿Cómo estás, mi pequeña bruja? —le digo a Céline al oído.

—Yo bien, pero Raquel está enfadada contigo.

Eso me da pie a ir hacia ella sin soltar a Céline. Me agacho hasta ponerme en el campo de visión de la preciosa Raquel.

—Hola. —No contesta—. Raquel, cariño, ¿no me vas a decir nada? —Niega con la cabeza y continúa sin mirarme—. Pues no pienso irme hasta que me mires y me digas por qué estás enfadada conmigo. —Nada, no se mueve. Pongo las manos sobre sus rodillas y le digo—: ¿Es que ya no me quieres?

Por fin reacciona a mis palabras.

—Sí, pero te has ido. Y me dijiste que no te irías —murmura.

Céline se sienta junto a ella y la acaricia, es una imagen tan tierna que no sé si podré contenerme. Esto está siendo muy duro. Ahora me gustaría tener ocho años y ponerme a llorar sin importarme nada, pero soy la adulta, así que no tengo más remedio que comportarme como tal.

—Cielo, tienes razón y te pido perdón. —Ahora sí que las lágrimas van cayendo por mi cara sin ninguna tregua—. ¿Me perdonas? —Asiente con la cabeza y por fin me mira. Como puedo, continúo—: Y, ahora, ¿me das un beso y un abrazo?

Me mira con su carita triste, pero me abraza con tal fuerza que pierdo el equilibrio y caigo hacia atrás con ella encima.

—¡Esa es mi chica! —le digo con felicidad.

Aprovechando el momento, Céline se suma a nuestros abrazos y estamos las tres en el suelo cuando oigo que alguien habla:

—Tened cuidado, vais a aplastarla.

—No, papi, si somos pequeñas —dice Céline contenta.

Me giro sorprendida y lo veo apoyado en la pared con las piernas y los brazos cruzados, ha

estado ahí todo el tiempo y no lo he visto. Su expresión es dulce, nos está mirando con ternura. Lleva una camisa azul con las mangas subidas hasta el codo, unos pantalones oscuros y una barba de pocos días que le da un aire más serio. Está guapo a rabiar.

—No pasa nada —digo recomponiéndome.

—Os dejo solas. Estoy en el despacho. Antes de irte, pásate, por favor. Hay cosas que tenemos que dejar zanjadas.

—De acuerdo.

A este paso tendré que poner número de turno como en la pescadería.

Cuando sale por la puerta nos sentamos las tres en el sofá, yo en medio abrazando a las dos.

—A ver, por donde empiezo...

—Ya lo sabemos todo —dice Céline muy dispuesta—. Nuestro papá nos lo ha explicado. Dice que estabas con nosotros hasta que el señor malo se fuera y, como ya no está, ya no vivirás con nosotros.

—Mmm, bien resumido por vuestro padre.

—Pero yo quiero que vivas aquí como antes de ir con la tía Laia, que vayas a buscarnos al colegio y nos ayudes con los deberes. —Raquel no se da por vencida.

—Bueno, ahora tenéis a vuestra madre. Ella se encargará de vosotras. —Las dos se miran como si no me entendieran—. De todas formas, si me necesitáis solo tenéis que llamarme y en cinco minutos vengo como Ladybug y os salvo de los malvados.

Comienzo a hacerles cosquillas dejando a la vista sus mellas, pero se alían en mi contra y tengo que rendirme. Después de un rato, me despido de ellas prometiéndoles venir a verlas otro fin de semana. Con Biel habría sido más fácil cortar por lo sano, pero con ellas debo ir poco a poco, no quiero que piensen que las abandono cuando no tienen culpa de nada.

Me dirijo a la cocina limpiándome las lágrimas, que han vuelto a salir tras dejarlas en el salón. Allí está Antonia, sacando algo del horno.

—¿Por qué esta cocina huele siempre tan bien?

—Eso lo dices porque lo que acabo de sacar es el bizcocho que tanto te gusta.

—Antonia, sabes que te quiero, ¿verdad? —le pregunto guiñándole un ojo.

—Y ahora más que nunca —dice riendo. Pero de golpe se pone seria y me pregunta—: ¿Qué ha pasado, mi niña?

Trago saliva, no quiero volver a llorar.

—Pues que no me quiere. Y no voy a estar con él por mucho que yo quiera a sus hijos.

—Pero eso no puede ser —dice atónita—. Yo conozco a Biel desde hace muchos años y puedo asegurarte que nunca lo había visto más feliz. Excepto estas últimas semanas, que ya sabemos todos lo que ha pasado.

—A ver, yo sé que él siente algo por mí, pero no lo suficiente. Quiero algo que él no me dará nunca. Y ahora que ha vuelto su mujer a su vida, menos aún.

Antonia se sorprende, pero al segundo sabe de qué hablo.

—Su mujer eres tú —dice regañándome—. Si te refieres a la madre de las niñas, no está aquí, y por lo que sé se fue a París, que es donde vive ahora.

Ahora la sorprendida soy yo.

—Pero...

—No, Roxanne, ¿no pensarías que Biel iba a volver con esa? —Tuerce el gesto—. Y no será porque ella no lo haya intentado. —La miro interrogante y sonrío—. Hija, es que a veces una escucha sin querer.

Me río, aunque el tema no tenga ninguna gracia.

—¿Tú ya trabajabas aquí cuando estaba ella?

—No, yo llegué al poco de separarse, y puedo asegurarte que la odio por la forma en que estaba Biel. Era un alma en pena por la casa, eso unido a que tenía que hacer de tripas corazón por sus hijos.

Entonces pienso en lo difícil que tuvieron que ser para él aquellos momentos. Ahora entiendo que no sea mío por completo, su alma se la quedó ella.

Tras un rato más de charla decido irme, aún me queda una larga conversación con Biel.

Llamo a la puerta del despacho y entro. Cuando me ve, se levanta y me hace una señal para que nos sentemos en el sofá, eso me incomoda. Tendría que estar frente a él y con la mesa de su escritorio por medio. Uno al lado del otro en el sofá me hace sentir vulnerable, y no es porque vaya excesivamente sexi, tan solo llevo una sudadera y unos tejanos acompañados por unas Converse, pero tenerlo tan cerca me hace estar alerta para no dar un paso en falso.

Veo sobre la mesa auxiliar una carpeta, supongo que serán los papeles del divorcio.

—Gracias por venir a hablar con Raquel y Céline —dice con media sonrisa.

—No me des las gracias, créeme si te digo que lo necesitaba yo más que ellas. Si no te importa, vendré a verlas más adelante.

—Puedes venir cuando quieras.

Eso me hace recordar lo que me ha dicho Antonia, que Brigitte no está aquí, pero ya no es asunto mío.

—Cortar mis lazos con ellas de una forma tan tajante me parece injusto para las tres.

—Me parece bien.

No deja de sonreírme y está poniéndome más nerviosa aún, así que intento quitársela de golpe.

—¿Dónde está tu querida Brigitte? —¡Bien!, parece que lo he conseguido porque su expresión cambia radicalmente.

—Ella no es mi querida nada.

—Me habré confundido, disculpa. —Por mi tono, se nota que no siento lo que he dicho.

—Ha vuelto a su casa. Hemos redactado ante un abogado unas visitas para que no pierda el contacto con sus hijos. Eso es todo.

—Me alegro por vosotros.

—¿De verdad pensabas que iba a volver con ella? —pregunta incrédulo.

—Esa es la impresión que me dio cuando os vi a todos juntos.

—Pues no. Además, fue su exmarido el que orquestó el intento de secuestro y amenazas a mis hijos.

—¿En serio?! —exclamo estupefacta.

—Ella quería recuperar a sus hijos y a él no le hacía mucha gracia. Al separarse no muy amistosamente le dijo que se ocuparía de que no fuera feliz y este era uno de sus planes, pero lo que no sabía era que yo estaría esperándolo. Había contratado a algunos hombres para cumplir su propósito y declaró a la policía que solo eran amenazas, que nunca les habría hecho daño.

Pongo la mano sobre la de él con cariño.

—¡Qué horror, Biel!

Mira hacia mi mano y con la otra cubre la mía. Nos miramos a los ojos y yo, muy despacio, me deshago de su contacto. Como si lo hubiera hecho despertar de golpe, se acerca y coge la carpeta que había sobre la mesa.

—Aquí tienes un escrito donde doy por finalizado el contrato junto con la indemnización que estaba escrita.

Como no dice nada más, le pregunto:

—¿Y el divorcio?

—Aún no lo tengo. Cuando me lo envíen, te aviso.

—Bien.

Cojo la carpeta y miro el cheque. Mis ojos se abren desmesuradamente. De manera automática se lo ofrezco.

—No puedo aceptar esto. Para mí ha sido suficiente con que nos hayas ayudado con la empresa.

—Quédatelo, lo necesitarás si quieres montar tu propio hotel.

Sonrío, me gusta que lo recuerde.

—Uf, queda mucho hasta que eso sea posible. No, de verdad, no voy a aceptarlo. —Me levanto y lo dejo sobre la mesa—. Me voy, Biel —digo con un nudo en la garganta mientras le ofrezco mi mano a modo de despedida.

Él se levanta frente a mí, mira mi mano y la coge con fuerza para pegarme a él y rápidamente apoderarse de mis labios. Cierro los ojos y mi cuerpo me traiciona, deseo esto tanto como él. Nos besamos despacio. Saboreo sus labios con lentitud, sabiendo que esto es el fin. Poco a poco termino el beso y poniendo la frente sobre su pecho le digo apesadumbrada:

—No me hagas esto.

Con su mano bajo mi barbilla, hace que lo mire.

—Roxanne, no te vayas.

No puedo hablar. Simplemente me aparto.

—Adiós, Biel.

Salgo por la puerta todo lo rápido que puedo y, cuando llego al coche, escucho cómo alguien me llama. Al girarme, veo que es Antonia.

—Toma —me ofrece algo en una bandeja, cubierto de papel de aluminio—. ¿No pensarías irte sin llevarte el bizcocho que te he preparado?

—Gracias, Antonia, eres un sol.

—El sol lo has sido tú todo este tiempo, has llenado esta casa de luz.

Me abrazo a ella y lloro como una tonta.

Hoy es quince de junio, el día que cumplo veintinueve años y se casa mi mejor amiga.

Ahora mismo siento como si me aprisionaran el corazón. Cuántas veces había imaginado esta boda junto a Biel, pero él no está.

Me miro en el gran espejo de la habitación del hotel. Mi vestido de tul azul asimétrico, con escote en V y de manga corta es realmente precioso. Tiene una pequeña cola que lo hace muy elegante. Verme así de guapa me levanta el ánimo, porque hoy no puedo permitirme el lujo de sentir tristeza.

Hace un precioso día de primavera, soleado y preparado para uno de los momentos más felices en la vida de Maica.

Ando junto a Jasiel, el amigo y testigo de Román, por la alfombra roja central de uno de los jardines decorados para la ceremonia. Llegamos hasta un pequeño altar donde las rosas son protagonistas, haciendo un arco sobre nuestras cabezas.

Al girarme veo que no somos muchos invitados, quizá tan solo unas cincuenta personas.

Nos quedamos a un lado junto a Román, que está visiblemente nervioso.

—Roxanne, estás bellísima —dice Jasiel, mirándome de arriba abajo.

—Gracias. Tú también estás muy guapo.

Él con un traje gris y camisa blanca hace que su moreno natural resalte, consiguiendo ser admirado por las féminas de esta boda, entre las que me incluyo.

—¿Has visto qué buena pareja hacemos?

Me río.

—No creo que a tu novia le haga mucha gracia lo que me estás diciendo.

—Si sé que ya no estás casada, no traigo acompañante. Este novio histérico no me dijo nada.

Observamos con cariño a Román, que no para de mirar hacia el impresionante castillo a la espera de la llegada de su futura esposa.

Por fin suena la música y hace la entrada mi adorable Maica.

Su vestido de novia es espectacular, modelo princesa, de encaje y bordado. Lleva un velo que acompaña a una larga cola. Aunque no puede estar más guapa, creo que su padre le está robando un poco de protagonismo, porque no deja de llorar.

Al llegar donde estamos nosotros y saludar a Román, dejando a su hija a un lado, se acerca a mí.

—Perdonadme, es que hoy es un día muy feliz para mí.

Lo abrazo con cariño.

—¡Ay, José, pero no llores, que eso se pega! Mira cómo estoy yo.

Y lo hago que mire mis ojos llorosos.

Me acaricia con cariño la cara y se va a su sitio junto a la madre de Maica.

Disfrutamos de una ceremonia muy amena para pasar a la sala destinada al banquete, donde todo está riquísimo.

La gente está contenta y no para de bromear y jalear a los novios. Somos poquitos, pero muy folloneros.

Cuando llega el momento de entregar el ramo, como es costumbre aquí, los novios van bordeando mesas, despistando, hasta que entregan tan preciado regalo. Suena la canción *Vivir mi vida*, de Marc Anthony, y yo sé para quién es ese fantástico ramo. Esta canción no paramos de

bailarla en su despedida de soltera y Maica decía que esta canción siempre sería mía. Así que los tengo frente a mí, mientras ella me ofrece su ramo de novia.

Me levanto y nos abrazamos. Lloramos como dos tontas, como si no hubiera nadie en la sala. Todas las emociones contenidas salen de golpe por este bonito detalle. Ella es como mi hermana y por fin su vida cambia para bien. Los pensamientos más puros y deseos hacia ella hacen que no pueda parar de llorar.

Una voz nos interrumpe:

—Vamos, chicas...

Sin dejarlo terminar, lo abrazo también, y nuestro llanto se vuelve risa.

Y, por si esto fuera poco, de pronto la música se para, empieza a sonar la canción *Cumpleaños feliz* y aparece un camarero con un pastel que en su centro tiene dos bengalas y los números de mi nueva edad. Toda la sala me canta la canción y yo ya no sé dónde meterme.

Pasamos al baile y, una vez que los novios han terminado el vals oficial, salimos todos a la pista. La música la pone un DJ amigo de Román que está entre los invitados.

Suena la canción *Échame la culpa*, de Luis Fonsi y Demi Lovato, y unos fuertes brazos me giran hasta tenerme pegado a su cuerpo. No es otro que Jasiel.

Bailamos esta canción de una forma muy sensual, su mano en mi espalda me aprisiona a la vez que me guía. Su mirada me promete muchas cosas, pero le niego con la cabeza.

Seguimos bailando esta y muchas más, hasta que ya no puedo continuar y le digo que me deje respirar. Voy a la barra a pedir algo de beber y al girarme veo cómo mi pareja de baile se despide de los novios junto a su acompañante, bastante seria, y se van del recinto. La entiendo perfectamente, si mi novio bailara de la forma en que lo ha hecho él conmigo, yo también estaría molesta. Y entonces la imagen de Biel pasa fugazmente por mi mente. A él también le sentó mal mi forma de bailar con Jasiel, pero solo es baile, no hay nada más allá, al menos por mi parte.

Sigo bailando, ya sin zapatos, con el grupo de amigos reunidos en el centro de la pista hasta que no puedo con mi vida y decido despedirme.

Al entrar en la habitación, encuentro un gran ramo sobre la cómoda, dentro de un precioso jarrón. Son rosas de diferentes colores: blancas, rosas, rojas, amarillas... Deben haber más de treinta.

Cojo la tarjeta y me emociono cuando leo:

Nunca me dijiste cuáles eran tus preferidas.

Feliz cumpleaños, pecosa.

Biel

Me siento en la cama, derrotada.

—No es justo, así no puedo olvidarte —digo en voz alta.

Cojo el móvil y veo dos llamadas perdidas de él. Son las tres de la mañana, así que no lo llamo, solo le pongo un wasap dándole las gracias. Me desnudo y me acuesto, estoy molida.

Llaman a la puerta y me despiertan. Al abrir los ojos ya es de día y me sorprende que alguien esté llamando a mi puerta, así que me doy la vuelta en la cama con la esperanza de que se hayan equivocado.

Insisten y pregunto quién llama. Me sorprende al escuchar el nombre de la persona que llevo rehuendo todo este tiempo. Despacio, arrastrando los pies, llego hasta la puerta; al abrirla grito al recordar que solo llevo las bragas, así que cierro con rapidez y solo asomo la cabeza.

—Hola —logro decir.

—¿Estás acompañada? —pregunta un guapo Biel con el ceño fruncido.

—¿A ti qué te importa? —Su cara se transforma y no para bien. Creo que le está saliendo humo y yo disfruto de este momento—. ¿Qué haces aquí?

—Necesitaba verte y hablar contigo, pero...

Suspiro.

—Pasa, anda. —Cuando entra y cierro la puerta grito—: ¡Pero no me mires, que voy en bragas! Como un hombre obediente se gira, aunque lo hace demasiado despacio.

—Roxanne, te he visto desnuda muchas veces.

—Sí, pero eso era antes. Ahora no estamos juntos.

—¿Es necesario que te hable sin mirarte?

—Espera, no te gires aún.

Voy al baño y cojo una toalla que enrolló a mi cuerpo. Salgo y me pongo frente a él, algo avergonzada por mi aspecto. Cuando llegué no me desmaquillé y eso, unido a los pelos que debo llevar, le doy cinco minutos para que salga corriendo.

Pero en vez de eso, me sonrío como solo él sabe hacerlo, enseñándome sus hoyuelos y penetrándome con su dulce mirada.

—Tú dirás.

—¿Tienes planes para hoy?

Lo miro, intentado adivinar por qué realmente está aquí.

—Mira, Biel, estoy intentando desconectar de ti y así me lo pones muy difícil. —Asiente serio. Se muerde el labio sin decir nada. Suspiro y continuo—: No, la verdad. Hoy pensaba quedarme en casa tumbada en el sofá hasta mañana, que empiezo a trabajar. —Al ver que sigue mirándome sin decir nada, le pregunto—: ¿Qué te pasa?

—Ayer las niñas se fueron con su madre y pasarán toda la semana en París. Con ellas todo es mucho más llevadero. Pero, ahora...

Nunca había visto esta expresión en su cara, está realmente triste. Así que me acerco a él y lo abrazo sin preocuparme nada más. Él me rodea con sus brazos y me pega a su cuerpo, hundiendo su cara en mi cuello.

—¡Umm, qué bien hueles!

Mis alarmas hacen que me aparte de él, pero de una forma tan brusca que la toalla se cae al suelo. Me quedo paralizada frente a él, mientras me mira con una sonrisa y baja excesivamente despacio hasta recoger la toalla y dármele. Me tapo todo lo rápido que puedo e intento continuar por donde estábamos, sin darle importancia a este momento.

—Biel, siento que estés así. Pero piensa que lo estás haciendo bien; tarde o temprano ellas necesitarán a su madre. ¿Y Laurent qué piensa?

—Él es otra historia, no puedo obligarlo y tiene muy claro que no quiere saber nada de ella. Supongo que poco a poco cambiará de opinión, pero por ahora prefiere mantenerse al margen.

Lo miro con pena y decido que hoy voy a hacer una excepción y animarlo, dejando a un lado todos mis sentimientos hacia él.

—Vale, ¿y dónde me invitas a comer?

Su expresión cambia de forma radical y vuelve a sonreír

—Había pensado en pasar el día en Sitges.

—¡Perfecto! Un sitio precioso. Voy a ducharme. Si quieres, espérame aquí.

Me ducho y me visto con unos pantalones pitillo, una blusa negra de mangas transparentes y, lo más importante, unas sandalias planas; después de estar ayer todo el día en tacones, lo agradezco. Comemos en un restaurante del paseo marítimo decorado de lo más original, da la sensación de que estemos dentro de un barco: sus grandes ventanales dejan que la luz natural inunde toda la estancia; el mobiliario, de madera; un timón presidiendo una de las paredes en tonalidades de azul y blanco; incluso unas velas izadas hasta la mitad de su alta envergadura te hacen sentir que estás dentro de un auténtico galeón.

Intento que nuestra conversación no sea muy profunda y, sobre todo, nada de niñas, eso le haría ponerse aún más triste. Lo miro con ternura. Sin duda alguna, si alguna vez me propongo tener hijos, desde luego me gustaría que el padre fuera alguien como Biel.

—¿Cómo fue la boda?

—Muy bien. La ceremonia estuvo genial, y cuando Maica me dio su ramo de novia no puedes imaginarte lo que llegué a llorar. Fue todo muy emocionante.

—Nada que ver con la nuestra, supongo.

—Bueno, en realidad lo nuestro no fue una boda como tal. Nos casamos con un contrato de por medio; ellos se han casado por amor.

—¿Habrías querido una boda como ella?

—No es una prioridad en mi vida algo así. Si en un futuro lo hago, supongo que sería parecido a lo que hicimos nosotros, algo muy íntimo sin tanta parafernalia. ¿Y tú?

—Yo ya estoy casado. —Deja la servilleta sobre la mesa y, sin darme tiempo a pensar en su respuesta, me pregunta—: ¿Vas a querer postre?

—No, he comido tanto que ya no puedo con nada.

Lo miro fijamente, intentando adivinar qué piensa. Lo noto nervioso.

—Pues vámonos.

Paga la cuenta y salimos tan rápido que parece que nos hacemos un «simpa»⁶.

Coge mi mano y caminamos por el paseo hasta llegar al coche.

—¿Qué pasa, Biel? ¿Ya te has cansado de estar conmigo y tienes prisa en llevarme a mi casa?

—Para nada.

Conduce de vuelta a Barcelona por la costa de Garraf, así que no perdemos de vista el mar. Se dispone a salir de la autopista para entrar en una pequeña carretera, me tiene totalmente despistada sobre adónde me lleva.

—Biel, ¿adónde vamos?

—Ahora lo verás.

No vuelvo a preguntar. Las señales nos indican que faltan dos kilómetros para el siguiente pueblo, cuando de pronto gira a la derecha. Vamos en dirección a la montaña. Tras unos cinco minutos, entramos por un pequeño camino de tierra. Unos metros más y para el coche.

Lo miro, pero solo me dice:

—Baja.

—¿No me irás a abandonar aquí?

—¡Ja, ja, ja! Vamos, quiero enseñarte algo.

Caminamos unos metros y se detiene frente a un pequeño edificio de dos plantas. Está aislado, no alcanzo a ver ninguna edificación cercana. El jardín de la gran entrada se ve cuidado, pero parece que el edificio está inacabado. No entiendo qué hacemos aquí.

—Ven. —Vuelve a coger mi mano hasta que llegamos a lo que parece la entrada principal—. ¿Te gusta? —me pregunta con cara de felicidad.

Miro el edificio y a mi alrededor, pero estoy muy perdida.

—Pues sí, supongo. Biel, ¿qué es esto?

—Esto es tuyo, es tu futuro hotel. —Lo miro como si no lo hubiera entendido, así que continúa hablando—: Es mi regalo por tu ayuda durante este tiempo. Te dije que aceptaras el dinero, y como no lo hiciste, lo he comprado para ti. Está en una zona inmejorable, con vistas al mar y, aunque ahora solo veas el esqueleto, seguro que tú sabrás sacarle partido a todas las posibilidades que tiene.

Estoy alucinando, esto es increíble. Nunca habría imaginado que alguien me hiciera un regalo

así. Me ha regalado un sueño.

Pero, lamentablemente, tengo que decirle:

—Biel, no puedo aceptar esto.

—Claro que puedes, de hecho, ya lo he puesto a tu nombre.

—Pero, Biel, yo...

Sus manos cogen las mías y muy serio me dice:

—Tu compromiso con mis hijos y con mi padre y el cariño que les has dado, no puedo compensártelo de otra forma mejor, así que, por favor, no puedes rechazarlo.

Niego con la cabeza, pero al ver su cara de decepción me deshago de sus manos y lo abrazo.

—Gracias. Aunque todavía no sé si lo aceptaré, muchísimas gracias.

Echamos un rápido vistazo desde fuera porque, según me informa, hasta que no vengan los arquitectos y personal autorizado no se puede entrar al edificio. Pero mi imaginación ha volado y ya puedo verlo en movimiento.

El camino de vuelta es de lo más entretenido, no paramos de hablar de las posibilidades que tiene el terreno. Será el pequeño hotel más bonito de toda la comarca, así que mi subconsciente me traiciona al darme cuenta de que, sin querer, ya he aceptado mi regalo.

Justo al dejarme en la puerta de mi casa, le pregunto:

—¿Y Laurent, ¿cómo está?

—Bien. Por lo visto está teniendo mucho éxito en su gira por Latinoamérica. Lo peor será cuando vuelva, tiene que presentarse a la selectividad de septiembre y me da miedo que todo esto le pase factura con sus estudios.

—No te preocupes, es un gran chico. Verás cómo lo consigue. —Pienso en ofrecerle mi ayuda, pero no, no debo hacerlo—. Bueno, hasta pronto —me despido, abriendo la puerta del coche.

—Adiós, Roxanne, y gracias.

Le sonrío y salgo.

Entro en casa sintiendo que he pasado la prueba de fuego, he estado todo el día con él y no ha pasado nada, solo hemos actuado como dos amigos que están bien juntos.

¿Realmente pienso eso? ¿Soy feliz siendo su amiga? No, esto no puede volver a pasar. Su sola presencia me hace desearlo y eso a la larga me pasará factura. No debo volver a verlo.

Empiezo la semana y a las dos horas es como si no hubiera pasado nada en estos meses, excepto porque tengo un hotel que construir. Y justo por esto no puedo dejar de trabajar, así que vuelvo a la recogida de clientes y viajes de ida y vuelta a Barcelona que, cuando acaba el día, me deja desquiciada, sobre todo si van con el tiempo justo y hay caravana en cualquier sentido.

Por suerte lo que me ayuda a desconectar es ir al gimnasio.

Como ya no tengo entrenador personal, me dedico a hacer deporte por libre. Me subo en una de tantas cintas de correr que hay alineadas en una parte del gimnasio y camino cada vez más rápido, durante unos veinte minutos, hasta que poco a poco empiezo a correr, notando cómo el sudor cae por mi espalda. Centro la vista sin mirar más allá y continúo con este ritmo frenético, escuchando la música de mi móvil, donde Rozalén con sus preciosas canciones me anima a continuar. Cuando ya considero que no puedo con mi vida, voy disminuyendo el ritmo hasta pararla, me bajo y vuelvo a girarme por inercia. Miro hacia las elípticas y veo a la última persona que pensaba ver aquí: ¡Biel! ¿Qué hace él aquí?

Me quedo como una estatua mirándolo, lleva una camiseta color arena donde se pueden apreciar los músculos de su espalda moverse al compás de esos fuertes brazos. Estoy babeando como una quinceañera.

Cuando decido acercarme, freno al ver cómo una chica, trabajadora del gimnasio, va hacia él y

le ofrece una toalla junto a una enorme sonrisa.

Biel se baja de la máquina y le devuelve la sonrisa, para después poner sus ojos negros directamente en mí. Me guiña un ojo y se va.

Pienso en ir tras él, pero a la vez no quiero. Tendría que haber venido a decirme algo o, como mínimo, saludarme. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí? Y, de todos los gimnasios, algunos mucho más glamurosos que este, ¿por qué viene aquí?

Entonces me sale una sonrisa sin querer y respondo a esa pregunta en voz alta «por mí».

Al día siguiente estoy preparada, alerta en todo momento y con la mirada fija en la puerta que da acceso a la sala, pero no aparece.

Otro día más de lo mismo, me desilusiono al ver que no viene. Quizá solamente estuvo aquí porque conoce a la chica monísima de la toalla.

Ya es jueves y me siento decepcionada, porque Biel, esa persona que logra cambiar mi estado de ánimo en cero coma, no ha vuelto al gimnasio.

Cansada de correr me voy a la fuente de agua.

—¡Roxi, cuánto tiempo!

Me giro y veo a Iván, que viene directamente a abrazarme.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, esperando a que vuelvas al lado oscuro.

Me rio.

—Perdona, pero fuiste tú el que me ignoró y, siendo sincera, si no puedo entrenar con el mejor, prefiero no hacerlo.

—Gracias, pero debo decir en mi defensa, que me ignoraste tu primero.

—¡Uf, han pasado tantas cosas...!

Sus manos en mi cintura de la forma en que me toca, como me habla, me dan a entender que ya no está enfadado conmigo.

—Entonces, ¿estás preparada para que te haga sudar como solo yo sé hacerlo?

Sonrío, pensando que será lo mejor.

—Eso no va a ser posible.

Mi sonrisa se queda helada al escuchar la voz de Biel tras nosotros.

Iván se pone frente a él. Son casi de la misma estatura y sus duras miradas me hacen estar ante un duelo de titanes.

—¿Y tú quién eres? —pregunta Iván, escupiendo las palabras.

—Su marido.

La cara de Iván se descompone y se gira para mirarme interrogante. Me coloco en medio de los dos, mirando a Iván.

—A ver, en realidad no es exactamente así.

—¿Es tu marido o no?

—Bueno sí, pero...

Iván lo mira a él y seguidamente a mí. Se acerca a besarme en la mejilla.

—Cuando quieras, ya sabes dónde estoy. Yo en estos temas no entro.

Me giro enfadada a Biel.

—¿Por qué le has dicho eso?

—Porque es la verdad.

—Sabes perfectamente que no lo es.

—Hasta que no tengamos el divorcio, sigues siendo mi mujer.

Mi enfado sube un grado más.

—Mira, Biel, tú tienes tu vida perfecta y yo intento rehacer la mía, con Iván o con el que me dé la gana, ¡así que haz el favor de dejarme en paz!

—Pecosa, mi vida no es perfecta si tú no estás en ella. —No digo nada, pero sigo mirándolo con mala leche, mientras asimilo lo que acaba de decir. ¿Cómo lo hace? ¿Por qué logra asestarme siempre un golpe perfecto?—. Pero si es lo que quieres, te dejaré en paz.

Se gira y sale, y yo me quedo clavada en el suelo, pensando si lo quiero o lo odio a partes iguales.

Cuando por fin llega el viernes y creo haber terminado mi interminable día, recibo una llamada de mi hermano.

—Roxi, tenemos un cliente de última hora. Llega su avión en diez minutos y es para llevarlo a la oficina de Biel; es de los suyos. El problema es que no hay nadie disponible y por eso te llamo. Yo aún no he terminado este servicio y cuando llegue será tarde.

—Vale, no te preocupes. Dame los datos y lo recojo.

Cuando llego al aeropuerto encuentro al cliente esperando en una de las salidas que me dijo mi hermano. Cuando la veo me entra de todo, y no porque la conozca, sino porque tengo que dejarla en casa de Biel. Su apariencia no puede ser más elegante, vestida de alta costura, con una melena castaña, larga y ondulada que parece que acabe de salir de un salón de belleza.

Cuando paro el coche, me bajo y, abriendo el maletero, no puedo dirigirme a ella porque ya me está haciendo aspavientos con los brazos.

—¡Vaya horas de llegar! ¡Llevo una hora esperando! ¡Menudo servicio!

Yo, que hoy no he pasado uno de los mejores días de mi vida, le digo tranquilamente:

—Primero, por educación, se saluda. Y, segundo, si tiene alguna queja, llame al jefe y se lo dice.

—¡Por supuesto que se lo diré! ¿Tú quién te crees que eres?

Sonrío, sabiendo que no tengo que aguantar sus malos modales. Cierro el maletero, la dejo ahí plantada y me doy la vuelta para entrar en el coche.

—¿Oye? ¿No me irás a dejar aquí?

—Por supuesto —le contesto con media sonrisa.

Habla por lo bajo y no entiendo lo que dice.

Entro en el coche con tranquilidad, dispuesta a irme, cuando la glamurosa pica con los nudillos en la ventanilla del acompañante.

—¿Decía algo? —le pregunto irónicamente bajando el cristal.

Su expresión ha cambiado, parece que a mejor.

—Sí, que me disculpes. Los nervios a veces no me hacen reaccionar muy bien.

—Eso está mejor.

Vuelvo a abrir el maletero y por deferencia meto dentro la maleta de la señora, que por su acento deduzco que es inglesa.

El camino de vuelta es de lo mejorcito, silencio absoluto y autopista casi vacía. En menos de veinte minutos estamos en nuestro destino.

Cuando llegamos veo que Biel está en la puerta de la oficina, esperándola.

Salgo del coche y saco la maleta, ella la coge y no me da ni las gracias. Miro a Biel, que solo tiene ojos para la recién llegada. Parece que ni se ha dado cuenta de que estoy aquí. Se abrazan muy pegados para mi gusto e incluso se hablan demasiado cerca, pero como parece que nadie se percató de mi presencia, cierro el maletero para irme. Biel por fin se digna a girarse hacia mí, pero ya es tarde, porque mi mirada le escupe lo que pienso, así que entro en el coche y me voy.

Cuando llego a casa, mis gatos son los que tienen que aguantar mi desahogo; pongo a esta

señora de vuelta y media continuando por Biel. Estoy que me subo por las paredes y todo por culpa de él. A esta hora no creo que se reúnan por trabajo, seguro que se quedará en su casa a dormir y mi mente imagina cosas que hacen que mi ira crezca a pasos agigantados.

«Pecosa, mi vida no es perfecta si tú no estás en ella». Menudo gilipollas. Eso es lo que me dijo el otro día y hoy ni me mira. Lo odio.

Les hablo a mis gatos y no me hacen ni caso, vamos que ni me miran. Coco y Chanel me están ignorando, comiendo tranquilamente lo que les acabo de echar en sus recipientes.

Me voy al salón y para tranquilizarme pienso en Maica, que debe estar realmente bien en su luna de miel. Se han ido a la Riviera Maya y cada día tengo un resumen en fotos de lo maravilloso que es aquello.

Cojo el móvil para mirar las de hoy y en ese momento me suena una llamada, es Biel. Seguro que la alta dama le ha explicado nuestro desencuentro y por eso llama, pero aquí estoy, así que descuelgo y respondo, aunque más bien le ladro:

—¡Qué!

Silencio.

—¿Roxanne? —pregunta con cautela.

—Sí, soy yo, ¿qué quieres?

—Por un momento me has parecido Shrek.

—Muy gracioso. ¿Por qué me llamas, Biel?

—Es que te has ido y ni siquiera te has parado a saludarme.

—Estabas demasiado ocupado dando la bienvenida a tu amiga, o más bien babeando.

Se ríe. Pues a mí no me hace ni puta gracia.

—¿Estás celosa?

—Para nada.

—No debes estarlo.

—Te he dicho que no lo estoy.

—Vale, pues la próxima vez que vengas, por lo menos te paras a decirme hola.

—¿Ya está?

—Por ahora, sí. Solo por ahora.

Por el tono de su voz, diría que está sonriendo.

Le cuelgo el teléfono de la rabia que tengo.

Decido bajarme el cabreo con una buena ducha para relajarme. Dejo que el agua caiga sobre mí durante un buen rato. Al salir, lo completo con una buena dosis de crema hidratante.

Escucho que suena otra vez el móvil, así que con cara de fastidio me dirijo al comedor.

Cuando voy a cogerlo, veo que es Biel de nuevo.

—¿Qué pasa ahora, tu visita no te entretiene lo suficiente?

—Abre la puerta.

—¿Qué? Pero ¿qué haces aquí?

—Tú abre la puerta.

Voy desnuda, así que rápida me pongo la bata de seda que tenía preparada y voy hasta la puerta que da a la calle.

Abro y ahí está, mirándome de una forma que me hace estremecer. No dice nada, solo me mira de arriba abajo, acercándose despacio, a punto de atacar a su presa, que en este momento soy yo.

—¡Para un momento!

—No voy a parar. —Su malévola sonrisa me hace saber que viene en barrena a por mí.

No me muevo, las piernas no me responden. Llega hasta mí pegándose a mi cuerpo, mi

respiración se acelera, inclina su cabeza hasta clavar sus ojos en los míos sabiendo perfectamente que no voy a pararlo. Su mano acaricia mi trasero suavemente y al notar que no hay nada tras la tela, suelta un gemido. Me besa despacio, saboreando mis labios, yo sigo quieta, lo dejo hacer.

Sigue acariciando mi culo hasta que su mano llega a la abertura de la bata y la posa sobre mi sexo, buscando ese punto de placer que encuentra rápidamente y que con solo unos suaves movimientos está al borde de la explosión.

Acerca su boca a mi cuello lamiéndolo y me susurra:

—Te deseo tanto que me estoy volviendo loco.

Lo abrazo, sabiendo que mis sentimientos son los mismos y que estoy perdida, con mi reacción le confirmo que soy completamente suya.

Cesa el movimiento en mi clítoris y me levanta hasta ponerme sobre sus hombros. Me lleva dentro de la casa, directo a mi habitación. Me baja con cuidado hasta tenerme frente a él y despacio me abre la bata hasta dejarla caer al suelo. Mi excitación se multiplica por mil.

Se deshace de su camiseta y toco sus fuertes pectorales. Bajo hasta llegar a sus pantalones. Pongo cara de fastidio que rápidamente él remedia, deshaciéndose de toda la ropa.

Nos besamos, nos tocamos, hasta que muy despacio me tumba sobre la cama, se pone de rodillas abriendo mis piernas a la vez que las acaricia internamente. Besa mi pubis muy despacio, subiendo hasta llegar a mis pechos. Noto cómo su erecto pene entra en mí hasta lo más profundo. Grito y él se queda quieto, mirándome

—¿Te he hecho daño?

Niego con la cabeza y me acerco a besarlo.

—Puedes continuar, ¡por favor!

Sonríe con satisfacción. Empieza con suaves movimientos, saliendo y entrando en mí, haciendo que nuestras respiraciones se aceleren por segundos, hasta que lo imparables empieza. Ahora, sus fuertes embestidas me activan y una tras otra me llevan a un inminente orgasmo, que llega haciendo que grite de nuevo, proporcionándome un placer imposible de describir. Mis manos se clavan en sus hombros y Biel, tras unas rápidas penetraciones, cae sobre mí.

Nos quedamos quietos, intentando recuperar la consciencia.

Lo abrazo y empiezo a darle pequeños besos en el cuello y pensando que es el amor de mi vida, pero no se lo diré, solo empeoraría el momento.

—Pecosa, vuelve conmigo.

No le contesto. Me mira, me besa los labios y me los muerde.

—¡Ah!

—Vuelve conmigo.

—No.

Está jugando sucio, pero en este tema no va a funcionarle.

Sale de mí a la vez que va bajando a mis senos. Los besa y lame los pezones haciendo que mi vientre se contraiga de nuevo. Continúa un reguero de besos bajando despacio por mi ombligo hasta llegar a mi vulva. Busca con su lengua mi clítoris, que le espera impaciente. Mientras lame sin cesar, sus manos en mis senos hacen que el placer sea increíble. No puedo más, siento que llega un orgasmo devastador. Biel recoge con su boca todo rastro de lo que ha dejado este esplendoroso clímax.

Sube de nuevo hasta estar frente a mí, lamiendo mi boca, y eso me hace sonreír. Pero poco me dura la sonrisa porque en un rápido movimiento vuelve a estar dentro.

—Veo que tenías muchas ganas de verme —digo entre jadeos.

—Ni te lo imaginas.

Me despierto y ya no está junto a mí. Lo llamo, pero no responde, ni siquiera mis gatos acuden a mi llamada.

No lo he escuchado irse. Me quedo mirando al techo unos segundos y sonrío, pienso en la maravillosa noche que hemos pasado. No le doy más vueltas a lo sucedido, solo ha sido algo necesario entre dos personas que se atraen y... no, Roxanne, esto solo ha servido para que todo lo que habíamos adelantado se venga abajo.

¡Dios! Pero ¿cómo ha llegado el anillo a mi mano? Lo miro con una sonrisa, ha sido él mientras dormía, tampoco hacía falta ser un lince para saber dónde estaba. Desde que me fui de su lado, mi preciosa alianza ha estado sobre mi mesilla de noche.

Me levanto y mientras me preparo el desayuno suena mi móvil, es mi hermano.

—Roxi, he quedado con la tía Carmen para comer. ¿Te apuntas?

—Claro, tete. Allí estaré.

Cuelgo y me quedo pensando, su tono era de lo más cariñoso y no es que normalmente no lo sea, pero lo he notado raro.

Tras una mañana de limpieza a fondo, donde mi pensamiento solo está en recordar la noche pasada con Biel, me visto y me dispongo a ir a casa de mi hermano.

Ahora nuestras reuniones son en su casa; desde que llegó Xavier preferimos quedarnos allí. Al pequeñín le dan los cólicos típicos de bebés y mi cuñada duerme poco, así que quiere tener cerca la cama para aprovechar los momentos que pueda.

Cuando llego me aproximo a la cocina, donde está mi tía terminando de preparar uno de los platos preferidos de mi hermano: dorada a la sal. Cuando me ve, me abre los brazos como una gallina a sus polluelos, y es que desde que no estoy con Biel me mira con cara de pena.

—¿Cómo está mi pequeña?

—Bien, tita, perfectamente —le respondo sonriente.

Nos giramos al ver aparecer a Lucía con cara de cansancio y con Xavier en brazos. Me acerco rápidamente y cojo al pequeño.

Ya tiene casi cuatro meses y me conoce a la perfección, o eso creo, porque en cuanto lo cojo se calma y aguanta estoicamente los millones de besos que le doy. En ello estoy cuando mi tía suelta:

—Aún no entiendo por qué dices que no te gustan los niños. Mira qué bien se te dan, incluso las niñas de Biel te quieren con locura.

De golpe, un dolor me inunda en pensar en las pequeñas perfectillas. Hace mucho que no las veo, pero así tiene que ser. Deben olvidarse de mí, como yo lo intentaré. Su padre rehará su vida y yo ya no seré parte de ella. Y, pensando eso, sin querer mis lágrimas empiezan a salir sin tregua.

—¡Ay, cariño, perdona! ¡Que tía más insensible tienes!

—No pasa nada, tita, es que estoy un poco tonta.

Y como si Xavier sintiera mi pena, se pone a llorar desconsoladamente. Lucía lo coge e intenta calmarlo.

—¡Malditos cólicos!

—¿Qué le pasa a mi grandullón? —Carlos aparece y Lucía acaba de ver su salvación.

—Duérmelo, por favor, estoy agotada.

Una vez estamos todos más tranquilos, nos disponemos a comer. Xavier se ha dormido y le ha dado un poco de tregua a su madre. Mi hermano no para de mirarme con cara de felicidad y me tiene muy perdida.

—Bueno, Roxi, ¿no tienes nada que contarnos?

¡Qué dice! ¿Sabrá que he pasado la noche con Biel? Escondo rápidamente la mano en la que tengo puesta la alianza bajo la mesa, se me ha olvidado quitármela. Trago el pescado de golpe y le

digo:

—Pues..., no sé.

—Vamos, hermana, no te hagas la loca. ¿Cuándo pensabas decírnoslo? —Enfoca su mirada a mi tía y mi cuñada—. Esta mañana ha venido Biel a verme.

Ahora tengo tres pares de ojos fijos en mí, esperando una respuesta. Me pongo de todos los colores, cojo la copa de vino y me la bebo de un trago.

—¿Y qué te ha dicho exactamente?

—Pues primero ha traído una nueva propuesta para mejorar la empresa y que así mi hermanita pueda dedicarse exclusivamente a restaurar y poner en marcha ¡su hotel!

—¿Te has comprado un hotel?! —Esa es mi tía con cara de estar muy perdida.

—No, tita, ¿cómo voy a comprarme yo un hotel? Ha sido Biel. Todavía está por terminar y quedan muchas cosas por hacer, pero es una maravilla de lugar. —Mi sonrisa inunda todo el salón.

—¿Y cómo vas a poder terminarlo? Eso debe costar un dineral.

—Por eso no hay problema, Biel se hará cargo de todo hasta que lo pongas en marcha, ¿verdad, hermanita?

Alucino, eso no estaba en mis planes.

—De eso no me ha dicho nada. Yo pensaba ahorrar, solicitar un préstamo e ir haciéndolo poco a poco.

—Pues a mí me ha dicho que ha abierto una cuenta para el pago de la construcción, del mobiliario y de todo lo necesario hasta que esté terminado.

Esto ya es demasiado.

—No os dije nada porque aún no estaba muy segura de aceptarlo o no. Pero después de lo que me estás diciendo, no aceptaré.

—¡Ah, no, eso sí que no!, estos regalos no se devuelven. Proponle que sea tu socio hasta que los beneficios le paguen lo que ha invertido.

No es mala idea, pero continuaría ligado a él y prefiero no hacerlo, así que niego con la cabeza.

—Roxanne, piénsatelo, siempre ha sido la ilusión de tu vida.

—Sí, tita, pero no esperaba que me cayera del cielo.

—Pues si el muchacho lo ha hecho es porque lo siente así. No le demos más vueltas y vamos a celebrarlo. Carlos, ve a por otra botella de vino de esas tan buenas que he traído, que hoy me emborracho.

Los tres nos reímos y chocamos nuestras copas, brindando por mi futuro hotel, pensando que tengo una conversación pendiente con el que me roba el sueño.

JULIO

Hoy he madrugado, son las siete de la mañana y ya estoy en mi desastroso, futuro y magnífico hotelito.

Dejo todos los bártulos que llevo sobre una destartada mesa que hay nada más entrar. Miro a mi alrededor y simplemente veo un solar con las columnas desnudas, esperando soportar el peso para el que están construidas. Hay una planta sobre esta, que debe estar igual de vacía, pero decido no moverme de donde estoy.

En un rato vendrán de una empresa que se ocupará de restaurar todo el edificio, ellos lo hacen todo hasta dejarlo perfecto para la inauguración. Biel me los ha recomendado. Por lo visto el dueño de la empresa es amigo suyo.

Paso la mañana de arriba abajo junto a las tres personas que han venido. Son las dos del mediodía cuando se han ido y estoy exhausta, pero a la vez ilusionada porque, según ellos, puede

quedar un precioso hotel. Unido a que estratégicamente está muy bien situado, me auguran un éxito total.

Cuando salgo a la entrada me siento en los escalones, frente a este maravilloso sol, e intento absorberlo. De golpe, el ruido de una moto interrumpe mi calma.

El motorista aparca a un lado del camino, se quita el casco lentamente y aprecio que es un hombre bastante guapo, con una melena corta y barba, debe ser de la edad de Biel. A medida que se va acercando, la nota va subiendo. Sí, decir que es bastante guapo es quedarse corta. Me levanto mientras se acerca.

—Hola, ¿puedo ayudarte?

—Hola, sí, vengo a ver a Roxanne.

—Soy yo.

Me ofrece su mano a modo de saludo.

—Soy Luis Miguel. Disculpa que llegue tan tarde, pero me ha sido imposible venir antes.

Lo miro pensando en el gran cantante de boleros y sonrío, nunca había conocido a nadie con ese nombre.

—Perdona, pero ¿a qué debo tu visita? —le pregunto totalmente perdida.

—¡Ah, sí, disculpa! Soy el arquitecto.

Lo observo, da la sensación de ser un poco desastre. Me cae simpático.

Paso a enseñarle todo el edificio. Cuando salimos, le explico dónde me gustaría situar la piscina y una parte destinada a jardines. Él no para de hacer fotografías y anotaciones en su móvil.

—Perfecto. Viendo esto, junto con lo que me envió Biel, tengo suficiente para hacerte llegar mañana mismo un boceto y empezar cuanto antes.

—¿Ya? —pregunto sorprendida.

Me mira fijamente sonriendo.

—Esta empresa es especial, nos volcamos cien por cien con cada cliente. Y como cobramos por proyectos... —Me guiña un ojo.

—Cuanto más proyectos acabados, más dinero a la *butxaca* —termino la frase.

—Bueno, sí, pero todo de primera calidad.

Le devuelvo la sonrisa y se queda mirándome sin decir nada durante unos segundos. De pronto, vuelve a mirar su móvil y dice:

—¿Te va bien quedar la próxima semana en Montigalà? En esa zona podemos encontrar una gran cantidad de proveedores de todos los productos que nos interesa, el tema de azulejos, grifos, decoración, etc. Te pasaré los enlaces para que vayas mirando.

—Vale, perfecto.

Tras despedirnos, me encamino a casa de Biel, creo que hay muchas cosas que tratar con él. Al llegar veo que es Aurora quien me ha abierto la enorme verja. Me espera en la puerta de la oficina hasta que llego frente a ella.

—Hola, Roxanne. ¿Qué tal estás?

Me abraza con cariño, cosa que me deja un poco parada, no es que me lleve mal con ella, ni mucho menos, pero no es una persona que muestre efusividad nunca, y menos conmigo. Es más bien tirando a seca y cortante.

—Bien, ¿y tú? —le pregunto por cortesía. No la veo desde que nos despedimos para irme a Córdoba con las niñas.

—Muy bien, esperando las vacaciones. Gerardo y yo nos iremos a Fuerteventura y así podremos desconectar, porque llevamos un año... —¡Madre mía, cómo se está explayando! La miro, haciéndome la interesada, pensando que yo solo venía a ver a Biel. Cuando parece que ya ha

terminado su explicación, me pregunta—: ¿Habías quedado con Biel?

—No, la verdad. Pero quería hablar con él.

—No te preocupes —me dice mientras me indica que pase con ella—. Está reunido, pero en cuanto salga puedes entrar, no creo que tarde mucho.

Me acerco al despacho de Biel justo cuando se abre la puerta y escucho:

—Cuando estés lista, me avisas y subo.

De golpe me sube toda la sangre a la cabeza cuando veo salir a la misma persona que traje del aeropuerto la otra noche. ¿Cuándo esté lista de qué? ¿Para qué tiene que subir?

Me paro frente a ella y, sin querer, cruzo los brazos, no puede avanzar, le tapo la salida. Me mira sorprendida hasta que me reconoce y la cara le cambia a descompuesta, pero es que le dedico mi peor mirada. Poco a poco, retrocedo unos pasos para que pueda pasar y desaparece de mi vista.

Entro despacio con mi cara de mala leche nivel máximo. Ahora no puedo disimular, tampoco me apetece.

—Hola, Roxanne. ¿Qué haces aquí? —Su tono de voz y su expresión es de alegría al verme.

—¿Ya te han enviado los papeles del divorcio? —En realidad no venía a eso, pero me ha salido de golpe al ver a esa aquí. Su cara cambia de expresión, se pone serio, desapareciendo sus preciosos hoyuelos.

—¿Por qué tienes tanta prisa?, ¿es que vas a casarte?

—No sé, a lo mejor sí. —¿Qué estoy diciendo?!

Veo que abre uno de los cajones de su escritorio y saca un sobre.

—Aquí los tienes. —Lo lanza con mal genio sobre la mesa.

Y entonces me digo a mí misma que soy una idiota. Pensar en terminar con lo único que de verdad me une a él, por un arrebato absurdo, me hace sentir como una auténtica imbécil.

Lo miro fijamente, intentado saber lo que piensa.

—Es que... No tiene mucho sentido que sigamos casados si ya no tenemos nada.

—Bueno, si lo que pasó la otra noche para ti no fue nada, tienes razón.

Tengo que cambiar de tema, no puedo volver a lo mismo que teníamos antes. Lo que quiero es una declaración de intenciones, y está claro que no la tendré.

—Biel, en realidad solo venía a decirte que no quiero que sigas sufragando los gastos de la construcción del hotel. No quiero que gastes tu dinero en mí. Lo haré poco a poco.

—Ese no es mi dinero, es el que te pertenecía por lo que hiciste por mí.

—¡Venga, hombre!

—Piensa que es lo mismo que le iba a dar a Anne. —Su forma de decirlo tan fría me da a entender que lo dice para hacerme daño. Solo pronunciar ese nombre me entran todos los males y él lo sabe perfectamente. Pero ahora me toca aguantarme, he sido yo la que ha entrado a matar.

—Sí, pero con ella te casabas para siempre.

—Eso tú no lo sabes.

—Perdona si lo entendí mal —digo irónicamente—, al ver que iba a ser una gran boda con luna de miel incluida.

Suspira y me ladra:

—¿Ya has terminado?

—Sí, solo te digo que no aceptaré más dinero.

—Muy bien.

—Vale. —Como dos tontos hablando, a ver quién dice la última palabra me levanto—. Adiós.

—Adiós.

Cuando voy a abrir la puerta, me dice:

—Te dejas los papeles del divorcio.

Vuelvo sobre mis pasos, dedicándole una falsa sonrisa, cojo el sobre y antes de salir concluyo:

—Ahora ya puedes subir, seguro que está más que lista.

Pone cara de sorpresa, pero enseguida sabe de qué le hablo. Salgo del despacho y caminando hacia la salida escucho una carcajada.

¡Maldita sea! Con las ganas que tenía de verlo y explicarle todos los proyectos del hotel... Pero me he cruzado por culpa de esa, que aún no sé qué pinta en su casa.

Esa noche recibo un wasap de Maica, me dice que están en Estados Unidos, concretamente en Los Ángeles, y Román la ha sorprendido iniciando aquí la Ruta 66. Viajarán por varios estados, así que tardarán un mes o más en volver.

Mientras ceno, abro mi correo electrónico y veo un *mail* de alguien a quien no conozco. Al abrirlo compruebo que es de Luis Miguel. Me adjunta varios *links* para poder ver todo lo relacionado con el hotel.

Buf, necesitaré una semana para poder revisar el listado de cosas que me dice que hay que escoger. Me estoy agobiando solo de pensarlo, hasta que sigo leyendo y me sorprende.

Si quieres, quedamos mañana. Intentaré simplificarlo todo para que en un día puedas tenerlo más o menos claro y así no te sientas abrumada.

¿Te parece bien que pase a buscarte sobre las nueve?

Le contesto con un «¡Perfecto!» y le indico la ubicación de mi casa. Acaba de quitarme un gran peso de encima. Aunque tengo muy claro lo que me gusta y sé el estilo que quiero para el hotel, hay momentos en los que siento que esto se me está haciendo muy grande.

Me despierto sobre las ocho, me ducho y me preparo un café con unas tostadas para desayunar. Al mirar de nuevo el reloj, veo que ya son las nueve menos cuarto, así que me visto rápido. Es pleno julio y hace un calor de mil demonios ya desde primera hora de la mañana, así que me pongo uno vestido corto sin mangas, un bolso de bandolera y unas sandalias planas. Voy lo más cómoda posible para lo que presiento que será un día muy largo.

Salgo a la calle y miro, pero no lo veo. Mi error es buscar la moto con la que vino al hotel. Un monovolumen se para frente a mí y lo veo al volante:

—Disculpa, he tenido que dejar a mis hijos con su madre y se me ha hecho un poco tarde.

—No te preocupes, has llegado puntual. Eso, para mí, cualquier día es un éxito.

Al mirar los asientos traseros veo dos sillitas diferentes de niño.

Yendo de camino le pregunto:

—¿Tienes dos hijos?

—Sí, una niña de cinco, y el pequeño de año y medio. Y, sí, mi vida es un caos y más desde que me separé. —Sonríe al mirarme y ver que mis ojos se agrandan de sorpresa—. Aunque tengamos la custodia compartida, hay días en los que estoy deseando que lleguen las nueve de la noche. — Me rio—. ¿Y tú?

—Yo no tengo hijos. —Mi cara se vuelve triste al pensar en los hijos de Biel.

—Bueno, supongo que al centrar tu vida en el trabajo muchas veces eso se pospone.

Asiento sin decir nada, no voy a explicarle mi vida, porque si tengo que contarle mis idas y venidas con Biel, no acabo en tres años.

Llegamos a una zona comercial de Badalona. Según me va explicando, ha hecho un itinerario de los centros adonde vamos, el orden del producto que miraremos e, incluso, tiene escogido producto por precio. ¡Madre mía! Aún no entiendo cómo ha podido pronunciar la palabra «caos» esta mañana.

Tres horas más tarde llegamos a un restaurante donde paramos a comer. Tras pedir el menú,

miro el móvil y veo dos llamadas perdidas de Biel. No pienso llamarlo, aún estoy enfadada con él.

—¿Estás cansada?

—No, para nada. Con alguien tan organizado como tú es imposible. Has ido directamente a cada sitio exacto y me has mostrado todo lo necesario. Está siendo un día muy fructífero.

Me sonrío.

—Es mi trabajo. —Me mira fijamente—. Bueno, en realidad, tendrías que haber ido con una de las personas que vino antes que yo en la visita, pero al verte no pude contenerme, no podía dejar pasar la oportunidad de estar con alguien tan bonita como tú. —Me pongo de todos los colores posibles—. Es broma —añade rápidamente al ver mi reacción.

Comemos en silencio mientras lo observo. Es el rey de la organización, incluso comiendo. Es muy guapo, pero sin más. Me sobresalto al escuchar mi móvil, es Biel.

Luis Miguel me mira al ver que bajo el volumen y no lo cojo.

—Un pesado —le explico.

De pronto suena el suyo.

—Disculpa.

Responde a la llamada y, mientras habla, me mira sonriente.

—Esta tarde terminaremos por la zona de exteriores y creo que la mayor parte la tenemos cubierta.

Asiente mientras me termino el postre. Al colgar noto que le ha cambiado la cara.

—¿Estás casada con Biel?!

Esa pregunta me pilla por sorpresa.

—Era Biel —confirmo con fastidio.

—Perdona, es que me he quedado un poco confundido cuando me lo ha dicho.

—Es una larga historia. Oficialmente sí, pero en práctica no.

—Pues, disculpa que te diga, pero de la forma en que me lo ha dicho, no ha dejado lugar a dudas; eres su mujer.

—¿Hace mucho que conoces a Biel? —pregunto, intentando cambiar el rumbo de la conversación.

—Sí. La reforma de su casa y la zona de oficinas la hicimos nosotros. Es uno de nuestros mejores clientes, y amigo del jefe. —Pide la cuenta y me pregunta—: ¿Nos vamos?

—Bien.

Nos levantamos y continuamos nuestra ruta.

Durante toda la tarde, su forma de dirigirse a mí ha cambiado, es más correcto y no ha hecho ni una broma más. Sé que esto se debe a lo que le habrá dicho Biel, y me molesta.

Sobre las siete de la tarde hemos acabado y nos dirigimos a su coche, ponemos las muestras que hemos cogido en el maletero y al cerrarlo se planta frente a mí para despedirse.

—Bueno, Roxanne, he pasado un día genial contigo. Te llamo en cuanto tengamos las obras avanzadas para que veas cómo va quedando.

Mi cara debe ser un poema, ¿es que no se acuerda que me ha traído en su coche? Lo miro con cara de no entender nada hasta que escucho:

—Hola.

Cierro los ojos, confirmando un hecho: Biel está a mi espalda.

Se saludan estrechando las manos y Luis Miguel se despide de mí de igual manera.

Cuando se aleja el coche, me giro hacia Biel.

—¿Qué haces aquí?

Se acerca hasta estar a unos centímetros de mí

—Si me hubieras cogido el móvil, lo sabrías. Vamos.

Voy hacia el coche con cara de mala leche, estoy enfadada.

—¿Por qué le has dicho a Luis Miguel que estamos casados?

—¿Has firmado el divorcio?

—No —le digo bajito.

—Pues entonces seguimos casados —argumenta tajante.

—¡Uy, sí, somos un matrimonio modernísimo! Tú tienes en tu casa una mujer despampanante y yo estoy pensando en decirle a algún amigo que se venga a vivir conmigo, y así estamos en igualdad de condiciones. Menudo matrimonio.

—Ni se te ocurra.

Lo miro alucinando por lo que acaba de decir.

—Tu sigue con esa en tu casa y verás cómo lo hago. —Con su cara de cabreo no hace falta que me diga nada—. ¿Adónde vamos?

—A cenar, he reservado mesa y...

—No, de eso nada. Estoy cansada y me quiero ir a mi casa.

Asiente y no dice nada más durante el trayecto.

Cuando llegamos a mi puerta no me mira, simplemente espera a que me baje, cosa que hago diciéndole un «adiós» de lo más frío.

Hace un calor horroroso, tengo todo abierto y aun así no corre el aire. Esto es asfixiante. Coco y Chanel están fuera y no paran de maullar. Los noto intranquilos. O están en celo o este calor les afecta como a mí. Voy a la cocina a prepararme algo de cenar y me decido por algo de fruta, no tengo hambre. Sin contar esa extraña sensación de malestar que tengo, pero sé a qué es debido, es por culpa de Biel. Después de lo de hoy y el hecho de que esa mujer lleve toda la semana en su casa me pone de los nervios.

Ahora me siento mal por haber reaccionado así, tiene razón, tendría que haberle cogido el móvil, pero estaba enfadada por lo de ayer y lo de hoy solo ha sido una forma de marcar su territorio, igual que hizo con Iván. Tendría que haber ido a cenar con él y hablar de mis sentimientos, dejándolo todo clarito.

Cojo el móvil para marcar su número, pero como si mi pensamiento lo hubiera llamado, suena. Es él.

—Hola, pecosa.

—Hola.

Sonrío, me encanta escucharlo, pero aún estoy enfadada.

—He visto que te has quitado el anillo.

Me miro el dedo vacío y suspiro.

—Sí.

Tras un pequeño silencio, como ve que no estoy muy habladora, me pregunta:

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿De verdad no te lo imaginas?

—Esa respuesta no me vale. ¿No será por Karina?

—¿Quién es esa?

—Karina es la persona que trajiste del aeropuerto y que está aquí en mi casa.

—Te repito, ¿quién es esa?

—Es una amiga. Hace muchos años que nos conocemos y...

—Espera un momento.

Salgo al porche, he escuchado un ruido.

—¿Qué les pasa a tus gatos?

—¿Los has oído? No lo sé, están muy raros, ahora no paran de bufar. Miraré a ver si se ha colado el perro del vecino en el patio, porque nunca los había visto así.

—¿Quieres que vaya?

—No, no quiero cortarte el rollo con Karina —recalco mucho su nombre.

Escucho cómo se ríe y de la rabia le cuelgo el teléfono.

¿Qué me pasa? Pues que estoy rabiosa y muy muy celosa, no puedo evitarlo. Por un lado, dice que soy su mujer solo para que no se me acerque nadie, pero por otro sigue con esa en su casa.

Miro a los gatos, que están en la puerta de la calle y continúan bufando; qué raro, cada vez están más nerviosos.

—¿Qué pasa, pequeños?

Voy hacia la puerta y abro, miro la calle y está completamente vacía; es de noche y todo está en silencio. Vuelvo a entrar y camino rodeando la casa, y ni rastro de ningún perro. Al llegar hasta Coco y Chanel, intento tranquilizarlos.

—Ya vale, peques, no pasa nada.

Justo es decir eso, alguien por la espalda me tira del pelo con fuerza y me rodea con el brazo el cuello, aprisionándome contra su cuerpo.

Estoy en *shock*. ¿Qué está pasando?

Inconscientemente, agarro con mis manos su brazo, pero no consigo que se mueva.

—¿Dónde está tu amiga?

—¡¿Qué?! ¿Quién eres?

—Soy el que va a devolverte los palos que me diste en la discoteca. ¿Dónde está Maica?

Cada vez me aprieta más el cuello y casi no puedo respirar. Escucho cómo los gatos siguen a mi lado, bufando.

—De luna de miel, casada y feliz —le digo como puedo.

Como imaginaba, esa respuesta no le ha gustado y con toda la fuerza que puede, me empuja haciendo que caiga de bruces contra el suelo. Pongo las manos, pero me doy un fuerte golpe en la cara. Su pie vuela hacia mi estómago, haciendo que vea las estrellas y dejándome sin respiración unos segundos. Estoy a su merced y no puedo levantarme. Veo cómo uno de los gatos se abalanza hacia él, pero una patada lo hace volar, maullando de dolor.

—¡Hijo de puta, déjalo! —digo angustiada con un hilo de voz.

Se agacha, poniendo una rodilla en el suelo para decirme con una cínica sonrisa mientras me acaricia el pelo:

—Primero acabaré con tus asquerosos gatos y te dejaré para el final, ¿sabes? Siempre me has gustado, incluso más que Maica, pero, aunque estás para follarte sin parar, tienes demasiado carácter y a mí me gustan más dóciles.

Acostumbrada a reaccionar con rapidez lanzo mi puño con las pocas fuerzas que me quedan sobre sus partes. En ese momento y como si estuviéramos coordinados Coco se lanza sobre su cara bufando, haciéndolo gritar de dolor y cayendo de espaldas al suelo, cerca de mí. Me giro al escuchar un fuerte golpe en la puerta que da a la calle. Es Biel.

Su mirada analiza la situación y aprieta la mandíbula. Sonríe amargamente al mirarme y me ayuda a levantarme mientras dice:

—Voy a matarlo.

Chanel, que milagrosamente está a mi lado como si nada le hubiera pasado, observa la situación. Intento parar a Biel, pero va como un miura hacia el ex de Maica, que está aún en el

suelo.

Lo levanta como si nada hasta tenerlo frente a frente. Tiene la cara marcada por el ataque de Coco, que ya se ha posicionado junto a mí.

Biel lo tiene cogido de la pechera, lo levanta y lo lanza con fuerza sobre la mesa de madera, haciendo que se rompa por el peso muerto de Héctor. Este intenta levantarse, pero Biel vuelve a cogerlo para ponerlo de nuevo frente a él.

—¡Es la segunda vez que le pones la mano encima y no habrá una tercera!

Sin ningún escrúpulo vuelve a lanzarlo al suelo y veo sus intenciones; eso de matarlo no iba en broma. Le asesta un puñetazo en la mandíbula que lo hace quedarse inmóvil en el suelo. Voy hacia un Biel ciego de ira.

—Biel, por favor, déjalo. Llama a la policía y déjalo, ya no puede hacer nada. —Pero no me escucha. Insisto, pero esta vez en voz baja cogiendo su brazo alzado con la intención de asestarle, de nuevo, un puñetazo—. Cariño, ya está bien.

Dicho esto, parece reaccionar a mis palabras. Se gira lentamente hacia mí y sus ojos se clavan en mi boca.

—Estás sangrando.

Instintivamente me toco los labios y al retirarlo veo sangre en mis dedos. Un fuerte dolor me invade, tengo el labio partido y seguramente ha sido del golpe al caer al suelo.

En menos de una hora ya hemos dado parte a la policía, se lo han llevado y vamos camino del hospital, porque Biel insiste y además creo que me ha roto alguna costilla; tengo un dolor insoportable.

Cuando llegamos me pasan rápidamente a una consulta. Cómo se nota cuando hay dinero. En otras circunstancias, he llegado a esperar dos y tres horas a que me atendieran, pero con él todo es así.

Cuando le explico a la doctora que me atiende lo que me ha pasado, dice:

—Has sido muy valiente, Roxanne. Ahora vamos a curarte el labio y hacer unas radiografías. ¿Existe alguna posibilidad de que estés embarazada?

De golpe empiezo a ponerme roja. Miro a Biel y a la doctora para contestarle. Pienso en la última vez en que lo hicimos, fue sin ningún tipo de protección, pero de ninguna clase, ni por su parte ni por la mía. Acababa de tener la regla, así que teóricamente no puede ser, además, hace tan solo una semana, así que digo tajante:

—Absolutamente ninguna.

—Bien, pues acompáñame.

Cuando salimos, mi diagnóstico es que tengo dos costillas con fisuras sin llegar a estar rotas, que se trata solamente de guardar reposo hasta que se curen.

Mientras vamos de camino a mi casa, Biel rompe el silencio a la vez que coge mi mano.

—¿Sabes que no me habría importado?

—Ya lo sé, Biel, y si no te paro, es posible que lo hubieras matado de verdad. ¿Cómo sabías quién era?

—Cuando pasó lo de las amenazas lo investigamos, pero llegamos a la conclusión de que no tenía nada que ver, solo es un pobre desgraciado. De todas formas, no iba por ahí mi pregunta. Lo que quería decir es que no me habría importado que estuvieras embarazada.

Me deja de piedra con lo que acaba de decir, cierto que desde que me lo preguntó la doctora, no paro de darle vueltas y pensar qué habría pasado si estuviera embarazada, tener un hijo con Biel... No, es una locura, él ya tiene tres y una vida complicada.

Yo, que ahora mismo estoy como en una nube gracias a los calmantes que me acaban de inyectar

en el hospital, le sonrío como una tonta y me sincero:

—Biel, yo no quiero tener hijos, y si cambiara de opinión a muy largo plazo, sería con alguien que me quiera, vamos, con alguien que esté completamente enamorado de mí. Y ese no eres tú.

Noto cómo se tensa.

—Quien quiere el divorcio eres tú, no yo.

—Pero ¿puedes explicarme por qué quieres seguir casado con alguien a quien no amas? Tenemos que cortar todo lo que nos une, y créeme que lo del hotel no ha sido una buena idea para eso, junto con esto, claro. —Levanto mi mano para enseñarle que me he vuelto a poner la alianza. Con delicadeza coge mi mano y la besa.

Para el coche a un lado de la carretera. Se gira hacia mí y me dice muy serio:

—¿Es que aún no te has dado cuenta? Me pareces una mujer muy inteligente, pero este tema te está costando.

Lo miro pensativa, pero no digo nada. Sus profundos ojos negros me contemplan con una intensidad que me da miedo lo que pueda venir ahora.

—Cuando he llegado y te he visto en el suelo he sentido como si me hubieran arrancado el corazón, un dolor indescriptible.

—Biel, lo habrías sentido por cualquier otra persona a la que aprecies —digo sin darle importancia.

Abre la guantera del coche y saca un estuche alargado.

—Esto es para ti. Lo compré el mismo día en que escogimos las alianzas, pero hasta ahora no me había atrevido a dártelo.

Totalmente perdida por lo que me está dando, abro la caja y veo un colgante con un corazón de oro dentro de otro más pequeño con un diamante en el centro.

Acaricia mi mejilla y dice muy dulce:

—Eres y siempre serás mi pecosa. Estoy completamente enamorado de ti y eso ya no lo puedo cambiar. No quiero que sea así porque ahora estoy a tu merced y puedes hacerme mucho daño; acabo de entregarte mi corazón.

Dos lágrimas caen espontáneamente por mis mejillas.

—Yo nunca te haría daño, Biel, tú tienes el mío desde hace muchos años.

Sin decir nada más, me besa la comisura de los labios con mucho cuidado de no hacerme daño.

—¡Jo, no puedo besarte! —le digo mimosa.

—No pasa nada, ya lo hago yo.

Y continúa besándome hasta que le digo que no siga, esto empieza a calentarse y en mi estado no me puedo mover.

Arranca de nuevo el coche.

—¿Cómo llegaste tan rápido? —le pregunto—. Apenas había colgado el móvil cuando apareciste.

—Estaba llegando a tu casa. Acababa de dejar a Karina y a las niñas en el aeropuerto.

Estoy descolocada.

—¿Qué me he perdido? —le digo muy seria.

—Estarán unas semanas en Londres con Karina y Harry. Me gustaría mirar un colegio allí para ellas.

—Pero... ¿por qué? ¿Aquí hay colegios muy buenos! No te entiendo, tienes dos hijas preciosas ¿y las alejas de tu lado? ¿Con lo pequeñas que son! De verdad, Biel, me dejas de piedra.

—¿Ya has acabado? —pregunta sonriendo.

—No, pero puedes hablar —digo muy digna, con lágrimas en los ojos. Al mirarme se pone

serio.

—Pecosa, yo tengo una casa Londres, muy cerca de la de Karina. Hace años estuvimos viviendo allí una temporada y la verdad es que es un buen sitio para que crezcan. A Laurent tampoco le desagrada la idea. Pero es a largo plazo, no hay nada definitivo. —Me siento triste. El pensar que quiere irse a vivir allí me deja *chof*. Por su forma de decirlo lo tiene muy decidido y no sé dónde encajo yo en sus planes, hasta que me despeja todas las dudas—: Por supuesto, tú te vienes conmigo.

—Pero, pero... yo no puedo irme. Tengo el hotel, además mi vida está aquí...

—Por el hotel no te preocupes, no vamos a Australia. En dos horas estamos de vuelta. Y tu vida está conmigo.

Por si no me había quedado claro antes, tras estas palabras me confirma que me quiere, y mi felicidad es absoluta.

Ya estamos frente a mi casa y no he vuelto a abrir la boca.

Biel se baja del coche y lo rodea hasta abrir mi puerta.

—Vamos —dice, ofreciéndome la mano a modo de ayuda.

Estando junto a la puerta, frente a él, le sonrío.

—Esta situación, los dos aquí, me suena de algo —le digo con media sonrisa, que lo mío me cuesta con el labio que llevo.

—Sí, justo igual que la otra vez. Pero ahora no quieres que me vaya, ¿verdad?

—No —le respondo mientras intento besarlo, cosa que termina él.

Le doy las llaves para que abra la puerta, pero me doy cuenta de que no hacen falta; Biel rompió la cerradura al golpearla para poder entrar. Pasamos frente a la mesa destrozada por la pelea y respiro hondo. Ha sido una experiencia aterradora.

Se para junto a mí y me abraza por los hombros.

—¿Estás bien? —me pregunta, besando mi cabeza.

Asiento, mirándolo con tristeza.

—Venga, vamos dentro.

Nada más entrar en la casa, mis gatos vienen hacia mí. Me agacho para acariciarlos y rompo a llorar al recordar la forma en la que me han defendido.

—¡Eh, ven aquí! —Cómo no, el Bielabrazo que lo cura todo hace su aparición—. No lo pienses más, el dolor tienes que abandonarlo y seguir adelante. Tú eres muy fuerte y no quiero que llores por ese monstruo. —Coge mi cara entre sus manos y me besa la nariz—. Vamos, prepararé algo de cenar.

Pero nada más lejos de la realidad, cuando abre mi nevera, decide pedir comida a domicilio. En unos días, cuando ya me encuentro mucho mejor, acompaño a Biel al aeropuerto; vamos a buscar a Laurent, por fin llega de su gira de conciertos.

Nada más aparecer por la puerta de salida le sonrío, nos ha visto y se le ilumina la cara. Cuando llega a nosotros me sorprende ver cómo se acerca primero a mí para abrazarme, pero rápidamente su padre le dice que tenga cuidado. Laurent me mira y pregunta:

—¿Qué te ha pasado ahora?

Sin tiempo a contestar se acerca Ángel, la mar de cariñoso.

—Vaya, preciosa, con ese labio estas aún más sexi. Y mira que es difícil.

Se gira a darle la mano a Biel en plan saludo, pero en segundos vuelve a girarse hacia mí. Se acerca y me suelta dos besos demasiado lento, como recreándose.

Observo a Biel y está como una olla a presión, cierra los puños demostrando que no está muy contento de verlo. A mí la situación ya me divierte. Por un lado, sé que Ángel lo hace únicamente

para cabrear a Biel, y este entra en su juego. Salimos del aeropuerto en busca del coche de Biel y, gracias a Dios, Ángel se despidió de nosotros.

De camino a la casa, Laurent no para de explicarnos todo lo vivido en Sudamérica.

Para él ha sido una experiencia increíble, ha estado en galas junto con los mejores cantantes de actualidad. Se está dando a conocer y está teniendo mucho éxito.

Todos estos días, Biel se ha quedado en mi casa, así que con la llegada de Laurent supongo que hoy nos separamos, no hemos vuelto a hablar de nuestra vida juntos.

Me lo confirma el hecho de ver que vamos a su casa directamente. Cuando para el coche, me pregunta sonriendo:

—¿Comerás con nosotros?

—Sí, claro. —Esta pregunta no la esperaba y me siento decepcionada. Daba por hecho que después de estar con él todos estos días, sería algo normal continuar así. Pero parece que después de comer, llega el momento de volver a separarnos.

Cuando entramos a la casa, Biel me indica que salga al jardín, que comeremos allí. Al salir me quedo a cuadros. ¡Está aquí mi familia! Mi hermano con Xavier en brazos, Lucía y mi tía Carmen. Todos vienen a abrazarme. No quise que Biel les dijera nada de lo que pasó con el ex de Maica, pero como no me miran raro, rápidamente deduzco que sí lo saben.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Bien, tita. Solo fue un susto.

Me acerco a besarla y también a mi cuñada.

Mi hermano, por el contrario, está muy serio parado frente a mí; le da el niño a mi cuñada y se acerca.

—Roxanne, la próxima vez que te pase algo así, como no me digas nada...

No lo dejo acabar y me lanzo a sus brazos.

—Perdona, tete, es que no quería preocuparos.

—Lo que me preocupa es que no me cuentes estas cosas. Yo necesito saber cómo estás, y más cuando un hijo de puta como ese te ha hecho daño.

—Bueno, por suerte llegó Biel. —Girándome hacia él le guiño un ojo y continúo, quitándole importancia—. Aunque en realidad ya lo tenía KO.

—Pasooo, pasooo.

Me quedo parada al escuchar esas palabras por ver a quién pertenecen.

—¡Laiaa!

Me deshago de los brazos de mi hermano y voy corriendo a abrazarla.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto eufórica.

—Hemos hecho una paradita antes de ir de vacaciones y aquí estamos. Tenía muchas ganas de verte, te recuerdo que no te despediste de mí. —Ahora se ha puesto muy seria.

—Tienes razón, perdona.

Biel se acerca a mí y, cogiendo mi mano cariñosamente, se dirige a todos:

—Bueno, familia, la comida está preparada.

Comemos de lo más entretenidos, las risas están aseguradas con mi tía Carmen y es que no se corta un pelo preguntando a Laurent por su viaje y sus conquistas.

Mis miradas a Biel le agradecen eternamente este momento, no podría sentirme más feliz.

Pasada la sobremesa, Laurent se levanta:

—Lo siento, pero voy a acostarme, aparte del *jet lag*, y que no he dormido mucho en este tiempo, ¡necesito mi cama!

—Espera un momento, hijo —Biel continúa, dirigiéndose a todos—: Mañana, Roxanne y yo nos

iremos de luna de miel. Ya que no la tuvimos en su momento, lo haremos ahora.

Coge mi mano ante mi cara de sorpresa y la besa.

—¿Eso quiere decir que volvéis a estar juntos? —pregunta Laurent.

Biel me mira y veo que todos están pendientes de mí.

Mi tía tiene esa sonrisa que hace que parece que vaya a contestar por mí. Sé que Biel le gusta, y después de lo que le he contado, sabe perfectamente mi respuesta. Por otro lado, está mi hermano, que no parece estar muy contento. Laia, abrazada a su marido, me mira con cara de felicidad, y yo contesto algo que deseo desde lo más profundo de mi corazón:

—Por supuesto.

Nos damos un pequeño pero intenso beso mientras los asistentes aplauden entre ovaciones.

A media tarde, mi hermano dice que ya se van. Mientras me despido de mi tía, veo por el raballo del ojo cómo Carlos y Biel discuten, pero no puedo saber lo que dicen, están más alejados del resto.

Laia y Alejandro deciden irse a dar una vuelta por Barcelona hasta la cena.

Una vez a solas con Biel, le propongo bañarnos en la piscina, este verano está siendo muy caluroso y un bañito nos vendrá de maravilla.

Ahora que el dolor de mi cuerpo a disminuido, estoy colgada como un mono sobre ese cuerpo que me vuelve loca en mitad de la piscina mientras nos miramos a los ojos sin decir nada unos segundos.

—Casi se te ha curado el labio —dice Biel acariciando con su boca la mía muy despacio.

Sonrío.

—Biel...

—Umm. —Su lengua lame mis labios. Decididamente, así no puedo. Me aparto unos centímetros.

—¿De qué hablabas con mi hermano?

Parece no dar importancia a mi pregunta y vuelve a acercarme a él, ahora su boca va recorriendo mi cuello.

—Nada importante.

—Ya —digo sin creerlo—. ¿Por eso estabais discutiendo?

—Solo me estaba advirtiendo.

—¿De qué?

—Literalmente me ha dicho que si volvías a sufrir por mi culpa, me partiría las piernas.

Me pongo rígida, pero él continúa en su afán de ponerme como una moto, cosa para la que no hace falta mucho.

—No te preocupes, desde que estamos juntos prácticamente su mirada es una continua amenaza.

—Pues no me había dado cuenta. Lo siento.

—No tienes que sentir nada, por ti correré el riesgo encantado.

Sin decir nada más me besa, baja sus manos hasta mis bragas del bikini y fácilmente me desata los nudos que las aguanta.

—¿Todos los bikinis que tienes son tan sexis?

—Los tengo más aún.

Su expresión intenta ser seria, pero solo es un despiste para introducir su pene con total certeza dentro mí, haciendo que un gemido de sorpresa y placer salga de mí.

Cuando Biel dijo que nos iríamos de luna de miel, mi mente imaginaba islas paradisíacas, mucho mar y mucho sexo. Pero solo acerté en esto último.

Estoy frente a uno de los pabellones deportivos más impresionantes que existen y que hoy tiene un sentido muy especial. Las grandes pantallas anuncian los adversarios que se dan cita en apenas una hora, y es que en Nueva York todo es espectacular.

Estamos en el Madison Square Garden y es la sorpresa que tenía bien guardada.

Jamás habría imaginado que entraría conmigo a ver un combate de boxeo, no le gustan nada, pero aquí estamos. Y por esto y otras muchas cosas, lo quiero hasta el infinito.

Hoy es el combate entre el campeón del mundo de superligero Terence Crawford contra otro buen boxeador, Hank Lundy. Estamos muy cerca del *ring*, así que tengo una vista privilegiada. Mientras transcurre la lucha, estoy tan ensimismada y eufórica que no me doy cuenta de que Biel no para de observarme con su sonrisa de hoyuelos.

—¿Por qué me miras así?

—Porque me tienes completamente fascinado. Jamás pensé que una mujer viendo un combate de boxeo pudiera estar más exquisita.

Le sonrío y lo beso.

—Eso es porque estás enamorado.

—Eso no lo dudes.

En ese momento se oye un murmullo. Fin del combate. El árbitro alza el brazo de Crawford como ganador. Aunque en un primer momento Lundy estaba haciéndolo mejor, en el quinto *round* no podía con su alma, cosa que aprovechó Crawford.

Estos días estoy disfrutando como una niña pequeña, aparte de ver los sitios emblemáticos de la ciudad, como la Estatua de la Libertad, la zona cero y otros sitios turísticos, anoche estuvimos en una ceremonia góspel, fue increíble; mis sentimientos estaban a flor de piel cada segundo que permanecí en aquella iglesia.

Miro por la ventana del hotel para ver por última vez las maravillosas vistas a Central Park. En media hora partimos de esta espectacular ciudad.

—¿En qué piensa mi preciosa mujer?

Sus fuertes brazos me rodean mientras me besa el cuello.

—En que no quiero irme.

—No te preocupes, en cuanto podamos, volveremos.

Sonrío y me giro para besarlo. Sus labios me reciben con deseo.

—Gracias, Biel.

—¿Por qué?

—Por quererme.

Coge mi cara entre sus manos y me mira muy fijamente.

—Quererte es fácil, lo difícil sería no hacerlo.

Lo beso con pasión y aprovechamos nuestra última media hora en esta ciudad para dar rienda suelta a nuestro amor.

Nuestra última parada es en Miami. Pasamos dos días con mis suegros, donde, aparte de maravillarme con la ciudad, me queda claro que el padre de Biel está mejorando, algo que, increíblemente, constatan los médicos que lo tratan allí.

Ya en nuestro hogar, la vida es de lo mejorcito. El hecho de estar la mayor parte del día solos y Biel sin apenas trabajo hace que estemos continuamente pegados. En teoría aún estamos de vacaciones.

Hoy hemos quedado para cenar en un restaurante muy exclusivo de Barcelona. El mal humor de Biel se debe a que nos reunimos con Brigitte y Laurent por primera vez. Ella lleva tiempo queriendo hacerlo y por fin Laurent ha accedido a verla.

Mi muchacho larguirucho está tan tenso que parece que va a romperse. Mientras nos vamos acercando a la mesa donde una Brigitte exultante se levanta, cojo la mano de Laurent y lo miro con una sonrisa, intentando transmitirle confianza. Él se limita a devolverme la sonrisa, pero demasiado breve para mi gusto.

Yo no quería venir, pero Biel ha insistido; cree que como su mujer y parte de su familia debo estar. Y aquí veo la primera reacción de Brigitte.

—Vaya, pensaba que estaríamos los tres solos.

—Pues ya ves que no —le dice Biel secamente.

Brigitte ignora su comentario girándose hacia su hijo.

—Laurent, *mon fils*. *Comment ça va?*⁷

—Hace mucho que no hablo francés, si no te importa, hablamos en castellano.

—No hay problema, hijo, puedo hablarlo perfectamente.

El rictus serio de Laurent no hace que Brigitte cambie su humor, viene dispuesta a agradar a Laurent, pero tiene mucho trabajo por delante hasta llegar a su corazón. Son demasiados años para borrarlos en una sola conversación.

Nos sentamos y pedimos la comida. Brigitte no para de hacer preguntas de forma dulce y amigable y, aunque las respuestas monosilábicas de Laurent se lo ponen difícil, ella continua en su empeño. Yo parezco invisible para ella, no me ha mirado ni una sola vez.

Biel se mantiene en silencio, solo observa.

—Brigitte, ¿qué tal tu pequeño? —pregunto, intentando iniciar una conversación.

—Bien, gracias —me contesta sin apenas mirarme. Enseguida, se dirige a Biel hablándole en francés.

No sé qué le está diciendo, pero parece que es algo bueno ya que Biel sonrío tras sus palabras, lo que me jode es que él continúa hablando con ella en francés.

En minutos, Brigitte hace que entre ellos reine la armonía y yo empiezo a sentirme como si hubiera pasado al bando contrario.

Miro a Laurent y sin bajar mi tono de voz le digo:

—¿Me puedes traducir, por favor?

—Sí, por supuesto. Ella le dice que su hijo se acuerda de él. Que el regalo que le hizo mi padre le gustó mucho y que los días que pasaron en Córdoba fueron maravillosos.

Y justo después de decir eso, recuerdo el motivo por el cual me largué de allí. Lo ha dicho a propósito para hacerme sentir mal y lo ha conseguido. Mi cabreo empieza a hacer acto de presencia y deduzco que esto no va a acabar bien.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Biel toca mi pierna bajo la mesa, me mira intentando tranquilizarme, pero mi cara se lo dice todo.

Llegamos a los postres y Laurent no ha cedido ni un milímetro, no quiere estar aquí y se nota.

—Laurent. —Brigitte coge la mano de Biel con seguridad y sonriéndole se vuelve a dirigir a su hijo—. Tu padre y yo hemos decidido que te vendrás una temporada conmigo, para poder conocernos mejor, y así también conoces a tu hermano.

Laurent se levanta de la silla, tirando la servilleta sobre la mesa.

—¡Yo solo tengo dos hermanas! Y no pienso ir contigo. No me interesa conocerte, ya sé cómo eres.

—¡Laurent! ¡Siéntate! —La voz firme y autoritaria de Biel hace que mi muchacho se siente de golpe, mirando al suelo y con la respiración agitada del mal momento.

Yo lo intento, pero no puedo, no puedo callarme.

—Biel, por favor, entiéndelo.

—Tú cállate, aquí no pintas nada.

Pero ¿esta bruja quién se cree para hablarme así? Sí, tiene razón, pero solo en parte, así que me levanto y le suelto:

—Ahí te equivocas, Laurent me importa mucho más de lo que tú te crees. Y no te olvides de que aquí la mala eres tú. La que abandonó a sus hijos fuiste tú.

—¡Roxanne! —Biel se levanta para ponerse frente a mí y casi en un susurro me pide—: Por favor, cállate.

Me hierva la sangre tras escucharlo a él decir lo mismo.

—¡No me callo porque no da la gana! Tu querías que viniera y aquí estoy, pero no soy de piedra y lo que siento lo digo, así que, si Laurent no quiere irse con ella, tendrás que respetarlo.

—Creo que no te pertenece a ti decidirlo.

Con estas palabras Biel vuelve a hacerlo, intenta que forme parte de su vida, pero cuando está al límite vuelve a sacarme de ella. Aún no sabe hacer que yo sea una de sus prioridades.

Así que le sonrío amargamente y le digo:

—Tienes razón.

Rápidamente coge mi muñeca y me mira, sabiendo que acaba de meter la pata hasta lo más hondo. Me deshago de su mano y cojo el bolso para irme.

—¡Vete! Es lo mejor que puedes hacer. —Esta tía no sabe con quién se está metiendo.

Rodeo la mesa hasta llegar a ella. Biel, que sabe de lo que soy capaz, se para frente a mí sin dejarme acceder a Brigitte.

—Roxanne, por favor, estamos dando un espectáculo innecesario.

—Lo que no es necesario es que tenga un marido tan capullo.

Y dicho esto, me doy media vuelta y me voy. Salgo del restaurante directa a buscar un taxi, pero esta vez no estoy sola. Laurent sigue mis pasos, dispuesto a venirse conmigo.

Cuando llegamos a la casa, Laurent se va a su habitación y yo me voy a uno de los jardines más extensos que hay en un lateral. Estoy que boto. Necesito desfogarme de la rabia que me consume. Me descalzo y camino sobre el césped de una forma que parece que quisiera aplastarlo. No paro de caminar en círculo y maldecir al que posiblemente no le hable más, porque encima, él se ha quedado con la «maravillosa» Brigitte.

De pronto paro mis pasos, un olor a algo que no es propio en este ambiente inunda mis fosas nasales. ¡Huele a marihuana!

Empiezo a buscar de dónde puede venir ese olor, camino como un sabueso bordeando la casa y me quedo a cuadros cuando veo a Laurent en una de las tumbonas que hay frente a la piscina, fumando tranquilamente.

—¿Laurent? —Él me mira sin ningún tipo de vergüenza, ofreciéndome—. Pero ¿desde cuándo

fumas eso?

—No fumo. —Al ver mi cara, incrédula, me aclara—: De verdad, te lo juro. En la fiesta de despedida que me hicieron algunos amigos antes de la gira, trajeron, lo probé y punto. Me guardé uno para un momento especial. Y, mira por dónde, este ha sido uno de ellos.

—No debes hacer esto, en esta vida hay muchos momentos dolorosos y no puedes fumarte un porro cada vez que te sientas mal. Como tu madrastra, te pido que no lo vuelvas a hacer.

—¿Quieres una calada, madrastra?

—Prométeme que no volverás a fumar —le digo muy seria a la vez que preocupada.

—Vaaale, te lo prometo.

Me siento junto a él y le digo sonriendo:

—Ahora, invítame a una calada.

Pasamos un rato de confidencias increíble. Laurent se ha abierto completamente a mí. Me habla de sus miedos, de los sentimientos que le provoca su madre y, aunque le patearía la cabeza a esa señora, le aconsejo que debe intentar retomar su relación con ella, conocerla, saber de verdad si puede quererla o no. Es la única forma de hacer desaparecer sus fantasmas.

Ahora ya estamos en plan risa. Nos ha dado por reírnos a ver quién dice lo cosa más absurda. Hace tiempo que no me reía así, y la culpa solo la tiene el canuto que acabamos de apagar.

De golpe a Laurent se le borra la sonrisa al ver llegar a su padre. A mí no, porque ahora es mi turno, y con la ayudita extra que tengo en mi organismo, se va a cagar.

Está frente a nosotros, con mi fular en la mano. Tiene los primeros botones de la camisa abierta. Muy guapo, por cierto. Hasta incluso con la que se avvicina, con esa cara que parece querer fundirme, me parece el hombre más atractivo y apetecible del mundo.

—Uy, Laurent, mira, ya ha llegado el marido de la francesa. ¡Ah, no! ¡Que es mi marido! Perdona, Biel, es que esta noche estoy un poco confundida.

—Buenas noches —dice Laurent, dándome un beso en la mejilla.

Rápidamente levanto el dedo amenazando a Biel. Con mi cara de cabreo nivel máximo, le hago saber que no va a decirle nada a su hijo o se las verá conmigo.

Laurent se planta frente a su padre y este le da las buenas noches sin ningún reproche. Bien, vamos bien.

—Roxanne, vamos a dormir.

—No.

Y tranquilamente me tumbo en la hamaca.

—Por favor, Roxanne.

—No. Yo no me acuesto con gilipollas. Bueno en realidad follarme a alguno sí que lo he hecho, pero claro, no tenía que vivir con ellos.

—Roxanne, por favor, no me insultes. ¿Se puede saber qué te pasa? —Me rio mientras me incorporo para sentarme. Su cara es un poema, está entre cabreado y sorprendido.

—Que me he fumado un porro, ¿qué te parece? Esto sí lo puedo decidir yo solita. Y ahora decido que te vayas a tomar por culo.

—¡Deja de hablarme así! —Ahora ya solo está cabreado, pero me da igual.

—No, porque eres un marido de pena. Me has vuelto a dejar en evidencia delante de ella.

—Lo sé, no tendría que haberlo hecho. Una vez más te pido que me perdones, no paro de cagarla y estás en tu derecho de enfadarte conmigo. Solo te puedo decir que no volverá a pasar.

Su cara es puro arrepentimiento, pero yo sigo cabreada.

—Da igual lo que me digas, no te creo. Has escogido sin darte cuenta, tu subconsciente te ha traicionado. ¡Cómo he sido tan tonta de pensar que me querías de verdad si nunca has dejado de

quererla!

—¡Por Dios, Roxanne! —exclama casi con una sonrisa—. No digas tonterías. Te quiero más que de lo que nunca he querido a nadie.

—¿Y sabes cuándo me di cuenta? —le digo como si no lo hubiera escuchado.

Biel se acerca muy despacio hasta ponerse en cuclillas frente a mí.

—A ver, ilumíname. —Ahora el que parece divertido es él.

—Cuando te cogió la mano sobre la mesa y parecíais conectados de una forma especial.

—Pues entonces hay un problema...

—¿Cuál? —pregunto haciendo que no me interesa su respuesta.

—Si yo te quiero a ti, la conexión especial con ella no puede existir. —Eso me hace estallar en una carcajada irónica—. Pecosa, solo intentaba darle a Laurent la impresión de que podía confiar en ella. Lo de cogerme la mano fue iniciativa de ella.

—¡Qué raro que se le haya pasado algo a don Controlador!

Su dulce mirada y su sonrisa ya se hacen evidentes, da igual lo que le diga, porque sé que no cambiará su forma de mirarme.

Se está acercando demasiado y eso me pone en peligro de caer en sus redes, así que pillándolo desprevenido lo empujo y cae de espaldas sobre el mullido césped. Me levanto muy chula y le digo:

—Ahora sí que me voy a dormir.

Pero al dar dos pasos sus manos me agarran fuertemente los tobillos y me hacen perder el equilibrio hasta caer de culo. En cuestión de segundos estoy tumbada y tengo sobre mí al metro noventa de hombre que me vuelve loca.

—Sabías que, como experta en defensa personal, ¿ahora mismo podría deshacerme de ti?

Con rapidez me bloquea las piernas con las suyas y hace lo mismo con los brazos, cogidos fuertemente sobre mi cabeza. Sonríe con autosuficiencia.

—Ahora ya eres mía por completo. —Sus ojos se clavan en lo míos—. Sé que no dejo de cagarla, solo te pido un poco más de tiempo.

Su boca se acerca a la mía despacio, parándose a escasos milímetros, está esperando que diga algo.

—Biel, tienes un problema de confianza. Yo no puedo entrar en tu terreno si no me dejas. Se supone que tienes que apoyarme, no dejarme con el culo al aire como lo has hecho hoy. ¡Y encima me has mandado callar! No vuelvas a hacerlo nunca más.

—De acuerdo, pero bésame.

Y toda la tensión que vivimos dos horas antes parece esfumarse por arte de magia. Después de una noche agotadora me despierto y Biel sigue durmiendo. Miro el reloj y veo que son las doce del mediodía. Me sorprende que él no se haya despertado aún, siendo el rey de los madrugadores. Lo dejo durmiendo y me bajo a desayunar.

—¡Buenos días! ¿Cómo está mi madrastra hoy? —Laurent sigue con el cachondeo de anoche—. Aunque, después de lo que he oído durante toda la noche, doy por hecho que arreglasteis los problemas, vuestros y del resto del universo.

Aun estando bajo los síntomas del sueño me pongo roja como un tomate.

—¿Qué oíste?

—¿Quieres que te lo repita?

—¡No! —contesto, nerviosa—. Pero ¡si tu habitación está lejos de la nuestra!

—Pues imagínate lo ruidosos que sois.

—Vale, vale, déjalo estar.

—¡Ja, ja, ja! ¿Te vienes a la piscina?

—Sí, ahora voy.

Tras unos largos compitiendo con Laurent, compruebo que mis costillas están perfectamente recuperadas, así que, sin intentar forzar, me dirijo a una hamaca para tomar el sol.

—Vaya, vaya. Ahora entiendo por qué mi amigo ha perdido el norte contigo. Eres una auténtica belleza y no solo por dentro.

La voz de Ángel me hace abrir los ojos. Lo miro y veo cómo se quita las gafas de sol mientras me da un repaso. Este hombre es pura fibra, lleva un polo rosa que hace resaltar su piel morena y, unido a sus ojos claros, lo hacen ser uno de los hombres más atractivos que he visto nunca. Me siento en la hamaca mientras se acucilla frente a mí:

—Si me dejara Biel, ¿sabes lo que haría yo con ese cuerpo?

Abro los ojos, alucinando por lo que oigo.

—Ángel, me caes bien, pero te estás pasando tres pueblos. Soy la mujer de tu amigo, así que quizá esto ha estado fuera de lugar —le digo mientras me cubro con un pareo.

—Es que Ángel se cree que todas las mujeres caen rendidas a sus pies. —Ahora es Biel quien aparece, pero no parece ofenderse. Trae dos vermouths y me ofrece uno, a la vez que se pone frente a Ángel—. ¿A qué has venido?

Este, muy tranquilo, le responde:

—Trabajo, amigo. Vengo a por tu hijo. Ya ha subido a cambiarse. —Después, se gira hacia mí —: Lo siento, preciosa, tenía que intentarlo. Decidle a Laurent que lo espero en el coche.

Viendo cómo se aleja, Biel me señala hacia una mesa con sillas bajo un parasol blanco.

—¿De qué va este, Biel?

—No te preocupes y no le hagas mucho caso, en realidad es un buen tío.

—Pues siempre me ha dado la impresión de que no os lleváis muy bien.

—Últimamente, desde que lleva la carrera profesional de Laurent, chocamos mucho. Sé que él sabe mucho de esto, pero no deja de ser mi hijo y no estoy de acuerdo en muchas cosas.

—¿Cómo os conocisteis?

—Fue al poco de separarme, él necesitaba contratar las gestiones de mi empresa y coincidimos en una cena. A partir de ahí estuvimos mucho tiempo compartiendo muchas cosas.

Eso da pie a que mi imaginación vuele.

—Nunca lo habría imaginado. —Me quedo pensativa—. Biel, ¿por qué tengo la sensación de que quiere follarme cada vez que nos vemos?

—La culpa es mía. Cree que puede tener acceso a ti igual que con Anne.

—¿Os acostabais los dos con ella?

—Bueno, digamos que al principio compartimos más de una «Anne».

Abro los ojos sorprendida por lo que oigo.

—Roxanne, tengo treinta y ocho años y llevo varios separado. El sexo no ha sido algo que me haya faltado.

Siento unos celos descomunales solo de pensarlo.

—Eso es aceptable, pero yo no te compartiría con nadie por muchos años que tuviera.

—Ven aquí.

Me levanto y me acerco. Me hace sentarme sobre él.

—Tú eres solo mía, y con lo que me ha costado que vuelvas conmigo, ten por seguro que no te dejaré escapar y menos aún compartirte.

Me besa posesivamente.

—¡Por Dios, papá! ¿No habéis tenido bastante esta noche?

Biel lo mira sorprendido, y muy serio se vuelve hacia mí, pero yo estallo en una carcajada y eso hace que Biel cambie su aspecto de papá ogro.

—Anda, vete. Ángel te espera fuera —dice mi amor con una sonrisa.

—Hasta luego —y dicho esto, Laurent me lanza un beso con su mano.

Biel corta mi sonrisa dedicada a su hijo mientras veo cómo se marcha.

—Ha vuelto un poco rebelde de su viaje.

—Dale un poquito de espacio. Ya tiene dieciséis años y seguramente el tiempo que ha pasado allí, y encima con el «majo» de Ángel... habrá vivido cosas nuevas.

—Sí, pero tú no te hagas su colega, por favor.

—Vale, seré la mala madrastra. —Cojo su cara para darle pequeños besos en la boca mientras sonrío—. Por cierto, esta noche me ha invitado a ver un combate de boxeo. ¿Te quieres venir?

—Esta tarde tengo trabajo y no sé a qué hora estaré por aquí, lo siento. Vete con él, sin problema.

—¿No será porque te aburre verlo?

—¡Qué va! —dice con sarcasmo—. Ver cómo dos hombres se pegan es muy entretenido.

Cómo han cambiado los tiempos; años atrás, esto era exactamente al contrario.

Durante los siguientes días ayudo a Laurent con la preparación de la selectividad, por suerte viene muy a menudo Xenia, la chica que iba con él el primer día que lo conocí, y también estudian juntos, o eso creo. Parece que esta le gusta de verdad, al menos se le ve feliz con ella.

Yo, en mi tiempo libre, sigo muy de cerca los progresos de mi hotel, gracias también a la información que Luis Miguel me hace llegar casi a diario.

Por fin ha llegado el día, mis brazos rodean a las dos pequeñas. ¡Cómo las he echado de menos!

—Pero ¡cuánto habéis crecido durante este mes en que no os he visto!

Las dos se pegan a mí como lapas, incluso al caminar voy pegada a ellas.

—Roxanne, te presento a Helen.

Miro y sonrío a la señora que tengo frente a mí. Desde luego no podría conocer a alguien que definiera mejor la imagen de una inglesa. Es alta, delgada, con la piel muy blanca y un rictus de seriedad que da miedo. Pero todo eso se desvanece en cuanto me dice:

—Mucho gusto, señora Roxanne.

Su dulce voz acompañando a una tímida sonrisa me hace entender por qué las niñas la quieren tanto.

—Soy solo Roxanne, Helen. —Asiente, supongo que Biel ya la ha informado de quién soy.

—¿Sabes, Roxanne? Hemos visto un dinosaurio gigante en el British Museum y nos hemos subido en una noria desde la que veíamos todo Londres.

—Y también fuimos a darle de comer a un montón de ardillas en Hyde Park. ¡Papá, yo quiero una ardilla!

Me fascina escucharlas hablar, incluso las palabras en inglés las dicen perfectamente, claro que con una maestra como Helen lo tienen más fácil.

Biel pone cara divertida y le contesta:

—Raquel, las ardillas tienen que vivir en libertad.

—Claro, como Bambi —le dice Céline a su hermana.

Cuando me agacho para besarla, un fuerte pinchazo en el vientre me hace gritar. Parece que se me corta hasta la respiración.

Biel se acerca rápido hasta mí.

—¿Qué te pasa?

—Ahora parece que nada, se me está pasando, pero me ha dado un dolor muy fuerte.

Me ayuda a sentarme en el sofá. Su cara descompuesta me recuerda a cuando me vio tirada en el suelo, después del desencuentro con el ex de Maica.

—Tranquilo, esta semana tengo hora con mi ginecóloga.

Lo tranquilizo, pero yo no lo estoy, nunca había sentido algo así.

Con la llegada de las niñas todo vuelve a la normalidad. Antonia ha vuelto de sus vacaciones y Helen se desvive por las pequeñas. Vive en un pueblo cercano pero, aun así, está casi todo el día con ellas. Su forma de actuar me gusta, es cariñosa a la vez que se hace respetar.

Pasados unos días y, tal como le dije a Biel, estoy en la consulta de mi doctora. Es la ginecóloga que siempre he tenido, así que ya hay la confianza de unos cuantos años.

Tras hacerme las preguntas de rigor, pasa a reconocirme. Empieza a poner caras que no me gustan.

—Ángela, ¿qué pasa?

—No sé si va a gustarte lo que te voy a decir, pero... estás embarazada.

—¿Cómo?! Pero ¡no es posible! ¡El mes pasado tuve la regla!

—¿Te bajó con normalidad, como otros meses?

—Bueno. —Pienso, con el corazón latiendo tan rápido que me va a dar una taquicardia—. En realidad, solo me vino un día y fue muy poca cosa.

—Roxanne, por lo que estoy viendo, estás como mínimo de ocho semanas. Es posible que fuera una pérdida. Pero que aquí tienes a un minúsculo personaje es un hecho.

Ahora estoy completamente muda, mi única reacción es taparme la cara con las manos. ¿Yo, un hijo? ¿Estoy preparada para esto?

—Venga, cámbiate y ahora hablamos.

Me siento temblorosa frente a ella.

—Roxanne, tranquilízate. Todo está bien. Por lo que he visto la pérdida que tuviste no afectó en nada al feto. —Como sigo sin decir nada y con cara de asustada, coge mi mano y continúa—: Si no quieres tenerlo o crees que no es el momento, podemos hacer una interrupción del embarazo. —Estoy completamente perdida, no tengo ni idea de lo que voy a hacer—. Vale, como veo que sigues en *shock*, tómate unos días para pensar y asumir lo que te está pasando. Si te parece bien, nos vemos el próximo lunes. —Mientras me habla, me ofrece unos folletos que cojo como un autómatas y los guardo en el bolso.

Una vez en el coche, de camino a casa, no dejo de darle vueltas, y decido ir a hablar con la única persona que me puede comprender en este momento, Lucía.

Cuando me abre la puerta y ve la expresión de mi cara, lo único que hace es abrir los brazos. Así que me lanzo a ellos y empiezo a llorar como una tonta. Una vez que se me pasa, mi cuñada dice:

—Venga, llorona, vamos al despacho, que Xavi está dormido y no quiero que se le pegue tu llanto.

Nada más entrar a la estancia, le suelto:

—Lucía, estoy embarazada.

—Espera a que me siente. —Y cómicamente se sienta en el sillón tras el escritorio—. Estás de broma.

Niego con la cabeza mientras mis lágrimas vuelven a hacer acto de presencia, lo que hace que se levante de golpe y me abrace de nuevo.

—Ven, siéntate tú. —Aparta unos papeles y se sienta en la mesa frente a mí—. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé, la verdad. Estoy como si esto no me estuviera pasando, como si fuera un sueño.

—Supongo que eso quiere decir que no lo estabais buscando.

—Noooo.

—¿Y Biel qué dice?

—No lo sabe, acabo de salir del médico. El problema es que no sé si quiero tenerlo, Lucía. No estoy preparada para ser madre y no sé si quiero tener este hijo.

Ella suspira.

—Cariño, la verdad es que no soy la mejor persona que pueda aconsejarte sobre este tema ahora mismo. El postparto, las noches sin dormir, que toda mi vida gira en torno a tu sobrino...

Al ver mi cara de desesperación dice:

—Pero ¿sabes qué?

—¿Qué? —digo esperanzada, como si tuviera la solución a mi problema.

—Que ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Todo lo que te dicho anteriormente ha valido la pena con solo verle su carita. Háblalo con Biel y juntos decidid qué hacer. Él es una parte importante en este tema.

—Lo sé, hablaré con él.

Parece que me voy tranquilizando, pero aun así tengo un nudo en el estómago que me hace sentir mal.

Cuando llego a casa voy directa al despacho de Biel. Al entrar, su sonrisa con hoyuelos me recibe, su forma de ser conmigo me hace quererlo más que nunca.

—Hola, pecosa. ¿Cómo ha ido en el médico?

—Bien. Todo estaba bien. —Me quedo parada frente a él.

Me mira y achina los ojos, se levanta hasta acercarse y me besa.

—¿Seguro?

—Sí, estoy perfectamente. —Le sonrío intentando mantener mi propia calma. Necesito pensar y no puedo decírselo, aún no.

Lo beso varias veces para así distraerlo de mi nada convincente respuesta.

—Las niñas te están esperando para cenar.

—¿Qué? Pero ¡si son las ocho!

—Ya sabes que ahora con Miss Helen somos más europeos que nunca. Si te parece bien, hoy haremos una excepción y cenaremos todos juntos.

—Vale.

—Acuérdate de que mañana es la fiesta de Ángel en su casa.

Esto es para celebrar el nuevo contrato de Laurent con la discográfica y así darle más publicidad.

—¡Cómo olvidarla! Por fin veré a Maica después de tantos días. Es curioso que Román conociera a Ángel. El mundo es un pañuelo.

—Ángel conoce a medio mundo, y estando Román ligado a la música es normal que se conocieran siendo de la misma ciudad.

Antonia ha dejado la cena preparada y se ha ido con Helen, así que todos cooperamos en la preparación de la mesa.

Las niñas corren a sentarse junto a su hermano, cosa que a él le encanta.

—Niñas, dejadle espacio a vuestro hermano, la mesa es muy grande y está que no puede ni moverse.

—Déjalas, Biel, hace mucho que no se ven; además, a Laurent no le importa, ¿verdad?

—No, claro que no.

Biel me mira, reprendiéndome por haberle quitado en cierto modo autoridad, pero yo lo miro

agrandando los ojos de forma cómica, así que no le queda otra que sonreír, negando con la cabeza, como pensando que no tengo remedio.

Nuestra cena transcurre muy divertida.

Cuando terminamos, les digo a las pequeñas:

—¿Os acordáis de aquel chocolate que a veces, «solo a veces», os compraba cuando terminabais las clases?

—Sí, de aquella tienda en la que solo había chocolates.

—Pues, si vuestro padre os deja... —Hago un inciso, mirando a Biel.

—Roxanne, sabes que antes de ir a dormir no deben comer chocolate.

—Ya, pero solo es un bombón para cada una.

Biel asiente, dejándome por imposible.

—Están en mi bolso, id a buscarlo.

Me levanto y me acerco por detrás a Biel para abrazarlo y besarlo en el cuello.

—No te enfades, prometo que solo es esta vez.

Biel, de lo más romántico, coge mi mano y la besa.

—¡Roxanne, si son todos de los que me gustan! —Raquel aparece corriendo con la bolsa en la mano.

Céline se planta frente a nosotros y me quedo petrificada de golpe.

—Roxanne, ¿qué son estos dibujos que tienes en el bolso? Parecen bebés, pero son muy raros.

Nos enseña uno de los folletos que me dio la ginecóloga, donde se lee perfectamente «¿Es el aborto la opción correcta?».

—Dame eso, Céline. —Prácticamente Biel se lo arranca de las manos—. ¿Esto es tuyo, Roxanne?

Asiento lentamente mientras a él se le contrae la cara.

—Vamos al despacho. —Su mirada amenazante no da opción a nada más—. Laurent, encárgate de acostar a tus hermanas.

Presiento que esto va a ser duro.

Con una calma que me asusta, se sienta y deja el folleto sobre la mesa.

—¿Hay algo que no me has contado?

Respiro hondo.

—Estoy embarazada.

Él también respira hondo a la vez que aprieta las mandíbulas.

—¿Y cuándo pensabas contármelo? ¿O no ibas a decírmelo?

Me muerdo el labio, nerviosa. No sé qué responderle, mi mente piensa montones de respuestas que se agolpan y solo una respuesta: «No».

—¡Dios, Roxanne! ¡Esto es algo de los dos!

—Lo sé, pero es que me ha pillado por sorpresa.

—Esto pasa cuando practicas sexo y no se toman medidas.

—Fue aquella vez que..., bueno, pensé que no pasaría nada. Pero está claro que no. Y ahora, no sé...

—¿No sabes qué? ¿No sabes si lo vas a tener? ¿Es eso?

Asiento, nerviosa.

—¡Dios, Roxanne! No puedo creerme que tengas la más mínima duda sobre esto.

—¡Biel, por favor, no me presiones!

—¿Que no te presione? Esto es cosa de dos partes y una de ellas soy yo. Pero si vale solo lo que tú decidas, me deja muy claras muchas cosas.

Está rojo de rabia, muy muy cabreado, pero su forma de hablarme, al contrario de amedrentarme, me hace sacar mi mal genio.

—¡Ya vale, Biel!

—No, no vale. ¿Por qué no quieres tener a nuestro hijo?

—Esa es una pregunta cruel.

—Cruel es que se te haya pasado por la cabeza abortar. Por el simple hecho de pensarlo debo decirte que no vales la pena.

Y, dicho esto, se levanta para irse, dando por zanjada la discusión, pero me levanto y le digo antes de que coja el pomo de la puerta:

—Quizá sea mejor que no conozca a un padre tan controlador y perfecto.

Esto solo lo he dicho solo para hacerle daño, lo reconozco.

—Está claro que no estás preparada para compartir tu vida conmigo. Haz lo que quieras.

Asiente con la cabeza y cierra dando tal portazo que retumba toda la habitación. Y aquí me quedo plantada, sintiéndome la peor persona del mundo.

Me ducho y me acuesto sola, Biel no ha dado señales de vida.

Por la mañana, al despertarme, veo que su lado está intacto, no ha dormido conmigo, pero después de lo de ayer, no sé si volverá a hacerlo.

Cuando bajo a la cocina está todo desierto, no hay ruido ni se escucha a las niñas por ningún sitio. Voy hasta la piscina y veo que Laurent está en una de las hamacas muy cariñoso con Xenia

—Laurent, ¿sabes dónde está tu padre?

—Dijo que se iba a casa de los abuelos con Raquel y Céline.

—¡Ah, vale!

Me quedo planchada con lo que me ha dicho y Laurent se ha dado cuenta.

—Roxanne, espera.

Laurent se levanta rápido y viene hacia mí.

—¿Qué ha pasado?

—Mejor que te lo explique tu padre.

—Sabes que siempre estaré de tu lado, ¿verdad?

Esas palabras tan reconfortantes en estos momentos me hacen abrazarlo, ante su sorpresa.

—Gracias, Laurent.

Y dicho esto me voy a ver a mi tía Carmen. Necesito estar con ella, necesito consuelo en este mal momento.

Cuando llego a su portal miro el móvil por décima vez. Biel no me ha escrito ni llamado, eso me hace sentir peor por momentos.

—Hola, tita.

—Hola, mi niña. ¡Qué raro se me hace verte aquí! Ven, pasa, que me estoy preparando la comida.

Vamos a la cocina y me reconforta estar aquí. Está todo tal como lo recuerdo del tiempo que pasamos con ella, hasta que nos independizamos.

Me siento en la pequeña mesa central mientras la veo moverse de un lado a otro. Apaga el fuego de la encimera y se sienta junto a mí. La miro y, cuando voy a hablar, no puedo, se me hace un nudo en la garganta que me hace llorar.

—¡Hija mía! Pero ¿qué te pasa?

Cuando por fin cesa mi llanto, paso a contarle todo lo que me pasa.

—Tita, ¿soy una persona horrible por pensar en no tenerlo?

Mi tía suspira y me mira con una exquisita ternura.

—Hija, tengo que explicarte algo que nadie sabe, a excepción del que era mi marido. Cuando tenía diecinueve años, me quedé embarazada del que después fue tu tío, pero entonces los tiempos no eran como ahora. Éramos novios y para mis padres aquello de quedarse embarazada sin estar casada era un «pecado mortal», aparte de que yo no estaba preparada para cargar con un hijo y un marido de la noche a la mañana. Ahora es todo mucho más fácil, pero en aquel tiempo me tuve que ir a Londres a abortar porque aquí estaba prohibido. Imagínate yo, en un país extranjero sin entender el idioma. Lo pasé realmente mal.

Estoy alucinando con lo que me cuenta y me da una pena terrible imaginármela en aquellos momentos.

—¿De verdad estabas tan segura de querer hacerlo?

—Sí. No era mi momento para ser madre, además, tampoco quería darles un disgusto a mis padres —se santigua—, católicos al máximo. Salía perdiendo de todos modos: si les decía lo de mi embarazo habría sido una vergüenza para ellos por estar soltera y, si les decía que abortaba, peor aún. Así que no se enteró nadie.

—¿Y no volviste a quedarte embarazada después, con los años?

—No, hija, y aunque no he podido ser madre, no me arrepiento de lo que hice. Además, tengo dos preciosos sobrinos que cubren esa falta. Así que tu haz lo que te mande tu corazón y tu cabeza. Háblalo con Biel. Yo creo que el amor lo puede todo y seguro que él te entenderá y tú a él.

—Lo dudo, estoy segura de que si decido abortar, se va a separar de mí.

—Pero ¿estás segura de lo que quieres hacer?

—Bueno, la balanza se va más hacia una dirección.

Mi tía me abraza mientras me dice:

—Estoy segura de que tomarás la decisión acertada.

Por el camino de vuelta a casa, miro de reojo el móvil y nada, ningún mensaje.

Al llegar, voy directa a la cocina y escucho cómo parlotean las niñas. Sonrío al verlas, son tan bonitas... Pero la sonrisa se me borra de golpe al mirar a Biel, que se queda parado al verme.

—¿Ya habéis comido?

—Hola, Roxanne. Sí, papá ha hecho de comer —dice rápida Raquel, contenta de verme.

Me giro hacia Biel, pero él me da la espalda.

—Si quieres te pongo un plato, yo soy la encargada de echar la comida —ahora es Céline la que habla, ajena a nuestro enfado.

—No, cariño, gracias. No tengo hambre.

Me giro y subo a la habitación. No me apetece ver el desprecio con el que me ha mirado Biel. Siento como si de golpe fuera una extraña para él y ahora mismo necesito justo lo contrario. Me tumbo en la cama y, sin querer, me quedo dormida.

Escucho ruido y me despierto de golpe. Biel está terminándose de arreglar. Va vestido muy elegante con un traje y pajarita. ¡La fiesta de Ángel!

—¿Por qué no me has despertado?

Espero unos segundos, pero no contesta.

—Biel, te estoy hablando.

Nada, ni siquiera se gira. Termina de arreglarse la pajarita frente al espejo y sale por la puerta. Me levanto todo lo rápido que puedo y salgo tras él. Lo paro a mitad de la escalera y lo hago girar, tirándole del brazo.

—¡Biel! ¡Haz el favor de hablarme!

Me mira con tal desprecio que me hace sentir mal.

—Como te dije ayer, no vales la pena.

Y dicho esto se gira y continúa bajando hasta salir por la puerta. Me siento en las escaleras y lloro desconsoladamente.

Según sus palabras me lo está diciendo bien claro; si no valgo la pena, es que ya no quiere estar conmigo. Con mi decisión no tomada, he hecho que deje de quererme y esto me parte el alma. ¡Cómo se puede dejar de querer a alguien de la noche a la mañana!

Sin querer me toco la barriga y le digo:

—¿Ves? Aún no has nacido y ya me estás dando problemas.

Vuelvo sobre mis pasos y entro en la habitación. Decido que no voy a quedarme lamentándome, sobre todo sabiendo que Maica estará en la fiesta. Me pongo un vestido negro largo, con abertura central hasta media pierna y escote de pico bastante pronunciado. Me maquillo y peino. Al mirarme en el espejo estoy espectacular, nada que ver con lo que siento por dentro.

Cojo mi coche y me encamino a casa de Ángel.

En la puerta central hay dos personas que vigilan la entrada, parece que es todo muy glamuroso. La gente que va pasando va muy elegante y entrega lo que me parecen invitaciones. Me detengo frente a ellos y me piden la invitación.

—No la llevo encima, mi marido ha llegado antes, las tiene él.

—Lo siento. Si no tiene invitación, no puede pasar.

Me quedo muda de golpe. Me alejo unos metros, cojo mi móvil y llamo a Biel. Al segundo tono se corta. Vuelvo a llamarlo y de nuevo vuelve a cortarse la llamada, me doy cuenta de que me está colgando intencionadamente.

Respiro hondo mientras veo cómo los dos hombres de la entrada me miran con recelo.

Vuelvo a marcar, pero esta vez al teléfono de Maica. Nada. Espero y espero, pero no contesta. Frustrada por completo, me doy media vuelta y decido irme.

—¡Roxanne! —Al girarme veo que es Ángel y sonrío a la par que me dice—: La entrada es por aquí.

—Pues díselo a esos dos que no me dejan entrar —digo malhumorada.

—Mi bella Roxanne, por eso os di las invitaciones.

—Tu amigo no me la ha dado.

—Mi amigo está un poco raro, le he preguntado por ti y me ha dicho que no ibas a venir.

—Pues ya ves que sí. No podía perderme una de tus fiestas, con la fama que tienen —digo más calmada.

—Te acompaño, preciosa. —Me ofrece su brazo—. ¡Vaya sorpresa, voy a entrar con la más bella de las mujeres que hay en mi fiesta!

Vamos por un camino de baldosas rodeadas de césped que nos lleva directo a la entrada de la casa. Pasamos a un gran salón, iluminado de una forma muy tenue. Veo a varias personas hablando tranquilamente y música de fondo. Continuamos y salimos a un inmenso jardín. Aquí la música sí que se oye bien fuerte, el ambiente es diferente al que había dentro.

Ángel se acerca a mi oído para decirme:

—Como puedes ver, hemos creado dos ambientes.

—Sí, ya veo.

Es increíble el espacio que hay tras esta casa o, más bien, mansión. Lo primero que me llama la atención es una piscina rectangular desbordante, rodeada por suelo de mármol. A unos metros, una gran pérgola de madera cobijando unos amplios sofás blancos. En otra parte, una pequeña pista donde hay varias personas bailando y, por último, unas mesas altas, redondas, repartidas por el jardín y todas ocupadas. Hay muchísima gente.

Voy buscando hasta que lo veo. Está sentado en uno de los sofás rinconeros, hablando con

alguien.

Me deshago de los brazos de Ángel, que no me ha soltado en todo el trayecto, y voy hacia Biel, pero una feliz Maica aparece de la nada.

Gritamos como si estuviéramos coordinadas. Nos fundimos en un abrazo, diciéndonos lo mucho que nos hemos echado de menos.

—Roxanne, estás espectacular. Esto de seguir casada te sienta de maravilla.

Me guiña un ojo sonriendo. Ella sabe perfectamente lo que ha pasado durante este tiempo, excepto lo de mi embarazo.

—Pues tú no te quedas atrás. Pensaba que no volvería a verte, americana.

—Por mí me habría quedado más aún, pero Román ya no podía dejar más tiempo el negocio solo.

—Ya imagino.

—¿Cómo es que no has venido con Biel?

Voy a contestarle cuando, sin querer, miro en dirección hacia donde él se encuentra y me quedo de piedra al ver junto a quién está sentado. ¡Es Anne! ¿Qué hace esta aquí?

Cambio mi cara para saludar a Román, que viene hacia mí con la misma felicidad en el rostro que Maica. Pasados unos minutos, logro deshacerme de los tortolitos y voy directa a donde está Biel.

Me planto delante de él y de Anne. Están hablando y no han advertido mi presencia, parece que su conversación es muy interesante.

Me cruzo de brazos esperando que alguno se dé cuenta, no tengo prisa. Entonces, Biel levanta la mirada y me ve. En un principio parece sorprenderse pero, para mi decepción, vuelve a girarse y continua hablando con una Anne que me mira victoriosa.

—Biel. —Pero ese nombre se queda amortiguado por la música, no me mira. Extiendo mi mano y vuelvo a decirle—: Biel, por favor, ven conmigo. Necesito que hablemos.

Esta vez me ha escuchado, su mirada vuelve a ser fría y no hace caso a mis palabras, se gira de nuevo hacia su acompañante y mi mano se queda vacía.

Siento tanto dolor que me doy la vuelta. Quien dijo eso de «no hay mayor desprecio que no hacer aprecio» ha dado en la diana ahora mismo.

En mi camino me despido de Maica.

—¿Qué pasa, Roxi?, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes. Disfruta de la fiesta, yo me voy.

—¿Quieres que te acompañe? —Su cara compungida me hace sacar una sonrisa, no sé de dónde.

—No, de verdad. Necesito estar sola.

Es mi amiga y sé que con solo decirle cómo me siento sería capaz de cualquier cosa. Pero no quiero que se vea envuelta en mi dolor. Le doy dos besos y continuo hacia la salida.

Vuelvo por el salón y alguien me detiene, es Ángel.

—Roxanne, ¿adónde vas?

Sin contestarle, le reprocho:

—¿Puedes decirme qué hace esa con Biel?

—Ha venido acompañando a algún invitado. Lo siento, no sabía que venía.

—No te preocupes, parece que a tu amigo le ha encantado su presencia.

Entonces recuerdo las palabras de Biel cuando me explicaba que compartían a Anne. Va a hacer un amago para abrazarme, pero me retiro y le grito mientras rompo a llorar—: ¡No se te ocurra tocarme! ¡Malditos seáis!

Salgo de allí todo lo rápido que los tacones me permiten.

Una vez en la casa de Biel entro en el dormitorio y, con mucho dolor en el corazón, abro una de las maletas sobre la cama y pongo algo de ropa junto con mis cosas personales. Antes de salir echo una mirada con calma a la habitación, como si quisiera guardar todo lo vivido en ella.

Biel no vendrá, mejor así. Su indiferencia me ha roto por completo.

Mientras, en la fiesta de Ángel...

Tras ver el estado en que Roxanne sale de su casa, Ángel se dirige con paso rápido hacia donde están Biel y Anne.

Una vez ante ellos, se para frente a su amigo.

—¡Maldito cabrón! ¡¿Qué ha pasado con Roxanne?!

—¡Eh, que no le ha dicho nada! De hecho, ni siquiera le ha hablado. —Anne notablemente ebria se ríe mirando a Biel, esperando su complicidad, pero solo consigue de este una mirada de desprecio.

—¡Tú cállate, perra! ¡Fuera de mi casa!

Anne se levanta esperando que Biel la defienda, pero él no reacciona a las palabras de Ángel, así que sale de allí lloriqueando ante la atenta mirada de Maica, que no ha quitado ojo a lo que está pasando.

Biel se levanta hasta ponerse frente a un enfurecido Ángel. Se retan con la mirada.

—Tranquilízate, Ángel. Lo que pasa con Roxanne es cosa mía.

—Ahí te equivocas, amigo, como con lo que estás haciendo ahora. Sea lo que sea no puede ser tan grave. Como no reacciones vas a perderla y con ella la única oportunidad que tienes de ser feliz.

—No tienes ni idea —dice Biel en tono amargado.

—Tú mismo. Yo ya te he advertido.

Biel mira a su alrededor mientras piensa en ella. Cuando la ha visto tan bonita con ese vestido, su belleza ha eclipsado a cualquier mujer de esta fiesta, unido a un carácter que le apasiona.

Se siente un canalla por la forma en la que ha dejado que se marchase; aceptar lo que va a hacer es duro, pero pensar en perderla puede serlo más aún.

Cruza de nuevo su mirada con Ángel y se da cuenta de lo que acaba de hacer. Avanza entre la gente, pero a mitad de camino se cruza con Maica, que se para frente a él pensando que va tras Anne.

—¿Adónde vas, Biel?

—Disculpa, Maica, tengo prisa.

Intenta apartarla de su camino, pero ella, llena de rabia, lo empuja con la fuerza suficiente para que caiga a la piscina.

Cuando Biel sale del agua, le pregunta a Maica, bien escoltada por Román:

—¿Por qué has hecho eso?

—Para que te refresques las ideas.

Biel asiente y no responde, sabe que se lo tiene merecido.

Chorreando como va, coge su coche y se dirige rápidamente a su casa.

Nada más abrir la puerta, la busca. No quiere gritar, sus hijas y Helen están durmiendo. Sube directamente a su habitación. La llama, pero no contesta. Entra al baño y no está, tan solo su perfume le hace saber que ha estado ahí.

Abatido, sabiendo que ha llegado tarde, empieza a desesperarse, hasta que algo le llama la atención.

Sobre su mesilla de noche descansa la medalla de dos corazones que le regaló a Roxanne. Al

cogerla, ve que hay una nota:

Te devuelvo tu corazón, ahora ya no me pertenece.

Sabe perfectamente que esas palabras no son por el colgante. Cae al suelo de rodillas, apretándolo en su mano, y llora como un niño.

Llevo dos días en casa de mi tía y, por suerte, Coco y Chanel se portan de maravilla. Hoy tengo que dejarlo todo bien atado, así que respiro hondo y me dirijo a la oficina de Biel. Es el día de poner punto final a mi agonía.

Camino con seguridad sobre mis tacones por la piedra que bordea el césped, hasta llegar a la puerta de cristal, que se abre a mi llegada. Me acerco hasta la mesa de Aurora y espero a que termine de hablar por teléfono.

—Disculpa, Aurora.

—Hola, Roxanne. —Me mira confusa—. Biel no está.

—¡Ah, vaya! —Esto no entraba en mis planes. Pero, aun así, le doy la carpeta que llevo en la mano—. Por favor, Aurora, cuando llegue, dale esta documentación.

—Sin problema.

Me observa unos segundos hasta que dice:

—¿Estás bien?

—Sí, gracias. Adiós, Aurora.

—Adiós.

En ese sobre hay lo suficiente para terminar y dar carpetazo a todo lo que me relaciona con él; he renunciado a todo derecho sobre el hotel, he firmado los papeles del divorcio que tenía en casa y he dejado una nota junto con mi alianza. Aquí se termina mi relación con Biel, pero no mi amor, porque para ello necesitaría otra vida.

Y ahora me encamino a la clínica, donde me espera Angela, buena profesional y mejor persona.

Dos meses después...

—Lucía, no sé dónde poner este gasto.

—Ponlo en el asiento de «otros» y ya está, no te agobies.

Ahora soy la ayudante de mi cuñada unas horas al día. La contabilidad no se me da muy bien; de hecho, siempre la he odiado bastante, pero es donde puedo desconectar la mente unas horas al día, y ella, con su paciencia infinita, intenta que sea más llevadero. También le va genial una ayudita porque no quiere llevar a Xavier a la guardería.

Tras mi separación de Biel, le expliqué a mi hermano que no quería seguir conduciendo y lo aceptó de buen agrado. La empresa va viento en popa y ya tenemos más de diez chóferes, así que, como socia, ya no necesito estar al pie del cañón como antes.

Hoy estoy especialmente nerviosa, la semana pasada recibí una invitación para asistir a la discoteca de Román, donde Laurent presenta un nuevo sencillo de su disco. Ya no puedo darle más largas, le he dado muchas, y eso tampoco me hace sentir bien. Así que me despido de Lucía y voy a mi casa a cambiarme. Maica me recoge en un par de horas.

Tras ducharme, me pongo un vestido rojo de encaje, corto y por encima de las rodillas. Ondulo la larga melena de mi cabello castaño y me calzo unos cómodos tacones. Al maquillarme, realzo las pestañas de mis ojos azules. Mientras escucho por la radio la canción *Ya es hora*, de Ana Mena y Becky G, me miro al espejo y me animo. Me veo guapísima, como hace mucho tiempo que no me pasaba.

—¡Vamos, rubia, que llegamos tarde! —Una impaciente Maica me espera al volante de su potente Range Rover.

—Si falta aún una hora para que empiece, exagerada.

—Pero hay que coger un buen sitio.

—Maica, vamos a la zona vip, seguro que tenemos buen sitio.

—Bueno, así cogemos el mejor sitio de la zona vip —dice riéndose.

La miro con ternura. Ahora es realmente feliz y yo me contagio de su optimismo y felicidad.

Desde que volvió de su luna de miel hasta ahora, si no puede venir a verme, me llama todos los días; es mi loca y pequeña hermana.

Cuando se enteró de la agresión que sufrí por su ex, rápidamente los abogados de Román junto con los de Biel, pudieron conseguir una condena que lo tendrán encerrado durante mucho tiempo, ya que, aparte de la de Maica, tenía alguna que otra denuncia más.

Al parar el coche frente a la discoteca me tenso, y eso hace que Maica ponga su mano sobre mi pierna:

—Vamos, Roxi, ¡que el muchacho no canta tan mal!

—¡Ja, ja, ja!

—Anímate, sabes que tarde o temprano tienes que verlo. —Ahora no se refiere a Laurent, precisamente.

Asiento, apretando su mano.

—Lo sé.

Subimos a una de las partes reservadas, donde se ve perfectamente la pista en la que va a actuar Laurent. Todo está preparado y la gente va llegando hasta que, transcurrido un momento, las luces se van apagando, dejando únicamente los focos centrales.

Miro a mi alrededor, pero no veo a Biel. Solo se nos acerca Román con dos copas en la mano.

—Para las más mujeres más bellas de la sala.

Al coger la copa, veo tras Román cómo hace acto de presencia Biel. Guapísimo, con un traje oscuro junto a una elegante Brigitte, ni siquiera son conscientes de que estamos aquí. Entonces se me cae el alma a los pies y entiendo por qué ni siquiera ha contactado conmigo ni una sola vez. «Quizá ella sí que vale la pena», pienso amargamente.

Tenerlo a unos metros delante de mí no hace más que hundirme en mi dolor, hasta que una lucecita dentro de mí me dice que tengo que aceptarlo y pasar página de una vez.

Por suerte, empieza la presentación de Laurent y veo cómo cientos de jovencitas gritan su nombre y cantan sus canciones.

Llegando al final, el presentador de la gala habla con él y le hace varias preguntas, tras las que él agradece a su familia, entre los gritos de sus fans, haber llegado hasta aquí.

Me emociono al escucharlo. Mi muchacho larguirucho es todo un icono para miles de personas. Sin querer miro a Biel y Brigitte; justo en ese momento ella le pasa la mano por la cintura, abrazándolo. Él, a su vez, la abraza y le besa la frente; eso hace que dos lagrimones caigan por mis mejillas. Esto está siendo muy difícil para mí, pero tenía que llegar este momento. Maica me coge la mano y la aprieta mientras se acerca a mi cara.

—¿Estás bien? ¿Quieres que nos vayamos?

—No, hasta que no salude a Laurent no me voy.

—Vale. ¿Quieres un *gin-tonic* para sobrellevarlo mejor?

—No, gracias, me conformo con otra Coca-Cola Zero.

—Chica, te digo yo que ahora mismo necesitas un whiskey doble.

—Muy cierto, pero me conformaré con una Coca-Cola.

Aplaudimos el final de la actuación de Laurent. La gente, ya más distendida, habla mientras suenan de fondo los temas que acabamos de escuchar en directo.

Vuelven a escucharse aplausos en nuestra zona y deduzco que es Laurent quien se acerca; lo busco con la mirada, pero lo que encuentro son unos ojos oscuros que me miran sorprendidos. No puedo dejar de mirarlo, tampoco él gira la vista. De pronto, todo lo que hay a nuestro alrededor es como si desapareciera. Solos él y yo, mirándonos durante segundos.

—Roxi, ahí está.

Haciéndome volver en mí, me giro por donde me indica Maica y veo a un guapo y exultante Laurent. Se abre paso entre la gente que lo felicita sin parar.

Sonrí y justo en ese instante me ve.

—Hijo, estamos aquí. —Brigitte lo llama en un tono alto para que la escuche.

Pero Laurent no me quita ojo. Acelera el paso y corre a abrazarme, levantándose del suelo. Yo correspondo abrazándolo, sintiendo que me alivia el alma.

—Estoy muy feliz por que por fin vengas a verme —me dice al oído, sin soltarme.

—Y yo lo estoy de verte. Perdóname por todo.

—No me pidas perdón, lo entiendo.

—Sabes que te quiero, aunque no esté con tu padre, ¿verdad?

—Lo sé.

—Y ahora bájame o seré asesinada por el montón de jovencuelas que están por aquí.

Se ríe y me dice:

—Vale, madrastra. ¿Nos vemos luego?

Sin hacer caso a la gente que lo llama, espera mi respuesta:

—Laurent, solo quería verte, me voy ya.

—Vale, pero tenemos pendiente una conversación.

—Cuando quieras. Tienes mi número.

Y, dándome un sonoro beso, se acerca a su padre a abrazarlo. Tras esto, y como si le costara un horror, da un pequeño y breve abrazo a su madre.

Suspiro y veo que Biel se ha girado a mirarme.

—Maica, ¿nos vamos?

Ella asiente y me giro hacia Biel, que no me quita ojo. Mi mirada hacia él solo puede desprender tristeza, así que salgo junto a Maica lo más rápido posible.

Cuando llegamos a mi casa, Maica y Román me preguntan si quiero ir con ellos a cenar, pero estoy cansada, la tensión que he vivido hace un rato me ha dejado tocada y solo quiero estar sola.

—Cualquier cosa, me llamas y hacemos una noche de chicas.

—Vale, pesada. Estaré bien, no sufras —le digo dándole un beso.

Después de mucho tiempo logro conciliar el sueño, lo de hoy me ha venido bien. Por una parte, he podido ver a Laurent y saber que no ha dejado de quererme y, por la otra, me ha dejado bien claro que Biel ya no volverá a ser mío. Es muy doloroso pero realista, así que mañana sin falta tengo que hablar con mi hermano.

Estoy en casa esperando a Carlos. He quedado con él para hablar de hermano a hermana, se lo merece. Después de mi ruptura definitiva con Biel, se portó bien. Cortó los lazos que nos unían con su empresa y creo que los personales también, no le he preguntado más.

Llama al timbre y entra. Es la única persona que tiene las llaves de mi casa, pero él siempre llama antes de entrar.

—Hola, hermana. ¿Cómo estás?

—Bien —le digo, dándole dos besos.

Se sienta en el sofá.

—A ver, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirme?

Me siento junto a él mientras me froto las manos, nerviosa.

—Cuando rompí con Biel, aún sin saber el motivo, aceptaste mi decisión sin juzgarme. Por eso quiero agradecértelo. —Tengo que hacer una pausa porque estoy a punto de llorar.

—¡Eh, cariño! ¿Qué pasa? Yo siempre estaré de tu lado, no lo olvides.

Sonríó.

—Carlos, tengo que decirte algo que no sabe nadie, y que me está martirizando día tras día. Y necesito que tú seas el primero en saberlo.

—Suéltalo ya, me estás preocupando.

—Estoy embarazada de casi cuatro meses.

Abre los ojos y baja su mirada hasta mi barriga, casi inexistente, y vuelve a subirla a mi cara.

—¡Por Dios, Roxanne! —Se levanta de golpe, apretando los puños—. ¿Por eso rompisteis? ¿No quiso a vuestro hijo?

—No, Carlos, todo lo contrario. Era yo la que no lo quería. La verdad es que él cree que he abortado; bueno, en realidad, las pocas personas que lo sabían creen que he abortado.

—¿Y por qué querías abortar? Ya tienes veintinueve años, y por lo que he visto estabas muy enamorada de Biel. No lo entiendo.

—Bueno, la noticia me pilló por sorpresa y sopesé la idea de hacerlo. Sabes que a mí esos temas de ser madre no me iban mucho, pero no pude. Cuando la balanza se inclinó hacia el tenerlo, fue demasiado tarde para nosotros. Biel se enfadó tanto, que dio por hecho que ya había tomado la decisión. Sus palabras fueron «no vales la pena» y me dejó de querer.

Al decir esto último se me humedecen los ojos y rompo a llorar. Recordar esas palabras me

duele en extremo.

—Roxi, él no puede dejar de quererte así como así.

Entre lágrimas le explico por encima la forma en que Biel reaccionó conmigo al saber mis intenciones de interrumpir el embarazo.

Veo cómo mi hermano coge la chaqueta que había dejado en el sofá y, saliendo por la puerta, dice entre dientes:

—Ahora sí que le parto las piernas.

Voy tras mi enfurecido hermano y logro pararlo antes de que llegue a la calle.

—Carlos, por favor, Biel no puede saber nada.

Lo acabo de dejar fuera de juego.

—Pero tiene que saberlo, ¡es el padre!

—Sí, pero se lo tengo que decir yo. Por favor, no le digas nada.

—Vale, solo le partiré las piernas.

Y, dicho esto, va directo a su coche como alma que lleva el diablo.

Voy de un lado a otro del salón, nerviosa. No puedo aguantar sin saber qué pasa. Así que cojo las llaves del coche y me dirijo a casa de Biel todo lo rápido que puedo.

Aparco y me acerco a la puerta principal, no se oye nada, pero sé que Carlos aún está dentro, su coche está aquí.

Justo cuando voy a llamar al timbre veo salir a mi hermano. Al verme me sonrío.

—¿Estás bien, Carlos?

—Yo sí, él no tanto. —Pongo cara de desesperación—. Tranquila, hermanita —dice echándome un brazo por los hombros—, tu Romeo te llamará.

Me paro en seco.

—Carlos, ¿no le habrás dicho nada?!

—No, tranquila, pero tiene que saberlo. Así que no tardes mucho o se lo diré yo.

Lo sigo hasta que se sube al coche.

—Tete, ¿qué ha pasado ahí dentro?

Con un semblante tranquilo, me contesta:

—Que ha salvado las piernas.

Sin querer decirme nada más de Biel, arranca el coche y me mira.

—Vamos, te acompaño hasta tu casa, no vaya a ser que a mi sobrino le pase algo.

A la mañana siguiente me despierto con optimismo, pero las náuseas matutinas se encargan de devolverme a mi realidad de cada mañana. Dicen que con el tiempo se pasan, pero yo no tengo mucha esperanza. Cuando me recompongo, me miro al espejo y no puedo verme más horrible. Por suerte, la pequeña curva de mi barriga me anima a seguir adelante.

Hoy tengo un pensamiento positivo y es que haberme desahogado con mi hermano me ha quitado un gran peso de encima. Ahora solo falta decírselo al padre de la criatura, y ahí me sacude un gran pesimismo. Estoy segura de que responderá por mi bebé, pero yo soy otra historia; si no he significado nada para él durante este tiempo, nada lo hará. Es más, ¿para que pienso eso? Ahogaría sus penas con Anne, para después volver con Brigitte. Ya no hay nada que hacer.

Suena el timbre y bajo a abrir. Mis pequeños felinos se unen a mis pasos. Desde que pasó aquel altercado están muy protectores.

Al abrir la puerta mi sorpresa hace que me quede en modo pausa. Miro hacia abajo y veo a las dos niñas más bonitas del mundo.

—¡Hola, Roxanne!

—¡Hola, preciosas! ¿Qué hacéis aquí?

—Papá dice que ya has vuelto de tu viaje y que podíamos venir a verte.

Pienso en qué viaje y me doy cuenta rápidamente de la mentira piadosa que les ha contado.

Me acercan un precioso ramo de rosas rojas que apenas pueden sostener entre las dos.

—¿Podemos pasar?

—¡Oh, claro!

—¡Coco! Ven aquí, bonito —dice Raquel persiguiendo a mi gato.

Está claro que les ha hecho más ilusión ver a mis gatos que a mí. Pasan corriendo al interior de la casa.

Temo este momento. Miro al frente y veo a Biel, de pie, apoyado en su coche con los brazos cruzados. Lleva gafas de sol y no puedo acertar con su expresión al mirarme, pero sé que está observando mi reacción.

En otro momento me habría importado mi aspecto, pero, aunque debo parecer la novia cadáver, es lo que hay. Desde que mi pequeño perfectillo está dentro de mí, no suelo tener mejor cara.

Se acerca despacio hasta llegar a mí, que no me he movido un milímetro.

—Estás jugando sucio, Biel.

—Sí, lo sé. Soy un cobarde. Pero necesitaba un pequeño escudo.

—Bueno, en realidad han sido dos escudos —digo muy seria—. ¿A qué has venido?

—A verte.

—¡Qué obediente!, ¡parece que mi hermano amenaza muy bien! Pero no te preocupes, no necesito que vengas.

—No he venido por tu hermano.

—¡Ya!

—Roxanne... —Suspira—. Necesitaba verte. No supe digerir bien que no quisieras tener ese bebé. —Traga saliva, le está costando un horror seguir hablando—. No reaccioné bien, lo siento.

—Bueno, ya da igual —le digo triste.

—¡Roxaaanne! Chanel se ha subido a un armario y no baja, no me hace caso. ¿Es que ya no se acuerda de mí? —Céline viene hacia mí, desesperada.

—Vamos dentro —le indico a Biel, plantándole el gran ramo sobre el pecho. Me giro y entro con Céline, a ver dónde está Chanel.

Cuando llego al salón, veo que mi preciosa gata está sobre la estantería más alta y parece que no quiere moverse. Normalmente no suelen hacerlo, pero supongo que al ver a las dos loquillas, ha preferido mantenerse a distancia.

—Céline, déjala tranquila. —Ahora es Biel quien habla.

—¡Jo, papi, es que quería acariciarla!

Biel, tras un suspiro, se acerca a Chanel. Con su altura simplemente tiene que alzar el brazo y llegar hasta ella, la coge y la acaricia. Y, como si fuera una bella dama rescatada del castillo, se lo agradece frotando su cara contra él. Esto me hace sonreír. La forma de hacerlo en el lenguaje animal es que lo quiere, que está a gusto con Biel. Recuerdo cuando vivíamos en su casa, Chanel siempre lo buscaba e intentaba estar a su lado.

—Céline, voy a dejarla en el suelo. Si quiere estar contigo, vale, pero, si no, mejor déjala que vaya donde quiera.

—Vale —dice ella, haciendo un puchero.

Y el animal va despacio hacia ella, como si entendiera la necesidad de Céline de tenerla cerca. En el sofá está Raquel con Coco, la mar de divertida.

—¿Queréis tomar algo?

—No. Vamos a dar un paseo.

Miro a Biel y me extraña que no se quite las gafas de sol dentro de casa, así que, haciendo caso a mi instinto, me acerco a él. Levanto las manos a su cara, pero antes que pueda llegar a ella, me coge de las muñecas, reteniéndolas. ¡Lo sabía!

—Por favor, déjame. —Poco a poco me suelta, y voy bajando sus gafas hasta ver un moratón en su ojo izquierdo—. ¡Dios, Biel!

—Mi papi se dio un golpe con la puerta. Es que está más tonto... ¡Ja, ja, ja! —Joder, no pierden detalle de lo que hablamos. Se miran la una a la otra, riéndose de lo torpe que es su padre.

—Vamos fuera —le digo muy seria, y una vez solos, hablo con tranquilidad—: Ha sido Carlos, ¿verdad?

—Sí.

—Pero... ¿cuando salió de tu casa iba tranquilo! Desde luego, no le vi nada extraño.

—¿Anoche fuiste con él?

—Ayer hablamos y, bueno, supe por sus palabras que estaba enfadado y que iba a tu casa, pero cuando llegué, él ya salía.

—¿Qué pensabas?, ¿que iba a matarme? —dice con media sonrisa.

—Bueno, por la forma en la que estaba, digamos que temí por ti.

Levanto la mano a su cara para acariciarlo despacio, hasta que me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

—Biel, ¿no te defendiste?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me lo merecía. Me la tenía jurada hace mucho tiempo y anoche supe a lo que venía.

—Por eso estas aquí hoy.

—No, Roxanne. Ayer ya les había dicho a las niñas que hoy vendríamos a verte. Cuando te vi en la presentación de Laurent, yo...

—Bueno, no está mal que, por una vez, el que esté herido seas tú —digo cortándole, señalando su ojo. No quiero que siga, no quiero volver a sentir.

—No intenté comprenderte, y aún me duele pensar en lo que hiciste, pero no merecías que te hablara y te tratase como lo hice.

—Sí, la verdad es que me dejaste bien claro eso de que «del amor al odio hay un paso». Y lo he vivido en primera persona.

—Roxanne, yo nunca te odiaría.

—No sigas, Biel, como te he dicho antes, ya da igual —digo derrotada.

Me mira triste. Sabe perfectamente que lo nuestro está acabado. Se acerca a mí y acariciando mi mejilla, me pregunta:

—Roxanne, tienes mala cara, ¿te encuentras bien?

Entonces pienso en lo que me dijo mi hermano, se lo tengo que decir.

—Biel... Yo...

—¡Papi! ¿Nos vamos ya? —Céline sale dando saltitos y, tras ella, Raquel.

Biel pone cara de fastidio, pero aun así les sonrío:

—Sí, ahora nos vamos.

—¿Y adónde vais que estáis tan contentas?

—Vamos a aquel parque en el que había pastelitos gigantes y un montón de cosas, pero todas muy grandes. ¿Te acuerdas, Roxanne?

—Sí, claro, fue donde nos hicimos una foto en una zapatilla más alta que yo.

Recuerdo ese día perfectamente, era en un parque genial para los peques. Tiene unas esculturas

gigantes que son destinadas al disfrute de los niños y es increíble. Se llama Parc Francesc Macià y está en un bonito pueblo costero.

Las miro con ternura, son unas niñas magníficas. Se hace un silencio incómodo, hasta que Biel dice:

—Bueno, nos vamos, tenemos que acercarnos a Brigitte al aeropuerto antes de ir al parque.

Trago saliva. Solo escuchar su nombre me duele.

Me quedo en la puerta hasta que pierdo de vista el coche.

Suspiro con tristeza, no he podido decírselo, tampoco era el mejor momento. Aunque siendo sincera conmigo misma, tengo que reconocer que me ha faltado valor.

Al cerrar la puerta de la calle escucho cómo suena el móvil dentro de casa. Al llegar hasta él, veo que es un número desconocido:

—¿Sí?

—Roxanne, soy Alejandro. —Sonrío al escucharlo.

—Hola, Alejandro. ¿Qué tal estáis?

—Muy bien, bueno, en realidad Laia no tanto. —Me asusto.

—¿Qué le pasa?

—Pues que mi amor se ha quedado embarazada y no lo está pasando nada bien. No sé si habló contigo alguna vez sobre esto, pero no estaba en nuestros planes. He pensado en hacerle una fiesta sorpresa de cumpleaños para animarla y no quiero que falte. A ella le hará mucha ilusión verte.

—Alejandro, ya no estoy con Biel. Rompimos hace un tiempo y no sé si es buena idea.

—Lo sabemos, y nos tenéis locos. ¿Queréis hacer el favor de arreglar lo vuestro?

—Lo dices como si fuera tan fácil.

—A ver, cuñada, ¿tú lo quieres?

—Sí, pero aquí el problema no soy yo.

—¿Qué problema? Yo sé que el cabezota de Biel está loco por ti. Te lo digo porque nunca lo había visto así y hace muchos años que nos conocemos. Así que, si tú lo quieres, a lo mejor es que os falta comunicación.

Entonces vienen a mi mente las palabras de Biel: «No vales la pena», y la poca alegría interior que me han dado las palabras de Alejandro se disuelve en nada.

—Créeme si te digo que lo nuestro ya no tiene arreglo. Respecto al otro tema, ¿cuándo hay que estar allí?

—Mañana.

—¿¡Mañana?!

—Sí. Siento el poco tiempo que te doy, pero es que Laia siempre me pilla con las sorpresas y esta vez no puedo dejar que a nadie se le escape nada. Date por afortunada, los de aquí aún no lo saben.

—¡Ja, ja, ja! Vaya, gracias.

—Como sabía que no podrías decir que no, te he enviado por *mail* los billetes para volar esta tarde, después te recogerá un coche que te dejará en un hotel de Pozoblanco. Solo será por esa noche y tras el cumpleaños te quedarás en nuestra casa. Lo tengo todo organizado.

—Ya veo, ya. Alejandro, ¿Biel también irá?

—Pues no lo sé, es el único que tengo en interrogante. Como sabrás, también es su cumpleaños, y me ha dicho que si puede organizarse estará, pero no es seguro.

¿Por qué tengo esta mezcla de alivio y tristeza? ¿Quiero que esté o no?

—¿Estás feliz por tu próxima paternidad?

—Mucho. Después de tomar la decisión de tenerlo, sí. Hablando fríamente, cuñada, barajamos

la idea de que no fuera así y, siento sonar tan cruel, pero sí que lo pensamos. El problema es que Laia se encuentra fatal, no para de llorar y vomitar, y así pasa los días.

—Intentaré darle una inyección de optimismo, no te preocupes. —Esto lo dice una que necesita dos inyecciones. Pero, tratándose de ella, no me hace falta ni proponérmelo.

—Vale, Roxanne, nos vemos mañana.

Cuando cuelgo el teléfono me doy cuenta de una realidad que me ha hecho ver Alejandro: tendría que haberle hablado a Biel de mis miedos, tendríamos que haberlo decidido juntos, como ellos han hecho. Puedo buscar excusas y decir que todo ocurrió tan rápido que no me dio tiempo, pero dentro de mí, sé que no hice bien.

El viaje ha ido bien. Alejandro lo ha calculado todo al milímetro, incluso el hotel desde donde me dispongo a salir es una maravilla.

Mi vestuario de hoy es especial, el vestido que llevo me lo he comprado en tiempo récord, expresamente para esta noche. Es azul oscuro, manga tres cuartos y escote en v. Al tener un elegante nudo delantero hace que en mi embarazo no se aprecie. Me he recogido el pelo en un moño algo informal y mi maquillaje cubre por completo esas ojeras que, desde que estoy embarazada, no han desaparecido de mi cara.

Al llegar al cortijo de Alejandro y Laia me quedo petrificada de lo que hay aquí organizado. Varias personas corren de un lado a otro, colocando luces en una improvisada pequeña pista de baile; otros, preparando mesas donde colocan todo tipo de bandejas con comida. Pero lo mejor es el cartel de «Felicidades, amor». Al leerlo me emociono sin querer.

—¡Cuñada!

La voz de Alejandro me sobresalta.

—Hola. —Le doy dos besos—. Alejandro, sabes que oficialmente ya no soy tu cuñada, ¿verdad?

—No digas tonterías, tú siempre serás mi cuñada. Y ahora déjate de lloriqueos y vamos, que tenemos que escondernos allí detrás.

Miro donde me indica y es justo tras la pista de baile, donde han puesto un gran biombo.

—¡Vamos, chicos, que están llegando! —grita Alejandro, mirando el móvil.

Todos aceleran el paso mientras alguien va apagando las luces.

—¿Dónde está Laia? —le pregunto en voz baja.

—Quedé con ella y con unos amigos para cenar en Villanueva. Le he dicho que no me arranca el coche y vienen a buscarme. Prométeme que si quiere matarme cuando vea esto, me defenderás.

—No tengo ni la más mínima duda de su reacción.

—Matarme, ¿verdad?

Su cara haciéndose el compungido me hacer reír.

Escuchamos el sonido de un coche acercarse, es ella. Para el motor, pero nadie se baja, solo vemos las luces largas del vehículo, ¡mierda!

Por fin oímos cerrarse la puerta y, con rapidez, Alejandro da la orden de que se encienda todo, para posteriormente salir las más de cincuenta personas que estamos escondidas.

Con un gran «¡Sorpresaaa!» nos colocamos cerca de ella mientras empieza a caer confeti sobre nuestras cabezas.

Laia está guapísima, con un vestido blanco de manga corta. Está en estado de *shock* y es comprensible, todo esto se ha debido montar en menos de dos horas y por su cara es una auténtica sorpresa.

De pronto empiezan a sonar los acordes de la canción *Las Mañanitas* y ocho mariachis se colocan frente a Laia. ¿Estos de dónde han salido?

Ella tiene las manos en la cara, no sé si va a reír o llorar, pero curiosamente al mirar a su marido hace las dos cosas. Él se acerca a ella y, tras decirse algo, se besan apasionadamente. Los presentes aplaudimos incluso antes de que acabe la canción.

Estos músicos, con su típico atuendo y esta melodía tan bonita, nos transportan al bello México. Tras esta, tocan dos más hasta que se despiden deseándole un feliz cumpleaños.

Miro a mi alrededor y no conozco a nadie. Hay personas de todas las edades y por su forma de hablar, estoy segura de que quieren mucho a Laia.

—¡Roxanne! ¡Qué alegría verte!

—Felicidades, guapa.

Nos fundimos en un abrazo.

—Y felicidades también por tu embarazo.

—Ya ves, yo que pensaba que lo tenía todo calculado, llega este cabezón y me rompe los esquemas.

—¿Ya sabes que es un niño?

—No, pero como Alejandro no para de llamarlo «el pequeño Álex», al final estoy convencida de que lo será.

Le sonrío hasta que veo que, tras Laia, hay tres personas que conozco y me tenso. Es Biel junto a sus padres. Laia, que me ve la cara de traspuesta, se gira de golpe:

—¡Papás! —Va a la carrera a abrazarlos, parece que sus sorpresas de esta noche no han acabado.

Me acerco yo también a saludarlos. Hace poco fui a verlos cuando llegaron de Estados Unidos. Por suerte, el padre de Biel continúa en observación, pero el diagnóstico que en un principio era letal, ha cambiado a algo posiblemente curable.

Ellos saben que no estamos juntos, aunque tienen la certeza de que estamos hechos el uno para el otro, y creen que se arreglará lo que nos haya pasado.

Biel se queda mirándome, pero no se sorprende, sabía que yo estaría aquí. Nos contemplamos intensamente hasta que Laia se lanza a sus brazos. Se dan dos besos y hablan hasta que escucho como ella le dice:

—¿Qué pasa, hermano? ¿Tengo que ir a presentarte a esa belleza para que te acerques a ella?

Niega con la cabeza y sonrío mientras le dice:

—No, Laia, no hace falta.

Yo no me muevo, espero hasta que llega a estar frente a mí.

—Hola, pecosa.

Decirme eso y en el tono tan cariñoso con que lo ha hecho, hace que la coraza que intento mantener se empiece a resquebrajar.

—Hola.

—¿Podemos ir a un sitio más alejados para hablar?

—Sí, por supuesto.

Vamos en dirección al porche donde pasé tantos buenos ratos con Laia los días que estuve aquí. Por el camino veo cómo Biel coge dos copas llenas de cava.

Nos sentamos en uno de los sofás blancos de mimbre que hay en forma de ele, alejados del murmullo de la gente. Me ofrece una de las copas y yo disimuladamente la dejo en la mesa pequeña de cristal.

—Roxanne, creo que esto se nos ha ido de las manos. —Suspira y noto que está nervioso—. Quiero que vuelvas conmigo.

El hecho de decírmelo de una forma tan directa y fría hace que no reaccione bien.

—Biel, me parece increíble que me digas eso. Te recuerdo que cuando actuó Laurent estabas muy abrazado a Brigitte. Si esto es una broma, no tiene gracia.

Se sorprende al escucharme.

—No es lo que piensas. He pasado muchos años odiándola y ahora lo que siento es pena. Intenta recuperar todos los años perdidos y Laurent no da su brazo a torcer.

—Sí, y ya veo cómo la consuelas —digo irónicamente—. Vi cómo la besabas.

Al decir eso siento tanta rabia que me levanto de golpe, haciendo que él se levante casi a la vez que yo.

—Ese beso fue algo fraternal.

Miro sus labios, esos que he besado tantas veces y siento rabia al recordar esa imagen. Como si supiera lo que pienso, coge mi mano acariciándola, me deshago de ella en segundos.

—Biel, no puedo confiar en ti. Pensar en la forma en que reaccionaste conmigo en la fiesta de Ángel me duele. Decidiste que no valía la pena y te fuiste con Anne en ¿cuánto?, ¿tres horas?

—Yo no me fui con ella. Simplemente estaba en la fiesta y hablamos como dos personas civilizadas; además, Ángel se encargó de echarla en cuanto te fuiste. Y cuando iba a buscarte, tu amiga me tiró a la piscina, pero supongo que eso ya lo sabrás.

Pienso en lo orgullosa que estaba Maica cuando me lo explicaba y sonrío interiormente.

—Pero ¿por qué no me llamaste?

—Me faltó valor, cuando vi tu nota sobre la mesilla, tenía claro que no volverías conmigo, y más después de ver el sobre que dejaste en la oficina, donde dabas por terminada toda relación conmigo. Al día siguiente me fui a Londres con las niñas, necesitaba estar lejos y pensar. Puse mi casa en venta y, por suerte, en unas semanas cerré el trato y volví.

—¿Por qué la vendiste? —pregunto sorprendida.

—Ya no tenía sentido ir allí si no estabas tú. Mis planes eran que fuéramos todos. —Sus palabras me entristecen, parece que soy la pieza que no encaja en su perfecta vida. Me doy la vuelta para irme, si continúo hablando con él creo que romperé a llorar, pero me paro en seco al escuchar de nuevo su voz—: Roxanne, no puedo, ni quiero, vivir sin ti.

Noto cómo se acerca hasta estar justo tras de mí. Muy despacio me giro para poder mirar sus profundos ojos negros, que me hablan desde el corazón.

—Te quiero de todas las formas posibles, como mi amiga, la madre de mis hijos y, sobre, todo como mi mujer.

Trago saliva.

—Biel, yo también te quiero, pero ahora todo es más complicado. —Me mira sin entender lo que le digo, así que ya no puedo aguantarme más y se lo explico—: Es que ahora... tendrás que querernos a los dos.

Mira a su alrededor sin saber de lo que hablo, hasta que me toco mi redonda y pequeña barriga.

Sorprendida y un poco compungida, veo cómo le caen dos lágrimas, para seguidamente caer de rodillas y abrazarme.

—Perdóname, Roxanne.

Con rapidez me bajo hasta él, poniendo mi cara frente a la suya.

—No, Biel, perdóname tú. Debí haberte hablado del miedo que tenía de ser madre, de pensar que este bebé sería una traba en mi vida y, sobre todo, perdóname por no haberte dejado compartir conmigo esta decisión.

—Sabes que te perdonaría una y mil veces, pero necesito tenerte de nuevo a mi lado. —Coge mi cara entre sus manos para besarme, mientras un tímido «sí» se cuele entre mis labios. Se levanta y me arrastra con él sin separar su boca de la mía.

Estamos así unos minutos, hemos estado demasiado tiempo separados.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión respecto al bebé?

—Bueno, fui a visitar a mis padres. —Biel me mira con dulzura—. A veces voy al cementerio a ponerles las flores preferidas de mi madre y, de paso, les hablo de cómo me va la vida, de mis dudas, de mis alegrías... Siento que me escuchan. —Su mano acaricia mi mejilla—. Así que les

expliqué todo lo que sentía y pensé en lo ellos me dirían. Al final, salí de allí con una rotunda decisión. —Me limpio las lágrimas, que caen despacio por mi cara—. Yo recibí mucho amor el tiempo que estuvieron conmigo, y no quería desaprovechar la oportunidad de hacer lo mismo con mi hijo.

—Nuestro hijo.

Sonrío y asiento mientras Biel vuelve a besarme.

Después de tanto tiempo sin sentir sus labios junto a los míos, parece que estoy en un sueño.

—Biel. ¡Felicidades! Con todo esto, se me olvidó que también es tu cumpleaños. Y tampoco te he traído un regalo. —Me apena no haber caído en esto.

—Gracias. Roxanne, mi regalo eres tú, este es el cumpleaños más feliz de mi vida. —Me besa muy despacio—. Ven, vamos a bailar esta canción.

Coge mi mano y me lleva con él a la pista de baile, pero lo que suena es reguetón y no veo yo a Biel bailando esta canción. Se separa de mí un momento, va hacia la persona que pone la música y, en un segundo, escucho los primeros compases de la preciosa canción de Pastora Soler, *La Tormenta*.

Se acerca a mí y me ofrece su mano. Pongo la mía sobre la suya y me envuelve con sus brazos. Se pega a mi cuello y todo mi cuerpo reacciona a su contacto.

—¿Te acuerdas de esta canción?

Pero yo ya estoy llorando, no puedo hablar. Solo asiento con la cabeza.

—Escuchándola fue cuando me di cuenta de que haría cualquier cosa por ti. Este tiempo sin tenerte cerca ha sido un auténtico infierno. Y como dice la canción, *Aún podemos cruzar la tormenta*.

—*Que mis lágrimas quieren decir que te quiero.*

—*Amor.*

Nos besamos suavemente, saboreando nuestros labios como si fuera la primera vez que lo hacemos.

La canción termina y un silencio hace que nos giremos sorprendidos. Vemos que todo el mundo a nuestro alrededor nos está mirando y, de pronto, Laia inicia unos aplausos que hacen que los asistentes la sigan, incluso hay silbidos y vítores. Alejandro, junto a una Laia llorando, se nos acerca y ella viene a mí con los brazos abiertos.

—Por favor, ¿podéis estar así un tiempcito? No sé, unos cuarenta o cincuenta años, porque sois muy pesaditos con esto de ahora sí, ahora no.

—Tranquila, hermanita, espero que así sea. Además, te informo de que no eres la única embarazada en este metro cuadrado.

Laia me mira y grita como una loca, abrazándome tan fuerte que creo que va a asfixiarme.

—¡Joder, qué susto me habéis dado! Por un segundo pensaba que era yo —bromea Alejandro, tocándose la barriga.

Los cuatro estallamos en carcajadas.

—¡Enhorabuena! ¡Joder, hermano, qué rápido eres!

Biel pone cara de no saber qué contestar.

—Bueno, bueno, ahora me hacéis el favor y os casáis como Dios manda. ¡Que yo quiero estar invitado!

Dicho eso, Biel se pone frente a mí y clava una rodilla en el suelo, abriendo una cajita. Vuelve a hacerse un silencio que rompo con rapidez.

—¡No! —grito desesperada. —La cara de Biel se descompone junto al resto de la gente que está a nuestro alrededor, hasta que me apresuro a decir—. Para lo que vayas a decir, ponte de pie.

—Y bajo la voz—. Pero de rodillas no, por favor.

Se levanta y, cogiendo la sortija, tira la caja al suelo, para seguidamente coger mi mano.

—Roxanne, mi preciosa pecosa y amor de mi vida, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

—Sí y mil veces sí.

La cara de Biel es de felicidad absoluta, imagen gemela de la mía.

Y, mientras un tumulto de ensordecedores aplausos nos rodea, leo en los labios de Biel un «Te quiero». Baja hasta mi vientre para besar mi barriga y con ese gesto no hace falta que diga nada más, los presentes nos felicitan sin cesar en sus aplausos. Sube hasta mi boca para besarme y empiezan a llegar las felicitaciones, empezando por los padres de Biel.

Epílogo

Un año después...

—Por favor, miren todos hacia aquí.

Varios fotógrafos immortalizan este momento tan importante para mí. A mi lado, posa con orgullo el hombre más importante de mi vida, Biel. Al suyo, un feliz y sonriente Laurent; delante de nosotros, mis pequeñas, que aguantan estoicamente los tirones de pelo que Adam, mi precioso regordete de siete meses, les da a dos manos.

Tras unas cuantas fotos más, le doy a Adam a Biel y me acerco a un grupo que se identifica como trabajadores de periódicos digitales y del departamento de prensa del ayuntamiento.

—Roxanne, como directora de este hotel, ¿espera que tenga una buena repercusión en la zona?

Los gritos de unas adolescentes al ver a Laurent nos hacen girarnos e interrumpen mi respuesta. Me río. Su éxito es tal que sus fans siguen sus pasos.

—Pues espero que sea reconocido por su calidad y reconforte a todo aquel que venga a alojarse en este maravilloso hotel.

Tras unas cuantas preguntas más, Biel me rescata para presentarme a la alcaldesa y a un montón de personas más que, según él, son muy influyentes en el mundo de la hostelería.

Pasamos al gran salón, donde hemos preparado un coctel para todos los invitados. Desde un rincón, y como un acto reflejo, controlo que todo esté colocado en su sitio y los camareros destinados a este fin estén pendientes en todo momento de que no falte nada.

Por la espalda alguien se acerca sigilosamente y, por el olor inconfundible, sé de quién se trata.

—Pecosa, ¿ya estás controlándolo todo?

—Algo se me tendrá que pegar de ti —le digo sonriendo y plantándole un besazo en la boca.

—Está todo perfecto, no te preocupes.

—¿Dónde están los niños?

—A Adam lo dejé con tu tía. Mira, están en la terraza.

Me giro y veo a mi tía sentada con el pequeñín en su regazo. Junto a ella, mi hermano con Lucía, que van tras un Xavier en edad de inspeccionar todo el terreno, corriendo de un lado a otro.

Todos están aquí, esas personas que llenan mi vida y en gran medida me hacen feliz: Maica y Román; Alejandro y Laia, con la pequeña Candela, porque al final la intuición del padre falló y nació una pequeña llorona; Antonia con su marido; Gerardo y Aurora; incluso Ángel, que parece que su trabajo no cesa cuando Laurent está en un espacio público, indicándole que se acerque a saludar a esas chicas que lo esperan fuera del recinto, siempre bajo su supervisión. Y mis suegros, que me miran en este momento levantando sus copas con el rostro de orgullo en sus miradas.

Al final pude realizar uno de mis sueños: mi hotel se pone en marcha unos meses después de mi maternidad. Gracias a la ayuda constante de Biel ha sido todo mucho más fácil. Nuestras peleas cesaron desde el momento en que nos abrimos el uno al otro, sin dejar nada en el tintero.

Ahora, y tras un intenso día de nervios, me relajo bajo la ducha, junto al hombre que me roba las pocas horas de sueño que me quedan.

—¿Por qué me miras así? —me pregunta Biel sonriendo, haciendo que sus hoyuelos aparezcan y yo me derrita.

—Porque te amo.

Esas palabras hacen que sus brazos me peguen a su cuerpo desnudo.

—¿Y cómo una preciosa pecosa puede querer a don Perfecto?

—Porque en realidad la perfecta soy yo.
—De eso no me cabe duda —dice muy cariñoso, mientras el agua le cae por la cara, haciéndolo el hombre más sexi del mundo—. Por cierto...
—¿Sí?
—Yo también te amo.

Fin

Biografía de la autora

Giselle Amorós nació en Rubí (Barcelona), el 1 de septiembre de 1972. Una virgo algo impuntual y aunque sus padres son auténticos andaluces de la preciosa Granada, ella es catalana.

Muy jovencita, y gracias a una de sus hermanas que tenía la casa llena de novelas románticas, empezó a sumergirse en las historias y, aunque también le gusta mucho la novela histórica, tiene que reconocer que si no tiene lado romántico no le llena.

Un maravilloso día cuando había acabado de devorar uno de sus libros, pensó que ella le podría haber dado otro giro a la historia. A partir de ahí fue rondando en su cabeza el poder escribir una novela. Publicó con Editorial LxL: No dudaré Carla y Solo tú, Azul, de la bilogía Siempre es amor. Ahora, nos presenta su nueva novela: Siempre soñé contigo.

Notas

[←1]

Lo siento, pero prefiero hablar español con estas hermosas damas.

[←2]

En francés «Mi bella Roxanne».

[←3]

En francés «Perdóname, mi preciosa esposa».

[←4]

En francés «mi amor».

[←5]

En francés «querida»

[←6]

Juego de palabras: Sin pagar.

[←7]

En francés «Mi niño, ¿cómo estás?».

Índice

AGRADECIMIENTOS

1

FEBRERO

2

3

4

MARZO

5

6

7

MAYO

8

9

JULIO

10

11

12

13

EPÍLOGO

FIN

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA